

# TODO EMPEZÓ EN DETRITUS

ANTOLOGÍA FERNANDO  
PERSONAL VILLAVERDE

Ediciones inCUBAdora  
Colección Samsa



**TODO  
EMPEZÓ EN  
DETRITUS**  
**ANTOLOGÍA FERNANDO  
PERSONAL VILLAVERDE**

**Ediciones inCUBAdora  
Colección Samsa**



# **FERNANDO VILLAVERDE**

## **TODO EMPEZÓ EN DETRITUS**

---

© Primera Edición Ebook: inCUBAdora Ediciones /  
Libri Prohibiti 2016

© Fernando Villaverde

© Portada: Cortesía Miñuca Villaverde

© Diseño editorial: Iara Pierro de Camargo

© inCUBAdora Ediciones 2016

© Foto de Fernando Villaverde: Cortesía de Miñuca Villaverde.

ISBN: 978-80-87656-21-1

---

**TRANSITION**  
Transition Promotion Program

 **Libri prohibiti**  
Knihovna \ Library



# Contenido

---

<b>Inicio en la plaza Cataluña</b>	<b>9</b>
<b>Razón del título</b>	<b>11</b>
<b>Apunte sobre «nuestro tiempo»</b>	<b>12</b>
<b>Vuelta al 58</b>	<b>13</b>
<b>La mala vida</b>	<b>16</b>
<b>La buenaventura</b>	<b>18</b>
<b>Paréntesis sobre traducción de Perec</b>	<b>22</b>
<b>El gran salto adelante</b>	<b>23</b>
<b>La fañosa</b>	<b>24</b>
<b>Más marielitos, ahora reales</b>	<b>33</b>
<b>Paréntesis sobre tatuaje</b>	<b>34</b>
<b>Canique</b>	<b>34</b>
<b>Paréntesis sobre paréntesis de Perec</b>	<b>36</b>
<b>Otra crónica</b>	<b>36</b>
<b>Paréntesis sobre entrevista a Steiner</b>	<b>41</b>
<b>La universidad del teatro</b>	<b>42</b>
<b>La rectitud de Onelio</b>	<b>43</b>
<b>Un mar sin destino</b>	<b>44</b>
<b>Mar de la tranquilidad</b>	<b>45</b>

---



<b>Souvenirs de París</b>	<b>64</b>
<b>Le Président Mao a dit</b>	<b>65</b>
<b>El currículum francés</b>	<b>66</b>
<b>Letras de Oro</b>	<b>71</b>
<b>Cosas de viejos</b>	<b>72</b>
<b>Paréntesis sobre hacer el amor</b>	<b>78</b>
<b>Terminan los viejos</b>	<b>79</b>
<b>Efímeras letras</b>	<b>81</b>
<b>Los años y los inmigrantes</b>	<b>82</b>
<b>El acento chino</b>	<b>83</b>
<b>Un inédito</b>	<b>96</b>
<b>Cuento de ella</b>	<b>97</b>
<b>Estampa madrileña, 1965</b>	<b>102</b>
<b>Paréntesis sobre ubre blanca</b>	<b>107</b>
<b>Picaresca española, 1965</b>	<b>108</b>
<b>Estampa berlinesa, ¿19...?</b>	<b>109</b>
<b>Picaresca española, siglo XXI</b>	<b>116</b>
<b>Cuentos mercenarios</b>	<b>118</b>
<b>De un planeta desconocido</b>	<b>119</b>
<b>Manhattan</b>	<b>123</b>



<b>Paréntesis con Renoir</b>	<b>125</b>
<b>Mujeres emigrantes</b>	<b>126</b>
<b>La burbuja americana</b>	<b>131</b>
<b>Cine del hogar</b>	<b>133</b>
<b>A lady's home journal</b>	<b>134</b>
<b>La infiltrada</b>	<b>134</b>
<b>Delicias en la oscuridad</b>	<b>136</b>
<b>Dos pares de tetas</b>	<b>137</b>
<b>La larga mano</b>	<b>141</b>
<b>The end</b>	<b>143</b>
<b>Visiones tropicales</b>	<b>145</b>
<b>El cementerio de los elefantes</b>	<b>147</b>
<b>Escritor tardío</b>	<b>148</b>
<b>El arte por el arte</b>	<b>149</b>
<b>El caso de la novia australiana</b>	<b>150</b>
<b>Paréntesis sobre aguacero</b>	<b>172</b>
<b>Picaresca miamense, años ochenta</b>	<b>173</b>
<b>Escritores revoltosos</b>	<b>175</b>
<b>Error de cálculo</b>	<b>176</b>
<b>Un golpe de dados abolirá a la gata</b>	<b>189</b>

**Grafías            190**

---

**Galerada            192**

---

**Paréntesis sobre hijo de kafka            193**

---

**Más golpes de dados            193**

---

**Bosquejos de croquis            198**

---

**Proyecto de croquis            199**

---

**Todo termina en detritus            200**

---

**El mundo de disney            201**

---

**Detritus            202**

---

**Final feliz            211**

---

**Obras citadas            212**

---

*Las historias no existen porque trabajemos  
concienzudamente el drama, sino porque la gente  
que encontramos transpira siempre historias.*

(Miguel Gomes, hablando de su película Las Mil y una Noches.)



## Inicio en la plaza Cataluña

---

Cruzo la plaza Cataluña, o Catalunya en catalán. Camino del café Zurich a encontrarme con Carlos A. Aguilera, que me citó allí por teléfono. No me sonó a que quiera compartir conmigo dos cervezas, aunque eso seguramente haremos, más bien lucía cita de trabajo. Pero esto es un presentimiento mío, nada me explicó. Cruzo al Zurich, que sin ser ni el Gambrinus ni el Deux Magots ni el Gijón, ni lugar con larga estirpe ni centro de charlas existencialistas o tardías bohemias sino –en nuestros tiempos– imán de turistas, es oportuno lugar para citarse en Barcelona. Por su gigantesca terraza, la mayor de la ciudad –difícil garantizar cuánto esta amplitud durará, el municipio le tiene echado el ojo a su desmadre–, y en su centro.

A punto de entrar al salón –estamos a mediados de marzo y aunque sin que haya mucho frío no es como para que se queden en la terraza más que los rubios legítimos–, en sentido contrario veo venir a Aguilera, sonriente desde reconocerme y con los ojos como de costumbre tapiados por sus gafas oscuras, aunque como sucede hoy, deslumbre poco el sol. Hecho. Dentro nos sentamos.

Convertidas en cafés las previstas cervezas, me explica Carlos su plan. Efectivamente de trabajo, aunque ni acicateado por la promesa de un premio millonario hubiese podido yo adivinarlo. Nada menos me pide que le prepare una antología personal de mis escritos para sacarla en uno de esos variados e-books que publica en su incansable blog. Cosa trabajada, nada de hoy para mañana. Para finales de año. Pudiera ponerle peros al proyecto; para empezar, no ser yo Blasco Ibáñez ni en fama ni en producción abundante. Para más, por culpa del desorden mío que él desconoce me veo rebuscando por cajas y gavetas, desempolvando archivos de contenido olvidado, registrando trasteros y armarios en busca de publicaciones puestas en cualquier parte, muchas presumo que extraviadas, víctimas de descuidos y mudanzas de casa y continente. ¿Pero por qué no? Para qué negar que verme así valorado pesa más que cualquier duda. Me tienta además una perspectiva a la que su proposición me obligará: trabajar en la elaboración de un texto que a mí nunca se me hubiese ocurrido y que conociéndome, no me limitaré a elaborar como

simple suma y compendio, siguiendo expeditas secuencias. A lo que sea que haga frente me empeñaré con el propósito de darle valor de obra nueva y atrayente. Hecho.

Lo último que me dice Aguilera antes de despedirnos, después de haber conversado con humores de índole diferente acerca de Retamar y de Gombrowicz, es la condición que pone a mi labor. Nunca supuse otra, viniendo de él: puedo hacer lo que quiera, las cosas como quiera. Por el camino abundaremos en los detalles según se vayan presentando. No le respondí entonces lo que le digo ahora, cuando estará comenzando a revisar este texto nacido de una idea suya. A esa libertad mía deberá corresponder él ciento por ciento con una estricta mirada de colaborador, de trabajo compartido entre autor y editor, poniéndole según lea la multitud de peros que a su vez le den la gana, haciéndome las observaciones mayores o menores que le vengan en gana. Si sin aviso me echa encima esta tarea de tres cabezas de recopilador, autocrítico y presentador, le cargo yo ahora a él con la de asiduo y severo revisor.

Desandando la plaza Cataluña un trueno me hace voltear a ver por dónde vendrá la lluvia si es que viene y si me dará tiempo de escapármele. Puede que nazca de este encargo que se me acaba de hacer y por unos meses me acompañará: ante la imagen de las fachadas que rodean la plaza rememoro las dos veces que en sendos escritos hablé de Barcelona, en una de ellas dedicando unas líneas a esta plaza. Es al final del relato *Los labios pintados de Diderot*, cuando el protagonista cuenta que *En Barcelona –donde me despedí de ellos* (habla de una caravana de gitanos andaluces)—, *en las horas perdidas en un banco de la plaza de Cataluña, decido un atardecer, entre los anuncios que se encienden con la llegada de la noche...*, escena que ocurre a la vez que está viviéndose mayo del 68 en el París de donde ese narrador acaba de llegar.

Sentado como mi personaje en un banco de la plaza había estado yo años antes, y lo que más recuerdo de aquella tarde en la que también yo vi caer la noche es la figura central de un cartel, el enorme anuncio de una película que cubre de arriba abajo una fachada. Anuncia *Eva*, de Joseph Losey, y retrata de cuerpo entero a Jeanne Moreau, que en una de sus escenas demuestra como hace en todas sus películas por qué siempre fue una personalidad del cine, mucho más que simple intérprete: un hombre la hace pasar a una habitación

nueva para ella; con tranquila curiosidad la recorre y reconoce entre exclamaciones y sonrisas de timbres burlones, reacciones y gestos cargados de sugerencias tan salidas de la interioridad de Eva como de la de Jeanne Moreau.

## Razón del título

---

Nada que ver el de esta incipiente colección con intentos de menospreciar yo mismo mi trabajo o ponerme un parche para advertir a eventuales desafectos que se asoman a un cajón de trastos viejos. Su razón es rigurosamente histórica, el título deriva del que di a mi primer relato publicado, *Detritus*, así a secas; aparecido el 14 de enero de 1958 en la sección Cuentistas Cubanos de la revista *Carteles*. Semanas antes se lo había entregado a quien a partir de mi desmemoria no sé si dirigía la revista u ocupaba otro puesto relevante en ella, un Sr. Ortega a quien no me decido a dar nombre de pila. A pesar del relumbre de poseer amplio despacho propio, me recibe tras pocos minutos de antesala y acepta mi trabajo sin un pero. Más que su gentileza con un joven desconocido que lo importunaba me sorprendió con lo pronto que publicó el cuento después de mi visita, menos de un mes. Puede que con la misma celeridad con que me recibió, el Sr. Ortega lo leyera y le gustase, puede que no tuviera la sección muchos postulantes cuyo talento complaciese al encargado de seleccionar los cuentos.

De que me envanecen la publicación y lo inmediato no cabe duda. Sobre todo siendo ésta la primera narración que no sólo comienzo sino también termino, mi primer trabajo en serio. Tanto como para haberlo escrito con la entrega del novato para quien escribir es concebido como ardua faena a emprender y realizar con ambiciones severas, una tarea que exige tenacidad alemana. Maneras de pensar por suerte vueltas del revés pronto y para siempre cuando sustituyo la escritura por el cine y en una vuelta de hoja me hago titiritero. Pero viendo la fecha deduzco a mi diligencia un segundo apremio. Por la época en que escribo *Detritus* se está dejando ya sentir en La Habana la consigna que sin contar todavía aquel diciembre del 57 con el generalizado



apoyo que recibirá meses más tarde, va ganando adeptos como mejor método urbano de oponer resistencia a la dictadura. Ni celebrar ni participar en fiestas, de pretensiones ostentosas o nada más audibles desde la calle, es su lema principal; evitar centros nocturnos de diversión, entretenimientos públicos. Así, junto con el afán impostergable de escribir de una vez un relato de principio a fin, reconozco a esos primeros hormigueos de una conciencia en germen un papel en la decisión de dedicar unas veladas al nacimiento de *Detritus*.

## Apunte sobre «nuestro tiempo»

---

Aparte de esos contados días de rigor creativo, a la que será imperdonable falta de perseverancia mía con la firmeza de costumbres prescrita por la resistencia debo asignar bastante culpa, y paradójica, a la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, de la que por aquellos tiempos me hago socio —y en las que en cuestión de meses llegaré a ser vocal encargado de la programación de cine, ex aequo con la inquebrantable cinéfila y libertaria Olga Andreu—. Mal vista por muchos y no sólo entre las vigilantes autoridades; acusada con disgusto a muchos niveles de filiación o cuando menos infiltración comunista. Negada de plano esta mancha durante los azarosos años del batistato, al triunfo rebelde vive la Sociedad una transfiguración y orgullosa proclama a los cuatro vientos desde amanecer el primer día de enero la veracidad de aquellas acusaciones hasta entonces refutadas. A lo que iba, y es que durante aquellos tiempos duros en que se esparce con rapidez el apoyo a los postulados monacales de la resistencia contra Batista, nunca escucho a nadie en Nuestro Tiempo cuestionar la no adherencia de la Sociedad a la consigna rebelde. Puesta ante la disyuntiva de proseguir su cruzada de ideas o acatar el llamado al austero silencio civil se decanta por lo primero, y mantiene sus sesiones dominicales de cine debates, sus exhibiciones de arte y conferencias abiertas al público en su local de la calle 23 del Vedado —casa en la que años después viví, transformada en comuna de cineastas a la que sus inquilinos bautizamos sin desdén Villa Miseria—, actos vistos desde la calle

como festejos y cocteles cuya razón ni de lejos se le ocurría a los transeúntes atribuir a la presentación de una nueva traducción de Antonio Gramsci. Así, a la hora de elegir, sigo yo el cómodo ejemplo de esos a quienes tengo por tenaces opositores y disculpo mi liviandad postulando como ellos más útil mi asistencia a cualquiera de las obras de teatro o películas de ideología disociadora o disoluta que saturan las tardes y noches de La Habana sin tropezar con el menor obstáculo oficial, sean rameras de Sartre o neuróticas de Tennessee Williams, ni siquiera cuando Nuestro Tiempo programa la aristocrática obra maestra del camarada Visconti o la lamentable versión francesa de *Las Brujas de Salem*, en un cine debate que pasando por alto su mediocridad alaba su combatividad antimacartista.

## Vuelta al 58

---

Ni qué decir cuánto me complace desde mi perspectiva de ahora que aquellas primeras exaltaciones cívicas no me hayan movido a basar ese inaugural *Detritus* en episodios o expresiones de ese conflicto inmediato. Cuento lo que tengo ganas sin detenerme a calcular a dónde me lleva. Curioso que más de medio siglo después esté yo ahora terminando, a la vez que adelanto este encargo, un texto que aunque de manera muy sesgada y combinando caprichosamente géneros, desarrolla su trama en esas luchas, penetrado por el malestar de aquellos años.

*El hombre, retaco y camino de la corpulencia, se levantó del sofá y fue a la ventana. Sentía llenura después de una cena demasiado abundante en carne y el fresco de la noche le vendría bien.*

*Deseo hacer a todos un anuncio, escuchó decir mientras caminaba hacia la ventana, y después de los murmullos y preguntas de los comensales que compartían la cena familiar, oyó no creo que sea una sorpresa para nadie el feliz anuncio de que Eduardo y Laura se casarán el mes que viene, a lo que estalló un pequeño tumulto al que él apenas prestó atención, más interesado en asomarse a coger aire y dejar escapar el leve eructo que lo*

*había estado atormentando mientras permanecía en el sofá sentado junto a su mujer frente a la telenovela.*

*Lo del fresco de la noche tenía bastante de ilusión, en el mejor de los casos sería un contraste con el enrarecido ambiente de la sala, cuyo ventilador de techo apenas removía el aire, mantenido en su velocidad más baja para que se entendieran los diálogos de la novela. Así y todo la brisa que al salir rozó su rostro bastó para llevarse con ella sus gases y sobre todo despertarlo un tanto del letargo en el que había caído durante su contemplación, mientras hacía la digestión, de los azares de la familia Mantilla, iniciados hacía meses. Entornó los ojos; carente de mirada, su cuerpo recibiría mejor el fresco. Pero antes de llegar a cerrarlos del todo su vista captó un inesperado movimiento al pie de su ventana. Rotas sus pretensiones de embeleso miró a ver qué se revolvía en la base del poste eléctrico que a manera de columna de madera se erguía hasta la altura de su apartamento y se encontró allí agachado a un extraño que a toda prisa se dedicaba a una actividad igualmente extraña pero cuyo propósito, aunque jamás el hombre hubiese observado antes ni a un extraño ni a un conocido entregado a faenas parecidas, entendió de inmediato. Ni siquiera lo dedujo, no más verlo le resultó tan evidente lo que perseguía aquel sujeto encorvado al pie del poste con sus manipulaciones puede decirse que automáticas que el hombre resolvió armar sin más demora un alboroto con el que frenar al intruso. Más veloz fue sin embargo la pólvora que su decisión. Antes de que de su garganta saliese un primer grito concluyó el extraño sus trajines y echó a correr, y el hombre, enmudecidos de golpe sus planes de alertar al vecindario del atentado a punto de ocurrir, fue testigo inmejorable de la explosión que, sin ser de magnitud excesiva sino más bien de índole lo bastante menor como para poder ser confundida desde cierta distancia con la del motor de un auto o el estallido de un cohete, fue un estruendo lo bastante conocido, repetido a menudo en los últimos tiempos, como para levantar de sus asientos o sacar de sus camas a vecinos inmediatos, y hasta una distancia de varias cuabras silenció las conversaciones que se estuviesen sosteniendo en las camas o en familia.*

*Explosión y apagón fueron prácticamente simultáneos, aunque esa ilusión de instantaneidad no sería exacta ni en el caso de los vecinos inmedia-*



*tos y pudiera achacarse en buena parte al susto de absolutamente todos los vecinos de las manzanas contiguas, incluso muchos que dormían y a quienes el estallido, pese a su escasa potencia, despertó. En realidad, explosión y apagón habían estado separados por fracciones de segundo, el tiempo que tardó la primera en propagarse y sacudir el poste del tendido contra el cual el petardo había sido colocado, estremecimiento que agitó los cables eléctricos enlazados por diversos caminos a los bornes del poste y que, bien debido al mal estado de alguno pelado o a que el transformador contase con un dispositivo de seguridad para interrumpir el flujo de corriente de producirse un imprevisto de este género, dejó a oscuras la barriada.*

*No fue sólo el asombro causado por una explosión cuyos preparativos y desenlace había presenciado lo que acalló el grito con que el vecino en su balcón se disponía a dar la alarma, sino la convicción que al momento lo ganó de que, si lo profería, a esas alturas sería inútil y además lo convertiría en figura prominente del atentado que acababa de producirse, con las previsibles y latosas consecuencias que esto le atraería y que sin necesidad de ponerse a pensarlas, le resultaban diáfanas como un saber infuso, un conocimiento arraigado en el entramado de su conciencia ciudadana. Por lo menos una noche y luego quién sabe cuántos días de explicaciones acerca de cómo se había producido un hecho del cual, hasta donde podía él saber, había sido único y privilegiado testigo. Fatigas infinitas, la ingrata perspectiva de desmenuzar ante las autoridades el menor detalle de lo presenciado, y lo peor: verse transformado por la mera inoportunidad de su presencia en la ventana en sombra remota y casi cómplice del hecho. De manera que con celeridad similar a la demostrada por aquel extraño que tras detonar el petardo había escapado del lugar como una bala y previendo la inminente aparición de ávidas perseguidoras dirigidas en concertado enjambre hacia el frente de su casa, el hombre se retiró de su balcón y acercándose a su mujer, que tras quedar sentada siguiendo el acontecer de la telenovela mientras su esposo la dejaba se había enderezado con destreza de muñeco al oírse la explosión y con un pánico que no la dejaba moverse de su sitio pedía a su marido que volviese a su lado, la mandó a callar de un gesto lo más mudo posible. Sus ojos no se habían acostumbrado a la súbita oscuridad y*

*por el momento sólo conseguían adivinar el inquieto contorno de su mujer, sin distinguir ni su rostro ni las expresiones interrogantes y atemorizadas que estarían cubriendo sus facciones. De manera que esperó a llegar junto a ella para soplarle al oído un escueto vámonos, la tomó por los hombros, la alzó del sofá, la hizo girar sobre sus pies y apagando por el camino el televisor y la luz de la sala de manera dejar en sombras la casa cuando volviese la corriente, la guió a la habitación hasta desaparecer dentro de ella los dos.*

*El tiempo entre la explosión y la entrada del matrimonio a su cuarto había sido brevísimo, menor que el necesario para explicarlo, aunque suficiente para que el fugitivo hubiese dejado atrás ya un buen tramo y alcanzado un terreno cubierto de césped entre edificaciones que sus planes conocían y que a la manera de un amplio callejón partía en dos la manzana, abriéndole una ruta cómoda de escape.*

*(De Esos mares de locura, texto en proceso)*

## La mala vida

---

En todo caso, las raíces que pudiese haber echado en mí aquel temprano celo cívico que me sienta a escribir alternan con semanas de encierro y otras de paseos, durando casi siempre lo que la redacción del cuento o como se decía entonces y no sé si todavía, lo que un merengue en la puerta de un colegio. Al día siguiente de dejar *Detritus* en *Carteles* vuelvo a las rutinarias costumbres a las que el ocio forzado por el dictatorial cierre universitario nos reduce a mí y a mis amigos: callejeos nocturnos sin más propósito que vagabundear en charlas de especulación inacabable sobre presentes y futuros, incontables salidas al cine, veladas de compadreo en sitios tan dudosos como el muy frecuentado por buscones y fulastres que ampara el enorme vestíbulo del Teatro Martí, y hasta algún bayuseo ocasional, sin consecuencias la mayor parte de las veces, cuestión de rascabuchear y, haciéndose el bobo, toquetear. Última etapa habanera de prostitución organizada en espacios definidos, que rescato en un relato mío treinta años posterior a *Detritus*, un capítulo del cuento del

mismo título aparecido en el libro *Las Tetas Europeas* en el que el protagonista visita uno de estos bayuses de esa zona roja capitalina que comprendía la calle Pajarito y sus alrededores.

*Menos céntrica que el tradicional barrio de Colón, su ancestro almacenero, cercano a la vía del tren, da a los prostíbulos de Pajarito mucho más espacio que los cuartuchos de la vieja zona roja, relegada ahora a paradero de chusma pobre o jóvenes a la cuarta pregunta –no negaré que, más de una vez, soy yo de ellos–, necesitados de contar monedas para cubrir el costo.*

*En Pajarito, los bayuses –así los llamamos, con palabra traída de la Luisiana y plural criollo que repele el diptongo– tienen amplitud; hay salones donde es posible el baile y la bachata; bares donde retozar un rato. Se puede ir sin un centavo y pasar hipócritamente media hora con una pupila sentada en las piernas. Disfrutar parte de la noche, hasta que el juego es descubierto, toqueteando alguna que otra teta.*

*Entro a una casa conocida y en la gran sala nos recibe –voy solo pero el entra y sale es continuo; a la vez entramos varios– una muchacha. No es que esté sola, o de portera; es que está plantada en el centro, de gran figura. No presumo de conocerlas a todas pero sé que ella es nueva aquí; demasiado joven –diría que como yo– para no haberla notado. Está a dos pasos de la puerta, vuelta hacia ella como una recepcionista, y tiene un vestidito de algodón, pero ya no lo lleva puesto del todo: se ha soltado por el brazo uno de los tirantes para sacarse una tética –no es más que eso– y, sujetándola con una mano, la brinda, como un caramelo, a los recién llegados, a nosotros. El grito con que acompaña la oferta tiene algo de la rutina del vendedor de acera, que busca, a la puerta del negocio, atraer marchantes. Sorprende, porque lo da –el grito– sin dar tiempo a verla, apenas se franquea la puerta, antes de poder entender de qué se trata: Chupa, chupa, alienta, en rápida repetición, orientando a la vez su teta con la mano hacia uno y otro. Chupa, chupa, dice siempre dos veces, rápidas.*

*Su ansiedad no pega en este lugar. Contrasta con la naturalidad, el descuido, con que sus compañeras se acercan a posibles clientes; a convencerlos, entre secretes y manoseos cariñosos, de irse con ellas. Son la discreción misma; siempre fingen interesarse en uno solo de los clientes, aunque*



*pasen de uno a otro como gatas. No se presentan como mujeres públicas. Esta jovencita, en cambio, proclama serlo. Alguna que otra de sus compañeras la mira a ratos, de soslayo, en su exhibición. A algunas se les nota extrañeza y hasta preocupación. No falta alguna mirada de burla. Tácitamente la dejan sola; le ceden, como las coristas a la solista, el centro del escenario, de la sala, para que siga escenificando su raro escándalo. No para; se vuelve a uno y otro, según entran, teta en mano, y la mueve, con el gesto coordinado: Chupa, chupa. Apretándosela, para que brote el pezón: Chupa, chupa.*

*Su teta es todavía piramidal, en plena pubertad. No ha alcanzado esa madurez redonda que algunas mujeres tienen ya a los quince. Esta, Dios sabe qué edad tendrá, con esa tetica todavía pegada al pecho, que ella, con sus tirones, intenta desarrollar con rapidez, prematuramente.*

*No tendría por qué disgustarme ir al cuarto con esa niña de mi edad, pero la rehuyo. También soy todavía, parece, un ingenuo. O no; me quiero divertir y recibo de ella algo disonante, que me ahuyenta. Como que le faltase regocijo. Tampoco le acepto su dadivosa teta: no sé cuántos me habrán precedido y aceptado chupar, como pide ella, su popsicle. Algo desconcertada debe estar: a los demás les pasa lo que a mí; nadie le acepta su teta, nadie la chupa. Me voy al fondo, a buscar otra cualquiera, con la tonta ilusión, que ella no comunica, de tener a la que sea, unos momentos, para mí solo.*

*(Del relato Las Tetas Europeas)*

## La buenaventura

---

Uno de esos callejeos me encuentra en el cine Campoamor. Teatro se llama a sí mismo y lo es a veces, ocultando su pantalla tras escenografías para breves temporadas de zarzuela u otros espectáculos casi siempre de música española. Hoy, como más de un cine de La Habana en estos años cincuenta, es las dos cosas; se proyectan dos películas en un programa doble y entre una y otra se enciende el escenario para un show en el que esta tarde la estrella es un mago. Hace de todo, primero un par de trucos de prestidigitación; luego, después de

leerle la mente a dos o tres espectadores desde el escenario se anuncia quiromántico y para poner a prueba sus dones baja a las lunetas. Estoy sentado en una cabecera de fila y como si me hubiese localizado y tuviese premeditado a quién leerá primero la palma, viene directamente hacia mí. Suponiéndome dócil adolescente, me toma el brazo sin pedirme permiso, vuelve la mano hacia arriba y dice un par de cosas sobre mí que a estas alturas no recuerdo y a las que asiento, primero mordéndome la lengua y enseguida, a petición suya, en voz lo bastante alta como para que se me escuche en toda la sala.

Viene entonces el momento por el que he sacado este episodio a colación. Dedicando algunos concentrados segundos a estudiar más profundamente las líneas de mi mano, me dice el quiromántico, en tono espectacularmente dramático, que mi vida dependerá de que yo decida o no emprender un viaje. Y sin esperar, al momento, se aleja con un andar rápido que florea su vaticinio.

Lo más probable es que ese pronóstico de viaje decisivo haya sido uno de los más frecuentes en su repertorio. Da para mucho: dependiendo de la importancia que el sujeto le dé: un cambio de barrio por el que se encuentra a la pareja de toda la vida, o de continente en el que como en el caso mío se entierra el pasado; uno u otro pueden ser interpretados y aceptados como ese desplazamiento crucial inscrito en la mano, dejando a todos satisfechos con la sabiduría del quiromántico. Yo, para qué contarle, ni falta hace.

Después de irme de Cuba, una sola vez volví a ver el Campoamor, al que fui tantas veces. Se me aparece en el documental de una mujer, de cuya nacionalidad y nombre he olvidado todo salvo recordarla europea. El edificio está destruido, habitado por un indigente que parece preferir sus cascotes a los de su vivienda. Un cascarón vacío lleno de escombros y ruinas, cruda metáfora de la isla entera. Visión que enlaza con las emociones sentidas por el protagonista de *La irresistible caída del muro de Berlín* cuando deja la isla.

*Emprendida la travesía, pronto comprendemos mi mujer y yo cuánto contradice la realidad aquellos temores de que nos aburriríamos. Al contrario, el viaje significará un aprendizaje que calará en nuestras conciencias para nunca abandonarnos y no obstante durar 17 días, el anunciado hastío jamás sobreviene. Al principio una sorpresa, pronto se volverá placer. Evocando aquel trayecto recuerdo cómo a pesar de haberse ajustado sus*

*circunstancias a los pronósticos de soledad más pesimistas jamás nos sentimos solos y si hablo a nombre de los dos es porque parecidas impresiones experimentamos mi mujer y yo, aunque sólo las compartiésemos una vez en tierra, como si hacerlo antes hubiese podido deshacer un embrujo.*

*La sucesión de novedades que nos reserva la vida a bordo nos resulta asombrosa, más sabiéndonos tenaz gente de ciudad. Hemos compartido desde siempre un hipnótico amor por el mar, aunque visto desde la abrigada sombra de los edificios de la costa habanera, enfrentando desde el asfalto los atardeceres y las olas rompientes. Sin embargo, nada más zarpar nos hacemos, más que con naturalidad, con gusto, a la existencia en esa isla desierta, para nosotros sobre todo; no sabemos alemán y sólo una o dos personas a bordo manejan algo de inglés, siendo para ellos el español algo tan remoto como una lengua indostánica. Al revés de lo previsto, cuanto más dura el viaje más nos sentimos en casa, según nos vamos enterando de cuanto compañía cualquier travesía marítima, todo eso que creíamos minucias cotidianas. Vistas que anticipábamos uniformemente iguales, como las que nos presentan el conjunto de las olas y las nubes, los colores de las aguas y de las puestas de sol, los cambios de espesor del cielo y las oscilaciones de la temperatura, son nuestra única e inseparable compañía e implacables desmienten cualquier previsión cuando día tras día nos revelan sus infinitas gradaciones; pues las aves, con sus vuelos y sus graznidos, nos acompañan sólo en las etapas inicial y última de la navegación.*

*De no haberla experimentado, difícil me sería aceptar esta satisfecha convivencia de la mañana a la noche e incluso entrada la noche con la naturaleza. Pero una placentera entrega nos atrapa sin que nuestra razón pueda oponerle resistencia y en ese trayecto de tan fatigosa apariencia aprendemos algo que no pocas veces nos servirá de mucho a la hora de elegir destinos o decidir comportamientos: el absurdo de creer que sólo la compañía de otras personas puede colmar nuestro deseo de relacionarnos con el mundo, junto con el consiguiente error de andar siempre persiguiendo semejantes para con ellos intercambiar las más banales frases. Sumidos en la vastedad del espacio dominado desde cubierta y el entusiasmo de reinar con la mirada sobre los cuatro horizontes convivimos sin que nos sobrevenga el tedio*

*con un cielo que cada nuevo amanecer presenta una textura distinta y que no obstante nuestra exigua velocidad y su sugestión de no movernos deja asomar de pronto por uno de sus costados un cambio de apariencia, al principio sutil pero que en pocos minutos altera la atmósfera entera, con una celeridad de la que somos pasmados testigos desde la privilegiada perspectiva circular que el barco nos da.*

*En el océano aparece todo escrito: esa chata mancha azul de los mapas nos presenta en alta mar colores tan cambiantes como cuando choca en las orillas con las diferentes profundidades de las costas. Se suceden variaciones sin causa aparente por motivos en los que no nos interesa indagar, inesperados cambios al pasar de un mar a otro. Difícil explicar cómo es posible, comunicados entre sí como lo están, que haya tanta diferencia entre los colores y apariencias del Canal de la Mancha y el Mar del Norte, o entre éste y el Báltico, como si los separasen fronteras submarinas. Ya desde el inicio del viaje, al penetrar en el océano, presenciamos una primera mutación al adentrarnos en la extensión deshilachada y verdosa del Mar de los Sargazos, nombre inscrito por las fantasías de la infancia en nuestras mentes. Fue quien primero nos avisó que dejábamos las Américas, nos despedíamos del continente. Mar y tierra fluidos y ni mar ni tierra, si acaso un harapo de ésta. A la vista de este ancestral vertedero de la naturaleza no puedo saber que sus sugerencias de indefinición se volverán parte de mi sustancia, como tampoco podía haber sentido la importancia de que nos estuviésemos separando por barco de aquel período inicial de nuestras vidas. De haber ido en avión de nuestra tierra a otra hubiésemos experimentado una continuidad entre la etapa que dejábamos y la que emprendíamos en un transcurso que nos resultaría inmediato, y forzados por el breve pestañazo que las separaba, se nos quedarían indistintas. Constatar la presencia de un océano de por medio y necesitar de esa dilatada quinceña de mares y cielos para alejarnos de nuestra isla nos graba en la médula la convicción de que de veras iniciamos otra vida. Contemplando sus algas atravesadas por nuestra proa como si fuesen hielos árticos, el Mar de los Sargazos me resulta huella de una tierra devastada, llevándome a coincidir así sea de soslayo con quienes, cada vez más desmentidos, siguen soste-*

*niendo que por allí pudiera haber estado la Atlántida, y esa abundancia de vida vegetal en pleno océano fuese el soplo con el que el perdido continente quiere sugerirnos su remota existencia. No sé si habrá nacido de esas impresiones pero a partir de entonces y desde la primera de las veces en que en infinidad de ocasiones y lugares, personas de todo género y procedencia me preguntarán de dónde soy, en medio de los rodeos e imprecisiones con los que intento resumirles años de vagabundeo a lo que mi razón vuelve constante es a la certeza de que mi verdadero lugar de nacimiento fue ese territorio impreciso disperso en el océano, cruce entre la tierra y el mar, un espacio que nadie posee ni puede reclamar: el Mar de los Sargazos. De ahí vengo, es lo que para siempre sentiré.*

*(De La irresistible caída del muro de Berlín)*

Y basta de fragmentos. Hora es de entrarle a un relato entero y no persistir en postergaciones a lo Tristram Shandy. De concluir este prólogo y empezar el grueso de la labor que me ha pedido Aguilera. No lo haré sin embargo por el inicial *Detritus*. Acatar un orden cronológico me resulta una ruta aburrida y burocrática. Me obligaría a seguir sin desvíos los años, no seguir el azar de temas o estilos o situaciones y saltar a placer entre épocas, géneros y modos, una manera que se me hace más esclarecedora y soleada.

## Paréntesis sobre traducción de Perec

---

Leyendo anoche un texto de Georges Perec traducido al español —la única versión francesa que encontré tenía una letra menuda y apretada, ni conveniente a mis ojos ni agradable de leer a ninguno, así que me transé— me encuentro con que el traductor achaca a Perec un amigo que tal como aparece en esta versión traducida, se llamaría François el lionés. Conocido de Perec con tanta familiaridad como para llamarlo por ese apodo, se diría amigote íntimo o personaje fantasioso de París. Ni uno ni otro. A quien el escritor francés se

refiere en su original es a su amigo, no lionés como gentilicio campechano sino François Le Lyonnais, apellido con todas las de la ley del matemático que junto con Raymond Queneau creó el experimental grupo literario Oulipo del que Perec fue brillante partícipe.

## El gran salto adelante

---

Entonces un trabajo que para contradecirme trae trastienda cronológica: inicia mi primer libro publicado, *Crónicas del Mariel*, aparecido en 1991, treinta años largos después de escribirse *Detritus*. Crónicas que a partir del equívoco título algunos creyeron, atentos a mi profesión periodística de entonces, veraces relatos periodísticos, y hasta hubo una editorial que me devolvió el manuscrito sin leerlo aduciendo que sólo publicaba ficción; aunque al recibir su rechazo de mi libro nunca abierto tomé nota de cómo justo entonces editaban con aparatoso entusiasmo una antología de literatura cubana con autores escogidos sólo de la isla, realizada con denuedo de promotor por Edmundo Desnoes. Para el caso, reitero: estas *Crónicas* son crónicas ficticias. Y doy paso a *La Fañosa* que a diferencia de otros dos cuentos del libro no ha sido recogido en antologías pero no sólo le tengo especial cariño por ser el que me movió a escribir el libro sino creo que merece este recuerdo. He puesto en cursiva selecciones previas pero tratándose aquí de un relato que completo será mucho más largo prefiero otro camino. El exceso de cursivas no me agrada, latosa y dificultosa se me hace al rato de leerla. Podría poner el cuento entre comillas e iniciar como es costumbre con ellas cada párrafo, pero me causan alergia las comillas y me convenció de lo perspicaz de mi rechazo enterarme, después de años de esquivarlas, que a James Joyce le repelían. Las llamaba palitos de tendedera y por eso a los diálogos de *Ulises* antepone el guión latino. O sea que aquí está *La Fañosa* con texto en negrita.



## La fañosa

---

**Nació con una enroscada deformación que le retorció los tubos de su garganta.**

**Su casa, de techo de guano y piso de tierra, estaba en pleno monte, y a pesar de su pequeñez, entre ese techo y ese piso se las arreglaban para caber un fecundo matrimonio, del cual ella fue el sexto y ni mucho menos final vástago, un perro bien alimentado con fértiles sobras, algún animal de descampado corral que se metía sin invitación a disfrutar de la compañía de la gente, y abundantes bichos que se jugaban la vida en busca de los últimos granos de comida y muchas veces la perdían bajo el divertido pie de un niño que al matarlo se anotaba un tanto.**

**La familia siempre tuvo cerca el dispensario encargado de atender a todo el horizonte y más. En otros tiempos, la recién nacida de trastocados tubos respiratorios habría sido una paciente más, guajirita sin nombre, de aquella olvidada clínica. Sus médicos, jóvenes de internado preocupados por hacerse de una consulta en La Habana, la habrían tasajeado como a un animalejo; limitados a una camilla, un autoclave, un botiquín con más vacunas que remedios y varios bisturís, su meta quirúrgica sería sencilla: una intervención que permitiese hablar a la deforme, despreocupados de cualquier otra consideración estética, facial o sonora. Después de todo, ella no era la hija del colono. Ya metidos en plena revolución, a la recién nacida le sucedió exactamente lo mismo.**

**Los médicos del sanatorio local, el mismo de antes, sólo que ahora en vez de número llevaba el nombre de un mártir, seguían bastante escasos de recursos. Consideró además el cirujano jefe, con celo doctrinal, que a una joven del pueblo socialista no le hacen falta atributos físicos para salir adelante, ni en la sociedad ni en el amor, y que conceptos demasiado refinados de la belleza femenina no eran sino remanentes del antiguo orden de cosas. La cortaron por tanto con despreocupación, a media mañana, entre**

**anécdotas y comentarios de las noticias del día, convencidos de que a aquella guajirita recompuesta nunca le tocaría representar a su país, ni dentro ni fuera de él, y de que cuando a esa chiquilla de monte adentro le llegase la hora de merecer, a ningún guajiro ansioso metido entre cañaverales le importarían las desmesuradas cicatrices que ellos iban dejando implacables en torno a su boca y a su cuello, ni el chillido de pajarraco que conservaría para siempre su gangosa voz de pito, producto de un bisturí apresurado por gusto y de algún corte de más en la tráquea.**

**Acertados estuvieron, aunque sólo en parte de su pronóstico.**

**Primero, las crecientes faenas agrícolas de la revolución la fueron zarandeando desde arrancar, bien prematuramente, su adolescencia, llevándola de oriente a occidente por toda la larga isla a participar en siembras, cosechas, concentraciones multitudinarias y hasta campañas militares; tal como previeron los doctores, la fraternidad que acostumbraba acompañar a las diversas labores de la vida comunal permitió que nunca, desde la decisiva primera ocasión y cuanta vez llegó el momento del imperioso celo, se pusieran reparos a la imprecisa forma en que su boca había quedado retorcida para siempre, ni a los graznidos de urraca que dejaba escapar cuando le tocaba una pareja mejor dotada de lo previsto.**

**Lamentablemente errada estuvo sin embargo la primera mitad del vaticinio.**

**No adivinaron, jamás habrían podido soñar los cirujanos que su frágil y miserable paciente participaría años después y curada ya de numerosos espantos, en esa segunda armada invencible enviada por fuerzas hispanas contra el mundo anglosajón, y que tras hacer el viaje del puerto cubano del Mariel al islote americano de Cayo Hueso fue a esparcirse por todos los rincones de los cincuenta Estados Unidos, trastornando a ratos la paz, la vida y las relaciones de más de una hasta entonces apacible y en apariencia inmovible comunidad de la Unión.**

Allá fue ella, en uno de los tantos barquitos que cruzaron bamboleantes el estrecho. Recorrió estadios, campamentos y fortines, y en más de una ocasión estos encierros colectivos la llevaron a ser objeto, a pesar de su sorprendente fisonomía, de una disputa entre dos compañeros de ajetreado nomadismo, hombres que como bien previeron quienes tan burdamente la recompusieron siendo criatura, poco caso hacían a sus gangosas interjecciones o a la torsión cada vez mayor que los años iban dando a su lengua, labios y dientes, fijándose más en su habilidad, mucha, para obtener favores de las autoridades del campamento de turno, para aprovechar como y cuando le convenía la lástima que su deformación despertaba entre los guardianes, para obtener alimentos de más en forma obtusa, sabiendo que de ser sorprendida, los supervisores tendían a hacerse con ella de la vista gorda, para cocinarlos en forma tan succulenta que opacaba del todo el monótono rancho repartido en el campamento, y por último, un último que terminaba siendo cristianamente lo primero, para resolver, con estudiado contoneo y natural dulzura, las urgencias que la congestionada vida en común de estos encierros, con su ocio, sus olores animales, su promiscuidad perpetua y los vistazos voluntarios o involuntarios a las intimidades de los vecinos de barraca, volvían frecuentes, cotidianas.

Su congénita característica la convirtió en uno de los selectos refugiados a quienes una habilidad o un rasgo, los sobresalientes conocimientos médicos o la falta de una mano, el don del canto o una descomunal fortaleza, hacían resaltar entre sus miles de compañeros. Por eso, cuando la mudaban de campamento y se aparecía en uno nuevo, el punzante chillido de su voz imposible de modular la antecedía, la anunciaba.

Escuchaban los refugiados su graznido y salían de las barracas o levantaban la lona de las carpas buscando a quien llamaban la fañosa, recibéndola con estrepitosos abrazos, aunque no faltaban luego incidentes, de los cuales era ella eje, que los ponían al borde del crimen: encuentros imposibles de resolver sin recurrir a la

**ubicua navaja o el revólver malamente conseguido, sin la violencia o los amagos de violencia pendientes siempre como un mal tiempo sobre las atestadas barracas. Pero estos desafortunados tropiezos se habían vuelto parte inseparable de sus vidas y ella pasaba los días feliz o al menos conforme en su feroz universo, arrastrada junto a todos por la incesante cadena de hogares, amigos y amantes.**

**Cuando un azar, disfrazado de descuido burocrático o de alma compasiva, quiso sacarla de aquel molino de galeras y la soltó a defenderse como pudiera por las calles de un mundo cuyo idioma apenas alcanzaba a balbucear, cuyo comportamiento le seguía resultando bastante incomprensible y cuyo desprecio hacia ella, la del rostro espantoso y la voz hiriente, supo que no desaparecería jamás, comprendió, o intuyó, algo de su futuro. De los ciento veintitantos mil marielitos, como los llamaban pocas veces con cariño y muchas despectivamente sus semejantes de todos los idiomas, había un racimo de unos pocos miles como ella a quienes las sinuosas huellas de la desnutrición, la cárcel o el desenfreno habían marcado de manera indeleble con tatuajes, deformaciones, estulticia, recelo o cicatrices. Para ellos nunca habría esperanza de incorporarse de lleno, al menos por caminos trillados, a una sociedad distinta dentro de la cual tantos otros, igualmente desembarcados de las anhelantes embarcaciones de la flotilla, pero más aptos o más flexibles, comenzaban ya a prosperar. Más o menos comprendido esto y al cabo de una semana escasa de callejeo, sintió, al revés que muchos, el horror de dejar de ser marielita, de perder el único lazo que sentía con algún grupo de gente. Por eso, aunque vislumbraba los riesgos de trabajar en semejante bar, donde no pasaba semana sin que un cliente fuese agujereado a balazos o abierto en canal de una puñalada, no lo pensé dos veces cuando se le ofreció la oportunidad de aceptar empleo en él como cantinera.**

**Apenas recibía salario por servir pero había entrado a trabajar a sabiendas de esa condición y sus cálculos financieros no le falla-**

**ron. Recibía propinas escasas pero frecuentes, pues pocos eran los clientes con suficiente dinero como para pasar de las tres cervezas y calentar un taburete toda la noche; así, el número compensaba la pobreza de la clientela. Contaba sobre todo con una labor secundaria que el patrón no sólo no prohibía sino alentaba, convencido de que cualquier diversión especial ofrecida por su tugurio le atraería más marchantes.**

**Reinaba en la taberna una laxitud de todo género. A los servicios para hombres iban varones en parejas a pasar largos ratos, sin alarmar ni a propietario ni a clientes, molestando si acaso a quien, no obstante su urgencia, se veía vedado el paso al inodoro, tras cuya acerrojada puerta culminaban romances cuya antesala había sido el inmediato urinario, lugar de proposiciones no solicitadas ni con una insinuación, y otras veces, algunas de trágico desenlace, más que de proposiciones de órdenes proferidas con las dos armas en la mano.**

**Para redondear las atenciones y no permitir la fuga de clientes quejosos de que sus preferencias o caprichos no hubiesen sido atendidos, las tres o cuatro meseras presentes en cualquier turno estaban siempre dispuestas a desaparecer un rato del humeante salón e irse a complacer las proposiciones de algún bebedor, que tras calmar la sed buscaba partir saciado. No iban lejos; de noche, la mal alumbrada senda que divide en dos las manzanas y sirve a mensajeros y basureros, a la cual se llegaba por una puerta trasera cuyo aviso inglés de exit le había valido el ebrio mote de puerta del éxito, era rincón favorecido por quienes a esa tardía hora andaban demasiado escasos de fondos como para lanzarse a buscar hotel o a quienes la bebida o las ansias acumuladas habían vuelto apremiante el deseo, impostergable.**

**Al contrario de lo que a primera y también segunda vista hubiera podido suponerse, la fañosa se desempeñaba en estas cariñosas faenas con tanta destreza como la que más, y era, no sólo solicitada por igual sino preferida incluso en ocasiones, no obs-**

**tante su garabato facial, a aquéllas a quienes un novedoso pelo rubio, contrastante con el abundante bozo oscuro, volvía primero objeto de particular codicia y luego convertía en blanco de infames comentarios desengañosos sobre el verdadero color del resto de su vello.**

**Gracias a los años y las experiencias, abundantes sobre todo en meses recientes, aquella labor ejecutada casi siempre de pie en el familiar callejón trasero, donde en verano se hacía necesario aplastar cucarachas que trepaban atrevidas por las piernas en el peor momento y aceptar el olor a podrido que brotaba en abundancia de los enormes depósitos verdes llenos de comida descompuesta, no le resultaba a la fañosa difícil ni cargante. Daba en cambio muestras de un maduro conformismo, que a otros niveles y para otras tareas habría merecido llamarse estoicismo; calificativo algo erróneo, pues en el peor de los casos, se decía la mujer, no implicaba su labor sacrificio mayor al de muchos otros trabajos sudorosos o malolientes y de lo único que se trataba era de pericia técnica, de puro y bien aprendido oficio. De memoria se sabía los palpos, las frases, las caricias, los movimientos, y sobre todo, el ritmo necesarios para descargar la avidez de sus muchos compradores de amor y dejar a éstos complacidos, sin regalar un gesto. Hasta los días en que la luna hubiera podido vedarle el acceso a las ganancias suplementarias de su accesoria labor, sabía cómo arreglárselas para no caer en el paro. Esas madrugadas suspendía tajante todo galanteo con quienes sus expertos ojos identificaban como clientes despierptos, que sin duda exigirían mercancía a cambio de su dinero; atendía en cambio con esmero a quienes el aguardiente, la marihuana o hasta un gusto particular insinuado entre bocanada y trago señalaba como fáciles de complacer sin delatar su femenina cita mensual; con ellos salía diligente al pasillo, alumbrado por bombillos macilentos o a veces sólo luz lunar, y sosteniéndolos de pie contra el muro, usaba para satisfacerlos, como una lisiada, únicamente los dones de la parte superior de su cuerpo. Y lo hacía bien, como**



**a posteriori delataban la fatigada sonrisa y los ininteligibles pero a las claras complacidos murmullos de sus pasajeros amoríos. Pasajeros, aunque a menudo reincidentes.**

**Asegurado el trabajo, se lanzó en busca de hogar. Tarea más difícil, por más exigente; techos había, pero necesitaba algo más. Los años cubanos de campamentos agrícolas y los meses norteamericanos de fortines y carpas le habían inculcado un espíritu colectivista del que no le era posible deshacerse. La solitaria vida del cuarto del motel donde vivía, por solariega que fuese, colmaba sólo a medias sus anhelos de vida compartida.**

**Necesitaba llevarle café a la cama a los amigos, sentarse junto a ellos en el borde de la colchoneta mientras lo bebían y verlos despertarse, escucharles sus adormecidos planes de la mañana. Comer en grupo, ver cómo los demás saboreaban su sazón, saborear en alegre pandilla la de otro. Cada día este afán comunista se volvía más recio, más urgente. Quería sentir de vez en cuando una nalgada dada de puro cariño, escuchar un piropo indecente sin otras consecuencias, cosas que la distrajeran cuando la pobreza lluviosa la entristeciese. Compartir anécdotas y proyectos, afanes y accidentes, hartarse de alguien de la comuna, evitarlo, pincharlo, aliarse murmuradora a otros contra él; presentir una conspiración, contraatacarla, vencerla o sucumbir, azares intrascendentes o fatales de la tribal vida en común, la única manera en que sabía ya vivir.**

**Tan sola se sentía que disfrutaba de almorzar en mostradores de café para conversar aunque fuera con el camarero y donde demoraba media hora en un postre con tal de escuchar episodios de la vida de otros clientes sentados a su lado, contar los suyos, dar consejos; iba a cruces frecuentados y en ellos pasaba horas de pie, junto a otros ociosos, escuchando monótonos relatos de vagos o accidentadas historias de aventureros que habían pasado días o semanas presos por una ratería; orientando a abandonadas, indeci-**

**sas entre quedarse a callejear por su cuenta en Miami o irse a Chicago a vivir con una prima de buenas costumbres, o tranquilizando a adolescentes cuyos tenues modales les habían costado la ruptura con enfurecidos familiares que no los veían desde la primera infancia. Nada de esto la agotaba y cuando vio asomar la oportunidad de hacer permanente esta vida, le echó mano sin vacilar.**

**Fue un conocido de uno de los aciagos campamentos quien le resolvió el destino. Lo vio entrar al bar e irse hasta la mesa de dominó colocada cerca de una discreta esquina, donde un empujador emigrante vendía marihuana, a granel o liada. Fumado el cigarrillo y bebidas dos cervezas, le contó el hombre entre pena y pena que andaba en busca de alguien interesado en sumarse a él y a otros dos de similar pasado para entre todos alquilar una casona a pocas cuerdas, en pleno barrio. Lo que el hombre llamaba inconvenientes de la vida en común sin creérselo, pues como ella era un irremediable comunero, le resultaron encantadores atractivos.**

**Sin una vacilación propuso al bebedor ser ella la cuarta persona necesaria a la proyectada comuna. Y sin pensarlo dos veces aceptó él, en su nombre y en el de los otros dos, pues si no le había hecho la proposición abiertamente desde el principio era obedeciendo a un acto reflejo, por ser ella mujer y no saber si sería esa vida demasiado indiscreta para su gusto.**

**En menos de una semana se instalaron los cuatro amigos. Como bien anticipó ella, en las primeras semanas y a las primeras noches de farra, sin que los detuvieran ni sus salivosos gorjeos ni el curioso diseño de su cara, se la sirvieron los tres, como groseramente decían a sus espaldas pensando que no los escuchaba, si bien consideraba la fañosa ser ella quien se había servido y bien golosamente a su trío de convivientes. Aparte este disfrute de gozar del amor en camas propias y bajo el propio techo, y no de pie en la calle, tuvo la mujer el compartido placer de arreglar y limpiar la casa, ordenarla entre todos y discutir cómo repartirla, pintarla de animados colores, conseguir unos pericos y ponerlos a cantar en**

una jaula en el portal, hacerse de un perrazo para soltarlo en el patio y disuadir a maleantes, adornar la sala con encabritados caballos de yeso y presidirla con la enorme y protectora imagen de un santo apócrifo y llagado, pobre como ellos, e irse acostumbrando, entre incidentes furiosos que en ocasiones parecieron irreversibles pero a la larga siempre superados, a la vida en su nuevo hogar comunal, aclimatándose a la casa colectiva como si fuese el familiar bohío abigarrado de su infancia.

La alegría y su tabernera costumbre de escuchar música en todo instante la tenían el día entero con el radio encendido a volumen de bar, sumándole de tarde en tarde a este escándalo, para consternación de más de un vecino, sus lacerantes y afónicas versiones de las canciones de moda. Cuando algún antiguo residente de numerosos campamentos, o un asiduo del bar, pasaba por la acera en ocasión de sus cantos, la identificaba enseguida: ahí vive la fañosa, o como decían otros, la de la taberna de los marielitos.

Una persona prudente habría aprovechado la estabilidad hogareña para buscarse otro empleo, si no más reposado por lo menos más alejado de las constantes navajas o pistolas que entre abrazos fraternos y lamentos compartidos punteaban de manera insistente las noches del compasivo bar. Pero la prudencia era una virtud que los contratiempos habían obligado a la desfigurada mujer a dejar atrás. De manera que siguió tras su barra, acostumbrada a ella, a sus botellas y sus trapos, a sus sucesivos y complacidos enamorados.

Y una noche, ya a última hora, se escuchó por encima de la música un grito como de una lechuza que hubiese cruzado, iluminándola con su panza blanca, la penumbra del pasillo del fondo, el de las pasiones veloces, del cual venía un brillo amarillento que penetraba por la entreabierta puerta del fondo. Entre distraídos y curiosos salieron algunos a investigar con poco entusiasmo, y en medio del pasillo, en su lugar mejor alumbrado, como en el proscenio de un dramático escenario, la encontraron tirada boca arri-

**ba, acuchillada y encharcada en sangre, rodeada de bichos salidos apresuradamente de los latones de basura, que correteaban a su alrededor investigando sus restos, y de dos gatos que despistados por su desfigurada boca abierta de pez, se acercaban a husmear su abierta barriga en busca de ventrecha, velozmente muerta de una puñalada que se le había colado entre las costillas y le había partido el corazón en dos, y acribillada por unos cuantos e innecesarios tajos más.**

**La policía ni se enteró pero en el bar se rumoró silenciosamente días después que el malhechor había sido un desvalido cliente a quien la fañosa, llevada mediante engaño al pasillo, se negó a fiarle los orgasmos.**

(Del libro *Crónicas del Mariel*)

## Más marielitos, ahora reales

---

Viviendo como vivo en La Pequeña Habana durante los meses del éxodo del Mariel, o como apocopado se dice y todos entienden, del Mariel, nada más natural que encontrarme, pararme o sentarme a conversar en el sitio menos esperado o hasta convivir puerta con puerta con una variada sucesión de marielitos; más todavía, trabajando como trabajo en un periódico, enterarme de infinidad de sucesos y anécdotas con marielitos como eje; también, teniendo como tiene el Mariel un buen componente de gente dedicada o aficionada al arte o la literatura, recuperar compañeros y amigos del Instituto del Cine, grupos de teatro, escritores. Para remachar, colaborando como colaboro con Miñuca, mi mujer, en su documental *Tent City*, donde retrata la vida de algunos de los marielitos más desamparados reunidos en una ciudad de carpas abruptamente montada cerca del centro de Miami, lo que me lleva a pasar con ella días y noches escuchándoles penurias, nada más lógico que termine yo escribiendo las *Crónicas del Mariel*, así lleve años dedicado casi exclusivamente al periodismo.

## Paréntesis sobre tatuaje

---

Entre los cientos de refugiados del Mariel reunidos en esa Ciudad de las Carpas erigida en el centro de Miami que retrata mi mujer me encuentro con uno que como no pocos exhibe un tatuaje escrito en el pecho. La frase con que este hombre quiere definirse ostenta la precisión, la concisión y el nivel de expresión de la gran literatura, y no digo yo si serviría a quien lo escogiera como inmortal epitafio. *Nací para crear dificultades.*

## Canique

---

Amigos y conocidos de distintas épocas y lugares de mi infancia o juventud me topo tras el desembarco de ciento veintitantos mil cubanos, muchos habaneros. A buen número de crónicas, aunque veraces tan disparatadas que sin pestañear hubiesen podido pretenderse imaginarias, da pie la imparable sucesión de encuentros. No recuerdo dónde estaba ni qué hacía el día que me tropiezo con Canique. Habrá sido en uno de los centros dedicados a atender necesidades de los refugiados, repartos de comida o ropa, registro para conseguir albergue. Lógico que sea ahí donde se me aparece Canique, ¿cómo iba a tener casa en Miami alguien que pasaba la noche al raso en Cuba? Sin idea de qué hago aquel día allí, si informando o curioseando, recuerdo el momento en que pasando por encima de muchas cabezas, nuestras miradas se cruzan, y cuánto me sorprende encontrármelo. En cuanto a Canique, cuando me reconoce, tan rápido como yo a él, de lejos me saluda con una exclamación y un alegre alzar de manos, y quitando gente de en medio nos damos un abrazo, el primero que nos hayamos dado nunca, nacido del regocijo de encontrarnos tan lejos de donde nos conocíamos y nos veíamos y después de tanto tiempo. Algo cambiado lo veo en comparación con el Canique que dejé veintitantos años antes. La rasa lanilla de su pelo exhibe esparcidas manchas grises; sus facciones, distinguidas siempre por una alegría con bastante de infantil, lucen resquebrajadas, y observándolo de cerca me da que no es tanto que se le ha-

yan contraído por la edad unos rasgos que conocí rasgados sólo por la picardía sino que no relucen ya con la perenne felicidad que desprendían. Ensombrécidos, sajados por hendiduras escondidas bajo la recia negrura de su piel.

Su mundo era el Vedado, centrado en una reducida cuadrícula que situaba uno de sus lados en el Teatro por entonces Auditorium, donde acostumbraba ganarse unos quilos diciendo a la gente que iba al teatro o a comer al Carmelo que se encargaría de cuidarle sus autos parqueados. El otro costado andaba por los alrededores de la calle Paseo, en una bodega donde también se conseguía unos centavos repartiendo encargos o ayudando al bodeguero en lo que se le pidiera. Tardo en enterarme de dónde tiene su casa. Buscando no desperdiciar el cierre universitario me da por ir muy temprano a diario al hospital Reina Mercedes, a trabajar como aprendiz en el laboratorio médico, cosa de ir acostumbrándome a esa profesión médica que no me creo. Un día, atravesando el parque al costado del Auditorium, oigo desde irme acercando una voz chillona que pretendiendo entonar un canto se hace estridente y desgarrada. No acabo de fijar de dónde viene pero cruzando el centro del parque lo descubro. Es Canique, acostado boca arriba en el fondo de la fuente, ornamento en mi recuerdo bastante feo, con algo de bañadera, fuente seca hace años sin que a nadie le importe. Me asomo al borde y cuando Canique me ve, interrumpe su canto, me saluda contento y sonriente sin moverse, y enseguida recupera su melodía y su reposo. Día sí, día no, o mejor decir los días que no llueve o no ha llovido de noche y mojado el fondo de la fuente, me lo encuentro allí saludando la mañana con su agudísimo canto, entonado al máximo volumen. Un día me lo encuentro fuera de la fuente, viene a conversar y sin que yo se lo pregunte me explica que siempre que puede pasa las noches allí. ¿Y cuando llueve? Entonces va al lado opuesto de su rectángulo, al amplio soportal de la bodega de Paseo, a dormir protegido. Está claro que si puede irse a cobijar allí bajo techo, es que cuando el tiempo se lo permite, prefiere ver el cielo cuando abre los ojos.

No vuelvo a ver a Canique en Miami y cuando pregunto en lugares donde presumo puedan saber quién es, algunos creen identificarlo pero nunca con seguridad, no lo reconocen por su nombre. Si no me lo vuelvo a encontrar será porque las autoridades lo habrán trasladado a alguno de esos campa-



mentos abiertos en estados remotos como Arkansas, campamentos militares rehabilitados para recibirlos. Quién sabe si la rareza geográfica lo desconcertó y lo alteró, o si su feliz gentileza le permitió navegar sin incomodarse por lo desconocido. En todo caso, a partir de ese único encuentro pierdo el rastro de Canique, aunque recojo aquí su crónica veraz y sin cursiva.

## Paréntesis sobre paréntesis de Perec

---

No han pasado más de dos días cuando recuperando anoche la lectura de Perec me encuentro con que encabeza uno de los muchísimos y breves capítulos de su libro con el título *Paréntesis en forma de anécdota*, misma forma de presentación con que yo colé en este texto la observación sobre lo que consideraba la equivocada traducción de un nombre propio en ese trabajo suyo. Partiendo de esta aparente coincidencia se me hace más evidente que nunca la callada manera en que la lectura de un escritor nos impregna, no sólo de sus ritmos, sus estilos, sus cadencias, su preferencia con maneras de construir, de dónde le vienen sus formas, sino de mucho más, rasgos en apariencia menores como su preferencia por unas palabras frente a otras antes incluso de leerlas, sin serle necesario usarlas para sugerírnoslas. Sus textos las traen en el aire antes de ser leídas por primera vez y las intuimos. Nos van depositando dentro sin nosotros enterarnos su vocabulario, silenciosamente nos dejan página tras página las evocaciones de su mundo.

## Otra crónica

---

Comparte la crónica de Canique un rasgo saliente con otras del Mariel, la de los débiles mentales desterrados a la fuerza sin distinción entre simples deficientes o locos de remate, expulsados de una sociedad que ni sabe ni quiere

lidiar con desajustes. Para ilustrarlo recojo otra de mis crónicas, más bien fragmento de crónica, en cursiva y de ficción, como *La Fañosa* parte de mis *Crónicas*: relato de un joven a quien un servicio militar obligatorio al que es del todo refractario le tuerce la mente sin remedio. Expulsado sin familia en uno de los barcos del Mariel, es recogido en Miami por una tía caritativa de buena posición, quien se empecina en curar al joven o al menos domesticarlo hacia una conducta aceptable en soledad, una vida que dé fruto. Con ese fin le encarga el cuidado de lo que tiene por mayor logro de su vida de exilada, eso que orgullosa llama su museo, una arbitraria colección universal de todo género de objetos, de valor incalculable o desdeñable, lo mismo da con tal de que sea obra cubana, parte de un patrimonio nacional visto a partir de la óptica más generosa y desprovista de crítica, lo que en este caso oportuno pudiera llamarse un ajiaco. Según pasan los días, la convivencia entre tía y sobrino va tensándose, hasta que una tarde,

*Estaba el muchacho al fondo, de espaldas, de pie ante un librero dedicado sólo a tarjetas, donde álbumes diversos habían sido colocados en calculadas posiciones, como en un muestrario. Al lado de volúmenes con forro de piel que guardaban colecciones de tarjetas de correo, con paisajes o escenas fotografiados en la isla durante los cien años previos, había otros más modestos, con carátula de falso cuero o hasta de cartón, arrugados y con rastros de suciedad por el mucho manejo, dedicados a colecciones de postalitas infantiles, papelitos de colores vendidos en Cuba con galletas o chocolates o chicles, donde se narraban numeradamente las aventuras de personajes popularizados por los muñequitos o la radio, héroes autóctonos o internacionales, espías indios, vaqueros de la manigua cubana, y también colecciones donde aparecían plantas o animales del mundo entero, episodios de las guerras independentistas o efigies de los héroes de América. Trataba el empleado de colocar en perfecta fila estos volúmenes de distintos tamaños y llevaba en eso más de una hora, desplazándolos centímetro a centímetro con suma calma y atención, en el lento empeño de formar con ellos una línea perfectamente paralela al borde del estante.*

*Tras entrar con su paso derecho y decidido, lo saludó la tía con un grito que, como muchos gestos suyos, combinaba en forma para algunos*

*graciosa el tono de juego con el don de mando y la vulgaridad. Dio el muchacho un asustado salto y al darlo, empujó el álbum que en ese momento trataba de ajustar, desbaratándosele en un segundo el orden buscado desde hacía tantos minutos. Al ver el reguero, soltó el bobo un berrido apretado, una especie de quejido reseco nunca antes escuchado por la mujer. Y sin dar tiempo a ésta a reaccionar y controlar a las buenas o a las malas su desasosiego, agarró el débil mental un sujetalibros de bronce que figuraba la cabeza de un precursor literario antillano y no se lo lanzó a la mujer, como evidentemente temió ella a juzgar por la alarma con que alzó un brazo y agachó la cabeza, sino que con disparatado ademán, lo apretó contra un tocador de madera pulida y molduras doradas y lo restregó con fuerza, demostrando de manera inequívoca el marcado deseo de arañarla, como si tuviese en la mano un cepillo de carpintero y le hubiesen encargado una fina labor de labrado.*

*Cuando la recuperada mujer se le pudo al fin acercar y le habló, primero con mesura y cariño, y luego, al notar que no se le hacía caso, con voz perentoria, intentando paralizarlo y al mismo tiempo arrebatarse el demolidor objeto, el desequilibrado lo alzó y golpeó con él tantas veces la elíptica luna del tocador, lo hizo con tal frenesí, que al segundo o tercer porrazo comenzaron a saltar astillas de vidrio, peligrando agresor y coleccionista entre los menudos y cortantes cristalitos que volaban por los aires y viéndose obligada la mujer a dar varios pasos atrás y refrenar su impulso de sujetar al sobrino otra vez rebelde. Siguió él dando mazazos y una vez hecho cisco el espejo de trabajados biseles, comenzó a murmurar entre dientes una amenazante y amarga letanía, una recitación incoherente que brotaba de su boca como agua burbujeante; notó en ese momento perplejo la sangre que le brotaba de la mano y el brazo, cubiertos de brillantes astillitas de vidrio incrustadas en la piel. No aguantó más la mujer el destrozado espectáculo y en un instante, perdió su compostura pública de tantos años y salió de la habitación dando groseros y descompuestos chillidos.*

*Al cabo de un rato se recuperó un tanto y volvió hacia el asolado cuarto, pausada y cortés, con un calmante vaso de agua colocado en un plato junto a varias pastillas.*

*Pero cuando vio el estado del salón ya no pudo tener calma. Imposible pedírsela, ni serenidad ni comprensión, ante aquella hecatombe. Imposible, cuando vio los álbumes desencuadernados por el suelo, las tarjetas con fotos coloreadas de hacía un siglo rotas en minúsculos pedazos, la nasa desfondada, las cuerdas de la guitarra y de la red cortadas, los cuadros y dibujos vorazmente tasajeados con la misma tijera destructiva, los grabados arrancados de sus marcos tras despedazar sus vidrios, engurruñados los cartelones y las fotos y tirados sus restos por los cuatro rincones, entre las semillitas de las maracas que en ese momento se hacían pedazos y se abrían como un cráneo al estrellarlas el enajenado contra la pared, en un veloz vandalismo que desquició a la mujer, inconsciente en su desesperación de que se enfrentaba a un peligroso trastornado y de que sus insultantes alaridos no lograban sino calentarle a éste más la sangre.*

*El arrebatado sobrino estaba sin embargo demasiado ido ya como para ocuparse de ella, totalmente abstraído en su demoleadora ocupación. Destruído a satisfacción el primer cuarto, salió disparado hacia una segunda habitación del museo cubano, a desbocar más su cólera sin hacer caso a los exactos insultos de loco de remate que le dedicaba su tía. Aterrada lo vio entrar al otro salón, el de los sofás y las hamacas, del armario con las sabanitas y las fundas, muchas envueltas todavía en los celofanes de fábrica donde aparecían direcciones de barriadas obreras habaneras o de algún pueblo del interior, del mueble Luis XV criollo que guardaba una canastilla tan vasta como para suplir a un orfanato: cargadores de hilo bordados a mano y dignos de un príncipe, docenas de baticas de colores colocadas unas junto a otras en un arcoiris pastel, boticas y zapaticos en diversos grados de uso, algunos relucientes y blancos, otros agrietados y otros rígidamente preservados con baños dorados, baberos con infinidad de estampados en la felpa: globos, flores, payasos, ositos, personajes de la mitología infantil de varios siglos, y en una diminuta gaveta, una colección de primeros rizos y de ombliguitos cortados a recién nacidos, conservados amorosamente en etiquetadas bolsitas de plástico transparente, atadas con lazos de colores.*

*No pudo aguantar más. Corrió al teléfono y marcó el número de alarma, a pedir ayuda a todos, a la policía, a los bomberos, a decirles que un*

*loco furioso estaba suelto en su casa, a explicarles que lo rompía todo, que acababa con todo, que su vida peligraba, y principalmente, a invocar cada dos frases la mágica palabra que los atraería a la carrera, que aceleraría el socorro, que dispararía las sirenas por las calles, la palabra capaz de sobresaltar, poner en vilo a las autoridades, marielito.*

*Tan potentes fueron sus alaridos de denuncia que no pudo escuchar el crujido de las envolturas de papel al romperse, ni de las sábanas bordadas al rasgarse, ni de los pisotones con que el disparatado muchacho deformaba irremisiblemente a taconazos los mangos de plata de pequeños tenedores labrados, ni el matemático orden con que hacía jirones una a una las múltiples piezas de vestimenta infantil. Regresó a tiempo sólo para contemplar los destrozos, para ver el relleno de los muebles esparcido por la habitación como si en ella hubiese caído una nevada siberiana, pues ya el sobrino, cuya capacidad de demolición parecía acelerarse, se lanzaba animado a otro recinto y dejaba atrás un basurero inútil. No se decidió a intentar detenerlo, pues notó en la ágil carrera del alucinado la irrefrenable decisión de pasar por encima de cuanto obstáculo fuese con tal de proseguir su debacle. No atinó tampoco a mirar en detalle lo destruido por miedo a llorar, a desmayarse, a enloquecer ella también y lanzarse en pleno desatino a cooperar con el destructor en la fatal empresa, atinando sólo a comparar en su mente los arruinados restos de su tesoro con otras ruinas históricas que habían conservado su dignidad y su precio a pesar de grietas y mutilaciones, y consolándose por anticipado con la perspectiva de años de dedicación a cuidadosas restauraciones y renovaciones.*

*Siguió el muchacho su concienzuda labor en la tercera pieza, después de triturar por el camino, en el pasillo, unos figurines de porcelana quizás ajenos a la colección. Llegó al rincón donde junto a una vitrola antigua se conservaban en un enorme estantero centenares de discos con danzones y sones, guarachas y rumbas, con escenas burlescas de vodeviles preservadas en grabaciones únicas, registro del circo y el teatro bufo de principios de siglo, interpretadas por blancos pintados de negro y mulatas blanqueadas con talco cuyas fotos aparecían enmarcadas en las paredes o sobre los muebles, y las variadas sonoridades de la colección comenzaron a volverse una*

*sola, a transformarse en el mismo crujiente ruido, al hacerse pedazos los discos lanzados por los aires por el furibundo atila, que los disparaba festivo, alegre podría decirse, de un extremo a otro del cuarto, viéndolos volar, hacerse trizas, sumarse al insalvable escombros.*

*Se despedazaban los últimos cuando el escándalo de las sirenas policiales se superpuso al chasquido de los goznes desprendidos de la puerta y la tapa de la vitrola, al gemido quebradizo de las persianas de su cocina, hechas pedacitos por las poderosas manos del sobrino y tiradas al suelo o echadas a volar con ademán de jolgorio carnavalesco. Al escuchar a los patrulleros, corrió la mujer hacia la puerta de la habitación y la cerró por fuera, tonto gesto con que buscaba encerrar al sobrino, evitar que escapara, como si fuese un ladrón. Se precipitó a recibir a la policía y cuando los agentes entraron, atropelló las palabras tratando de contarles en segundos lo que estaba pasando, de referirles en detalle el saqueo de que era víctima su museo, dándoles aliento y sin olvidar, cuerda en medio de su arrebatado, la repetida mención del Mariel y el Mariel, y entretener esto con las alarmantes palabras loco y peligroso, con lo cual, los policías desenfundaron sus pistolas sin pensarlo dos veces y en gesto de estilo hollywoodense, entraron a la habitación disparando.*

(Del relato «El Recluta», en las *Crónicas del Mariel*)

## Paréntesis sobre entrevista a Steiner

---

Me deja mi mujer en el ordenador una entrevista aparecida en *Babelia* al filósofo George Steiner, comentándome algunas de sus respuestas antes y después de yo leerla. Ninguna de las que me dice es la que más me impresiona. Ésta aparece casi al final, cuando Steiner dice al entrevistador, entre unas admiraciones que éste registra y yo reproduzco: «¡Yo le debo todo a Hitler! Mis escuelas, mis idiomas, mis lecturas, mis viajes... todo.» Deja dicho así cómo, teniendo él diez u once años, su avizor padre recoge a la fa-



milia y se muda con ella a Estados Unidos, apenas un mes antes de que los nazis invadan el París donde vivían. Así se abre Steiner a la vida. Bastante mayor que él me voy de Cuba, a los 26, por lo que ese todo suyo sería en mi caso un alarde aspavientoso. Me voy llevándome mucho de lo que me marcará: legados de familia, de profesores y conjuntos de amigos, lecturas y espectáculos, vivencias y tradiciones, sobre todo lo que será para siempre, con una añadidura posterior, mi familia. Una dotación. Pero en el momento justo de irme abro un torrente que nunca se ha detenido, al obedecer sin pensarlo un instante a la imperiosa urgencia de partir. Veo claro además en las palabras de Steiner otra cercanía: cómo esos personajes que nos dieron nuestros respectivos impulsos hacia una vida plena han quedado en desechos de la historia. Por su lado el asesino de millones, por el mío el pelele aferrado al poder por el gancho de la hoz hasta no quedarle ni siquiera ese sostén y caer de bruces.

## La universidad del teatro

---

Dos años más o menos necesito para empezar a contraer esa deuda que menciona Steiner. Estoy en París, aprovechando una beca que me permite asistir a las conferencias y participar en los talleres de la Universidad Internacional del Teatro —igual de importante, acceder a los comedores universitarios y aprovechar sus descuentos—. La consigo por intermedio de amigos que para defender mi matriculación aducen que mis labores previas en el cine me capacitan como profesional del oficio dramático, sin distinguir entre escenario y pantalla.

Para la mayoría de los pocos que puedan haberse interesado, en los 30 años y más que van desde el mentado *Detritus* a las recopiladas *Crónicas* escribo poco o nada. Error, no paro de escribir. Guiones de cine, proyectos de películas, obras de teatro completas o esbozadas, todos con la unánime fortuna de nunca, por un motivo u otro, haber visto la luz de un foco. Es por eso que transcribiendo *La Fañosa* —qué remedio; se publicó en tiempos pre-

digitales— decido que tras el recorrido por los tiempos del Mariel proseguiré estos papeles con un viraje atrás que desmienta esa equivocada percepción: un texto teatral traído de los inicios de ese intervalo nunca hueco, cuando finalizaban mis cursos de teatro. Siendo París y 1967, metido hasta el tuétano estoy, igual que mis más afines compañeros de Universidad, en las variadas provocaciones del teatro experimental y de vanguardia, furiosamente alzado contra el pasado en una rebelión más que gemela, siamesa, de la que en breve desatará mayo. Rodeado de estos alborotos, ningún apremio necesito para sentirme ya bien despegado de cualquier rezago de pecado original que pudiera quedarme de mis viejos tiempos en la isla y sus seudorreligiosos imperativos redentores. Aunque debo reconocer que a este dejar que mis ideas corran solas, sean herméticas, intrascendentes, pervertidas, las que sean, puede haber contribuido la enseñanza escuchada una mañana a un amigo escritor, todavía en Cuba.

## La rectitud de Onelio

---

En un despacho prácticamente vacío de muebles del Instituto del Cine pasan sus mañanas y sus tardes conversando ante una endeble mesa los escritores Onelio Jorge Cardoso y José Soler Puig. Siguiendo el ejemplo de grandes estudios internacionales, la ambiciosa directiva del ICAIC los ha contratado —no sólo a ellos, dos o tres más hay— para que colaboren en guiones de eventuales películas de ficción, solicitados por sus directores. El problema consiste en que corren las semanas y los meses y Onelio y Soler Puig se mantienen ociosos, conversando el día entero mano sobre mano a la espera de una proposición que no acaba de venir. Por el momento —larguísimo se hace— ninguno de los directores dedicados a proyectos narrativos se interesan en sus talentos. Y así siguen los dos, parasitarios sin quererlo, en eternas charlas dentro de su desnudo despacho. Ocurre a menudo que muchos de los que circulamos con media hora libre, al pasar por el pasillo y verlos entramos a enrolarnos en sus conversaciones y su compañía para

pasar el rato. Lo hago de vez en cuando y en una de estas visitas escucho a Onelio un relato y unas reflexiones que no por los mejores motivos se me quedarán para siempre.

Echado atrás en su silla, parsimonioso como es su costumbre, nos cuenta Onelio a Soler y a mí cómo la noche anterior, el rato antes de irse a dormir lo dedica como tantas veces a escribir un cuento. Terminado para su contento y releído, tanta aversión le causa lo que ha escrito, tanto lo disgusta consigo mismo, con sus pensamientos y sus motivaciones, que rasga el manuscrito y echa al cesto los papeles sin concederse otra oportunidad.

Dando a su expresión la satisfacción de haber sabido cumplir con su deber, en dos palabras nos explica Onelio su furia. No es que el relato fuese una idiotez, una narración banal sin pies ni cabeza. No son reservas literarias las que desatan su cólera. De lo que se da cuenta revisando su trabajo es de que éste contiene, así de acusador nos lo dice, un mensaje negativo. Sin proponérselo ha escrito un cuento con sesgos contrarrevolucionarios, y esta inmediata consideración le basta para condenar al fuego su obra. Queda esperando nuestras reflexiones. Yo sonrío y algo le murmuro, y otro tanto hace Soler, no sé si con mi misma hipocresía. Lo que de verdad estoy pensando es que acabo de escuchar a Onelio Jorge Cardoso —cuyo nombre creo bautiza ahora un taller literario cubano de prestigio— es la confesión de un pecado horrendo. Y sin necesidad de Kurosawa me ha enseñado cómo procede el escritor que quiere hacerse el harakiri.

## Un mar sin destino

---

Presento el proyecto a mis compañeros de Universidad y enseguida se interesan, no pensando ellos ni yo en contar con un texto terminado sino una base dramática y personajes que nos permitan ensayar, jugar a placer; entremezclar, improvisar, crear figuras y situaciones nuevas, nuevos intercambios. Lo que nos interesa, un fundamento abierto. Quedamos en empezar pronto y me dispongo a sacar copias de la pieza pero ni a eso llego. Por esos días recibo la

visa que llevo más de un año solicitando que me conceda entrada y residencia en Estados Unidos. Con la pena de despedirme de mis amigos y abandonar nuestro proyecto, guardo la obra en el sobre en el que quedará todos estos años, hasta hoy. No habiendo o no sabiendo encontrar en Nueva York terreno propicio para coordinarme con actores interesados en llevarla a escena y no menos arrastrado por el deseo de volver a dedicarme al cine en la recuperada compañía de mi mujer, a esto dedico a partir de entonces el tiempo que me deja libre el trabajo, relegando el teatro al fructífero episodio de la Universidad de París. Y *El Mar de la Tranquilidad* queda como testigo de mis maneras de pensar y hacer de aquellos tiempos.

Que se me ocurra incluir aquí una obra teatral dependiente en todo sentido del montaje y cuyo interés descansa en explorar a qué variadas ocurrencias da pie cada vez que sube a escena, tiene su dosis de disparate. Si al tanto de ello la incluyo y para colmo completa no es por tozudez ni falta de autocrítica. Mejor que cualquier otro trabajo mío de esos tiempos, la pieza es reflejo fiel de mis entusiasmos del momento, las búsquedas en que mi cabeza andaba; lo que me divertía hacer. Además, por ser la pieza como es, su lectura no obliga a una disciplina; el que se canse puede en cualquier momento saltarse unas cuantas réplicas y retomar la lectura por donde se le antoje. Pronto recuperará el hilo, no ceñido a una trama sino a ritmos e ideas generales. Y repetir ese salto cuantas veces quiera, aunque para llevarse el meollo de la obra y no su ilustración, aconsejable es que vuelva a ella poco antes del final y la siga hasta su conclusión.

## Mar de la tranquilidad

---

**Escenario a oscuras. Tras una pausa un proyector ilumina con su cerrado círculo de luz a dos hombres sentados a la izquierda del escenario, adelantados, casi en el proscenio. Son el Capitán y su Segundo, éste delante de aquél. Sus asientos están colocados sobre tarimas individuales y la del Capitán es más alta, de manera que**

su cabeza sobresale por encima de la de Segundo. Su asiento se ve además más cómodo y él lleva en la cabeza una gorra de capitán de barco, el único vestuario característico de toda la obra. El resto de los actores, e incluso él por lo demás, llevan su ropa de calle habitual. Capitán y Segundo miran en dirección al público pero por encima de sus cabezas, al fondo del teatro. Al cabo de unos momentos Segundo rompe el silencio, en el tono neutro de quien se limita a dar información.

**SEGUNDO.-** Capitán.

**CAPITÁN.-** ¿Sí?

**SEG.-** Nos hundimos.

**CAP.-** (Chasquea molesto la lengua) Tsk.

**SEG.-** Le digo que nos hundimos.

**CAP:-** (Más molesto) ¡¡Tsk!!

**SEG.-** Pero escuche, es que...

**CAP.-** ¡Ah, ah, ah, ah, ah! ¡Cállate y enciende!

Segundo se encoge de hombros, alza el brazo derecho y chasquea los dedos pulgar y medio. Simultáneo apagón del proyector sobre Capitán y Segundo y encendido de un proyector similar que con su círculo de luz ilumina a un hombre de pie a derecha de la escena, también adelantado hacia el proscenio aunque algo menos que Capitán y Segundo. Tiene el rostro contraído en un gesto de angustia y la mirada vacua y perdida. A partir de ella y del bastón que lleva en la mano derecha y con el que tantea sin parar el piso a su alrededor, sin por ello moverse ni cambiar de sitio, se le deduce ciego. Tras una breve pausa comienzan a escucharse, viniendo del fondo a oscuras del escenario, pasos que van acercándose y haciéndose más sonoros. Al momento de comenzar a escucharse el Ciego empieza a tantear más frenético con su bastón el aire y el piso, gesticula con su otro brazo, mueve la cabeza a un lado y a otro con su mirada perdida, intentando localizar de dónde vienen los pasos y, escuchándolos acercarse, manotea cada vez más angustiada a la vez que llama:

**CIEGO.- Ven... más cerca... todavía más cerca... un poco más... más... acércate más... no puedo verte... acércate... ven... más... un poco más... más cerca... sigue... sigue... ven... más cerca... más...**

**De repente los pasos comienzan a alejarse.**

**CIEGO.- ¡¡No!!... ¡¡¡Ven!!!... ¡¡¡Vuelve!!... ¡¡ No pude tocar-te!!!... ¡¡De verdad no pude!!... ¡¡Te lo juro!!!... ¡¡De verdad!!... ¡¡Vuelve!!... ¡¡¡Vuelve!!!... ¡¡Otra vez!!... ¡¡No te vayas!!... ¡¡No te vayas!!... ¡¡¡Ven!!!... ¡¡¡Vuelve!!!...**

**Se escucha a Segundo chasquear los dedos. Instantáneo cambio de luces inverso al anterior, quedando el Ciego a oscuras y el proyector de nuevo sobre Capitán y Segundo.**

**Larga pausa. Los dos hombres cabizbajos y desmadejados en sus respectivos asientos.**

**SEG.- Ya lo sé.**

**CAP.- ¿Y entonces?**

**SEG.- ¿Pero qué quiere usted que hagamos?**

**CAP.- Dar marcha atrás.**

**Segundo se echa a reír. Capitán echa la cabeza hacia atrás con desaliento. Segundo va dejando poco a poco de reír. Pausa.**

**SEG.- Capitán.**

**CAP.- ¿Sí?**

**SEG.- Nos hundimos.**

**CAP.- ¡Tsk!**

**SEG.- Le digo que nos hundimos.**

**CAP.- (Volviendo hartó la cabeza.) ¡Tsk!**

**SEG.- Bueno. Allá usted.**

**Alza el brazo y chasquea los dedos como antes. Nuevo cambio de luces, apagándose el proyector sobre Capitán y Segundo y encendiéndose a la vez otro similar sobre una pareja, un hombre y una mujer sentados uno junto al otro elevados sobre una misma tarima. Vueltos de tres cuartos al público, no se miran de frente. La manera de expresarse de la mujer es siempre dulce y aterciopelada, de novela romántica, mientras él se mantiene seco aunque**

sin dureza, más bien atento a lo que le dice la mujer.

**MUJER.-** Me puse a mirar tu foto. Ésa en que estás solo. Fui hasta la ventana. La humedecí y la coloqué contra el vidrio. Me alejé un poco. Te vi traslúcido. ¿Comprendes?

**HOMBRE.-** Sí.

**MUJER.-** ¿Y todavía me quieres?

**HOMBRE.-** Sigue.

**MUJER.-** No. Contéstame.

**HOMBRE.-** Sí. Sigue.

**MUJER.-** El vidrio estaba manchado de polvo. El polvo se había pegado al vidrio. Por culpa de la humedad. Por culpa del agua. Por culpa de la lluvia.

Calla. Larga pausa.

**HOMBRE.-** ¿Y entonces?

**MUJER.-** Espérate. La mancha de polvo comenzaba sobre tu cabeza. Era grande, de la misma forma, coincidía con tu cabeza. Pero después seguía un rumbo diferente. Se separaba de tu cuerpo y tenía otra forma. La podía ver a través de la foto, que se transparentaba con la luz de fuera y desdibujaba un tanto tu contorno. Fui al baño a buscar tu navaja de afeitar. Fui hasta la ventana. Recorté la foto siguiendo la silueta. No la tuya. La de la mancha. Miré la foto así por última vez pegada contra el vidrio. Entonces despegué lo que había recortado y me lo tragué. (Inclina apesadumbrada la cabeza. Pausa larga). Perdóname.

Pausa. El hombre se vuelve y la mira de frente por primera vez.

**HOMBRE.-** No importa.

**MUJER.-** ¿Me quieres todavía?

**HOMBRE.-** Sí.

**MUJER.-** ¿Pero te das cuenta de lo que hice?

**HOMBRE.-** No importa.

**MUJER.-** (Más enternecida que nunca). Te quiero tanto.

Pausa. Chasquido de dedos del Segundo. La luz del proyector sobre la pareja se desvanece en *fade-out* a la vez que se produce un



***fade-in* sobre Capitán y Segundo. Los dos como al principio, con sus miradas inexpresivas al frente. Pausa.**

**SEG.- Capitán.**

**CAP.- ¿Sí?**

**SEG.- Nos hundimos.**

**CAP.- ¡Tsk!**

**SEG.- Le digo que nos hundimos.**

**CAP.- ¡Ay, cállate!**

**Pausa.**

**SEG.- Capitán.**

**CAP.- ¿Sí?**

**SEG.- No hay que jugar con las palabras.**

**Chasquea los dedos. Apagón total. Todos los actores en escena, algunos de los cuales no hemos visto, entonan a coro:**

**TODOS.- Diez... nueve... ocho... siete... seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡¡¡¡Fffffuuuuuuuuuu!!!**

**Pausa.**

**TODOS, excepto los dos actores que veremos a continuación: Bip... bip... bip... bip... bip... (Sonido comúnmente identificado en los comienzos de la era espacial con las señales de los satélites, que seguirá escuchándose durante todo el diálogo que sigue.)**

**A partir del primer bip, instantáneo encendido de un proyector que ilumina a dos hombres sentados en pequeños taburetes muy cerca uno del otro sobre la misma tarima, casi tocándose, encogidos sobre sus reducidos asientos. Al unísono desplazan sus cuerpos con lentitud hacia uno y otro lado, en un movimiento similar al de los motociclistas en carrera cuando al tomar una curva buscan equilibrar sus cuerpos con sus motos, si bien estos dos proceden muy en cámara lenta.**

**ASTRONAUTA 1.- ¿Cuántas vueltas más?**

**ASTRONAUTA 2.- Veinticinco mil setecientos cuarenta y cuatro.**

**AST. 1.- Traduce.**

**AST.2.- Un poco menos de diez años.**

**Pausa.**

**AST.1 .- ¿Cuánto menos?**

**AST. 2 .- Una semana.**

**Pausa.**

**AST. 1 .- ¿Ha habido cambios?**

**AST. 2 .- Misma velocidad. Una vuelta, cuarenta y cinco minutos. Peso, cuatro toneladas.**

**AST. 1 .- ¿Y lo que tiramos?**

**AST. 2 .- Alguna otra cosa se nos habrá incrustado.**

**AST. 1 .- ¿Otra cosa?**

**AST. 2 .- Cualquier cosa... polvo... un asteroide... No sé.**

**CAP.- (Desde la oscuridad) ¡¡Para!!!**

**Chasquido de dedos. Instantáneo cambio de luces de astronautas a Capitán y Segundo, y cese instantáneo de los bips acompañantes. Segundo se vuelve furioso a Capitán.**

**SEG.- ¡No vuelva a hacer eso!**

**CAP.- Pero es que no entiendo.**

**SEG.- (Sigue furioso) ¡¿Cómo?! ¡¿Qué es lo que no entiende?!**

**CAP.- No entiendo lo que dicen.**

**SEG.- (Más furioso) ¡¿Y qué?! ¡¿Qué es lo que tiene que entender?!**

**Pausa. Capitán reflexiona.**

**CAP.- Sí... claro... Sigue...**

**Segundo se vuelve hacia el frente, todavía molesto. Chasquea los dedos. Cambio de luces a astronautas, desplazándose como antes, junto con el coro de bips que se reanuda.**

**AST. 1 .- ¿Ves algo?**

**AST. 2 .- No. Sigue habiendo muchas nubes.**

**AST. 1 .- ¿Pero no ves nada? ¿Ningún cambio?**

**AST. 2 .- ¿Pero qué cambio quieres que vea desde aquí?**

**Pausa larga. Desplazan sus cuerpos en silencio.**

**AST. 1 .- (Resignado) No sé... ciudades quizá...**

Otra pausa.

AST. 2 .- ¿Qué habrá salido mal? (A diferencia de Astronauta 1, que pregunta para averiguar, su pregunta es desesperanzada y no busca respuesta.)

AST. 1 .- No sé. Quizás lo sepamos al regreso. (Al oírse a sí mismo decir esto se tapa la boca como el niño al que se le ha escapado una palabrota.) Perdón.

Pausa.

AST. 1 .- ¿Y ahora?

AST. 2 .- Veinticinco mil setecientos treinta y nueve.

Continúan desplazándose en silencio. Al cabo de una larga pausa, chasquido de dedos de Segundo y cambio de luces a él y al Capitán, silenciándose los bips. Pausa.

CAP.- Pues sigo sin comprender.

SEG.- Es una vergüenza. Debería darle vergüenza.

CAP.- (Algo picado) ¿Qué cosa?

SEG.- Ni que fuese la primera vez.

Se acomoda, descansa, se toma un tiempo. Pero sin ganas de conversar, chasquea los dedos. Cambio de luces al Ciego. De nuevo los pasos acercándose desde el fondo oscuro de la escena.

CIEGO.- (Misma mirada perdida y tanteando con el bastón) Ven.. no puedo verte.., todavía no puedo verte... ven... acércate... más...acércate más... quiero verte... por lo menos esta vez déjame verte... ve... es que todavía no puedo verte... acércate... ven... acércate más... más cerca... ven... ven... un poco más cerca... más cerca... más cerca...

Los pasos comienzan a alejarse.

CIEGO.- ¡¡¡No!!!... ¡¡¡No te vayas!!!... ¡Ven!!!... ¡¡Vuelve!!!... ¡¡No te vayas!!!... ¡¡No pude verte!!!... ¡De verdad!!!... ¡¿Qué quieres que haga si no pude?!!!... ¡Vuelve, por favor!!!... ¡Por favor!!!... ¡Vuelve!!!... ¡Vuelve!!!... ¡¡Vuelve!!!...

A la vez que pronuncia el primero de sus tres “vuelve” va alzando poco a poco una pierna y proyectándola en el aire hacia

delante, siguiendo el movimiento de quien se dispusiera a dar un paso, aunque haciéndolo en cámara lenta. Al gritar el tercer “vuelve” concluye el paso, pierde el equilibrio, tantea con el bastón el aire y termina cayendo hacia delante, lo más lentamente posible, como si cayese de una altura. Los demás actores acompañan desde la oscuridad su caída imitando al unísono el grito desfalleciente de quien cayese de una altura. Al instante de tocar tierra el ciego queda inmóvil y el grito de los demás se interrumpe. Chasquido de dedos y cambio de luces a Capitán y Segundo. Pausa.

SEG.- (Tono levemente entristecido) Capitán.

CAP.- (También contrito.) ¿Sí?

SEG.- Nos hundimos.

CAP.- (Se recupera molesto.) ¡Tsk!!

SEG.- Le digo que nos hundimos.

CAP.- ¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!!

Disgustado, Capitán alza una mano y chasquea los dedos como ha hecho siempre Segundo. Nada sucede. Segundo se echa a reír, se vuelve a Capitán, que aleja la vista, molesto con su fracaso. Viendo reír a Segundo termina por echarse a reír con él. Segundo vuelve a su posición habitual. Poco a poco los dos terminan de reír y chasquido de dedos de Segundo.

Al cambio de luces, un proyector ilumina a una mujer bastante al fondo y más o menos centrada en el escenario, sobre una tarima más elevada que la de la pareja y donde aparece sentada sobre un alto taburete que pudiera ser de un bar. Sentada de lado como está, habla hacia un costado del escenario, con tono y expresión seguros y desenvueltos.

MUJER 2.- Te digo. Como si fuese la tela de una cortina tejida pero cuando la ves de cerca se nota muy elegante, lo bien que cae. Una especie de lanilla muy suave, exquisita... Te digo. El tejido en sí es como de un color ocre, ocre ceniciento, y encima de ese fondo tenue tiene unas rayas, unas rayitas tan delicadas que cuando las ves las creerías dibujadas a mano sobre la tela, pero están hechas

a máquina, claro. Por aquí rayitas finas color naranja y por allá rayas verdes un poquito más gruesas. No creas que no medí el diseño. Te digo. Las rayitas naranja están a dos centímetros y medio unas de otras y las verdes a casi tres centímetros unas de otras, y viceversa, de manera que al final se combinan en un entretejido primero muy marcado que acaba haciéndose borroso. Queda como la luz del atardecer, te digo.

Chasquido de dedos y vuelta a Capitán y Segundo, aburridísimos. Aunque el proyector sobre Mujer 2 se ha apagado, sigue escuchándose como un disco rayado: “Te digo... te digo... te digo...”. Capitán y Segundo se miran consternados.

CAP.- Dale, se ahoga.

Chasquido de dedos a regañadientes de Segundo. Cambio de luces a Mujer.

## 2.

MUJER 2.- Te digo. De una elegancia que no te imaginas, no te la puedes creer. Va con los zapatos que no puede ir mejor. Te digo, como si fuesen piel de cocodrilo, aunque claro que falsa piel, pero hasta más bonita si me lo crees que la de verdad de cocodrilo. Te digo, va con las rayitas, quedan como escamas de cocodrilo, van como no te lo puedes imaginar te digo.

Desde hace rato se escuchan suspiros y bostezos de Capitán y Segundo. Al último “te digo” Mujer 2 enmudece y queda inmóvil como en una foto. Al cabo se percibe un rumor, luego una especie de sobresalto y finalmente se escucha el chasquido de dedos y se produce el cambio de luces a Capitán y Segundo, que se desperezan.

Pausa larga, los dos tardan un rato en recuperar su posición y su compostura.

SEG.- Capitán.

CAP.- ¿Sí?

SEG.- Nos hundimos.

El Capitán se remueve malhumorado en su asiento, se desen-

tiende de Segundo, le da media espalda disgustado, se revuelve, al cabo vuelve a su postura habitual.

**CAP.- Sigue. Siempre me lo echas todo a perder.**

Segundo chasquea los dedos. Apagón total. En la oscuridad se escuchan gemidos de Mujer 1, gemidos que se van volviendo gritos de dolor, como si estuviese dando a luz. Van creciendo hasta el grito desgarrador del alumbramiento. Desde la oscuridad se escucha una palmada, la nalgada del médico al recién nacido, del que un actor desde la oscuridad imita el llanto. Jadeos de Mujer 1 recuperándose. Encendido súbito sobre la tarima que ocupa la pareja, ahora sólo con Mujer 1, que lleva entre las manos un bulto de ropa figurando al recién nacido. A los pocos momentos el Hombre entra de la zona oscura. Trae la mano derecha alzada apuntando con el índice, como si llevase un revólver. Al principio la Mujer, inclinada sobre el bulto, no repara en él. El Hombre se adelanta y con su mano libre bruscamente le arranca el bulto de los brazos. Sorprendida, la mujer lo descubre y descubre además la mano alzada como un revólver. El Hombre alza al niño y apunta con el revólver a lo que sería su cabeza.

**MUJER.- (Aterrada) ¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!! ¡¡¡No hagas eso!!! ¡¡¡No pude evitarlo!!! ¡¡¡No pude!!! ¡¡¡Dijiste que me comprendías!!! ¡¡¡No!!!**

El hombre alza la mano-revólver con gesto definitivo, dispuesto a disparar.

**MUJER.-¡¡¡¡No!!!!**

Chasquido de dedos. Cambio instantáneo de luces a Capitán y Segundo, éste forcejeando con aquél, retorciéndole las manos como si intentase arrebatarle algo, hasta que por su decisivo ademán se nota que lo consigue, dejando al Capitán con las manos abiertas y vacías. Al instante chasquea los dedos y se produce el cambio instantáneo de luces a la Pareja.

**TODOS, excepto Hombre y Mujer, a la vez que él hace ademán de disparar a la cabeza del niño: ¡¡¡Bang!!!**

**MUJER.- (Desesperada) ¡¡¡¡Aaaaaa!!!!**

**El Hombre la mira, sonríe desdeñoso y tira al suelo el bulto. Vuelve a alzar el brazo y apunta con su mano-revólver a la mujer.**

**MUJER.- ¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!! ¡¡A mí no!! ¡¡No me lo merezco!! ¡¡Fue la única vez!! ¡¡Fue la última vez!! ¡¡Te lo juro!! ¡¡No lo haré más!! ¡¡Te quiero!!! ¡¡Te lo juro!! ¡¡Te lo expliqué!! ¡¡No pude remediarlo!! ¡¡A mí no!! ¡¡No!!!**

**TODOS, igual que antes: ¡¡¡Bang!!!**

**Mujer se deja caer hacia un lado y queda inmóvil. El Hombre la mira impasible. Luego, contemplándola, sus rasgos se suavizan.**

**HOMBRE.- Y pensar que una vez... (Se echa a llorar).**

**Chasquido de dedos y cambio de luces a Capitán y Segundo. Capitán encorvado, desolado. Segundo impasible, hasta que se vuelve a Capitán e intenta consolarlo con palmaditas en los brazos.**

**SEG.- Perdóname. Pero es que la haces sufrir más, ¿no entiendes?**

**CAP.- Sí, yo sé. Tienes toda la razón.**

**Pausa. Segundo se vuelve hacia delante, también algo compungido. Pausa. Le da tiempo a Capitán.**

**CAP.- (Intentando recuperarse.) No es nada. No es nada.**

**Pausa. Segundo se prepara, Capitán se incorpora.**

**SEG.- Capitán.**

**CAP.- ¿Sí?**

**SEG.- Nos hundimos.**

**CAP.- ¡Tsk!**

**SEG.- Le digo que nos hundimos.**

**Pausa larga.**

**CAP.- ¿Y?**

**Sorpresa del Segundo. Sonrisa triunfal del Capitán.**

**CAP.- (Animado por su triunfo.) ¡Bueno, vamos, vamos, no te duermas!**

**Chasquido de dedos y cambio de luces a astronautas con coro de “bips”.**



**AST 1.- ¿Y ahora cuántas?**

**AST 2.- Veinticinco mil quinientas cuarenta y siete.**

**AST. 1.- Traduce.**

**AST. 2.- Un poco menos de diez años.**

**Pausa.**

**AST. 1.- ¿Cuánto menos?**

**AST. 2.- Dos semanas.**

**Pausa.**

**AST. 1.- ¿Y si el peso cambia? ¿Si cambia de golpe?**

**AST. 2.- Supongo que sería menos.**

**AST. 1.- ¿Cuánto menos?**

**AST. 2.- Depende. Dos semanas. Tres en el mejor de los casos.**

**Nunca se sabe. Depende.**

**AST. 1.- ¿Seguro?**

**AST.- 2.- Nada es seguro. Pudiera caernos encima polvo espacial, pudiera caernos encima un asteroide. No ganaríamos nada. Lo ganado por lo perdido.**

**AST. 1.- ¿Seguro?**

**AST. 2.- Nada es seguro. Pero sería posible. Además tendríamos que calcular un nuevo equilibrio.**

**AST.1 .- ¿Cómo es eso?**

**AST. 2 .- Sí. Más a la derecha, más hacia la izquierda. (Muestra lo que quiere decir, inclinándose un poco más a la derecha, un poco más a la izquierda, todo con mucho cuidado, como si un error pudiera ser catastrófico.) Nada es seguro.**

**AST. 1 queda observando a AST. 2. De repente le salta encima, forcejea con él, lo empuja, y termina lanzándolo fuera de la tarima que comparten, al piso del escenario, donde éste queda inmóvil. En el momento en que AST. 2 es lanzado fuera de la tarima e independientemente de que esté ya en el piso se escucha un grito como el de antes al caer al suelo el Ciego, el largo grito de una caída que se va perdiendo en la distancia mientras AST. 1 sigue con la vista hacia el infinito el cuerpo de AST. 2 por el espacio. Al cabo sonrío**

satisfecho. Está en eso cuando todos los actores reproducen al unísono el ruido de un choque fortísimo.

**TODOS.- ¡Baaammmmmm!**

**AST. 1 salta.** Se vuelve alarmado a la parte posterior de la tarima, revisa sus costados, todo cuidando de no perder el equilibrio mientras mantiene sus movimientos a uno y otro lado. Revisa su parte delantera. Al cabo vuelve a su posición de siempre, sombrío y resignado.

**AST. 1.- Un asteroide.**

**Chasquido y cambio de luces a Capitán y Segundo. Pausa.**

**SEG.- Capitán.**

**El Capitán no contesta.**

**SEG.- (En voz más alta. Perentorio.) Capitán.**

Nueva pausa, hasta que el Capitán, que lo ha oído y lo mira pero permanece inexpresivo, se inclina hacia Segundo en secreteo.

**CAP.- ¿Pero de verdad tú te crees que eres el único que sabe que nos hundimos?**

**Perplejidad del Segundo. Capitán se echa hacia atrás muy satisfecho.**

**CAP.- (Imitando a Segundo.) Capitán.**

**Segundo prefiere no discutir y chasquear sin más discusión los dedos. Al cambio de luces aparece un hombre sobre una tarima baja, sentado de costado cerca del lateral del escenario opuesto al que ocupaba Mujer 2, contrapuesto a ésta, colocado casi de perfil al público. Con el cuerpo muy echado hacia delante maneja con patentes dificultades de miope montones de papeles sobre lo que figuraría un escritorio, entregado a la pantomima de levantar de su derecha mazos de papeles, llevárselos prácticamente a los ojos, revisarlos e irlos distribuyendo.)**

**HOMBRE 2.- Los de los divorcios resueltos (coloca este montón de papeles en un punto imaginario del escritorio a su izquierda), los de los divorcios por resolver (los coloca delante de él), los**

de los resueltos pero con recurso interpuesto (a su derecha, más atrás del montón principal, lo que lo obliga a alzarse un poco en su asiento), los de los elevados a instancias superiores (a su izq., más atrás de los primeros, alzándose de nuevo), los de los remitidos a los jueces de lo criminal al haberse disuelto el matrimonio en un hecho de sangre (delante, también debiendo alzarse para ponerlos más allá de los primeros), los de los remitidos a tribunales de hacienda por comprobarse que el enlace perseguía una trama de fraude fiscal (a su derecha pero tan lejos que debe incorporarse del todo y estirarse para encontrarles sitio), los de los impugnados por terceros en causas de adulterio o bigamia (se detiene pensando dónde ponerlos y acaba colocándolos en el suelo, debajo de su silla), los archivados por desaparición o muerte (reflexiona otra vez y termina echándolos al piso delante de sus pies), los desestimados por no existir o no comprobarse matrimonio (se levanta, los coloca en su silla y se les sienta encima. Se yergue sentado y sin tomar nuevos documentos prosigue su disertación al aire en un enunciado de memoria), los inclasificables por no aparecer los documentos pertinentes, los inidentificables por no constar alguno o ambos contrayentes en el censo, los nulos por ser ambos cónyuges menores con probada falsificación de edad...

Chasquido de dedos y cambio a Capitán y Segundo. La luz que los ilumina es algo más tenue. Al principio inexpresivos y erguidos como al principio pero detectando que algo pasa, Capitán mira a su alrededor.

**CAP.- (Emocionado.) ¿Viste?**

**SEG.- ¿Qué?**

**CAP.- Es más tenue.**

**SEG.- Sí. Ya lo vi. ¿Y?**

**CAP.- ¿Entonces? ¿Después?**

**SEG.- (Se vuelve a él.) Ni que fuese la primera vez.**

Capitán inclina desalentado la cabeza. Segundo vuelve a su posición.

**CAP.- Ya me da lo mismo.**

**Pausa.**

**SEG.- Capitán.**

**CAP.- Si ya lo sé, ahórratelo.**

**SEG.- (Cumpliendo su tarea) Nos hundimos.**

**CAP.- (Igual de rutinario.) ¡Tsk!**

**SEG.- (Recitando) Le digo que nos hundimos.**

**CAP.- (Desganado.) Aaaaaaaa...**

También desganado, Segundo alza la mano sin acabar de decirse a chasquear los dedos, la baja, la vuelve a alzar, y en medio de estos amagos desde la oscuridad se escucha a Mujer 2.

**MUJER 2.- Te digo.**

Rápida reacción, salto y decidido chasquido de dedos de Segundo, con cambio de luces a Mujer 2.

**MUJER 2.- (En su taburete y muy desenvuelta, primero sale-rosa y luego cada vez más pícara.) Te digo. Nunca me lo hubiese imaginado. Un hombre tan poquita cosa. Tremendo. Aquello era tremendo, te digo. No te dejaba moverte, no te dejaba hacer, no paraba. Te revolvía, te daba vueltas. Como si una fuese masa de pan. Pan para el horno. Tremendo aquello, te digo, una flauta de pan. Y yo que lo pensaba para pasar el rato. Sin respiración me dejaba, sin aliento, por los aires y de acá para allá.. Volteretas y piruetas, te digo, las que él daba y a las que me obligaba, me dejaba sin respiración, no tenía cómo decirle que no. Te sorprendía, venía, te asustaba con aquellos arranques, nunca sabías por dónde iba a venir, por dónde te iba a atacar. En apariencia tan poquita cosa y luego tan tremendo, te digo. Una cajita de sorpresas. Lo pensabas ya cumplido y nada, el cigarrito y te digo, vuelta y vuelta a empezar.**

Chasquido de dedos. Proyector sobre Capitán y Segundo, con luz de nuevo algo más tenue que la vez anterior. Pausa. Ambos observan a su alrededor pero no comentan nada.

**SEG.- Capitán.**

**CAP.- Nos hundimos.**

**Segundo no contesta. Pausa.**

**SEG.- No estamos para jugar. Capitán.**

**CAP.- Ya pasó. Sigue.**

**Pausa.**

**SEG.- Nos hundimos.**

**CAP.- ¡Aaaaaaaa!**

**SEG.- (Disgustado.) Esto es un desorden.**

**CAP.- (Tomando el mando.) Sigue.**

**Chasquido de dedos del Segundo. Cambio de luz a Ciego, en la misma postura que antes de caer, ahora interpretado por Hombre 1, el que hacía pareja con Mujer 1. Repite el texto del Ciego pero no como el actor que lo interpretaba antes sino siguiendo su propio personaje, en la actitud distante y seca con que trataba a Mujer 1, sólo que ahora interpreta al Ciego.**

**CIEGO.- (Exigente.) Ven... Más cerca... Un poco más... No puedo verte... No alcanzo a verte... Acércate un poco más... Un poco más... No alcanzo a verte... No alcanzo a tocarte... Por favor acércate un poco más... Acércate... Unos pasos más... Todavía no puedo verte... Acércate... No alcanzo a tocarte todavía... Ven....**

**Los pasos empiezan a alejarse.**

**CIEGO.- (Brusco. Amenazante.) ¡¡¡No!!!... ¡No te vayas!!!... ¡¡¡No!!!... ¡¡Te dije que no podía verte!... ¡No puedes hacerme eso!!!... ¡¡ Es que no pude verte!!!... ¡¡No pude ni verte ni tocarte!!!... ¡¡¿Cómo quieres que te diga que no pude?!!!... ¡¡Vamos, vuelve!!!... ¡¡Vuelve!...**

**Chasquido de dedos y vuelta de luces a Capitán y Segundo.**

**CAP.- Ahora está claro.**

**SEG.- (Seco.) ¿Qué es lo que está claro?**

**CAP.- Quiero decir que es comprensible...**

**SEG.- ¿Qué es lo que es comprensible?**

**CAP.- Quiero decir que tiene un sentido...**

**SEG.- ¿Qué es lo que tiene un sentido?**

**CAP.- Él.**

**Pausa.**

**SEG.- Capitán.**

**CAP.- (Como un autómatas obediente.) ¿Sí?**

**SEG.- Nos hundimos.**

**CAP.- (Igual.) ¡Tsk!**

**SEG.- Le digo que nos hundimos.**

Capitán mustio, no le queda ánimo para responder. Después de una espera, Segundo acaba por chasquear los dedos. Cambio de luces a tarima de Mujer y Hombre del principio, en iguales posiciones sólo que interpretados ahora por los actores que hacían los papeles de Mujer 2 y primer Ciego. Repiten el texto dicho al principio por aquellos personajes pero lo hacen conservando las personalidades que los caracterizaban.

**MUJER.- (Sensual y zalamera.) Me puse a mirar tu foto. Ésa en que tú estás solo. Fui hasta la ventana. La humedecí y la coloqué contra el vidrio. Me alejé un poco. Te vi traslúcido. (Traviesa.) ¿Comprendes?**

**HOMBRE.- (Abatido.) Sí.**

**MUJER.- (Engatusándolo.) ¿Y todavía me quieres?**

**HOMBRE.- (Desolado.) Sigue.**

**MUJER.- No. Contéstame.**

**HOMBRE.- Sí. Sigue.**

**MUJER.- (Prosigue con acentos de picardía.) El vidrio estaba manchado de polvo. El polvo se había pegado al vidrio. Por culpa de la humedad. Por culpa del agua. Por culpa de la lluvia.**

**Calla. Espera sonriendo la reacción del Hombre.**

**HOMBRE.- (Agobiado.) ¿Y entonces?**

**MUJER.- (Más atrevida.) Espérate. La mancha de polvo comenzaba sobre tu cabeza. Era grande, de la misma forma, coincidía con tu cabeza. Pero después seguía un rumbo diferente. Se separaba de tu cuerpo y tenía otra forma. La podía ver a través de la foto, que se transparentaba con la luz de fuera y desdibujaba un tanto tu contorno. Fui al baño a buscar tu navaja de afeitar. Fui**

hasta la ventana. Recorté la foto siguiendo la silueta. No la tuya. La de la mancha. Miré la foto así por última vez sobre el vidrio. Entonces despegué lo que había recortado (como quien confiesa una travesura)... y me lo tragué. (Se echa a reír escandalosa. Se inclina hacia el hombre, le toma las manos, atrayéndoselo sensual.) Perdóname.

Pausa. El hombre, que ha mantenido la cabeza gacha, se endereza y la mira de frente por primera vez.

HOMBRE.- (Del todo deshecho.) No importa.

MUJER.- (Radiante de felicidad.) ¿Entonces todavía me quieres?

HOMBRE.- Sí.

MUJER.- ¿Pero te das cuenta de lo que hice?

HOMBRE.- No importa.

MUJER.- (Salta de gozo.) Te quiero tanto.

Chasquido de dedos y cambio a Capitán y Segundo. La luz sobre ellos ha seguido atenuándose.

SEG.- Capitán.

CAP.- (Se adelanta sobre segundo, sin atenderlo.) Escucha.

SEG.- (Sorprendido, pero sin volverse.) ¿Qué?

CAP.- No es justo.

SEG.- (Pausa. Reflexiona.) Al principio, al principio, quizás... Pero ahora...

Pausa.

SEG.- Nos hundimos.

Pausa. Capitán no reacciona. Segundo espera. Se cansa. Chasquea los dedos. Cambio de luces a tarima de astronautas, donde ahora están Mujer 1 y Hombre 2. Los dos en sus papeles anteriores, ella en embeleso romántico, él con enérgica y rápida eficiencia. Oscilan en sus asientos para equilibrar la nave, igual que hicieron los astronautas.

MUJER 1.- ¿Cuántas vueltas más?

HOMBRE 2.- Veinticinco mil setecientas cuarenta y cuatro.

MUJER 1.- (Gentil y cariñosa.) Traduce.



**HOMBRE 2.- Un poco menos de diez años.**

**Pausa.**

**MUJER 1 .- ¿Cuánto menos?**

**HOMBRE 2 .- Una semana.**

**Pausa.** La Mujer no deja de observar al Hombre con mirada enternecida. Éste ni se entera, muy derecho, muy concentrado en sus movimientos.

**MUJER 1.- ¿Ha habido cambios?**

**HOMBRE 2.- Misma velocidad. Una vuelta, cuarenta y cinco minutos. Peso, cuatro toneladas.**

**MUJER 1.- ¿Y lo que tiramos?**

**HOMBRE 2.- Alguna otra cosa se nos habrá incrustado.**

**MUJER 1.- (A nada le da importancia) ¿Otra cosa?**

**HOMBRE 2.- Cualquier cosa... polvo... un asteroide... No sé.**

**MUJER 1.- ¿Y ahora?**

**HOMBRE 2.- Veinticinco mil setecientas treinta y nueve.**

Al chasquido de dedos de Segundo se apaga el proyector sobre Hombre y Mujer pero no se enciende sobre Capitán y Segundo. Lo que ocurre es que muy lentamente comienzan a escucharse los pasos que acompañan habitualmente al Ciego, sólo que esta vez no escuchamos a una sola persona sino son todos los actores los que marchan, acercándose como siempre poco a poco. Al cabo de una pausa se enciende el proyector sobre el lugar del Ciego. Está en su posición de siempre, con su mirada perdida y su bastón, sólo que ahora lo interpreta el Capitán, con su gorra, llevado del brazo por Segundo que en papel de lazarrillo, permanece inexpresivo mirando hacia el piso, dedicado a cuidarlo y procurar que no se caiga.

**CIEGO (CAPITÁN).- Ven... más cerca... todavía más cerca... un poco más... más... acércate más... no puedo verte... acércate... ven... más... un poco más... más cerca... sigue... sigue... ven... más cerca... más...**

**De repente, los pasos de todos los actores comienzan a alejarse.**

**CIEGO.- (Desesperado. Segundo se limita a guiarlo y sostenerlo.) ¡¡No!!... ¡¡¡Ven!!!... ¡¡¡Vuelve!!... ¡¡¡ No pude tocar!!!... ¡¡De verdad no pude!!... ¡¡Te lo juro!!!... ¡¡De verdad!!... ¡¡Vuelve!!... ¡¡¡Vuelve!!!... ¡¡Otra vez!!... ¡¡No te vayas!!... ¡¡No te vayas!!... ¡¡¡Ven!!!... ¡¡¡Vuelve!!!...**

Al tiempo que el Ciego persiste con sus desesperadas súplicas se van alejando los pasos de los actores hasta apagarse del todo al dejar éstos la escena. Ya en medio del silencio, por tres veces repite el Ciego-Capitán su súplica de vuelve, haciéndolo con intervalos cada vez más largos y desesperanzados, hasta quedar mudo manoteando al aire con su bastón, con Segundo a su lado mirando al piso.

**Apagón total.**

## Souvenirs de París

---

Entre los recuerdos que me llevo de París está una bufanda, roja como una insignia sindicalista y eso es: elemento simbólico que me caracteriza cuando a las órdenes de uno de mis compañeros de Universidad interpreto al líder socialista francés Jean Jaurès en la obra *La Mort de Jaurès*. Trama dirigida, dejando un resquicio brechtiano de duda, a la acusación de que el dirigente pacifista fue víctima mortal de unas autoridades europeas que perseguían la guerra para lucrarse ya desde entonces con la fabricación de armamentos. Me quedo con la bufanda como pago, orgulloso de lucirla por su parecido —la mía más corta— con la que adorna el cuello del *chanteur* Aristide Bruand en el afiche que de él pintó Toulouse-Lautrec.

Es ésta una de las contadas veces —cuatro o cinco y todas como aquí de niveles escolares más o menos dignos—, en que actúo en escena. Otra, también en esos meses de Universidad y como si mis colegas quisieran convenirme de decidirme por esta profesión, de nuevo protagonista; como la vez anterior interpreto a un personaje real, el pintor Oscar Kokoshka, en una obra

que narra su encargo de una muñeca de tamaño y apariencia natural, que será por un tiempo su lucida compañera vienesa en teatros y salones.

## Le Président Mao a dit

---

Pero todo esto queda en memorias personales. Otra me llevo de París, pública y notoria: las escenificaciones en medio de la calle, durante un festival mundial de teatro estudiantil, de jóvenes guardias rojos chinos representantes de la Revolución Cultural, entonces en su apogeo. A diferencia de los demás participantes, no actúan nunca en un teatro. Lo hacen en cruces o plazas, en puestas en escena de desarrollo invariable.

Los actores, vestidos con el uniforme maoísta, aparecen por sorpresa en un cruce cuya circulación es interrumpida para permitirles trabajar; lo hacen con rapidez de relámpago, su espectáculo lo traen bien ensayado. Es la unánime frase con la que sin variación inician sus representaciones lo que acaba por dar a éstas una fama a la que bastan días para sonar a burla cuando viene a cuento y hace que sobre todo jóvenes como ellos del Barrio Latino con ganas de entretener la velada los busquen para escuchársela una y otra vez, y en lugar de reverenciarla, como pretenden los actores, echarse a reír.

Risible por la manera en que es dicha: un alarido sostenido en una sola nota que evidencia la consigna de convencer a toda costa: *Le Président Mao a dit*, chilla en francés una muchacha que narrará en este idioma la pieza sin intentos de inflexión, todo berreado. Así y sin necesidad de saber que habrá dicho Mao, rompe el público en un primer aplauso. Y si se tapan la boca y disimulan lo hacen por buena educación pero también por el temor a que de exagerar su mofa, los actores se ofendan y se vayan. Temor absurdo, a prueba de bombas están los guardias rojos. Después del enunciado inicial lee la presentadora en el librito rojo del dirigente la frase que se disponen a escenificar, con el primordial propósito de desmenuzar sus significados, comunicar con rigor de esopos las enseñanzas de su líder a este público pagano.

Elemento frecuente, si no constante de sus puestas en escena, son las escopetas, las bayonetas, las granadas. Igual de repetitivas las frases de Mao escogidas para alegorizar; pocas veces la colectivización o la enseñanza, la mayoría versan sobre la erradicación de antiguos vicios y males burgueses, llevada adelante a punta de escopeta. Actores erguidos y marciales, más marchas que bailes o piruetas, figuras atléticas nunca gráciles, presencias colectivas entregadas a la disciplinada desaparición en el conjunto.

Otra figura afín a estas doctrinas se deja ver los domingos por París. En este caso, a la mayoría de quienes pueda resultar risible procuran disimularlo. Es la de Jean-Paul Sartre, vendiendo el periódico maoísta los domingos a la entrada de alguna boca de Metro. Admiro en el gesto su desdén por la grandeza que millones le atribuyen, pero ahí me quedo. Mejor lo vería y más subversivo vendiendo el *Herald Tribune* por los Campos Elíseos a la manera de Jean Seberg, actor de una burla que sin necesidad de palabras ni doctrinas pondría la realidad de cabeza.

## El currículum francés

---

Prueba de no haber perdido la sustancia de aquellos revueltos sesentas la encuentro sin buscarla cuando, pasadas dos décadas, de dentro me sale con facilidad nada buscada el relato sacado de esa época que da título al libro *Los labios pintados de Diderot*. Dedico en él un capítulo a inventar una plausible pieza teatral enraizada en esos años de renovación ideológica y artística, recuperando lo que para mí fueron su sustrato y sus afanes de explorar nuevos modos de hacer teatro. En carta enviada a Barcelona al protagonista del relato por un amigo que ha quedado en París en plena revuelta de mayo, éste le narra así la apócrifa representación organizada en un patio de la Sorbona:

*La obra se presenta todas las noches y la asistencia es gratuita. El auditorio, aunque la pieza no se anuncia, está siempre repleto; la voz corre y son cada vez más los que se atreven a penetrar de noche en el recinto principal*

*de la universidad, seno de una revuelta cuyo desenlace se ignora, con tal de presenciarla. En ninguno de los artículos que leí sobre mayo en revistas o periódicos vi mencionar estas representaciones cotidianas de La toma de la Sorbona: así se llama la pieza. No me hará falta; cualquier extracto de la carta de José Manuel basta para visualizar y entender la puesta en escena. Escojo uno de sus fragmentos, el que recoge la escena final; a partir de su descripción, la más memorable.*

*En escena –en este caso, el patio central de la Sorbona antigua– un hombre recita una extensa letanía. A partir de la frase: los franceses tenemos que estudiar, el actor enumera: las quince variantes del silogismo, las cuatro tablas aritméticas, los setenta y cinco departamentos en que se divide Francia, las dos partes fundamentales y los tres elementos esenciales del átomo, las cuatro etapas señaladas por Sartre en el paso de lo imaginario a lo real, los nueve planetas del sistema solar, las trece generaciones de reyes Capetos, los cuatro evangelios cristianos, las cuatro fases de la luna, las diecisiete variantes de los espejos convexos, las 129 leyes fundamentales del Código Napoleónico, las 44 especies de mamíferos oriundos de Europa, los trece afluentes del Rin, los veintidós fragmentos conservados de la obra de Epicuro, los catorce versos del soneto y las once sílabas del alejandrino, los 104 elementos de la tabla de Mendeleiev, las cuatro, cinco o siete velocidades de los motores de combustión en uso comercial, los tres estilos básicos de la columna griega, las nueve poblaciones visitadas por Juana de Arco en su campaña, los 67 versos del monólogo de Fedra escritos por Racine, las demarcaciones de los veinte barrios en que se divide París junto con las dieciséis líneas de la red del Metro, las ocho variedades de surco de cultivo al uso en la Borgoña en tiempos de Francisco I, los doce meses del calendario revolucionario, las tres posiciones básicas de la defensa en la esgrima, los posibles rostros del Hombre de la Máscara de Hierro, las 465 proposiciones de la geometría euclidiana, los 36 colores de la paleta impresionista, las trescientas y tantas palabras conservadas del celta por el francés moderno, los tres herederos del imperio de Carlomagno a su división, las cuatro capas de la atmósfera terrestre, los ocho equipos de primera división del campeonato nacional de fútbol, los 36 fonemas de la lengua francesa, las 160 ciudades unidas en la Liga Hanseática, los 923 pen-*

*samientos de Blas Pascal, los cuatro grupos de instrumentos que componen la orquesta, los 31 años que duró la construcción de la catedral de Chartres, las 190 familias que contiene la orden de los lepidópteros, las 33 naciones de la Europa de postguerra, los 15 personajes de El Avaro, los 148 túneles de más de un kilómetro de extensión de la red ferroviaria nacional, las cinco categorías verbales del latín, los 10 ciudadanos a quienes Justiniano encargó la redacción de su código, los 59 licores fermentados en los monasterios de Francia, las cinco expediciones de Champlain a lo que es hoy el Canadá, las 192 acometidas lanzadas un septiembre por los atrincherados en Verdún, los diez volúmenes de profecías contenidos en las Centurias de Nostradamus, las siete musas y las artes que rigen, los doscientos huesos del esqueleto humano, los 45 capítulos de El Rojo y el Negro, las ocho cordilleras principales de Europa, los nueve preceptos enseñados por los filósofos del clasicismo hispanoárabe, las ocho corrientes oceánicas transcontinentales, las siete maravillas del mundo antiguo, las once casas de costura internacionales con sede matriz en París, los doce mitos de la creación sustentados por los druidas, las trayectorias y los combates de las cuatro cruzadas a Tierra Santa, los tres libros de Rabelais, los cuatro volúmenes de piezas para el clavicordio compuestos por François Couperin, llamado El Grande, las siete jerarquías de la nobleza durante la era borbónica, las once etapas en que se divide para su estudio la Guerra de los Cien Años, los tres emperadores flavios, los 22 animales representados en Lascaux, las diez partes de que consta la serie cinematográfica Los Vampiros, de Feuillade, las 21 escenas pintadas por Rubens de la vida de María de Medici expuestas en el Louvre, las once culturas subyugadas por los otomanos en Europa, las cuatro playas de Normandía por donde desembarcaron las fuerzas aliadas, las tres leyes fundamentales de Lavoisier sobre el comportamiento de los gases, las 144 canciones grabadas por Edith Piaf, las catorce salsas emulsionadas de la cocina francesa tradicional, los tres basamentos reconocidos en el matrimonio por Lin Yutang, las siete medallas olímpicas ganadas por Francia en competencias de tiro, las 87 batallas napoleónicas recordadas en la columna de la Place Vendôme, las once brujas quemadas durante la Contrarreforma en la región de Aquitania, las 95 tesis clavadas por Lutero en el portón de Wittenberg, las seis escalas de Vercingétorix camino a*

*su derrota frente a Julio César en Alesia, las 45 ideas chic recogidas en su catálogo por Bouvard y Pécuchet, las cinco proposiciones falsamente atribuidas a los jansenistas por el papa Inocencio X, las 9 victorias de Marcel Cerdan en el ring, los diecisiete crímenes de Landru, los indefinidos segundos que tardó Mersault en disparar, las diecinueve adivinanzas propuestas a Salomón por la reina de Saba, los nueve sitios arqueológicos principales de la cultura precolombina en el México actual, los 72 relatos acabados del Heptamerón, las nueve celdas ocupadas por María Antonieta camino del patíbulo, los siete países y las tres capitales atravesados por el Danubio, las tres leyes de Kepler sobre los movimientos planetarios, sustento de las de Newton, las tres razas equinas comunes a las Landas, las 17,924 veces que el pasajero puede leer, en los subterráneos del Metro parisién, el anuncio Dubo-Dubon-Dubonnet, las 61 figuras históricas fotografiadas por Daguerre, las 378 especies comestibles de setas, las siete virtudes cardinales, los tres sueños que inquietaron al príncipe Cósimo, las siete eras geológicas, las quince diferencias señaladas por los antropólogos entre el Cro-Magnon y el Homo Sapiens, las dos versiones pintadas por Manet del fusilamiento del emperador Maximiliano, las cinco posiciones del ballet clásico, los incontables jefes de gobierno de la IV República, los tres estados fundamentales de la materia, las 19 jerarquías de ángeles que venera la teología católica, los cuatro estómagos del rumiante, los 56 días que duró la resistencia en Dien-Bien-Phu, las doce avenidas que nacen del Arco de Triunfo, los nombres de las tres cabezas del dragón que custodia a la casta Matilde, las catorce apostasías nombradas en Nicea, las nueve virtudes curativas reconocidas por Galeno al ajo crudo, las nueve ciudades superpuestas en el sitio donde Schliemann halló a Troya, las 29 maneras recogidas por Brillat-Savarin que tienen las amas de casa francesas de cocinar la papa, las secretas medidas del isoedro concebido por Brunelleschi para construir su domo, los siete engaños dichos por el Gato con Botas a nombre de su amo, el Marqués de Carabás, las 244 cabezas que rodaron en la Plaza de la Revolución el 19 Pluvioso, día más funesto del Terror, los 48 metros de puntal que no toleró la bóveda de la catedral de Beauvais, las 7,000 toneladas largas que pesa la Torre Eiffel, los cuarenta ladrones en la versión de Galland, el tricolor y el hexágono, los noventa artículos generales y los 56 artículos secretos del*



*Edicto de Nantes, los 400 golpes, los 3,172 menhires alineados en el Carnac, el tercer mundo, los cuatro niveles del cretinismo sentenciados por Freud, las siete partes en que –según algunos autores, otros señalan más– se divide En busca del tiempo perdido.*

*El actor, me precisa José Manuel, no permanece solo mientras entona este texto. A medida que adelanta su rezo, se le van uniendo personajes, figuras anónimas, que a la manera de un canon, repiten, demoradas como un eco, sus palabras. Al principio, relata, este murmullo repetitivo que acompaña las palabras de quien pudiéramos llamar, por costumbre, protagonista, da la impresión de un rumor de iglesia, la oración contenida de los fieles. A medida que estas otras voces van ganando fuerza, aparejándose con la principal, la leve armonía aparente de los inicios se va perdiendo y la recitación colectiva cobra visos de algarabía, convirtiéndose gradualmente en un escándalo sin ton ni son del que sólo sobresalen, audibles, las palabras del principal, proyectadas y graduadas de manera que resalten por encima del fragor colectivo, como las del solista frente al coro en las óperas. Pero a la larga, extrañamente, este fragor comienza a ser reconocible; recuerda algo muy presente, muy inmediato –no es una impresión mía, particular, precisa José Manuel; es de las cosas más comentadas de la obra–. Al fin, el vocerío se identifica: es idéntico a ese escándalo de la protesta, escuchado desde hace semanas por las calles del Barrio Latino, en desfiles, cuando las multitudes rebeldes proclaman lemas, corean protestas. Algo de misterioso tiene: la semejanza no parece buscada, ensayada; es como si el conjunto de sentencias escogidas, al ser vociferadas a coro, tuviese necesariamente que dar por resultado el mismo ruido, la misma sonoridad de la protesta. Tan es así que alguna vez, cuenta, la policía rondó la universidad durante una representación, dispuesta a invadir el recinto; al escuchar ese tumulto escénico pensaban que se preparaba una manifestación nocturna, bien peligrosa a juzgar por la ira que presagiaba aquel rugido intramuros. Termina José Manuel su carta con esta descripción: cuando el escándalo no da más, acaba la obra, en un apagón y un silencio súbitos, proféticos, es su última palabra.*

(Del relato *Los labios pintados* de Diderot)

## Letras de Oro

---

Los relatos reunidos en *Los labios pintados de Diderot* se publican tras recibir mi manuscrito el Premio Letras de Oro, concedido anualmente por la Universidad de Miami en cinco géneros: novela, teatro, poesía, ensayo y, en este caso, colección de cuentos. Premiado en 1992, no es la primera vez que el certamen distingue un trabajo mío. Dos años antes ha recibido el Letras de Oro mi pieza teatral *Cosas de Viejos*. Con ella –no es que llevase tiempo cavilándola, de pronto me dio por escribirla– me desmiento a mí mismo que mi interés en el teatro haya quedado sepultado en la pasajera experiencia parisién, si bien nada más abrirse el telón y escucharse el primer diálogo se comprende que en expresión, propósito, estilo, *El Mar de la Tranquilidad* y *Cosas de Viejos* se sitúan en las antípodas. La obra sigue una ruta teatral bien alejada de aquélla, al acatar yo sin otras consideraciones el rumbo que creo indicado por la trama a contar. No es que no me importen las diferencias de estilo entre las distintas cosas que escribo; más que venirme solas esas diferencias, las persigo, enfrentándome a cada trabajo como a una singularidad con voz propia, esforzado por extraer a cada una su *manera*, esa forma en que expresar mejor la idea que esconde. Carecer de estilo lo tengo como mi natural modo de hacer. Y si algún titubeo pudiera quedarme, lo desecho al leer lo que sobre el asunto opina ese maestro del estilo que es Alfred Hitchcock: cuando en una entrevista se le destaca y elogia esta cualidad suya, responde que tener estilo no es más que saber copiarse a sí mismo.

No fui del todo exacto cuando páginas atrás dije que nada escrito por mí para el teatro había alcanzado la recompensa de la escena. Anunciado el premio y publicada *Cosas de Viejos*, el poeta Ángel Cuadra me habla de su interés en organizar una lectura dramática. En semanas tiene lugar, sobre un escenario desnudo, pero de un teatro, con Cuadra en el papel del Investigador y varios actores de larga carrera en el teatro, la televisión y la radio de Cuba, entre ellos Marisabel Sáenz, entusiasmados de trabajar en el proyecto, aunque dure un día. Llamar lectura dramática a lo que consigue este conjunto sería injusto. Lo que les pudiera faltar de escenografía o utilería –para mi gusto, nada– lo compensan con su expresión, los ritmos de sus diálogos y sus

movimientos en escena. Llenan la ausencia de mobiliario con emociones y relaciones legítimas y transforman la lectura de la pieza en lo que más puede complacerme, arrojando de paso una sombra de duda sobre esa primera impresión de lejanía entre ésta y el añejo *Mar*: una puesta en escena lograda sin aderezos, minimalista.

## Cosas de viejos

---

En la obra, una trabajadora social y un investigador acuden a una residencia de ancianos respondiendo a las quejas de que en poco tiempo, dos o tres de sus residentes han desaparecido de manera imprevista e inexplicable. Interrogada la propietaria, achaca esas ausencias a la voluntad de los propios ancianos, de quienes se expresa con muy poca simpatía, atribuyendo su súbito abandono a manías, pesadeces de viejos. A la vez que ella explica su versión de los hechos, de unos cubículos que han permanecido oscuros al fondo del escenario van apareciendo según ella los nombra esos viejos ausentes. Incorporándose dentro de los reducidos espacios en los que yacen como en una cama o una tumba, vienen a acusarla de haberlos asesinado. Pero sólo el público puede escucharlos, los demás actores no los oyen.

Con el segundo de esos desaparecidos-aparecidos sostiene la Propietaria una polémica de sordos acerca de lo que al hombre le ocurrió. La eliminación de algunos incidentales se indica con asteriscos:

*PROPIETARIA.- Era muy raro. No es que mirase a los demás de arriba abajo. Es que los rehuía. Siempre raro, metido en lo suyo, como embobado. Se pasaba la mitad del día en el cuarto y nada más salía a comer o a sentarse allá afuera en el portal con su radiecito, ensimismado. Pero de bobo no tenía nada.*

*INVESTIGADOR.- ¿Por qué?*

*PROP.- Ya le voy a contar.*

*(Un cubículo-habitación hasta ahora oscuro e invisible al fondo de la escena se ilumina y en él aparece acostado un viejo vestido en pijama que se incorpora al caer la luz sobre él.)*

*VIEJO.- Ya vas a mentir.*

*PROP.- No sé si es mentira o es verdad, les voy a contar lo que se comentó aquí.*

*VIEJO.- ¿Lo que se comentó? Lo que tú comentaste. Lo que tú le metiste en la cabeza a todos los viejos seniles que tienes aquí, comiendo tus sopas sosas.*

*PROP.- Primero, lo que se supo a ciencia cierta.*

*VIEJO.- Lo que se supo, no. Lo que averiguaste tú, como un policía.*

\* \* \* \*

*PROP.- Bueno, sigo. Parece que éste era un hombre de posición, como un funcionario de cierta importancia. Vivía lejos de aquí, muy al norte. Llevaba no sé cuánto casado y de pronto le entró la comezón. Pero no la crisis de los cuarenta ni nada de eso. Iba ya para viejo cuando le empezó la cosa. O a lo mejor meto la pata. Cuando se supo. Quién sabe si siempre fue así.*

*VIEJO.- Calumniadora.*

*INVESTIGADOR.- ¿Qué se supo, exactamente?*

*PROP.- Como le digo, llevaba ya mucho de casado y tenía hijos mayores; eran ya adultos, ya él tenía nietos. Más bien puede decirse que andaba de retirada cuando se le apareció esta mujer.*

*VIEJO.- Ahí estás, con tus jugarretas. Como si lo hubieses visto.*

*PROP.- Bueno, yo no lo vi. A lo mejor fue él quien se le apareció a ella, ¿por qué vamos a juzgarla mal?*

*VIEJO.- ¡Qué buena eres!*

*PROP.- Y tanto no sé; no sé si fue en la oficina, o en el barrio, o si se la encontraba en el parque cuando sacaba a jugar a los nietos. Pero alguien se le atravesó al otro. Si fue ella, se le atravesó bien atravesada.*

*TRAB. SOCIAL.- ¿Qué mujer era ésta?*

*PROP.- Una mujer. Una mujer cualquiera, da lo mismo. Lo importante es que debía tener más de treinta años menos que él. Aunque en definitiva, esto no tiene tanta importancia, lo importante es que hicieron las cosas como ladrones, en secreto. Como cobardones.*

*VIEJO.- Sinvergüenza.*

*PROP.- Parece que hubo quienes pensaron que actuó por bueno. Yo pienso que no, yo pienso que eso la gente lo hace por cobardía.*

*INV.- ¿Qué cosa?*

*PROP.- No rompió de frente con su mujer. No se encaró con la familia. Se fugó de noche con la noviecita y lo dejó todo atrás. La mujer, los hijos, los nietos... Y también la casa, las propiedades... Tan de fugitivos fue la cosa que hubo quienes lo elogiaron por haber dejado todo a la familia. ¡Como si tuviera veinte años! (Al Investigador.) Dígame, usted que anda por la calle, ¿usted cree que la gente hace eso por bondad, o por cobardía, por no querer dar el frente a las cosas?*

*VIEJO.- ¡Era lo decente! ¡Terminar una vida y empezar de nuevo!*

*PROP.- Empezar de nuevo. Con casi sesenta años. Hay que ser muy vanidoso. O estar en la luna, pensar que el mundo no cambia. Pero la vida le enseñó. Nada más que a un iluso se le ocurre aparecerse en un lugar con casi sesenta años y un problemita como el suyo auestas y pensar que todo va a seguir como antes, que no va a terminar en ascensorista.*

*T. SOCIAL.- ¿Terminó en eso?*

*PROP.- No, pero casi. Para el caso da lo mismo. Se consiguió un puestecito, pero comparado con lo que estaba acostumbrado a tener fue como haberse caído por las escaleras. Como comprenderán, así los romances no funcionan. El nidito de los tórtolos se deshizo pronto. Cuando una trepadora de éstas apunta a codornices volando no se va a conformar con caldo de gallina.*

*INV.- ¿Está usted segura de que las cosas fueron así? ¿De dónde sacó usted tantos datos?*

*VIEJO.- ¡Al fin! ¡Te van a acorralar!*

*PROP.- (Se endurece.) Ya lo veo, va a salir en defensa del varón. Pues sí, aquí se supo todo. Se lo puede preguntar a cualquiera, si piensa que yo invento. Una persona se entera de una cosa, y la comenta. Otro de otra. Termina sabiéndose todo. Como en su trabajo.*

*INV.- Voy a hacerme el que no oí sus puyas. En serio, ¿qué se supo?*

*PROP.- Mire, esto me va sonando más a interrogatorio.*

*T. SOCIAL.- No, es que no queremos perder el hilo.*

*PROP.- Del interrogatorio. La policía interroga.*

*INV.- Yo no soy policía.*

*PROP.- Más o menos.*

*T. SOCIAL.- Lo que no queremos es perder el hilo de la conversación.*

*PROP.- ¿Tan interesante le parece?*

*T. SOCIAL.- Sí.*

*PROP.- No sé cómo les pueden gustar estas cosas de viejos.*

*T. SOCIAL.- Es que se interrumpió en el momento mejor.*

*PROP.- Sí, pero lo que pasó es fácil de adivinar. (Al Investigador.) Más a un policía.*

*INV.- No para de recordármelo.*

*PROP.- No, soy incapaz. Para buscarle las cosquillas. En fin, que la jovencita no estaba tan enamorada ni tan apasionada como parecía y ya no le bastó el viejito fracasado. Vivieron juntos un tiempo y un buen día se armó un escándalo. Otro. Ahí se separaron. Ella le dio una sorpresita de primera. Mejor que la que él le había dado a su mujer. Por lo menos más original.*

*T. SOCIAL.- Está usted dándose gusto con el cuento.*

*PROP.- Bueno, como ustedes me tienen aquí monologando, por lo menos lo disfruto un poco. Nada, fue un escandalito muy de nuestros tiempos, pero para él, según me cuentan...*

*T. SOCIAL.- ¿Quiénes?*

*PROP.- ¡Ah, tenemos más de un policía! Ya le dije: todo se sabe. Algunas cosas me las contó él mismo, a su manera, y otras me llegaron por otros huéspedes aquí.*

*VIEJO.- ¡Mentirosa! ¡Lo averiguaste tú por ahí rastreando como una zorra!*

*T. SOCIAL.- Se quedó en la sorpresita.*

*PROP.- No es nada a lo que no estemos ya acostumbrados. Son cosas que han dejado de tener tanta importancia. Hace veinte años hubiera sido un novelón. Resulta que la mujer, sin tener en cuenta que estaba casada con un funcionario, aunque ahora fuese de poca monta, aparece un día en la página central de una revista de mujeres desnudas, enseñándolo todo, entera y verdadera, y para colmo, con nombre y dirección, contando su vida y hablando de su marido y de sus pesares, ¿y sabe lo que contó? Se puso de víctima. Me hubiera gustado verle a él la cara cuando lo leyó. Dijo que ella lo había dejado todo, lo había sacrificado todo para seguir al hombre que*

*amaba, y que ahora quería hacerse una carrera de modelo para ayudarlo; vaya, yo creo que eso lo dicen siempre en esas revistas, sólo que en este caso resultaba cómico. Era irónico. ¿Para qué contar? Otro escandalito, él tuvo que renunciar, y ahí vino lo que me imagino que ella andaba buscando con esa comedia. Se separaron, y unos dicen que él la botó, otros que ella lo dejó. Bueno, como siempre; o una cosa u otra.*

*VIEJO.- No sabes nada.*

*PROP.- Y ahí fue la cuesta abajo hasta el retiro...*

*VIEJO.- Además de mentirosa, no sabes nada.*

*PROP.- Y me imagino que el disgusto es lo que le trajo la arteriosclerosis prematura que tenía.*

*VIEJO.- Envidiosa y mentirosa.*

*PROP.- Me atacaba los nervios. Era como tener un fantasma en la casa.*

*VIEJO.- Deja que me llegue el turno de contar.*

*PROP.- Claro, una se siente esas patadas. Ahí fue cuando le vino el arrepentimiento, me imagino. Por lo menos, ya cuando llegó aquí se pasaba la vida escribiendo cartas. Una a la semana por lo menos. Trataba que su mujer, la de antes, lo perdonara y lo volviera a recibir...*

*VIEJO.- ¡Eso te hice creer, vieja idiota!*

*PROP.- Y quién sabe si por esa compasión tonta que dan los años lo hubiera hecho. Pero parece que los hijos no se lo permitieron.*

*T. SOCIAL.- ¿Eso le contó él?*

*PROP.- A mí no. Me llegó por trasmano.*

*VIEJO.- (Muy exaltado.) ¡Te lo hice llegar para que no siguieras escarbando en mis cosas, vieja desgraciada, aura tiñosa!*

*PROP.- Había que ver a ese pobre hombre. Llegaba a dar lástima, aunque se mereciese todas sus desgracias. Él se las buscó. Yo no sé en qué tenía la cabeza.*

*INV.- ¿No le vio nunca nada bueno, eh?*

*PROP.- No se lo busqué. Se pasaba el día tirado en la cama o acostado en un sofá o sentado en un sillón del portal, siempre con la vista en el vacío, como un hipnotizado. Para colmo, oía música, sin parar, con un radiecito de ésos que se llevan en el bolsillo, con unos auriculares, como si fuese un mu-*



*chacho. Totalmente ausente. Era insoportable. Estaba ahí sentado en el sofá con los ojos cerrados y de pronto se sentía como un quejido, como ese maullido crujiente que dan algunos gatos, ...iiii... ..iiii... y era él creyéndose que cantaba, chirriando en su silla con los ojos cerrados; siguiendo alguna musiquita de su radio, sin darse cuenta que parecía que le estuviera dando un ataque; y a veces, entre el cantico y la boca abierta se estaba babeando. Cada vez que tenía una enfermera o una criada nueva había que avisarle, porque la primera vez que lo veían así pensaban que el hombre se estaba muriendo y se iban a llamar a la ambulancia.*

*VIEJO.- ¿Ya agotaste el repertorio?*

*PROP.- Era una verdadera lata. ¿Para qué contar?*

*VIEJO.- Ahora voy a contar yo. (Investigador y Trabajadora social quedan inmóviles, el tiempo no pasa.) Para que sepan de verdad lo que pasó y no le hagan más caso a la vieja bruja esa... Ni el escándalo fue como ella lo cuenta, ni las cartitas son lo que ella dice, ni nada. Ella es la que siempre estuvo en baba. Aunque terminó siendo más lista que yo, tengo que reconocerlo. Pero no me adelanto. Ya verán. Además, yo cuento las cosas mejor que ella, ella no tiene gracia. Para empezar, me debían de haber dado una medalla por aguantar a la mujer de la que ella habla con tanta admiración.*

*PROP.- Nada más había que verlo. Se creía un galán de novela.*

*VIEJO.- ¡Esos ojos de aquella mujer! ¡Eso no era novela! Me da escalofríos recordarlos. Siempre lo mismo, siempre había cosas que yo hacía y que a ella le disgustaban. Y cada vez que algo le molestaba, ¡eran esos ojos arriba de mí! Como los maestros pesados cuando quieren asustar a los niños. Para ella todo lo que uno hacía en público estaba mal, era incorrecto. Yo le hacía una broma a alguien o me divertía con mis amigos, y enseguida aparecía ella, buscándome la mirada con sus ojos abiertos, descomunales, avisándome que yo estaba haciendo algo imperdonable. Imperdonable para ella, claro, que era más tiesa que un poste. Lo estaba pasando bien, me daba vuelta, y ahí estaban los dos ojos, iracundos, relampagueantes, como dos faroles de policía sobre mí.*

*PROP.- Como siempre, le echó la culpa a su mujer de la separación. Tardó bastante en darse cuenta.*

*VIEJO.- Algunos me reprocharon esperar a viejo para dejarla, y tenían razón. Fui un imbécil de aguantar tanto. A la tercera vez que me abrió los ojos la debí dejar, y así no hubiera tenido las pesadillas en que se me aparecía con los ojos abiertos y las pestañas revoloteando para subrayar su disgusto, con esa cara pasmada de las muñecas feas.*

*PROP.- Y no les he dicho el colmo. A la mujer la dejó él por mala. Pero la chiquilla lo dejó a él por buena. ¡Qué pedazo de tonto además!*

*VIEJO.- Esa muchacha de la que ella habla con tanto desprecio era un portento. ¿Cómo iba a ser egoísta? ¿Si fue ella quien me convenció de dejárselo todo a mi familia, de irme sin mirar atrás, como si fuésemos Orfeo y Eurídice? Aunque ella era la que me sacaba a mí del infierno. Eso hicimos y muy felices que fuimos, aunque a muchos les pese, hasta que a ella le entró la pesadumbre. Pero no por ella, sino por mí.*

*PROP.- ¡Tan tonto! Creo que ella lo podría haber convencido de cualquier cosa.*

*VIEJO.- Me hablaba de mi talento desperdiciado, y de su egoísmo, y de mi vida rota, separado de mis hijos y de mis nietos. A veces me hacía sentir un monstruo, porque yo no sentía el menor arrepentimiento. No añoraba nada, no extrañaba a nadie. Ella me bastaba. Pero entonces la miraba, la veía, y comprendía que nada de malvado tiene dejar que el amor lo supere todo, lo aplaste todo. ¡Y cómo la veía! Sólo yo sé que su decisión de mostrarse desnuda en la revista no fue casual, no fue traída por los pelos. Para ella era lo más natural. Por eso me gustaba quedarme en casa, embelesado, siempre estaba desnuda. La veía pasar desnuda delante de mí, cocinar desnuda, leer desnuda, tirarse siempre en la cama desnuda, así fuese para dormir o para hacer el amor.*

## Paréntesis sobre hacer el amor

---

Hubo un tiempo, que me alcanza siendo muchacho y algo más, en que a la cópula o coito de los mundos científico o judicial se la llamaba hacer el amor.

Venida la frase del francés *faire l'amour*, sustituía en la conversación a la palabrota cuando la buena compañía lo requería y era la que con más frecuencia se encontraba en el drama y la literatura. Pero en algún momento, diría que por los sesentas o setentas, esta manera de decir es relegada en favor de otra, en este caso derivada del inglés: Hacer sexo, por *make sex*. Sin querer lucir añejo ni mojigato me da la impresión de que con el cambio se pierden cosas, por de pronto la dulzura del amor sustituida por un prosaico pragmatismo. Hacer el amor es siempre hacer sexo, no siempre hacer sexo es hacer el amor. Se me dirá que se trata de una simple definición pero soy de los que cabalísticamente creen que las definiciones, las designaciones, los nombres, tocan el alma de las cosas, y a fuerza de repetirse pueden, como quién sabe si está ocurriendo en este caso, llegar a modificarlas.

## Terminan los viejos

---

*VIEJO.- ¡Era un espectáculo radiante! Y tuvo que venirse abajo. Yo creo que eso siempre pasa, que el cuerpo no tolera pasar mucho tiempo en el paraíso. De pronto le entró esa pena por mí, decía sentirse entristecida por mi caída de posición, ¡como si me importara! La culpa seguro que fue mía. Alguna tarde habré llegado del trabajo con rostro de pesadumbre... Decidió brutalmente aquella presentación que oí llamar pornográfica y que aunque me enfrió bastante el corazón al verla, que me resultó como si nuestra casa se hubiese llenado de pronto de gente cualquiera, luego me alegró, pues cuando ella se fue, pude conservar conmigo su retrato, así, exhibiendo sus secretos, para poder recordarla como tantas veces la había visto.*

*PROP.- ¡Ah! Todas las cartitas, todo el remordimiento, eso era pura fachada. Este hombre no había cambiado. Una vez la enfermera se me quejó de haberle encontrado fotos cochinas en el bolsillo. No tengo que decirles qué fotos eran.*

*VIEJO.- Ninguna enfermera. Las descubriste tú a última hora. Pero descubriste mucho y no sabes nada. ¿Sabes a quién le escribía yo cartas*

*todas las semanas? Eso de que era a mi antigua mujer fueron pistas falsas que te puse en el camino, entrometida. Nada de eso. Eran para ella, para mi portento. Cuando me mirabas y me creías lelo, yo estaba soñando con ella.*

*PROP.- Es que no sabía lo que quería. Por un lado, seguía con esas fotos indecentes, y por otro, se iba a las tiendas a comprarse musiquita de muchachos y eso era lo que se ponía a oír en su radiecito, cosas de muchacho, me imagino que extrañando a los hijos, o a los nietos, serían cosas que les gustasen a ellos. Música de jovencitos, no de un viejo como él.*

*VIEJO.- No de una vieja como tú. ¡Qué sabes tú de eso! Al mundo de ella, de mi estatua griega, era al que me iba con los ojos cerrados, cuando yo andaba con el cuí cuí ése que dices. Escuchaba en el radio la música que ella siempre escuchaba, que ella siempre tenía puesta en casa, llenando la casa de música, de alegría de jovencita. ¡Qué sabes tú! Yo escuchaba esas canciones y me ponía a tararear la música recordando sus pasos, sus palabras, sus movimientos por la casa. A ella recordaba y a ella le escribía, ¿qué te parece? Años y años le he escrito, rogándole que deje atrás sus pruritos, que se olvide de que si me hace daño y todas esas tonterías. A veces he llegado a pensar lo que nadie me dice y sé que todos pensaban: Fue la diferencia en años, mi vejez, lo que la alejó de mí. Mi pesar fue una excusa. Ya no me importaba. El tiempo estaba de mi parte. Cuando llegué al hogar de esta bandida, ya habían pasado bastantes años de nuestra separación. Ella se tenía que estar poniendo vieja, y eso me ayudaba. A partir de un momento, los años y hasta las décadas dejan de importar. Un viejo es un viejo, tenga la edad que tenga. Somos todos iguales. Por eso yo la sentía más cerca de mí con cada año que pasaba; cada año le sacaría nuevas arrugas y esas arrugas la acercarían a mí. Me extasiaba como antes, imaginándola desnuda a mi lado, juntos de nuevo, y me excitaba pensándola envejecer, empujada hacia mí por su espalda cada vez más encorvada, cada vez más cerca de mí por los pechos que se le iban venciendo, deslizándose, cayéndole sobre las costillas, el vientre cada año más flácido, resbalando hacia los muslos, la piel con menos y menos brillo, con menos aceites, cada vez más amarilla. ¡Qué delicia, abrazarla y sentirla ya igual a mí, con los ojos apagados, el cuello cuarteado, y a medida que se fuese descomponiendo, a cada nuevo deterio-*

*ro, era otro paso hacia mí, su olor que se acercaba, ahora más rancio, pero el suyo de todos modos, inconfundible! Y tú lo liquidaste todo, vieja infame. Ahora sí que mis sueños no son nada más que sueños. Que Dios te maldiga. (Se recuesta en su cubículo y éste se apaga.)*

(De la pieza teatral *Cosas de viejos*)

## Efímeras letras

---

Como si quisiera introducir una extraña negación en los anales del premio y centrar, más en una polémica que en las obras escogidas, los anuncios anuales de los galardonados con los Premios Letras de Oro, el encargado de dirigir el programa por el Centro Norte-Sur de la Universidad de Miami, el profesor Joaquín Roy, inicia año tras año sus presentaciones con la extemporánea disquisición de comunicar al público lo mucho que le disgusta estar allí y lo poco que le interesa participar en el programa. La primera vez que lo hace, quienes lo escuchan reciben como broma el despropósito, aunque ni les parezca oportuno ni les haga reír. Al escuchársele lo mismo al año siguiente, comienza a aceptarse como sincero el desplante, que con el tiempo y la insistencia deja de recibir ese nombre entre los escritores, profesores y periodistas del público, quienes lo consideran ya un desaire de mal gusto, el desenmascarado deseo del profesor de proclamar que considera la organización y entrega de esos premios una pérdida de tiempo que por obligación acata. Circulan variados rumores sobre las posibles causas inconfesadas de ese rechazo de Roy. La más mencionada es cuánto le incomoda que autores cubanos acaparen la mayoría de los premios, aunque viniendo de los propios cubanos la sospecha, la recibo con cautela. Ciertamente, desde el primer año de instituirse el premio, somos los cubanos mayoría entre los laureados, patrón que se mantiene más o menos igual año tras año más allá de los esfuerzos de la Universidad por dar a conocer los Letras de Oro a lo ancho y largo del país, sobre todo en zonas de mayoría hispanoparlante de otros orígenes capaces en teoría de albergar interesados. Ante la falta de pruebas palpables, tiendo de entrada a respetar

la evidencia visible de que a Roy no le interesa una labor encargada probablemente sin consultárselo, como ocurre al más pinto en cualquier institución, y sin detenerse en amabilidades, aprovecha su disertación anual para poner en un compromiso a sus superiores y a la Universidad.

Abajo se me viene esta probable ingenuidad al asistir a una de las últimas entregas de los Letras de Oro, quizás la última. Estoy de pie al fondo de la sala; al lado tengo a un buen amigo presente allí por sus lazos con el premio: más de una vez ha sido miembro del jurado. Según van conociéndose los nombres de los premiados, le escucho un muy contenido e igualmente consternado ¡Ay, Dios!, y sabiéndome el único que puede habérselo oído, le pregunto qué pasa. Sin dar pie a la duda y en el mismo susurro confidencial, mi amigo me aclara: ¡Cómo tiene que estar Roy! ¡Cuatro de los cinco premiados son cubanos! No dijo más, me suponía al tanto del rumor y desde luego me bastó. Y con esta detectivesca escena cae el telón sobre las Letras de Oro y también sobre el segmento de mi recopilación dedicado al teatro.

## Los años y los inmigrantes

---

Hora de volver a la narrativa pura, lo que mejor conocen quienes me conocen. Empezando por un cuento no recogido en libro, obedezco el atavismo sobre la hegemonía y perpetuidad de lo impreso, si bien tratándose aquí de un libro virtual esta idea no puede ser más contradictoria.

Dejamos La Pequeña Habana después de veinte años, los últimos 18 pasando por alto las reconvenciones de amigos que nos reprochan vivir en una zona que se destartala, venida a menos, peligrosa. Reproches verídicos aunque para nosotros insignificantes en comparación con la alternativa de dejar un sitio vivo, un barrio con gente, para irnos a instalar en una parcela de legos. Desde la atalaya de nuestro segundo piso hemos observado los cambios sobrevenidos con los años. Estampa de los primeros tiempos de serenidad y paz pueblerinas es la pareja de sesentones que a media mañana pasan por nuestra acera en fila india, el hombre metro y medio delante de la mujer, dia-

logando disparejos en una forzosa voz muy alta, sobre todo él que no obstante ir primero nunca vuelve la cabeza y como ella se planta firme en el asfalto en una marcha de pies planos que caen pesados como estacas, reviviendo su andar por los trillos de los montes cubanos.

Pronto el paisaje cambia y al pie de la ventana tenemos a un marielito que cruza la calle en diagonal desentendido de la circulación. Si lo sabemos marielito es por el pantalón: un *blue jean*, el mecánico de mis tiempos en Cuba y pitusa en los de ahora, con la pernera recogida. Esa prenda de vestir que como a la mayoría de ellos le ha tocado en el centro de asistencia debe escogerla ajustada a la cintura pero el largo no importa; la pernera se remanga, se hace así con los *blue jeans*. Lo que ocurre con los marielitos es que a diferencia de lo que todo el mundo hace, ir recogiendo el bajo en superpuestos dobleces de alrededor de pulgada y media, ellos se las arreglan con un único doblez del largo que sea, sin importarles lucir un pantalón que parece confeccionado en dos tonos de azul. Lo que les sobra lo suben de una sola vez: hasta media pierna, hasta la rodilla. Con lo que al aparecer por la acera uno vestido así enseguida alguien avisa, por ahí viene un marielito.

Aparecen después en el barrio, siguiendo el errático devenir de sus países, nicaragüenses huidos de los sandinistas, salvadoreños de la perpetua violencia, otras nacionalidades en grupos más pequeños, cada una con su historia. Se sabe que llegan por las fondas, unas anunciando pupusas, otras nacatamal para llevar. Habiendo seguido de cerca este proceso, lógico que lo último que escribo antes de mudarme de La Pequeña Habana a la Playa y muy pronto a Barcelona sea un cuento de inmigrantes, en este caso inmigrantes por partida doble.

## El acento chino

---

**El barrio se está llenando de chinos. Es como si viniesen atraídos por la bodega. La compró hace meses un matrimonio chino con varios hijos y desde entonces aparecen por aquí y por allá. Casi**



siempre los veo por primera vez en la bodega. Pienso que son viejos amigos de los dueños, puede que almacenistas que los surten por confraternidad de raza. Luego resulta que no, los veo entrar a un edificio de la cuadra y al verlos repetirse día tras día descubro que son nuevos vecinos.

Los chinos cambiaron el establecimiento apenas sin tocarlo, cuestión de unos pocos detalles. En general, todo quedó como antes, los mismos Corn Flakes y Coca-Colas, Nestlés y Nabiscos. Pero en algunos rincones aparecieron novedades que lo hacen especial, le dan al lugar su toque chino. Una esquina con ginseng y té verde. En otra, pomitos de salsa de soya y aceite de sésamo. Aunque lo más espectacular, su sello, es el colorido anaquel colocado frente a la entrada, un muestrario que recibe al cliente con objetos más de quincalla que de bodega, baratijas tan distintivas como un ideograma: tacitas de té, almanaques, relojes de cocina, zapatillas de andar por casa. Objetos de plástico hechos en serie que, pudiendo ser de cualquier parte, en el caso de los chinos nunca lo son; siempre aparece por alguna parte el fleco, el rojo escarlata, el junco, el gatito de ojos rasgados que los vuelven inconfundibles. Con ellos, aunque sean pocos y aunque la bodega esté en este barrio repleto de latinoamericanos de toda especie, es como si se hubiera metido en la cuadra una cuña traída de un barrio chino.

La mayor sorpresa que me llevé con los nuevos comerciantes, después de ver y oír de lejos a padres y a hijos, ajetreándose un par de semanas para reabrir pronto el comercio recién comprado, fue cuando, después de haberlos escuchado en esos primeros días de labor, conversando entre sí con la musical cantinela del habla china, y de pensar que ése y el inglés serían sus únicos idiomas, los bodegueros me recibieron, como a todos sus demás marchantes, hablándome en español. Un español con acento, pero hablado de corrido, cosa suya.

Nunca me pregunté al oírlos, a ella en la caja contadora y a él despachando carne, de qué país vendrían. Pensé, sin dudar, que

**del mío. No percibí la menor diferencia entre su habla y la que me había acostumbrado a escuchar año tras año en las abundantes calles del amplio barrio chino habanero. La misma ausencia de erres y de jotas, la más notable imposibilidad de marcar las bes grandes o chiquitas, siempre transformadas en esforzadas emes: Meinte centavos, masura, dicen. Sin darle más vueltas a la cosa, los hice cubanos, emigrados como yo.**

**No era así. Una tarde, al cabo de algún tiempo de sentirme conforme con mi conclusión, veo a la china hablando con una compradora de aspecto indiado y acento para mí no muy preciso. De pronto, la escucho rememorando con emoción las fiestas de la Virgen de la Altagracia. Estamos cerca de Nochebuena y jamás oí hablar de esa virgen en Cuba, menos de una fiesta por estos tiempos que no tuviese que ver con la Navidad. Caigo: esa fiesta es de los nicaragüenses. Sigo, atento, la charla. La china le recuerda a su clienta, con tono nostálgico, los buenos tiempos en que disfrutaban de esas celebraciones, con suspiros que amplían esa nostalgia y la hacen abarcar a toda Nicaragua, la vida que vivió allí.**

**Me entero así de algo que debí haber sabido siempre. El acento español de los chinos no cambia, por lo menos en Latinoamérica. Da lo mismo que vengan de Perú o Colombia, de Nicaragua como de Puerto Rico o Cuba, el canto que domina en su habla es el de su acento chino, impermeable a las inflexiones que puedan dar al español las mezclas nacionales. Nada lo vence.**

**Es una fuerza indudable y, no sé por qué, la relaciono con una convicción que muchas veces oí repetir en Cuba respecto de los chinos. Entre ellos, por pobres que fueran y no digo yo si muchos lo eran, a veces casi en taparrabos en sus lavanderías, no se veía a un indigente, no había limosneros en sus calles ni desamparados en sus zaguanes. Cuando en La Habana aparecía un chino vagabundo era siempre por otros barrios. Por eso la gente decía que los chinos se unían entre sí para ayudarse y no permitir que uno de ellos cayera en la miseria, y que cuando se veía a un chino pordio-**

**sero era porque los suyos mismos lo habían marginado; por vago, por bandido. Algo lo había vuelto indeseable a su comunidad. Puede que hasta ser mal chino.**

**Esa era la primera característica. La otra tenía, como para compensar, algo de burla. Todos los chinos son iguales, se decía en tono de broma, hasta a los chinos, en su propia cara. Todos se parecen, se confunden unos con otros. La deducción, no tan escondida, dejaba asomar un temor: todos los chinos se pueden hacer pasar unos por otros, no es posible reconocerlos si no se es también chino. A partir de esta idea, la primera virtud adquiría un tinte algo tenebroso: con su facilidad para el disfraz, esa trenzada cuerda comunitaria de los chinos les atribuía una apariencia de círculo secreto, una capacidad de confabulación que los volvía formidables. Eso hacía que, por mucho que se les quisiera, la actitud general hacia los chinos siempre albergase una capa final de recelo y a la vez, así fuera a regañadientes, cierto matiz de admiración.**

**A pesar de sus cambios, algo no ha variado en la nueva bodega. Es, como cuando su anterior dueño era un puertorriqueño, lugar de tertulia favorito del barrio. Cierto que los propietarios hablan chino entre ellos, o con sus hijos, que siempre me resultan distintos, o más altos o más jóvenes o más delgados que la vez anterior, o con visitantes chinos que parecieran nunca repetirse y que pasan allí largos ratos, acomodados en conversaciones que toleran largas pausas, como si estuvieran en visita de cortesía. El resto del tiempo se habla siempre español y hasta esos nuevos vecinos chinos que, hasta donde he podido ver, vienen sin excepción de Latinoamérica, como los comerciantes, no hablan más que español, incluso con sus compatriotas bodegueros. Supongo que desean ser parte del barrio, hacer amistades y no dar la impresión de que quieren hacer casa aparte. Es la mejor manera de dejar saber al vecindario, sin necesidad de presentaciones, de dónde vienen, mostrarles que son congéneres.**

**Con esta cita vecinal perpetuamente en marcha en la bodega, unos segundos en cola esperando para pagar mis compras me bas-**

tan, cuantas veces la visito, para enterarme de bastantes novedades locales, por muy a retazos que sea. Incidentes que no saldrán en ningún periódico; lo mismo de que la noche anterior trataron de robar en el edificio a medianía de cuadra como de a quién vino a buscar ayer tarde la ambulancia después que sintió un amago de infarto. Las cosas menudas por las que respira nuestra colmena. Entronizada en el taburete que coloca frente a su caja contadora, la china preside, en su sonoro español de cantarinas vocales, las conversaciones con que clientes u otros pasan el rato; lo mismo hay desocupados que jubilados, aunque viejos sobre todo, que con su charla a voces dan a la bodega un ambiente de puesto de mercado bajo techo. La china se las arregla para hablar con todos y hasta buscar conversación sin descuidar su tarea; aunque, cuando le conviene, deja a quien sea con la palabra en la boca para atender un pedido especial o seguir atenta con la vista, a veces hasta increpándolo con un qué quiere, los sospechosos andares entre los anaqueles de un comprador nunca antes visto cuya facha le inquieta. En ocasiones, realmente contadas, suspende con un gesto de alacridad su habitual actitud amable, cuando alguna marchanta que ya se considera íntima amiga le sigue hablando sin parar, así la vea atareada, distrayéndola sin consideración de alguna cuenta más trabajosa que otras. Pero esta aspereza es rara en ella. Por lo general se la ve lista, ágil; sabe dividir su atención y atiende a sus distintas tareas sin perder el hilo de la charla, así varíe a cada momento, conversaciones entrelazadas que se ve son tan parte de su vida, o casi tanto, como el negocio.

El chino, siempre al fondo, dando hachazos a los cortes de carne o a las aves, es otra cosa. Se entrega con intensidad y pocas palabras a su labor y a los compradores y cuando por alguna ausencia de su mujer le toca atender la caja, a la primera oportunidad asoma, por debajo de su exterior cortés y afable, un malhumor fácil. Se le ve hombre de mecha corta, dado a disgustarse pronto cuando se le lleva la contraria en una suma un par de veces. En cuanto al

**parloteo del barrio, puede reír un chiste o una anécdota pero se nota que poco tienen que ver con él; si acaso escucha, pero no pone de lo suyo. No sé si será bruto; incapaz, a diferencia de su mujer, de seguir dos o tres cosas a la vez. En todo caso, no soporta que lo distraigan a la hora de cobrar y dar el cambio. No manda a callar pero tampoco atiende y no sabe disimular, en esas ocasiones, su talante exasperado.**

**A quien más veo en las reuniones de la bodega, reposado como quien estuviese tranquilamente dispuesto a echar allí el día, es a uno de esos nuevos chinos llegados al barrio tras la apertura de la bodega, como si fuesen parte de un séquito de los comerciantes. Se le ve desde lejos por la calle, siempre con un enorme paraguas negro abierto, lo mismo para protegerse de la lluvia que del sol. De todos esos recién llegados ha resultado el más gregario. Pasa horas en la bodega, echando parrafadas nada apuradas o escuchando con la misma calma, paraguas al brazo, las de otros; con una leve sonrisa inmóvil de las comisuras que aproxima su cara al estereotipo teatral del chino zorro, ése que sabe mucho más de lo que dice o le dicen. Sin embargo, a veces me parece sorprenderlo ido, como entregado a otras cosas, sencillamente matando el tiempo en un sitio que jamás lo cansa, mientras se apoya en el mango de su paraguas. Me imagino que, aparte de viejo, solo, como da la apariencia de estar, prefiere la bodega al encierro entre las cuatro paredes de su casa. Tan es así que, pronto, ni siquiera esta animación le basta y organiza por su cuenta una tertulia paralela de otro género.**

**Las tardes de buen tiempo, a la hora en que el sol afloja, sale al tramo de acera frente a su edificio, cargado con una mesa de metal plegable y una caja de fichas de dominó. Luego, con ayuda de quienes compartirán su juego, baja de su casa o trae de apartamentos más próximos a la calle cuatro sillas de tijera y, armado este escenario casi enfrente de la bodega, comienza el juego de dominó.**

**Noto, nada más pasar unas pocas veces junto a estas partidas crepusculares, que todos los jugadores, menos él, son intercam-**

biables. Es el único que nunca falla, el más apasionado. Ha previsto solución hasta para los días de lluvia, cuando muda el juego (de él es la decisión, no me cabe duda) a la sala de uno de los jugadores, o, en último extremo, al pasillo de entrada del edificio, al pie de las escaleras y bajo la débil luz de un bombillo barato; con lo que, supongo, irritará no poco a los otros residentes, lo que parece no tener en cuenta. Estoy en la bodega cuando la china, para todo lo demás su amiga, rechaza terminante, a la primera insinuación, la idea de que su marido se sume a estas mesas. El chino escucha a su mujer y asiente, divertido y a su manera, descartando el domínó con una risa y un gesto de la mano, como si no supiera de qué se le está hablando.

Como le veo hacer con todos, el chino del paraguas me da conversación a la segunda o tercera vez que coincidimos en la bodega, con familiaridad de viejos conocidos y movido, él mismo me lo dice, por mi acento cubano. Aprendida la lección con los chinos nicaragüenses no me he atrevido a adivinar de dónde es, aunque su acento me haya sonado, desde el primer momento, al de un chino cubano indiscutible. Resulta que eso es. De Cantón, fue a Cuba de niño, vivió en La Habana, en sus afueras, más de treinta años, y con una cubana se casó y tuvo hijos, hasta venir a Estados Unidos, a esta zona de Miami vuelta refugio, primero de cubanos y ahora de centroamericanos y otra gente de más al sur, cuyo abandono la vuelve accesible a la precaria economía de muchos emigrantes como nosotros. Vino acá después de enviudar, siguiendo a su hijo, llegado mucho antes con su propia familia. De no ser por él, dice al contarlo, se habría quedado en Cuba, sin importarle los inconvenientes.

Era hombre sencillo, de campo, relata sin que le pregunten, con detalles que va soltando cuando me ve y me imagino repetirá a otros mil veces al día, hasta armarme con pormenores su vida cubana. Tenía una casucha con un terrenito fuera de La Habana y todos los días se metía en la ciudad, con un carretón donde llevaba a vender los vegetales y, sobre todo, las hierbas que cosechaba

en su mínimo huerto. Se me hace difícil pensarlo pero de eso vivían, asegura, él y su familia. Nunca le hizo falta más; a juzgar por la reducida existencia que lleva, puede aceptarse que sea cierto lo que dice.

Por lo visto, quiere que yo corresponda a su franqueza y no para de preguntarme, cada vez que me ve, cuanto detalle de mi vida se le antoja, sin el menor recato. Que qué hago, en qué trabajo, que si estoy casado o tengo hijos, que cuándo vine. Esquivo como puedo sus preguntas; no tengo nada que ocultar pero me desagrada sacar a relucir en público mi vida personal y le respondo con evasivas. Le importa poco; insiste y hasta me echa en cara mi reserva, comentando con los demás, un día que respondo con un bastante a su pregunta de si mi apartamento cuesta mucho, que no me gusta hablar, soy muy callado. Viniendo de él, me resulta risible ese juicio, que hace sin ánimo de riña. Como si los chinos no fueran reservados, como si no fuese ése uno de sus rasgos sobresalientes, dondequiera, o por lo menos cuando están fuera de sus fronteras. El chino me critica con tono amable, como si en vez de un reproche su observación fuese un diagnóstico. Una vecina que parece entender mis evasivas le llama la atención, diciéndole delante de todos que es un metido. Pero al fin y al cabo, su persistencia me fastidia sin llegar a disgustarme. Presencio cómo hace con todos lo mismo que conmigo, con insistencia terca.

Cuando, por las tardes, paso junto a su mesa de dominó, me dedica siempre un sonoro saludo: “¡Adiós, cubano!”, me dice. Y aunque más de uno de los que anden por allí e incluso alguno de los jugadores sea cubano, todos sabemos que a mí dirige su ritual saludo diario. Hace como nosotros con los chinos, eso de llamarlos por su nacionalidad y no por el nombre. Para que el nombre entre en la conversación tiene que haber ya cierta relación personal. Si no, para nosotros son sólo eso, chinos, indistintos. El chino del puesto, el chino de la bodega, el chino de la esquina, el chino del paraguas. A la china de la bodega le dicen así todos, china, aunque



sepan que se llama Zoila. El chino hace lo mismo conmigo; para él soy el cubano de al doblar.

A quienes sí veo molestarse con su lata de preguntar es a los hijos de los chinos, que aparecen de cuando en cuando a atender la caja en momentos complicados del negocio, o a pedirle dinero a los padres, a veces simplemente a darse una vuelta por el lugar. Aprovechan su juventud para volver la espalda al chino o mandarlo a callar cuando él les machaca sus preguntas. Casi nunca los reconozco. De una visita a otra, el que creí el menor me parece haber crecido una enormidad en apenas semanas; la que consideré una niña ahora aparece con novio y figura algo más que adolescente. Otros clientes dicen a los chinos lo que yo pienso, con comentarios como “pero yo creí que tu hijo era otro”, “ésta no es la que tú me presentaste” o “pero si el del otro día era un niño y éste ya es un muchachón”. El chino del paraguas escucha los debates con su cara discretamente jocosa. Cuando se entromete, lo hace poniéndose del lado de sus coterráneos y se anticipa a la observación que sabe está al hacerse, volviéndola broma: “Es que todos los chinos somos iguales”, dice a quienes no lo son y no aciertan con los hijos de los chinos, confundiendo a veces a uno de ellos con otro joven que, aclara la china, es simplemente un sobrino de visita.

Una tarde, volviendo a casa del trabajo, descubro desde lejos gran revuelo frente a la bodega. Más que revuelo; allí está la policía. Alrededor, el barrio entero; no podría ser menos a esta hora, con la gente ya de vuelta a casa. Veo a los policías entrar y salir de la bodega y presiento que ha habido un asalto. Pronto desmienten mis ideas los comentarios que escucho en torno mío y, como para corroborarlos, veo con asombro cómo dos agentes sacan al chino de su bodega, y no por las buenas; lleva las manos esposadas a la espalda. Para colmo, detrás traen a la mujer, de la misma mala manera, y a los dos los meten en el mismo carro celular. Con la aprendida cautela de sujetarles la cabeza para que no se den un golpe al entrar, pero empujados, sin miramientos.

En el ruedo que formamos los vecinos descubro al chino del paraguas. Me llama la atención verlo conversando con uno de los policías. Más que uno cualquiera; es, de todos, el que más aspecto de oficial tiene; el que, en todo sentido, parece el jefe. Es gringo, rubio hasta el bigote. Dedicado a estos barrios, algo de español tendrá que saber, estoy seguro; de ninguna manera se me ocurre que el chino del paraguas sepa de inglés más que unas pocas palabras para resolver lo mínimo, andar de acá para allá por sus cuatro esquinas.

Estoy cerca de ellos cuando sacan a la china y noto que también ella ha descubierto esa conversación. Imposible no ver hasta qué punto se le encandila el rostro, la furia que le causa. Para mi sorpresa y la de todos, antes de que los policías logren meterla en el auto patrullero le lanza al chino del paraguas un grito en chino que, por el tono y la ira que refleja, no puede ser más que un insulto, y de los buenos. Como para que a nadie le quede duda, termina su iracunda frase con el peor gesto posible: lanza, más simbólico que real pero contundente, un escupitajo en dirección al chino.

Pronto termina el espectáculo. Los patrulleros se van y la bodega queda cerrada, sellada. Por ahora y sabe dios por cuánto tiempo, habrá que buscar otro lugar donde conseguir las provisiones. Quedamos, en las aceras y el medio de la calle, puede decirse que el vecindario entero, y no hay duda de cuál es la pregunta que más se escucha, que repetimos todos, hasta yo, vuelto curioso: ¿Qué le dijo la china bodeguera al chino del paraguas?, es lo que queremos saber todos. Hay más de un chino entre nosotros y a ellos nos volvemos con la pregunta, una y otra vez. La respuesta que nos dan, con la misma terquedad, no varía: en medio de los gritos, o por la distancia, no pudieron escuchar a la china. Ninguno se enteró de lo que dijo. Ni el chino del paraguas, que sigue tan imperturbable como si con él no hubiera sido y da así la impresión de ser el más sincero: tampoco él la oyó, pero sabe que con él no fue y nos reprocha el suponerlo.

**Estamos todos confundidos, la china insultaba al policía, asegura con remoto aire ofendido. Su grito y su salivazo fueron dirigidos al agente que él tenía a su lado; el teniente, dice, asignándole un grado, presiento que a su antojo. Al final nos dispersamos y también él se va. Pero alguna duda nos queda dentro, por lo menos a quienes no somos chinos y no entendimos ese grito. Si la cólera de la china iba dirigida contra el policía, ¿por qué entonces le habló en chino? No tiene sentido; la explicación no nos convence.**

**En vez de complicarme la vida preguntando a cuanto vecino veo qué pasó con los chinos, prefiero dedicarme a buscar la explicación en periodiquitos locales; serán ellos si acaso los que se ocupen de asunto tan de barrio. Así es; al cabo de pocos días, descubro en uno de ellos una versión de los hechos, que imagino conocerá a estas alturas el vecindario entero. Tan sorprendente es, tan enredada, que prefiero evitar comentarla en la barriada, aunque sea al precio de quedarme sin saber jugosos detalles del caso que, estoy seguro, debe tener a mis vecinos conversando boquiabiertos de la mañana a la noche.**

**Los chinos han sido acusados de contrabando de inmigrantes; de chinos, justamente. Esa prole nunca igual a sí misma que tanto me aturdí en la bodega, algunos de esos nuevos vecinos chinos aparecidos inesperadamente por el barrio desde llegar los bodegueros, eran traídos por éstos de contrabando desde China, aprovechando muchas veces el agujero de Hong Kong, y otras, el inmenso caudal de negocios en que andan ahora metidos los chinos de Pekín. Los colaban usando una técnica muy suya, como una célula que se multiplicase para crear un desconcertante tejido. Cada célula generaba otras y al final, todas eran iguales a la primera, o, por lo menos, tan parecidas como para ser confundidas entre sí. Empezaron con unos falsos hijos ya traídos clandestinamente antes de mudarse a nuestras cuadras y que para entonces habían dejado de serlo, a su vez adultos con familia, mujer e hijos y padres; muchos de ellos, esos visitantes que pasaban por la bodega**

**a darles conversación. Cada chino llegaba siendo una cosa y luego se volvía otra. Chinos vivos sustituían a chinos muertos y reclamaban a familiares que no lo eran y que ni siquiera tenían a veces que cambiar la foto de un falso pasaporte, tan incapaces resultaban los funcionarios consulares occidentales de distinguir a un chino de otro, llegando a haber hombres que viajaron con pasaporte de mujer sin necesidad de travestirse. No hacían falta parecidos familiares ni correspondencia justa en las edades; chinas de 25 años tenían pronto 40 o viceversa y hombres de 45 viajaban con el pasaporte de uno de 70, asombrando a las autoridades migratorias con su aspecto joven, que en vez de despertar sospechas dejaba a los inspectores comentando esa distinta dieta de los chinos que tan recia salud les da. Nombres, rostros, edades, todo pasaba ante los agentes y las aduanas en confusión indescriptible, en que una misma familia crecía y se ampliaba y proliferaba, hasta hacer posible, con esos multiplicados subterfugios de parentescos, identidades y pasaportes trocados, la llegada a tierras americanas de poblaciones chinas enteras.**

**Como contagiadas por la tristeza del cierre de la bodega, cesan desde el mismo día las partidas vespertinas de dominó. Veo al chino del paraguas dando vueltas, de pie por las esquinas y ahora taciturno, como desprovisto de algo, desamparado, como si se sintiera sobre terreno poco firme. Es uno de los pocos chinos que quedan. Aunque no todos habían sido parte del descubierto tráfico, los que no lo fueron prefieren mudarse; puede que, siendo chinos, se vean señalados por el escándalo y se sientan incómodos entre nosotros que, como bien son ellos los primeros en saber, no distinguimos entre ellos quién es quién. El chino del paraguas pasea, saluda, pero le queda poca alegría y parece remoto, merodea como un abandonado.**

**Cerrada la bodega sin trazas de reabrir, no anticipo más incidentes en el barrio; mucho menos policiales; la redada no parece traer secuela. Me equivoco. Una mañana, camino del trabajo,**

descubro una turba aglomerada frente al edificio del chino, en el mismo sitio donde él disfrutaba hasta hace semanas sus diarias partidas de dominó. Pienso lo de siempre: un asalto, consumado o fallido; un infarto. Pero es más gente de la cuenta para hechos tan rutinarios y, sospechando algo peor, me acerco a ver qué pasa.

Se trata del chino del paraguas. No tengo ni que preguntar. El alboroto es tanto, tantas cosas se dicen, que me entero en unos momentos de cuantos pormenores puedan importarme de la tragedia sucedida. Parece que, muy al amanecer, aburrido del silencio de su casa, al chino se le ocurrió salir a entretenerse dando una vuelta por el barrio. No era, se asegura, la primera vez que lo hacía, sino al contrario, una costumbre bien frecuente; más de un vecino dice haberlo visto muy de mañana, caminando por la cuadra de una esquina a otra, solo en la calle todavía desierta a esa hora. Pero esta vez, algo terrible vino a sorprenderlo. O le falló el corazón, o resbaló, u ocurrió algún otro accidente; lo cierto es que se fue de cabeza por esas antiguas y algo torcidas escaleras y se descalabró al llegar abajo, todo indica que sin remedio. Cuando lo descubrieron era más que tarde; ni se movía ni respiraba, fulminado por un desastroso golpe en la sien.

Me voy, sin ganas de escuchar más. No me hace falta cavilar para sacar conclusiones que me resultan bien transparentes. Pasado el susto, ni los más ingenuos creerán ese cuento del resbalón y el fatal cabezazo. Se sabrá sin falta a qué atribuir esa singular caída escaleras abajo y, como en este barrio de emigrantes donde vivo no hay quien desconozca el valor de un secreto, por parlanchines que seamos de raza, estoy seguro de que se le echará tierra a la muerte del chino del paraguas; no habrá incauto a quien le interese discutir, ni eso, ni el trasiego de la bodega, ni nada.

Así pasa. Por los periodiquitos sé que ni siquiera causa se abre para investigar la muerte del chino. Si crimen hubo, queda en pura conjetura. Las visitas al lugar de escasos detectives no hallan ni pistas ni respuestas. De todos modos, la simple nube de sospecha

**provoca un cambio generalizado y es así como, de la noche a la mañana, mi barrio enmudece; a partir de entonces, siempre la misma cara de no saber, el mismo murmullo hueco y sin sentido, si la torpeza de un descuido saca a relucir en un corrillo cualquiera de esos trajines policiales. Como si todos, de la noche a la mañana, nos hubiésemos vuelto chinos.**

(Publicado en el No. 33 de la revista *Encuentro*, otoño del 2000)

## Un inédito

---

En las transoceánicas maletas me traigo a España variedad de proyectos, bocetos a veces tan abocetados que a mí mismo resultan indescifrables y acabo por tirarlos; trabajos en distintas etapas de adelanto, a estas alturas en que escribo algunos publicados; una novela que lleva rato dando cabezazos conmigo y cualquiera daría por terminada pero que en España reencarna en mi ordenador. En cinco partes, las dos primeras muy semejantes, las otras tres muy diferentes, entre sí y de las dos anteriores. Consiste la tercera en dos breves relatos, cada uno de ellos atribuido a una de las dos mitades de la pareja protagonista. En el libro no están titulados, son simplemente el cuento que escribe él y el que escribe ella. Siendo piezas manejables del todo independientes, el primero ha sido publicado; base de un relato gráfico elaborado conjuntamente y en todas sus partes por mi mujer y yo, con mucho trabajo y dedicación en fotos y diseños, aparecido hace poco bajo el título de *Fue una gran fiesta*. El segundo, que para este propósito titulo *Cuento de Ella*, ha permanecido inédito. Lo único que para presentarlo diré de él es que sucede en La Habana, mediando los años sesenta, poco antes de que en el tiempo de la novela, su autora, lejos ya de la isla, lo escriba.

## Cuento de ella

---

La primera vez que te encontré no es un recuerdo agradable. Cruzaba una calle por la que no pasaban automóviles e iba pensando en otras cosas. Llevaba puesto un vestido de flores azules acabado de comprar y el vestido viejo en un paquete, en la misma mano que la cartera negra. Al llegar a la esquina estaba distraída y casi tropezó con otra persona que probablemente también lo estuviera. Un hombre llamó a gritos a una mujer que se asomó a una ventana y tú apareciste al mismo tiempo por la esquina, con tus aparatos en la mano, y en aquel momento no vi lo que eran. Y así, en un momento, una caminata tranquila se interrumpió y sentí que un instante después podía pasar algo, que me golpeasen, que un hombre golpease a otro delante de mí. Todo se reunió en un momento en la esquina y me produjo esa mala impresión, y aunque al momento siguiente todo había pasado y cada cual seguía su camino, aquel encuentro me estropeó la tarde y me sacó de la tranquilidad.

Hiciste desaparecer ese mal recuerdo la segunda vez que te vi. Caminaba por los soportales de un edificio y primero sentí tu música desafinada. Luego vi el grupo que te rodeaba, sin verte a ti. Me mezclé al grupo y te vi solo, sentado en el centro, moviendo tu brazo derecho, moviendo el arco y tocando tu violín de una sola cuerda. Eso era lo que llevabas bajo el brazo el día del primer encuentro, tu violín de una sola cuerda y tu arco, y ahora tocabas una melodía que yo conocía, algo más rápido de lo que debía tocarse. No mirabas el violín, mirabas los pies de la gente que te rodeaba. La primera vez no te había visto el pelo, solamente la barba blanca, amarilla en algunos lugares. No sabía si era amarilla porque tú hubieses sido rubio alguna vez o porque estaba sucia. Quizás la ensuciabas comiendo naranjas. A veces no tendrías pañuelo para limpiarte y poco a poco la barba había ido cogiendo el color amarillo del jugo. Ahora te veía el pelo blanco, sin vetas amarillas. Te habías quitado el gorro gris, un gorro de tela suave como la de una



camisa, y lo habías puesto a tu lado para que nosotros echásemos dinero. Nunca mirabas cuando alguien echaba algo, ni recogías las monedas que caían fuera del gorro, colocado bocarriba en el suelo. Pero cuando me acerqué, vi que cada vez que se oía caer una moneda, parpadeabas, aunque no mirases ni dejaras de tocar el violín. Tenías sobre la frente una lupa como la de los relojeros, amarrada con un elástico que te rodeaba la cabeza. La tenías sobre la frente, en el mismo lugar en donde algunos viejos tienen una verruga enorme, o un quiste, no sé, del mismo color de la piel, y me dio un poco de asco. Quisiera que te hubieses quitado la lupa de la frente. Empezaste a tocar otra cosa. Se me hacía tarde. Te eché un real que cayó dentro del gorro y me fui.

La tercera vez fue igual. Pero al final hablaste y hubo algo nuevo. Te contemplaba tocar, igual que la vez anterior; creo que junto a la misma columna de la otra vez. Un hombre te miraba como nosotros y aprovechó que terminaste una canción para acercarse. Se agachó frente a ti.

– ¿Te acuerdas de mí, Paul?

Lo miraste encogiendo los ojos. Pensé que te ibas a poner la lupa sobre el ojo para mirarlo pero no llegaste a hacerlo. Luego sonreíste y le diste la mano.

– Hello!

Lo saludaste en inglés, me acuerdo. Luego seguiste hablando en español, con tu acento inglés.

– Me acuerdo, Paquito.

Tú y él se dieron la mano, los dos agachados uno frente al otro, y la gente empezó a irse sin esperar a ver si seguías tocando. Yo me quedé al lado tuyo y tú, o no te diste cuenta o no me hiciste caso. Tu amigo te miró y miró tu gorro con las monedas. Miró el violín que seguía sobre tu pierna. Porque tú tocabas el violín sobre la pierna, vertical como si fuera un cello. Tu amigo abrió los brazos tratando de abarcar todo lo que veía.

– Pero te has convertido en un fenómeno.

**Tú le contestaste enseguida.**

**— No, sólo soy un ser humano— dijiste.**

**Pasé mucho tiempo sin volver a verte. Creo que dos años. Fue gracias a mí que te convertiste en actor de cine. En este tiempo sin verte me casé y mi marido hacía cine. Yo trabajaba con él y los dos preparamos una película sobre el parque. El parque junto a los soportales donde te había visto tocar. Y a pesar de que la película iba a ser sobre los viejos que están siempre en el parque, los viejos que leen el periódico todo el día, los que conversan; viejos que están retirados o están locos, no me acordé de ti. Tuviste que pasar un día mientras filmábamos para que me acordase y te asociase con la idea del parque y de la película. Te llamé y le hablé de ti a mi marido. Tocaste para él. El te sentó en un banco y te puso a tocar. La cámara se te acercó, recorrió tu arco y tu violín y subió por tu cuerpo hasta tu barba de manchas amarillas, tus ojos azules pequeños y tu gorro. Porque esa vez, como no pedías dinero, tocaste con el gorro puesto. Luego mi marido te pagó con un billete que no era de él sino de la película y tú no quisiste ver el billete. Te pusiste de lado y hablando de lado le dijiste que pusiera el dinero en el bolsillo de tu camisa. Abriste un poco el bolsillo con tus dedos para que le fuera fácil colocar el billete. Y subiste la cabeza, mirando hacia el cielo cuando él lo hacía. Fue tu mejor actuación. Me gustaste mucho en ese momento. No te fuiste enseguida, llamaste a mi marido y le dijiste que querías contarle algo. Y le contaste lo que te había pasado con tu amigo Paquito delante de mí. Agregaste cosas que yo no sabía. Habías conocido a Paquito en New York hacía ya veinte años y en aquella época tú eras del Partido Comunista norteamericano y convenciste a Paquito del comunismo. Era la depresión. No lo habías vuelto a ver hasta aquí en Cuba y después de aquella vez tampoco lo habías vuelto a encontrar. A mi marido le hiciste el cuento en inglés, aprovechando que él te entendía, y cuando llegaste al final del cuento le dijiste en inglés lo que yo te había oído decirle a Paquito en español.**

**– No, *I'm just a human being*– dijiste.**

**Y ahora, al oírte decir lo mismo en otro idioma, era como si hubieses dicho otra cosa diferente de aquella vez, como dos cosas distintas. Y me gustó más lo que dijiste en inglés.**

**Mi marido estaba seguro de que le habías contado eso para que no te pusieran en la película como un fenómeno. No sé si te viste, supongo que no. Te lo voy a contar. Tocabas el violín, solo en el banco. Y luego, en el sonido, tu violín se convertía en una orquesta y todos los demás viejos del parque caminaban y paseaban con tu música. Era como si tú fueras el jefe de todos ellos. El que los hacía caminar o pasear, como si tú fueras el director de la película. Estoy segura de que te habría gustado verte.**

**Volviste otra vez al parque antes de que terminara la película. Volviste con una mujer del brazo, una mujer de cuarenta años más o menos, pero era tan fuerte; era flaca y fuerte y era ágil. Daba la impresión de ser una muchacha. Siempre que pienso en ella pienso en una muchacha. Ella había sido prostituta en Caimanera, el pueblo de pescadores y prostitutas para los marineros americanos, junto a la base naval de Guantánamo. Gracias a eso ella sabía inglés y tú podías hablarle en tu idioma. Preguntaste si no hacía falta que volvieses a tocar y te dijeron que no. Te haría falta dinero. Sin que lo supieras, cuando cruzabas la calle alejándote y los dos, tú y tu mujer, caminaban de espaldas a nosotros, enlazados por la cintura, te filmaron a ti y a ella. Pero ya estaban lejos y no quedó bien. Eso no salió en la película. Yo hubiera querido coger el negativo y sacar una foto tuya. Pero no lo hice. A ti te hubiera gustado tener la foto aunque fuese de lejos y de espaldas.**

**Cuando se terminó la película y la vieron todos, un muchacho que vivía cerca del parque nos dijo que te conocía y que conocía a la muchacha. Y nos dijo que cuando tú no ganabas dinero con el violín, ella volvía a ser prostituta y ganaba algo de dinero para los dos. Supongo que ustedes dos se quieren mucho.**

**No nos hemos vuelto a ver. Yo me he ido y estoy ahora muy lejos. Me he ido, igual que tú te fuiste una vez de tu país. Me dijeron que era mentira que hubieras sido del Partido Comunista. Es posible que sí. Puede ser que no. Pero creo que te gusta decir mentiras y estoy segura de que cuando las dices, parpadeas y mueves tus pupilas como en el momento en que las monedas caen dentro o fuera del gorro. Y eso también me gusta en ti. Me he ido como tú y estoy lejos. Me he ido, como tú, a pasear y a caminar. Y a dar vueltas, del brazo de alguien. Mi marido tiene barba como tú. Y tengo miedo de que coma muchas naranjas y un día, cuando su barba se ponga blanca, le queden vetas amarillas. Y hay cosas que quisiera preguntarte ahora y no se me ocurrió preguntarte antes porque no las sabía. No por qué te fuiste, porque eso ya te dije que lo sé. Quisiera preguntarte si ahora, después de llevar muchos años en un país que no es el tuyo, todavía hay gente que te da lástima. Si el que en Cuba haya verano todo el año te llega a aburrir. Si te siguen gustando la bahía, los barcos y el mar. Si te gustan los muebles de tu cuarto. Si tomas café por las mañanas siempre en el mismo lugar. Y muchas otras cosas. Y algo que me gustaría saber sobre todo lo demás. Tú siempre tocas desafinado tu violín de una sola cuerda. Quisiera saber si podrías tocar afinado un violín que tuviera todas sus cuerdas.**

*(De Las Noches Apacibles, trabajo inédito)*

A primera vista este relato no parece otra cosa que una crónica casi periodística. Su protagonista existe. El hombre del violín frecuentaba el Parque Central de La Habana con su instrumento y una latica para que le echasen centavos, y sentado en uno de sus bancos se pasaba los ratos tocando. Efectivamente americano, creo recordar que se llamaba Ferguson. Me lo encuentro cuando estoy filmando el documental *El Parque*, un trabajo hecho a cuatro manos con el fotógrafo Jorge Herrera dentro del estilo del *free cinema*, para retratar la atmósfera del Parque Central, su vida, la de los muchos viejos que lo frecuentaban entonces.

Mi relación con Ferguson no termina ahí. Tiene un corpachón vigoroso, un barbudo rostro recio y hemingweyano, y un año después lo llamo para

trabajar en una corta escena de mi película *El Mar* —hablamos, en este caso como en el de *El Parque*, de películas invisibles, la primera desbaratada además en una edulcorante montaje oficial antes de desvanecerse para siempre—, en la que interpreta a un ermitaño que vive en una casucha frente al mar entre los arrecifes de Santa Fe. Un papel para el que encaja este hombre al margen.

Pero el retrato que por intermedio de mi protagonista hago de él en mi novela es para mí lo de menos. Si recojo esa anécdota y ese personaje y no otros para atribuirlos a un relato escrito por mi protagonista femenina es porque en el crítico momento de la novela en que el cuento aparece, le viene a ella como anillo al dedo para verter una entrega emocional que la desborda; son una situación y una figura cuyo mundo interior y sus repercusiones siente en ese momento de crisis semejantes a los de ella. En sus maneras de contar y en las emociones de su relato, la mujer se está (d)escribiendo, mostrándose a los lectores.

## Estampa madrileña, 1965

---

Sin dejar de ser la que era desde un inicio, la novela a la que pertenece este *Cuento de Ella* ha pasado, sobre todo en su segunda mitad, por cambios que en lo narrativo apenas la varían pero cuya expresión y discurso he transformado. A punto estuvo de ser publicada hace unos años en España pero el día crucial, la editorial interesada fue absorbida por otra y el proyecto encalló. Mejor; el fracaso me permite una revisión que para mí la ha puesto a punto. A modo de conjuro y por ver si asomándole rincones a la luz acaba de aparecer, extraigo aquí un fragmento de esa cuarta parte más modificada y que mayor espacio ocupa. Versa sobre una cadena de sucesos bien atados unos a otros en el tiempo y el drama pero que no obstante su hilación en causa y consecuencia son presentados como una sucesión de piezas independientes sustentadas en sí mismas, cada una dentro de su propia narración en espiral. La que pongo aquí presenta al protagonista vagando una tarde por lo que en aquel 1965 eran las afueras de Madrid y deteniéndose ante una situación que describe de

manera realista, aunque como en el *Cuento de Ella* y por la particular forma en que relata, de lo que más da cuenta es de su ánimo interior, el desconcierto emocional que está viviendo.

*Salí de la estación, me fui por la Cuesta de San Vicente hasta Bailén, bajé y crucé la Plaza de Oriente por delante del Palacio Real hasta la Plaza de la Opera, pasé junto a la estatua del rey con su capa y a caballo, su capa como un encaje de hierro, y en la Plaza de la Opera, a un lado del teatro en obras entré a un café, me senté, pedí un pan con tortilla de patatas, no papas sino patatas para que me entendiesen aunque papas cuando querían lo entendían, y una cerveza. Me comí el pan con tortilla de patatas y me tomé la cerveza, luego un café, encendí un cigarro, pagué, me metí por las callejuelas hasta la calle de Segovia, torcí a la derecha siempre en cuesta abajo hacia el Manzanares, el río vuelto riachuelo por el verano sin lluvia y siguiendo por Segovia en cuesta abajo crucé el río, reseco como un desfiladero con un hilo de agua, tan escaso que podría no ser un río sino venir el agua de las cañerías de Madrid y no ser el Manzanares un río sino un desagüe, y enfilé siempre en cuesta abajo por la calle de Extremadura. Algunas construcciones tenían detrás de sus muros exteriores patios de pisos de tierra polvorientos desde donde se abrían puertas hacia habitaciones como de cuarterías, patios con muebles abandonados, patios como talleres con caballetes de carpintero o piezas de autos desmontadas con charcos de grasa en el piso, patios con niños jugando, niños de las distintas habitaciones del edificio como cuartería que rodeaba al patio. Seguí cuesta abajo y en un patio a mi derecha vi un burro cargado de botijos con una mujer al lado, doblada lavando ropa sobre un fregadero cerca de una montura colocada sobre un caballete también en el patio cerca de ella. Vi venir cuesta arriba por Extremadura a dos hombres y una mujer, los dos hombres con cámaras al cuello, y cuando se acercaron los escuché conversando en francés. Llegaron a la altura del patio y me vieron mirando hacia dentro, al burro con las alforjas llenas de botijos y al caballete con la montura y a la mujer lavando y uno de los dos se descolgó la cámara de fotos y sin preguntar le sacó una foto al burro con los botijos cargados en alforjas al lado de la mujer que lavaba antes de que la mujer se diese cuenta, a lo mejor hasta con la mujer en la foto junto al burro*

*y sus botijos sin haberle preguntado. La mujer se enderezó, miró a su alrededor con cara de no comprender qué podría haber a su alrededor como para tomarse el trabajo de sacarle una foto, vio los botijos, puso cara de figurarse por qué se había sacado la foto, preguntó al turista francés de pie a la puerta del patio y contemplando el patio ahora sin prisa de sacar más fotos, con por lo menos una foto segura ya en el negativo, si le gustaban los botijos. Sí, son muy bonitos, contestó el hombre en español, un español con bastante acento francés. La mujer dejó la ropa en el fregadero, se le acercó. Fíjese usted, tengo aquí a la pequeña, dijo, aunque no había pequeña ni tampoco grande, estaba sola en el patio y la pequeña estaría dentro y aquí querría decir su casa, una de las puertas que daban a las habitaciones en torno al patio. ¿Cuánto me cobraría usted por una foto? Nada. No, algo tendrá usted que cobrar. No, tráigala y le saco la foto, dijo el turista en su español con acento, volviéndose feliz al hombre y a la mujer que lo acompañaban antes de terminar su respuesta a la mujer, con cara de felicidad al pensar en posibles fotos con burro y botijos en alforjas, patio de tierra polvoriento, mujer de delantal mojado y ropa doblada sobre el fregadero y ahora una pequeña en el centro de la foto. La mujer entró a una casa por una de las puertas que rodeaban el patio y no fue la primera en volver, la primera fue una niña de unos trece o catorce años que salió por la misma puerta por la que ella había desaparecido y que salió mirándonos con cara de azoro. Enseguida la mujer salió por la misma puerta empujando un coche con otra niña dentro, una niña de poco más de un año, la pequeña, y detrás de la mujer, sin duda madre de las dos niñas, la mayor y la pequeña, salió un hombre, sin duda padre por su edad parecida a la de la madre, un hombre de boina negra y camisa gris a rayas grises más oscuras y con las manos sucias. Se las limpiaba con un trapo, una suciedad pardusca e indefinida en las dos manos. Debía de haber estado quién sabe si dentro de la casa o en un patio trasero trabajando, quién sabe si haciendo botijos, y habría dejado el trabajo a la mitad para ver qué pasaba con su mujer y con sus hijas. Salió detrás de la mujer y de las hijas, nos saludó sin quitarse la boina sin mucha ceremonia, quedó callado cerca de la puerta mirando a su mujer y a sus dos hijas y a nosotros, contemplando la escena sin hablar. La mujer fue a colo-*



*car el coche con la pequeña dentro en el centro del patio, vaciló, se detuvo y miró al hombre de la cámara como preguntándole dónde pongo el coche, dónde pongo a la pequeña, y el de la cámara entendió y aprovechó la vacilación para entrar al patio como si también fuese el de su casa y pidió a la madre que colocara el coche con la pequeña cerca del burro con sus alforjas llenas de botijos, cerca del caballete con la montura, como para incluir en la foto al burro, sus alforjas llenas de botijos, el caballete, la montura, el coche, la pequeña y hasta parte del patio y el polvo y las puertas abiertas de habitaciones oscuras que daban al patio de paredes blancas algo amarillentas y descascaradas con el ladrillo visible. La pequeña en el coche quedó delante de los botijos de distintos tamaños cargados en alforjas al lomo del burro, no delante del burro sino a un lado. La madre la arregló para la foto sin darse cuenta de que el hombre sacaba ya fotos mientras sus dos amigos miraban sin decir nada cómo arreglaba a su niña y cómo su amigo sacaba fotos a las dos y cómo la hermana de unos trece o catorce años miraba a la madre, a la pequeña y al fotógrafo y se reía con risa callada, y cómo el padre miraba a su mujer y a sus hijas y al fotógrafo, también callado pero sin reírse. A lo mejor a la hermana mayor le daba risa ver a la madre arreglando a la pequeña, a lo mejor se daba cuenta de que el de la cámara le sacaba fotos a la pequeña y a la madre antes de que la madre terminase de preparar a su gusto a la pequeña. Su risa era algo avergonzada y a lo mejor le daba vergüenza ver cómo le sacaban fotos desprevenidas a su madre y a su hermana o a lo mejor le daba vergüenza que no se las sacaran a ella, que nadie se interesase en ella, o a lo mejor le daba vergüenza la posibilidad de que después de sacarle fotos a su hermana le sacasen a ella fotos sin pedirle permiso o hasta que le pidiesen permiso a su madre y a su padre para sacarle a ella fotos sin su permiso, sólo con el permiso del padre y de la madre. La madre se alejó del coche y dejó a la pequeña lista para las fotos, miró al hombre como preguntándole si estaba bien así, el hombre entendió y le dijo está bien así, la mujer que lo acompañaba y estaba cerca de mí dijo c'est mignone mientras su amigo sacaba fotos de la pequeña, la pequeña con el burro, la pequeña sola, el burro solo, el burro con alforjas con botijos, botijos, y la pequeña lo miraba muy derecha desde su coche. Se había quedado muy de-*

*recha en el coche después de ser arreglada por la madre y miraba al hombre muy derecha, no se sabía si con miedo o con curiosidad, lo mismo cuando él le sacaba fotos a ella que cuando se las sacaba al burro, e igual de derecha cuando el hombre pidió a la madre que pusiera a la mayor junto a la pequeña y la madre accedió enseguida sin que el padre dijese nada, nada más observando con curiosidad qué hacía el hombre con su cámara y con su mujer y con sus hijas, observándonos a todos, a los amigos del hombre y a mí, seguro creyéndome un tercer amigo. La mayor obedeció antes de que la madre accediese y la fuese a buscar para colocarla junto a la pequeña, fue sola a colocarse todavía con cara de cierta vergüenza y como preguntándole al hombre de la cámara dónde colocarse. El hombre la colocó cerca de la pequeña sin demasiada atención, en un lugar cualquiera, siguió sacando fotos y a veces decía a la mayor en su español con acento dónde colocarse, la ponía más cerca o más lejos de la pequeña, más cerca o más lejos del burro. Cuando parecía al terminar no terminó y preguntó a los padres si querían posar junto a sus hijas y así sacar una foto a la familia. La madre fue muy dispuesta sin preguntarle al esposo y el esposo fue muy dispuesto tras ella quitándose la boina, el fotógrafo le pidió que se la volviese a poner y les indicó a los dos dónde colocarse, detrás y a los lados de sus hijas, los cuatro cerca del burro con alforjas llenas de botijos y del caballete con la montura, y cuando el fotógrafo les iba a hacer la foto la mujer se volvió al marido y le miró las manos sucias con que había salido de la casa, cruzadas y sujetas una a otra delante de su entrepierna. Esconde esas manos, las tienes perdidas, le dijo, y el hombre las descruzó y las volvió a cruzar, esta vez a la espalda, echándoles sólo un vistazo, dejando el rostro inmóvil como si no pudiese desviar la vista de la cámara ni un solo momento, la foto saldría mal con él mirando hacia otro lado, a sus manos y no a cámara. El fotógrafo bajó la cámara antes de sacar la foto, fue hasta el burro, tomó con las manos un botijo de una de las alforjas, el más pequeño de los botijos, pidió permiso para cogerlo, la madre y el padre le dieron permiso los dos a la vez, él cogió el botijo y se lo puso entre las manos a la pequeña. La pequeña quedó muy derecha con el botijo entre las manos sin jugar con el botijo, como si fuese una obligación desconocida, sosteniéndolo sin mirarlo y mirando muy dere-*

*cha al fotógrafo volver a su sitio frente a ellos. La familia entera quedó inmóvil en espera de la foto y la francesa que observaba cerca de mí junto al otro amigo volvió a hablar, esta vez dijo c'est extraordinaire, a lo mejor extraordinaria la foto o extraordinario su amigo por la idea de ponerle el botijo entre las manos a la pequeña, mientras el amigo sacaba varias fotos de la familia entera con la pequeña al centro y el burro con botijos y el caballete con la montura. El fotógrafo se enderezó, su gesto decía que las fotos habían terminado y se echó la cámara al cuello como cuando había llegado. Pero algo tendrá usted que cobrar por tantas fotos, insistió la madre, volviendo a su oferta. El botijo que la niña tiene en la mano, que la pequeña tenía todavía entre las manos y ahora observaba dándole vueltas entre las manos. Sí, ése es el más pequeño que hacemos aquí. Pero algo tendrá usted que cobrar, sin entender, esperando el precio por las fotos, sin entender lo del botijo y considerándolo elogio al botijo y no petición. El botijo que la niña tiene en la mano, repitió el fotógrafo sin más explicación, quién sabe si no encontrando las palabras en español para pedir el botijo, se le habría olvidado la palabra regalo o le daba vergüenza decir cobrar o hasta regalo, le resultaba de mal gusto. La mujer entendió, fue a la pequeña, le quitó de entre las manos el botijo, se lo dio al hombre y la pequeña volvió a quedar muy seria y muy derecha en su coche mirando al hombre y sin botijo entre las manos, viéndolo entre las manos del fotógrafo. Gracias. Que c'est mignone. Le traeré las fotos en días, en cuanto estén. Pues muchas gracias. ¿Siempre están? Sí, sí, siempre estoy por lo menos yo, descuide. Pues entonces vengo, traigo las fotos. Muchas gracias.*

(De *Las Noches Apacibles*, trabajo inédito)

## Paréntesis sobre ubre blanca

---

No por casualidad sino porque Aguilera me avisa, me tropiezo en su blog con un documental, *La Vaca de Mármol*, de Enrique Colina, sobre esa vaca lechera que conmocionó Cuba, no la de la canción, que también aparece en la pelí-

cula —la canción—, sino la que con su desorbitada producción iba a inundar la Isla de leche, queso y mantequilla, hasta que nuestras marcas impactasen los supermercados de Amsterdam.

No sé si para el director es broma su película pero si no lo es, ni hablar, estamos ante un manicomio. Y si ahora bromeo yo es por aliviar el malestar que me causa verla hasta el fin e intentar atenuar el pesimismo en que me hunde. Desagradable hasta el colmo contemplar cómo todos los que aparecen en el documental, muestrario de cubanos de cualquier nivel y especie, se dejan arrastrar sin un parpadeo crítico por el arrebató de los 100 litros de leche diarios, meta mística proclamada por unas autoridades promotoras del delirio colectivo. Me pasma ver cómo el país anula su capacidad de pensar y deja su vida pendiente de semejante idiotéz; la alucinación de una población alerta a los anuncios de la radio y los periódicos sobre la cantidad de litros de leche que ese día dio la vaca; una ofuscación que nubla las ideas lo mismo a guajiros encargados del ordeño que a veterinarios al cuidado de cada pelo de la vaca, sin que se palpe en sus miradas o sus voces un destello de cinismo o ironía, ratones seguidores del flautista de Hamelín. Ante todo esto vacilo y aventuro si habernos ido de Cuba los que nos fuimos para dejar atrás aberraciones como ésta no fue y ha sido una ilusión, y a todos los cubanos, por serlo y pertenecer a esa cultura, nos impregnan esa misma mediocridad y esa misma ceguera no importa lo que hagamos o emprendamos, industrial, militar, cultural; dudando ya de si hasta esto que escribo inevitablemente nace y se desprende de la misma naturaleza, de la misma génesis que el culto a Ubre Blanca, y no es sino otra variante de la meta de los 100 litros diarios.

## Picaresca española, 1965

---

Por los meses en que se suceden *Las Noches Apacibles*, poco antes, estoy en el apartamento madrileño del fiel asistente de Berlanga, Ricardo Muñoz Suay, en una velada de vino y queso con gente española de cine a la que he sido invitado para hacer amigos. Llevando sólo un mes fuera de Cuba todavía no

soy un exilado *bona fide*. Mi presencia no choca en este ambiente peculiar de la izquierda antifranquista que por lo demás nada dogmática se me hace en su falta de recelos y su abierta charla. Pienso que de tropezarme con muchos de ellos de aquí a un tiempo, exilado ya de cuño, lo que haría la mayoría sería invitarme a tomar con ellos un café u otro vino para curiosear sinceramente en mis motivos.

Entre paseos por la sala, reúne en torno varios invitados Muñoz Suay para relatarles, regocijada copa en mano, la reciente anécdota protagonizada por el realizador Juan Antonio Bardem. Dos días antes, a punto de tomar en Buenos Aires el avión que lo traía de vuelta a Madrid, hizo unas declaraciones a una emisora de radio o un periódico argentino —soy yo quien no recuerda cuál; Muñoz Suay sí—, vituperando sin reparos al Generalísimo y su régimen. Emprende viaje y al llegar aquí su avión, junto con su familia lo esperan dos fotógrafos; un interés sin motivos aparentes, Bardem no trae noticias que contar ni anuncios que hacer. Según cuenta Muñoz Suay lanzando destellos de picardía desde su vino tinto, a los fotógrafos los había avisado el propio Bardem para que estuviesen esperándolo, convencido de que sus intempestivas declaraciones bonaerenses le merecerían al llegar a España cuando menos ser detenido y llevado a comisaría para dar explicaciones. Nada de lo previsto sucede y Bardem regresa ignorado a casa, sin levantar polvaredas que le añadan condecoraciones de rebelde. Algo agrega Muñoz Suay sobre el desinterés de Franco en críticas que no traspasen una raya y queda implícito que las de Bardem no lo hacen. Pero no recuerdo sus palabras exactas y prefiero quedarme en parafrasearlo.

## Estampa berlinesa, ¿19...?

---

En las mismas maletas donde de Miami me traigo a España la penúltima versión de esas *Noches* secretas viaja un sobre manila idéntico a ése de donde resucité páginas atrás el también nonato *Mar de la Tranquilidad*. Como en el caso de la pieza, esconde el envoltorio un trabajo puesto hace tiempo a un

lado. Ni siquiera cuartillas a medias o acabadas; tarjeticas, al estilo de las que manejaba Nabokov. Como creo haber contado esto en otra parte, para no repetirme resumo lo que son las tarjeticas: sucintos apuntes para un relato por venir, presilladas en grupos de cinco o seis, cada una con un resumen o apenas notas sueltas. Y si fue verdad que en su momento me parecieron pobres, tan mal no debo haberlas juzgado cuando las conservé por si acaso.

Una tarde barcelonesa las saco de su encierro y las releo. Insuficientes en sí mismas como me parecieron aquella primera vez, ahora me atraen como posible germen de un relato mayor y a escribirlo me lanzo ese día o al siguiente. Coloco una de las tarjeticas en un atril junto a la pantalla de esa computadora travestida en Europa en ordenador y me pongo a transcribirla, quitando o añadiendo según me viene el gusto, tocando jazz. En meses tengo un primer borrador de la nueva narración y después de relegarlo unas semanas para darle tiempo a refrescarse y otros meses de revisión y reescritura, acabo con lo que serán casi 300 páginas impresas, las que componen esa novela de la que ya saqué antes un trozo: *La irresistible caída del muro de Berlín*, publicada este año 2016. Veo que hice bien –por lo menos lo veo yo– en conservar las tarjeticas. Imposible extraer un libro sólo con lo que me hubiese dejado aquella primera idea en la cabeza, los apuntes me indicaron el camino.

El fragmento que de ella recojo aquí sucede en Berlín, en el mismo 1965 en que ocurría en Madrid el encuentro del protagonista de las *Noches* y la familia de los botijos. La diferencia consiste en que el episodio español, no obstante su particular modo de narrarse, se pretende realista sin matices, y el berlinés deja escapar de entre unas líneas incluso más llanas sospechas de irrealidad, aromas de un tiempo resbaladizo que ni a mí me permite asegurar en qué año transcurre. Situado por la trama en 1965, que la totalidad del episodio no se desvíe hacia un tiempo anterior –pudiera llegar a ser 1945–, ni el protagonista de la novela lo sabe.

*Una tarde compruebo, al abrir la ventana de nuestra habitación, que la temperatura fuera es tan agradable como promete el sol, brillante como nunca desde nuestra llegada, no diría a Berlín sino a Europa entera. Puesto que saldremos de paseo esa noche, pensábamos descansar en el cuarto buena parte de la tarde; leer un poco, tirarnos en la cama. Mi mujer ha sacado*

*además a relucir el estuche donde guarda agujas de coser y carreteles de hilo, tres: uno blanco, otro negro, el tercero de un color pálido indeciso, y los esgrime cuando le propongo salir a disfrutar de un ambiente de cariz tan agradable. No, aprovechará para zurcir el descosido de mi abrigo. Temo que con eso intente retenerme, sin él no podré salir. Pero en vez de pedirme que me quede a hacerle compañía, me anima a hacerlo. De verdad la tarde luce como para salir, me dice, no te va a hacer falta abrigo. Se llega a la ventana y saca medio cuerpo fuera. Si lo llevas, te ahogas.*

*Echo a andar sin plan fijo, confiado en identificar después de varios días de caminatas edificios que me indiquen los cuatro puntos cardinales. Al cabo de una cuadra enfilo hacia la Puerta a investigar cómo van las cosas por allí, si el nerviosismo amaina o crece. De sobra sé que sigue la tensión pero parecen haberse esfumado sus peores signos exteriores: los vuelos rasantes y las explosiones, la aparición por cualquier esquina de tanques rusos. Llegado a la plaza veo a los soldados apostados como de costumbre a ambos lados del arco, con dos tanquetas cerca. Cumplen su papel de guardianes de la Puerta, más numerosos que el primer día que los vi e ignoro si alemanes o rusos, pudieran ser las dos cosas. Cruzo la avenida y me meto por caminos nunca recorridos. Paso primero por un sector con edificios de corte elegante y algún hotel de presencia reciente. Voy cobrando confianza y decido seguir, seguro de no extraviarme. Al cabo de varias manzanas me meto por una zona muy diferente; no más cruzar la calle empiezan a rodearme construcciones de aspecto precario; habrán quedado medio derruidas y así se han conservado, empeorando su equilibrio con los años. Signos de vida, nulos por dondequiera pongo la vista. Difícil saber si este vecindario alberga gente capaz de habitar sus recovecos, imposible deducir si esas desmoronadas paredes guardan restos de lo que existió antes de la guerra, muebles y todo tipo de objetos despedazados, como las familias que los poseían. A medida que sigo, los caminos se desdibujan; un desorden de escombros se desborda sobre las aceras obligándome a sortear obstáculos y haciéndome difícil distinguir entre una callejuela o un patio interior metido entre edificios cuyos muros se confundieron según se iban desplomando.*

*Es posible que en algunas de estas casas viva gente. Unas cuantas estructuras conservan elementos tan tolerablemente en pie como para servir como*



*conatos de vivienda. Muchos habrán soportado en Berlín espantos peores de la posguerra como para resultarles aceptable un techo y cuatro paredes no dispuestas a venirse abajo al primer soplo. Deduzco que la suerte de estos marginados habitantes que no localizo pudiera ser ingrata: en la cola de la reubicación oficial en viviendas nuevas o reconstruidas. Lo cierto es que no hay vida, ni una voz sale de las entreveradas grietas, ni una persona pasa camino de una puerta ni aparece por alguna de esas escaleras que sin marco divisorio unen el interior de un edificio con la calle y cuyo ventilado aspecto me devuelve al trópico. Ni un suspiro delata que haya familias en los intersticios de este rompecabezas. Pudiera ser una zona desolada por decreto que un celoso acuerdo entre el gobierno y los residentes de Berlín prohíbe habitar, como si sus paredes estuviesen contaminadas por algún veneno físico o moral. De cuando en cuando no tengo más remedio que colarme entre dos restos de paredes sin saber qué encontraré detrás, si la sala de una casa con sus perplejos moradores sentados dentro o una calle vacía, pero es la única apertura que se me presenta y cuando desemboco en un angosto y retorcido callejón vuelvo a preguntarme si esta barriada será una reliquia del Berlín medieval, compuesta de calles imposibles de diferenciar de patios interiores. Para mayor enredo, las bombas convirtieron posibles rutas de salida en zanjas infranqueables que en lugar de despejarme el paso me lo cierran y me obligan a desviarme, a sortear una pared, a avanzar trabajosamente hasta llegar a un muro que no sé si algo sostuvo ni qué protegerá, hasta que me asomo a lo que parecen los restos de una placita. Dadas sus escasas dimensiones, ¿habrá sido verdaderamente plaza o patio de coches de una aristocrática mansión?*

*En uno de estos giros que me garantizan estar perdido —no me importa, más puede mi curiosidad; este laberinto me hace sentir descubriéndole los intestinos a Berlín—, escucho, distante, una vocecita, como si alguien recitase; o canta o da una lección de canto. Andar, no sin dificultad, lo que calculo será una media cuadra, me responde: es una canción. Viene de una voz tenue de mujer, con timbre lírico de sala de conciertos aunque proyectada con mesura, no queriendo atraer atención más allá de los mazacotes acumulados que la rodearán en el interior de una manzana más inhabitable que la mayoría.*

*Accedo a una especie de rotonda entre ruinas y ante mí tengo a la dueña de la voz y en torno a ella a sus espectadores, algo más de una docena, esparcidos y quietos de pie. En silencio siguen su canción, atentos como si asistieran a un concierto y de verdad lo hacen; la diferencia consiste en no estar entre las paredes de un teatro sino rodeados por bocetos de edificios, paredes sin suelos ni techos a la espera de un arquitecto capaz de concluir un diseño quedado en estructuras exteriores. La cantante posee eso que los críticos acostumbran a llamar, no siempre con fines elogiosos, timbre de jilguero. Presumo sin embargo que esa fina media voz nace en parte del afán de la mujer de no dejarla escapar de este improvisado circo al aire libre. Acentúa su melancólica ligereza el cuidado puesto en atenuar aquellas notas cuya elevado registro pudiera obligarla a darles más volumen y que al saber mantenerlas en una ajustada filatura delatan años de conservatorio. Tampoco tantas; su canción queda por lo general en las escalas centrales, sugiriendo la sencillez de tonadas extraídas del folclor asequibles a voces populares. Pero en este caso su sencillez estriba sólo en ese posible origen. Según se suceden variaciones se revela la elaboración de un compositor de corte clásico; la mujer canta una pieza concebida para ese teatro lírico donde bien pudiera estar, ante un auditorio exigente que ella, junto a sus entregados espectadores, hace revivir en este campo a cielo abierto.*

*Su vestuario ayuda a la ilusión. Lleva vestido largo, de una tela que desde donde estoy luce terciopelo, rojo a trechos, con partes tan gastadas que relucen con brillos malva o rosados, acentuando la tornasolada cualidad del terciopelo. Ropas que en cualquier momento pudieran abrirse en desgarrones, volverse un andrajo que estando en un lugar como el que estamos, no desentonaría. La melodía de la mujer se abre en largas frases musicales que se reconocen estrechamente acompañantes de la intención del texto; retorna un estribillo de variaciones contrastantes, sugiriéndome que el relato narrado por su canción —pudiera ser un antiguo romance, una historia de amores y aventuras— la va guiando, haciendo su expresión dolorosa o divertida, meditativa o animosa, a partir de esa lírica a la cual la música obedece o a la que conduce en oscilación de dominantes, un revoloteo*

*que mantiene al reducido público clavado en sus puestos y siguiendo las sílabas de la tonada al tiempo que las modulaciones de la voz.*

*Termina la mujer su canto en un agudo modulado en el que ha osado alcanzar un tope de la escala antes no rozado y que corrobora la refinada educación de su garganta. No lo dudo: pasó, a fondo, por el conservatorio. Habrá sido hace bastantes años; luce unos 50. Cuando acaba, los espectadores aplauden entusiasmados, aunque con la misma cautela de la mujer al cantar: los aplausos, pese a ser emocionados, apenas se escuchan; se entrechocan las palmas cuidando de no escandalizar. De repente toman todos una decisión; se van acercando a la mujer e inclinándose ante una lata herrumbrosa que ella tiene pocos pasos por delante y antes no vi o creí un trasto abandonado, dejan caer una o varias monedas antes de perderse por los desfiladeros de lo que fueron callejuelas o pasillos. Desde llegar aquí quedé atrás retirado y es sólo ahora que algunos reparan en mí. Su ausencia de reacción nada me dice, no sé si los perturbo. Cuando todos se han ido, noto en la cantante, todavía inmóvil como si siguiese agradeciendo unos aplausos extinguidos, lo que pudiera ser un matiz de preocupación. Con la plazoleta ya desierta, no se agacha a recoger esas limosnas dejadas en su lata y aunque no me mire de frente, me da la impresión de que por momentos vuelve de soslayo sus ojos hacia mí, esperando con impostado aspecto distraído una reacción mía. Saber si voy a increparla, a incautarle su dinero, si soy un extraño sin propósitos o un policía enviado a vigilarla y arrestarla por transgredir quién sabe qué disposiciones contra la mendicidad. O espera a ver si yo también le obsequio algo. Me siento tan desconcertado como debe estarlo ella y sólo atino a dar media vuelta para irme por donde vine, lo que no lograré ni mucho menos. Nada más volverme veo que ante mí tengo paredes sin rendija. ¿Por dónde pude entrar a este lugar? No descubro un solo acceso, ni una brecha entre los muros que pudiera haberme cedido antes el paso. Me doy vuelta otra vez, ni sé si con la ilógica esperanza de pedir ayuda a la cantante, y la descubro desapareciendo por el otro extremo de este anfiteatro. Antes de perderla de vista descubro que cojea, y bastante, de la pierna izquierda. De tener una lesión visible, la ocultaba su vestido, esa gala rojiza que la sigue en una breve cola.*

*Con esta imagen en la pupila y la certeza de que sobre mí se cierran las paredes, de que comienza a atardecer y ni noción tengo de dónde estoy ni cómo salir de aquí, registro un agujero medio escondido y todavía conmovido por la escena que acabo de presenciar, me viene la idea que sin paréntesis se me hace convicción de que estoy en otro tiempo de este sitio. Aquí estaré, pero eso que acabo de vivir ocurrió hace mucho. Sin importar en qué época irrumpí en esta plazoleta o que estemos en 1965. Datos como éstos pierden en estos abatidos territorios su importancia y su sentido. He vivido la realidad de este lugar tal como se vivió hace veinte años, en las épocas de penurias e impotencia, cuando daba lo mismo perseverar día y noche en busca de mendrugos que permitiesen volver a amanecer como extasiarse y dejar pasar la tarde ante ese lucero de una voz a punto de apagarse en medio de una ciudad que había dejado de existir. No tiene valor el ordenado transcurrir del tiempo, vengo de atravesar 1945 aunque el calendario afirme hoy otra cosa; este Berlín sin reconstruir, cuyas desbaratadas piezas se enmarañan y desgarran las líneas de lo que debe ser toda ciudad, desquicia el tiempo, lo disloca. Si por lo que sea tantas apariencias se mantienen en el mismo estado de descomposición que al acabar la guerra, ¿por qué creer que aquí el tiempo avance en su aceptada regularidad? El desquiciamiento de Berlín lo altera, por sus meandros serpentea a su manera, apresurado en unos, lento en otros; casi detenido, como acabo de ver, en algunas de sus márgenes. Berlín contiene rincones así, donde los días y los años son conceptos perdidos. Se traspone un muro, se supera una montaña de pedruscos y es posible toparse con humaredas, restos aún candentes, fogatas de sobrevivientes confundidas con las llamas sin apagar de una explosión.*

*Busco salida por esos esbozos de senderos por donde vi desaparecer a la cantante y allí me espera un hallazgo: en mi caminata relativamente breve de un extremo a otro de la plaza he alcanzado los linderos de esta barriada ruïnosa. Sólo tengo que trasponer unos cascotes para que el camino se me abra en vía transitada. No lejos descubro, en una cuña entre dos calles, la torre de uno de esos edificios descalabrados pero aún hermosos que se conservan cerca de mi hotel. Sigo esa dirección y noto cuánto ha variado el clima en lo que calculo hayan sido menos de dos horas fuera. Los consejos*

*de mi mujer no fueron previsores: se ha levantado un frío intenso; se hiela el aire. Si no llego a casa pronto me echaré a temblar por el camino. El frío me ayuda a apurar la marcha y en menos de la mitad del tiempo que me tomó llegar al descampado del concierto estoy doblando la esquina de mi hotel. Entro a disfrutar de la tibieza del vestíbulo y me encuentro a la conserje, que entiende cómo los cambios climáticos pueden sorprender al forastero. Al verme sin abrigo se exalta y me dedica una mímica clarísima: ¿cómo se me ocurrió salir a la calle en mangas de camisa? Me encojo de hombros y pongo cara de infeliz; por tonterías de extranjero.*

(De *La irresistible caída del muro de Berlín*)

## Picaresca española, siglo XXI

---

De vuelta a mi Barcelona de los años dos mil y en una conferencia literaria a tres cabezas ofrecida en los alrededores de esa Plaza Cataluña donde todo esto empezó y en la que uno de los tres invitados es Manuel Vázquez Montalbán —no voy allí por él, no lo he leído, y sus críticos no han conseguido entusiasmarme— se convierten unas palabras de éste en la razón por la que saco a relucir el episodio.

Recién llegado el autor español de un viaje a Miami, se refiere a la fuerte presencia del exilio cubano allí y como no podía ser menos con las creencias que postula, sin hacerle falta calificativos destila desdén por ese colectivo, del todo diáfano en las palabras que siguen. Cuenta Vázquez Montalbán que en Miami visita la Librería Universal, local ya desaparecido que durante sus décadas de vida en la Calle Ocho no sólo fue central punto de venta de libros de autores cubanos sino sede editorial de muchos escritores del exilio que en su sala de reuniones presentaban sus trabajos editados. Lo que cuenta el español acerca de la librería es breve y contundente. Resulta, según él, que al fin, después de años de hambre y sed, ya pueden encontrarse en sus anaqueles autores cubanos afines al régimen de La Habana, algunos hasta figuras de la cultura oficial, a las que el sectarismo del exilio y del propietario de la librería

tenían vedado el acceso. Esto ha ocurrido, asegura sin titubeos, gracias a que este propietario contrató hace poco como vendedor a un joven español que por cierto comienza a darse a conocer él mismo como escritor y que al tomar nota de esa falta arguye en defensa de subir y desplegar en mostradores y estantes a los excluidos, no importa lo que piensen y defiendan en sus libros. Tanto da que acaba por convencer a su no muy convencido jefe de que incluya en sus inventarios a Carpentier, Guillén, o hasta a Lisandro Otero. Y así nos relata Vázquez Montalbán cómo gracias a la oportuna intervención de un español ya pueden los cubanos que lo deseen y demás lectores en castellano de Miami acceder a esos autores que la intransigencia del exilio mantenía prohibidos. No sé si se consigue inferir de esto que escribo lo que sin decirlo con todas sus letras comunicaba claramente Vázquez Montalbán a sus oyentes: la buena fortuna de que una vez más haya venido un español a ilustrar a pobres cubanos iletrados.

Comprendiendo que cualquier interpelación de mi parte daría pie a un debate inútil, no pido la palabra para decir a Vázquez Montalbán y a su público que llegando yo a Miami veinte años atrás me encontré ya disponibles en la discutida librería a todos esos proscritos que él cita, junto a otros peor vistos incluso por los más verticalmente intransigentes del exilio, autores que en sus textos se hacían adalides de esa causa cubana que a su sesgado modo él sigue defendiendo.

Amigo del vendedor protagonista de la anécdota y habiéndolo observado un sinnúmero de veces en la mentada librería proponiendo a clientes indecisos libros míos o de quienes como yo persistían en la batalla cuesta arriba de publicar en Miami, al día siguiente lo llamo allá y le cuento lo dicho por su coterráneo. Me pide que se lo repita, que abunde cuanto pueda en los detalles, y cuando lo he hecho un par de veces acaba riéndose con una risa floja que consigo adivinar por el teléfono, a la vez que murmura palabras sin encadenación. Pronto se mudará también él a Barcelona y por bastante tiempo nos vemos y conversamos con frecuencia, sin sacar nunca a colación la historia de Vázquez Montalbán. Con el tiempo sucesos como éste pierden enjundia y mencionarlos ya no viene al caso.

## Cuentos mercenarios

---

Sin dejar Europa pero volviendo a mis tiempos de andar dando tumbos por ella en los años sesenta, mi principal vía de escape al recurrente acoso de la indigencia es la escritura, artículos o narraciones que a la manera de la generación perdida americana de los años veinte envió a Nueva York a una publicación en español que paga en dólares. Desde luego que ni la mínima parte de los que recibían mis predecesores por aparecer en el *Atlantic Monthly* o el *New Yorker*, lo mío es generación perdida del subdesarrollo. Pero en los veinte años transcurridos desde finalizar la Segunda Guerra, en los que para mi sorpresa —la de alguien hasta hace poco observador del panorama europeo desde la mullida lejanía del Caribe—, las huellas de las bombas persisten en la economía del continente, 50 dólares —mi remuneración por trabajo— son un capital. Superan el alquiler mensual de mi pensión en Madrid, de 30, o equivalen a 100 almuerzos en París, donde 50 centavos me cuesta comer a barriga llena en un local del Barrio Latino al que los enterados me llevan.

A la hora de escribir lo que sea para esta publicación, sean reportajes o ficción, debo tener en cuenta lo que es: un magazine familiar de domingo. No es que los editores exijan a mis escritos edificantes mensajes catequistas pero debo guardar las debidas decencias y sobre todo propiciar una lectura fácil, sin meterme en alardes gramáticos o filosóficos que despisten o defrauden a un lector distendido que busca pasar el rato y al que me entrego a complacer sin altanerías, consciente de que para conseguirlo lo último que puedo hacer es menospreciarlo.

Es por eso que ateniéndome como estoy sin desvíos a esas reglas me sorprende cuando en uno de los periódicos envíos que me llegan de revistas con piezas mías me topo con un cuento al que han mutilado los últimos renglones. No acostumbro releerme, me aburre. Pero como aquí las líneas eliminadas son las últimas, su falta me salta a los ojos. Cotejo lo publicado con mi manuscrito y el corte me luce tan inocuo que de entrada lo achaco, o a error o a tijeretazo de última hora por falta de espacio; la columna se acababa y el cuento tenía que terminar donde lo ordenaba el emplane. Dándole más vueltas al asunto creo captar una sutil diferencia de contenido en el resultado final



del cuento, despojado del desenlace que le di. Su apoteosis original narraba un último acto rebelde de la protagonista que la acercaba en su desafío a la mujer de Lot, permitiéndole una mirada final que algunos lectores pudieran interpretar como acerada crítica social. Y no digo más, no aguaré la fiesta a quienes decidan leer el cuento. Cómo se llamaba la revista para la que escribía no lo revelaré. De aquellos trabajos me limito a este relato y lo demás queda en grafiti, por voluntad mía o porque muchos los perdí. Casi al final aparece una línea de asteriscos. No pertenecen al relato original, los pongo aquí para indicar en qué punto y aparte termina lo publicado. Lo que viene a continuación son esos ínfimos renglones extirpados.

## De un planeta desconocido

---

**Los artesanos de la ciudad trabajaban, forjando hachas los herreros, hilando vestidos los tejedores, soplando cristal los vidrieros, construyendo hogares los albañiles, todos con los primitivos medios a su disposición.**

**Esa tarde alguien vio una luz en el cielo. Una luz que crecía cada vez más y se acercaba cada vez más. Hasta que todos la vieron y pudieron comprender que se trataba de una extraña máquina hecha por algún sabio forjador, más alta que las más altas de sus casas y que en medio de un gran sonido se posó en la plaza con un extremo puntiagudo apuntando hacia arriba.**

**Al ver que el aparato quedaba silencioso, todos fueron acercándose hasta rodearlo; una pared se abrió, una escalera descendió hasta el suelo y por ella bajó un ser semejante a ellos, tal vez con ropa algo diferente.**

**–No tengan miedo–, fue lo primero que dijo el recién llegado, a pesar de que nadie lo había demostrado. –No vengo a hacerles daño, sino todo lo contrario, necesito la ayuda de ustedes.**

**–¿De dónde vienes?– pregunto un vidriero de cara grande.**

**–De muy lejos.**

**–¿Del otro lado del mundo?**

**–No vengo de este mundo. Tampoco puedo contestar todas tus preguntas. Solamente necesito que me ayuden y me iré. No les haré ningún daño.**

**El grupo de los tejedores conferenció un momento. Luego uno de ellos habló al recién llegado, aparentemente en nombre de todos.**

**–No repitas que no vas a hacernos daño. Eso es tonto. Somos muchos más que tú.– El recién llegado sonrió. –¿Qué ayuda quieres?**

**El recién llegado bajó hasta el final de la escalera, sin ponerse al nivel de los demás.**

**–Miren; éste es un aparato delicado y complejo, producto de la sabiduría de un mundo mucho más viejo que el de ustedes. Sus equipos están preparados para ser arreglados por una sola persona, yo en este caso. Pero una porción interior se ha roto y aunque los equipos funcionen, el aparato no resistiría el largo viaje de regreso. No puedo explicar nada más. Tendrán que trabajar ciegamente, siguiendo mis órdenes.**

**–Yo lo que quisiera saber –vociferó un albañil bajito–, ¿por qué tanto misterio en lo tuyo?**

**–Claro –subrayó el vidriero de cara grande–. Si están más adelantados que nosotros, ¿por qué no nos pagas con tu extraordinaria enseñanza?**

**Todos hablaban al tiempo.**

**–Necesito la ayuda desinteresada de ustedes– continuó diciendo el recién llegado. –No puedo decirles lo que sé, porque no están preparados para saberlo todavía.**

**–¿Qué sabes tú para lo que estamos preparados? ¡No nos conoces! ¡Enséñanos y déjate de cosas!**

**Un viejo gordo entró en la plaza.**

**–¡Cállense todos! ¡Él tiene razón!**

Era el juez del pueblo. Fue hasta el aparato y estrechó la mano del hombre. Con él venía su mujer y ésta también saludó al recién llegado. El juez subió varios peldaños de la escalerilla con el hombre, conferenció con él un momento en secreto, mientras la multitud se impacientaba aguardando.

–¡Todos debemos trabajar para él!– dijo después de conferenciar.– ¡No estamos preparados!

La gente empezó a gritar.

–¡Con lo que él sabe seríamos más felices! ¡Adelantaríamos mil años en un día! –¿Quieres que trabajemos para él como para ti? –¡Si no quiere darnos su sabiduría, la tomaremos por la fuerza!

Y se adelantaron sobre el aparato. El recién llegado sacó algo de su bolsillo, que apuntó contra los que trataban de subir, y una muralla invisible se creó: nadie podía alcanzar los escalones, por muchos esfuerzos que hiciese. El grupo de tres que formaban el recién llegado, el juez y la mujer del juez, quedó separado de los demás; ascendieron por la escalerilla, ésta subió y la puerta se cerró, hasta quedar todo igual que al principio. Y dentro quedaron los tres. El pueblo empezó a golpear las paredes, a tratar de romper el aparato y penetrar. Dentro, el recién llegado dijo al juez:

–No sabía que fuera éste un planeta lleno de gente tan mezquina. ¡No tienen salvación!

–Es así– dijo el juez tristemente. –Todos son así.

La mujer callaba.

–No puedo permitir que penetren. Y lo lograrán al fin y al cabo. Prefiero destruirlo todo. Pero tú y tu mujer deben ser salvados. ¡Vengan!

Los subió hasta la parte más alta, los sentó y los ajustó a dos butacas.

–Dentro de unos minutos los dos saldrán despedidos, pero caerán de nuevo a la tierra suavemente. Yo me quedaré aquí, destruiré todo y me destruiré yo mismo con mi aparato. Lo siento,

**pero prefiero hacerlo así a vivir en tu planeta. Son todos locos y están endemoniados. Lo veo claramente.**

**–Una última advertencia: no miren hacia atrás mientras dure la explosión. Si lo hacen serán castigados.**

**–Pero solamente para ver– dijo la mujer por primera vez– ¿Aprenderíamos algo?**

**–Nada útil para ustedes– dijo el recién llegado. –Pero quedaría en sus mentes y en un futuro... ¡Quién sabe! Es mejor así.**

**–Sí. Tú obedécele y calla– ordenó el juez.**

**–Bueno, adiós– dijo el hombre. Y bajó.**

**Unos minutos después el juez y la mujer salieron despedidos en sus butacas. Y aún estaban por el aire cuando oyeron la explosión. Cuando ésta se acercaba a su punto culminante, la mujer se volvió. Lo que pudo ver la dejó ciega y cuando llegaron nuevamente al suelo había perdido la vista para siempre. Dijo a su marido que se debía a un golpe que se dio en la cabeza al aterrizar las butacas.**

**La ciudad estaba destruida, todos habían muerto. El juez no había visto nada. La mujer ciega lo había visto todo y lo recordaba sin comprender nada. Y al año siguiente tuvo un hijo y lo cuidó hasta hacer de él un hombre. Y tenía depositada en él su completa confianza.**

**\*\*\*\*\***

**Sabía que en la mente de su hijo estaba sembrado aquel resplandor que la había dejado ciega y que esa visión la transmitiría generación tras generación a sus descendientes. No se rendirían hasta reproducirla, reproducir el brillo cegador que había empequeñecido hasta la luz del sol, la explosión en la que todos sus vecinos habían quedado aniquilados junto con la máquina descendida con el recién llegado de los cielos.**

Releído el cuento, me viene la duda de si no obstante el interés de la revista en ofrecer a los lectores relatos de trama y desenlace asequibles, al editor de turno le pareció que mocharle esos últimos renglones lo favorecía, sin im-

portarle que así quedase el cuento más hermético. Con su mutilación quería hacerme un favor literario. Ya no sé. Ahí quedan los dos finales a elegir.

## Manhattan

---

Mi viaje a Nueva York pone punto final a esa etapa de bandearme por mi cuenta, sin casa y desconocido —en esto exagero—, avatar del personaje de Bob Dylan. Allí me recibe el revuelo de familiares a quienes no veía desde distintas fechas, su regocijo, sus agasajos. Situación parecida a la del protagonista de *La irresistible caída del muro de Berlín* cuando por parecidas fechas aterriza él también en Nueva York, si bien, por lo que del libro se desprende, su circunstancia es más discreta, de emociones más apagadas, hasta saltar el fragmento en un chispazo final de optimismo.

*Por más que trato de contenerme con tal de no aguarle a mi mujer la fiesta que está viviendo con nuestra entrada a Nueva York, el reencuentro con su hermano y este inaugural paseo nuestro camino de Manhattan, llega un momento en que no puedo seguir callado e inclinándome para que su hermano no me oiga le soplo al oído lo que se me revuelve por dentro y ya que estoy en ello, de la manera más cruda. Esto no me gusta en lo más mínimo, le digo, refiriéndome a todo eso que vamos descubriendo: edificios y calles que pasan a los lados de la autopista y ella no se cansa de mirar, pienso yo que admirar. Pero cuando oírme no le provoca reacción me pregunto si será porque silencia un sentimiento parecido al mío con tal de no defraudar a su hermano, que tanto ha hecho por traernos, si por debajo de su regocijado semblante también se decepciona y teme el desengaño de para siempre quedar ajena a unos espacios que así sea sólo a partir de sus aspectos exteriores se le van haciendo tan distantes como a mí. Con tanto entusiasmo y anticipación que me traía han bastado minutos para que se me vuelvan las cosas boca abajo y sienta ya hostil ese paisaje que veo repetirse chato y monótono por los cuatro horizontes pese a lo que pudieran ser sus empeños de variedad. Sé que vamos por una autopista y no nos hemos metido por calles*

*de barrio de verdad, pero este suburbio de Queens, que según nos corrige mi cuñado podremos llamar suburbio si queremos pero es parte esencial de Nueva York, me comunica una ausencia de vida insoportable. Me esfuerzo por penetrar esas calles transversales que nacen a los costados de la autopista y van a perderse por zonas que lucen residenciales, de casas bajas que se anuncian agradables o bloques de edificios poco auspiciosos. Pero ni por unas ni por otros detecto vida y cuando ésta se me aparece la encarnan personas tan desperdigadas que acentúan la mortandad que nos circunda.*

*Y de repente, la verdadera ciudad, que en su imponencia se nos venía anunciando desde salir del aeropuerto y a pesar de su distancia me había resultado un consuelo atrayente y, no importa cuánto la hubiese visto representada antes de mil formas, sorprendente, se alza ante nosotros, imponente fortaleza que nos espera del otro lado de este puente que comenzamos a cruzar. Y cuando el auto baja una rampa y nos metemos por sus calles siento un alivio corriéndome como agua fresca por el cuerpo e intento transmitirle esta alegría a mi mujer apretándole la mano. Tras ese páramo de orden implacable que venimos de atravesar, la isla me hace sentir otra vez en una ciudad en movimiento, junto a gentes de mi especie felices de su variedad y no empeñados en la uniformidad. Ni llegar a casa necesito para saber algo que perdurará en nosotros mientras vivamos en Nueva York, y es que de Manhattan nunca saldremos. Daré a esta isla un tamaño parecido a esa otra en la que viví tantos años y a los ríos que la atenazan la magnitud de aquellos mares que en vez de hacerme sentir encerrado me traían el aire del mundo. Aquí será a la inversa. Las aguas del estuario y sus brazos nos rodearán, apareciéndosenos con sólo andar unas cuadras, pero no nos traerán la incitación a traspasarlas. Miraremos hacia adentro. Para colmar nuestra necesidad de sentirnos parte de un mundo vasto y múltiple nos bastará siempre Manhattan.*

(De *La irresistible caída del muro de Berlín*)

## Paréntesis con Renoir

---

Me encuentro en las páginas culturales de *La Vanguardia* un artículo anunciándome dos exposiciones simultáneas centradas en la obra de Auguste Renoir, una en el Thyssen de Madrid, la otra a mano, en la galería de la Fundación Mapfre en Barcelona. Al artículo lo acompañan sendas entrevistas con representantes de las dos instituciones. Los tres textos dedican párrafos al revuelo armado recientemente en torno al período final de Renoir, que considerando banales las obras de su último período, las condena al basurero.

La primera noticia que tuve de este alzamiento me llegó de Boston, donde se había organizado una manifestación ante su principal museo, pidiendo a los responsables que retirasen de sus paredes las obras de esa desafortunada época final del artista francés. (Sin entrar en contiendas nacionalistas, quisiera saber si aparte de su valor patrimonial, esos iracundos creen que las pinturas que exhibe ese museo en sucesivas galerías, obras norteamericanas del XIX o principios del XX —más o menos la época del Renoir condenado—, muchos retratos de familia sin mayor ambición, son piezas artísticas comparables a sus cuadros de Renoir).

En el asunto tercia Guillermo Solana, comisario —se diría por sus opiniones que algo a pesar suyo— de la muestra del Thyssen: Renoir es, y lo cito, un pintor inactual, intempestivo, se aferra a una visión de la mujer tradicional, reaccionaria, como objeto decorativo. Hasta ahí Solana. Y otro paréntesis mío: Supongo que el modelo de mujer avanzada es la Libertad que pinta Delacroix sacando literalmente pecho. Como para pensar que el derrumbe de la Unión Soviética y la desaparición de sus comisarios culturales ha dejado un vacío que muchos se afanan por llenar.

Renoir buscaba el placer y en la consideración académica del arte el placer no es popular, es otra cita *verbatim* de Solana.



## Mujeres emigrantes

---

Relegada la escritura hasta quedar ausente largos trechos, mis energías neoyorquinas las dedico al trabajo por contrato de 40 horas a la semana cuyo interés fundamental es cobrar –trabajo en el que, sí, escribo sin parar; pero al no tener que ver conmigo eso que escribo, ni lo consigno ni lo cito–, y a retomar el cine, un cine para mí nuevo, distinto modo de hacer. Breves y básicas películas filmadas con una Bolex de 16 mm de cuerda, editadas con una sublime pegadora checa que en la proyección no deja ver los empates entre los trozos de película, un laboratorio con precios regalados, y el recurso para casos exigentes de instalaciones gratuitas dispuestas por el gobierno para aficionados como yo.

Mis visiones neoyorquinas las recojo en imágenes, la mayoría desvanecidas, grafitis borrados como los cuentos mercenarios, vencida la fragilidad del celuloide y la emulsión por la humedad y las temperaturas dondequiera que he vivido. Mi década allí tendrá que esperar antes de aparecer escrita, aunque cuando las palabras lleguen lo harán en abundancia y con ellas armaré el volumen de relatos *El Andar de los Cangrejos*, mi libro menos leído, aunque en este terreno no es como para andar divulgando parangones

Aparece en una amazónica edición virtual y su invisibilidad, sin el apoyo de por lo menos una editorial que sepa manejar esos trasiegos, no me sorprende. Descubrir a un incógnito como yo por esos caminos, en vez de en una librería cualquiera donde estaría agrupado junto a gente más o menos afín, a mano del curioso, resulta en mi desconocido caso vana esperanza comparable a la de encontrar al albur un tesoro durante una expedición por territorios amazónicos; la misma cantidad de hojas hay en esa selva como en los libros del mundo virtual.

Estos cuentos representan una huida dentro de mi trabajo. Emprendido tras la aparición del *Diderot* –ahorro palabras– y de *Las Tetas Europeas* –nunca hay que ahorrárselas–, quiero con él dejar atrás una manera que al citado decir de Hitchcock me conozco bien, y salir en busca de una nueva. Explorar andando. Tratándose de relatos situados en Nueva York me pliego a la ciudad y a las sugerencias que me trae la atmósfera general de los cuentos

que imagino y después de dos libros escritos en una fraudulenta primera persona opto por un realismo que me suena más americano y el distanciamiento omnisciente. Para no seguir atosigando, traigo aquí dos episodios de sendos cuentos, con un denominador común. Abocetan las figuras de dos mujeres centroeuropeas, para cuando aparecen en mi libro entradas en años y procedentes cada una a su manera de esas tierras que tan ayudante abono han dado a Nueva York. Primero la anticuaria.

*Enfrente, la tienda de la vieja seguía abierta. No muchos la notarían; conservaba las luces apagadas, hasta las de la vitrina, a excepción de una minúscula lamparilla nocturna que la mujer tenía siempre a su lado, invisible casi desde el exterior, un tenue fulgor que bien pudiera confundirse desde fuera con el reflejo de cualquier ventana encendida en alguno de los edificios. La vieja vendía todo tipo de cachivaches y chucherías presentadas como antigüedades, y su tienda, así fuese a oscuras, quedaba abierta hasta más tarde que cualquier otra de los alrededores a excepción de la bodega, con ella invariablemente dentro, sentada tras el mostrador de vidrio en medio de su sinfín de trastos. Las veces que alguien familiarizado con la tienda o lo bastante curioso como para desafiar su despoblado aspecto se decidía a entrar, era como si, al abrirse, la puerta disparase un mecanismo que alumbraba el local. Pero no era la puerta sino la propia mujer la que encendía las luces al entrar el cliente, para dejarlo revisar su mercancía y que, tan pronto la persona se iba, volvía a apagarlas, retornando a su perpetua penumbra. Habitudo a esta media luz, pudo advertir él dentro del negocio el escaso resplandor de la ínfima lamparilla, única compañía de la vendedora. Junto con su mujer se había aventurado en la tienducha en ocasiones para dar un vistazo a sus curiosidades y en una de esas veces habían comprado un pesado cenicero que conmemoraba la inauguración del Lincoln Tunnel, objeto que mostraban con orgullo a quienes los visitaban, presentándolo como el más feo de cuantos poseían y que los llevaba a relatar la conversación sostenida con la vieja aquel día en que, entretenidos por la compra, se habían quedado en la tienda un rato largo.*

*Esperando a que envolviese sin demasiado esmero en un periódico el cenicero, su mujer, al notar el fuerte acento con que la vendedora hablaba*

*el inglés, le preguntó de dónde era. De Austria, contestó ella, situándose con esa respuesta en la mente de ellos dos entre los millones de refugiados llegados huyendo de la guerra. Aunque pensándolo bien y a partir de la edad que la mujer representaba, lo mismo hubiese podido venir de niña, refugiada de la Primera, como adulta, escapando a la Segunda. No necesitó que se le hiciesen más preguntas para referirse con aire nostálgico a las bellezas de su país, ésas que mencionan todos y que agotan los catálogos turísticos: nieve sobre las cordilleras, poblaciones de montaña, Viena. La sorpresa vino después, a la pregunta de él de cuánto hacía que no volvía. Nunca he ido, contestó la vieja con naturalidad y sin abandonar ese marcado acento que tan extranjera la hacía. Había nacido a poco de llegar sus padres a Nueva York, con lo cual aclaraba de paso que escapando a la Primera Guerra, y nunca se le había presentado la oportunidad de ir a conocer ése que con marcado deleite llamaba su país, a pesar de ni siquiera haber nacido en él.*

*(Del relato «Un desastre», en El Andar de los Cangrejos)*

Ahora, la mujer del súper, con algo del propio súper, apócope del vistoso nombre de superintendente dado por los americanos a los conserjes.

*En su apartamento de conserje, a donde invitaba de tarde en tarde a los jóvenes para que probasen su sazón y un vaso del vino casero de su esposo, había escuchado a menudo a la pareja contar episodios del viaje hecho desde su país hasta esta casa, si bien los oía adormilada, con una satisfecha atención dirigida menos a las pocas frases que hubiese conseguido comprender que al aspecto de los dos. Les escuchaba relatos de su mudanza a Nueva York desde ese otro lugar en la parte sur de las Américas, territorios que ella situaba mal, entendiéndoles a retazos cómo los había desalojado de su país una más de las incesantes conmociones en que estaba atrapado ese continente; sin dedicar a ello gran esfuerzo, les oía de la necesidad en que se había visto el joven de escapar a su turbulento mundo universitario, en el cual el día menos pensado hubiese podido sobrevenirle una desgracia.*

*Muy por encima seguía Darinka estas narraciones. Para ella, persecuciones y huidas así, y las conocía mucho peores, eran la forma habitual de vivir. Desde su juventud su mundo había sido ése, su vida había transcurrido envuelta en una invariable turbulencia de guerras y barbarie, tan incon-*

*tenibles como para persuadirla de que ese caos era el orden natural de las cosas dondequiera. En cuanto a sus nuevos amigos se refería, podrían ser de cualquier parte; cualquier sitio le vendría bien, todos estarían igualmente desdibujados en su mente dentro de una turbia extrañeza que no intentaba desentrañar, como tampoco se esforzaba por memorizar o pronunciar ese curioso nombre de tantas sílabas y por lo menos un sonido ajeno a sus oídos con que su nueva Liliana insistía en hacerse llamar.*

\*\*\*\*\*

*Y ahora...quedaba sola una vez más con sus escaleras y los fúnebres recuerdos que los jóvenes le habían escuchado evocar con renacida angustia ante su mesa de comer, en airados lamentos que su esposo escuchaba sin añadirles palabra, con mirada levemente adolorida que no rozaba a ninguno en la habitación y se perdía en el vacío. A su desordenada manera, Darinka contaba de su infancia en los campos de Macedonia, e incluso décadas después de terminada la guerra su boca y sus ojos temblaban al recodar cómo aquellos alemanes venidos de tan lejos habían fusilado sin motivo a su joven compañero, un esposo muerto ante su vista y que después de tantos años y casada por segunda vez encogía aún su corazón y llenaba sus ojos de llanto cuantas veces revivía su ejecución, tan solo de mencionar su nombre, lágrimas de amor transformadas por los años en llanto de piedad. Intentaba secarse los ojos con su pañuelo, esfuerzo siempre inútil. Pudiera el pequeño rectángulo de tela de algodón haber amanecido seco pero al llegar la noche estaba empapado, y de tan diminuto y delicado, semejante al de un niño, se había ido enrollando y convirtiendo en algo no mayor que una pelotita, que de exprimirse chorrearía. Provista de este húmedo trapito trataba Darinka de secar sus lágrimas pero lo que realmente conseguía era esparcir las, como si en vez de enjugárselas estuviese refrescando su rostro, pasándose las lágrimas por mejillas, pómulos y párpados, hasta por la nariz y el labio superior, aliviando su cara con la frescura de un llanto del que se había extinguido el calor. No le alcanzaba su escaso inglés para narrar a los jóvenes sus calamidades; les explicaba aquellos sucesos tan viejos como ella con frases vacilantes, acompañadas de manoteos y ruidos, diciendo ipum!, ipum!, ipum! a la vez que se apuntaba con el índice y luego, chasqueando el*

*borde de sus dientes con la uña del pulgar, se echaba a llorar hasta que los sollozos le entrecortaban las palabras, siendo imposible descifrar si eran insultos, invocaciones, maldiciones. Viéndola tan agitada, su esposo intervenía para concluir el relato con el timbre monocorde de su profunda voz, rememorando con calma de maestro campos quemados y aldeas arrasadas, acontecimientos evocados con tristeza aunque sin la vivacidad de imágenes y sentimientos de su mujer, más bien la sobria narración de una película. Pasándose el pañuelito por los ojos Darinka se volvía entonces a su eterno tema de las dos hijas de aquel temprano matrimonio, Jovanka y Liliana, pero al decir sus nombres en voz alta y sobre todo cuando pronunciaba el segundo, miraba intensamente a la joven sentada frente a ella y diciendo Liliana una vez más con una sacudida impotente de cabeza, como si echase a un lado su vida misma, de nuevo caía anegada en llanto. El esposo se ponía entonces de pie y con la actitud del gentil anfitrión preocupado por atender como es debido a sus invitados se volvía a su probado recurso, la fórmula garantizada para evitar que la velada se echase a perder: bajo la cama que compartía con Darinka conservaba galones y galones de jugo de uva en fermentación, acunados por el calor de su sueño en esa privada cava. Era una bebida de decidido sabor a fruta, con la frescura del vino recién cosechado, que con titubeos al principio, alguna reticencia pronto descartada, sus jóvenes visitantes aprendieron a saborear. El hombre había delatado huellas de su pasado desde la primera vez que la pareja contempló su elocuente postura, la manera en que se sentaba como un jinete en reposo, con las piernas ligeramente abiertas y estiradas y los talones firmemente apoyados en el piso, como si en vez de un par de zapatos ordinarios tuviese puesto un resplandeciente par de botas de montar con sus espuelas. Siempre amable, comunicaba sin embargo cierto aire altanero, y si Darinka limpiaba las escaleras del edificio no era tanto por ayudarlo como para evitarle una tarea que ambos consideraban poco masculina. No sólo era el hombre de la casa sino, como los jóvenes pudieron conocer de los orgullosos labios de Darinka, era serbio y había perdido, primero durante la guerra y luego con los cambios sobrevenidos tras ella, todo aquello que había constituido el universo de su infancia y juventud: la casa de campo, el establo con caballos, su potro.*

*Algo de lo que su conciencia jamás se había recuperado: veía el mundo a través de esas irrecuperables pérdidas. Darinka narraba a su vez retazos de la misma historia y la concluía sacudiendo furiosamente el puño y quejándose en su habla inconexa del amargo e inexorable destino que había tocado vivir a su esposo, comparando los desastres de él con los suyos y redondeando el relato de ese desplome común con su habitual cadena de maldiciones proferidas entre dientes y dirigidas a aquellos sucesivos poderes que habían gobernado su tierra; destruyendo primero su vida, luego la de su marido. Poderes que así se presentasen como diametralmente opuestos, para ella constituían uno solo, un devastador azote lanzado como castigo de los cielos sobre su pueblo.*

(Del relato «Las lágrimas de Darinka», en *El Andar de los Cangrejos*)

## La burbuja americana

---

Llevo poco en Nueva York, aunque lo suficiente como para haber localizado ya algunos sigilosos espacios dedicados al cine experimental, su escuela estadounidense del *underground*. Como casi todos por aquella época, está este local en un edificio de almacenes o factorías de la parte sur de Manhattan, ese Soho en breve copado por pintores en busca de pisos con alto puntal y amplios espacios, luego por especuladores que aunque seguirán llamando al barrio zona artística, de esto sólo quedará el interés de las cadenas de galerías.

Subimos mi mujer y yo al local en uno de los antiguos elevadores de rejillas abiertas habituales por la zona. Vamos a la proyección con nuestra hija mayor, por entonces única y muy pequeña, menos de seis años. No vamos solos. En el viaje nos acompaña el organizador del colectivo de aspirantes a cineastas agrupados allí para conocerse, ayudarse, y si se presenta el caso, colaborar. Mira a la niña y le sonrío, una sonrisa también vuelta hacia sí mismo. Le hace gracia ver a una niña tan chiquita yendo a una exhibición de películas experimentales que calcula le resultarán incomprensibles. Levantando la vista nos pregunta cómo se llama. Viridiana, le decimos, viendo cómo al

escucharnos se le queda el rostro en blanco. Por si su inglés le hace difícil recordar el nombre, abundamos: como la película de Buñuel. Pero en todo caso el rostro acentúa el vacío inexpresivo. Por si la ñe se lo hace difícil, vamos a más: el director de cine español, más bien español director de cine en la sintaxis inglesa. Ya estamos llegando y se sincera, no sólo sin remordimientos sino con la seguridad de suponernos hablándole de un autor conocido entre gente de habla española, alguien de quien no tiene él por qué saber. No lo conozco, nos dice sin dejar de sonreír.

Años después estoy una mañana en mi trabajo, la redacción de la Associated Press, y nos llega la noticia del ganador ese octubre del Nóbel de Literatura: Eugenio Montale. Veo a uno de los jefes de los servicios mundiales de la agencia acercarse al editor de cables y comprendo que anda averiguando. Es de suponer. Aprovecha su rango dentro de la agencia para en un despacho sin mamparas pasarse horas leyendo, libros que desde lejos deduzco por lo regular novelas. Nos tenemos aprecio. No por conversar de libros o autores, que nunca lo hacemos, sino porque, nunca sabré por qué, me escucha con más confianza que a otros de mi sección latinoamericana cuando quiere enterarse de opiniones sobre acontecimientos de la región que no se explica bien. Ahora, enterado del nombre del laureado, se me acerca. Con un enfado que no esconde sus ganas de ir a increpar a los jurados que han concedido a Montale el Nóbel, me pregunta, suponiendo que yo tampoco lo conozco, qué se traen esos suecos, siempre premiando a gente desconocida para un hombre como él, que tanto lee.

Escurriéndome del apuro en que me pondría contradecir a un jefe, sobre todo en una ocasión en que se siente personalmente herido, atribuyo ese desconocimiento que sin decirlo hago así mío a que muchas veces el Nóbel recae en poetas, a que en nuestros tiempos los poetas son desconocidos hasta en sus propios países, a que la poesía tiende a no traducirse o se traduce mal, razones todas aplicables a Montale en el ámbito de las lecturas accesibles al americano, incluso uno lector como él. Lo contento y se retira a su despacho, a leer. Más contento estará el año que viene cuando anuncien al nuevo laureado, pero yo no presenciaré su regocijo, para entonces trabajo en otro turno. Será Saul Bellow.



## Cine del hogar

---

La publicación *Ladies Home Journal*, nombre que me es familiar desde la infancia e imaginaba designaba a una revista dedicada a la alta costura y otros temas del gran mundo, me la encuentro en Estados Unidos relegada al conjunto de revistas colocadas como compra de última hora junto a las cajas de los supermercados. La que creía elegante publicación para mujeres exquisitas se dirige a lo que hasta hace poco tiempo era esa vasta mayoría de mujeres dedicadas a ser amas de casa, ahora afanadas por mucho que les pese en dos tareas: trabajar en la calle y atender las necesidades de la vida familiar. Contiene recetas de cocina, consejos sobre la mejor disposición de los adornos en la casa, moldes de costura para la confección del forro de un cojín.

Del nombre de la revista saco el título de una de las películas más neoyorquinas. Casi la única que sobrevive, gracias a haber sido filmada en blanco y negro. Las realizadas persiguiendo las ambiciones del color sucumbieron con el celuloide encogido hasta imposibilitar su pase por el más delicado proyector o renovarla en un laboratorio especializado. En cambio, *A Lady's Home Journal* se mantiene bastante bien pese a sus años.

El nombre de la revista pudiera torpemente traducirse *Diario Doméstico (u Hogareño) de las Mujeres (o las Damas, o las Señoras)*, mientras mi película, cuyo título suena igual al decirlo, aprovechando el aproximado sonido en inglés del plural y el posesivo, se refiere a una sola mujer, y quedaría, con similar torpeza, en *Diario Doméstico (u Hogareño) de una Mujer (o una Dama, o una Señora)*. Filmada de principio a fin en el interior de una casa, la mía, con una única actriz, ésa que los actuales críticos de cine de cualquier lugar llamaría con unánime ridiculez mi musa. Bastante más, es mi mujer.

## A lady's home journal

---



## La infiltrada

---

Es un salón de actos de un edificio en la calle 42 de Nueva York, ni dedicado a la proyección o la filmación de cine porno ni a cualquier otra ocupación de la concupiscente vida que por esos años setenta secreta la barriada. Muy serio el asunto, una conferencia literaria organizada por la Universidad de Nueva York. Los escritores invitados, el cubano Guillermo Cabrera Infante y el argentino Manuel Puig, en un panel moderado por el crítico Emir Rodríguez Monegal. El auditorio está lleno, conozco a algunos.

Entrados en la parte final del acto, el diálogo entre escritores y público, la pregunta de un asistente incita a Cabrera Infante a pronunciarse despectiva-

mente del cine experimental y específicamente de esa modalidad del *underground*, que con una obra que crece se disemina por el país, sobre todo en los dos polos de California y Nueva York.

Una mujer del público levanta fulminante el brazo. Nada más captar lo encendido del gesto se entiende que quiere ripostar. Tan apremiante su mano que de inmediato le cede la palabra Rodríguez Monegal, y efectivamente, de la valoración del *underground* se trata. Con energía por la que asoman trasfondos iracundos aunque en medido discurso, la mujer regaña a Cabrera Infante por hablar sin poner ejemplos de cosas que a su parecer —el de ella— no sabe, de tener gustos atrasados, de haberse quedado rezagado en su apreciación del cine.

Con discreta delicadeza, allá en la tribuna Rodríguez Monegal se ha inclinado hacia Cabrera Infante para susurrarle al oído algo de lo que tiempo después me enteraré: su temor de que la cólera de esa mujer sea impostada y ella una enviada de la delegación cubana en Naciones Unidas con el encargo de sabotear el acto, o hasta una izquierdista que actuando por cuenta propia echa mano a la primera oportunidad para combatir al escritor. Con idéntica medida y el sosiego de una mano que posa sobre el brazo de Rodríguez Monegal apacigua el cubano la preocupación de su colega, y apuntala ese sosiego cuando le toca contestar. Sin dar marcha atrás, acepta Cabrera Infante que el cine se pueda hacer de mil maneras y hasta la posibilidad de que entre esas obras singulares que la mujer defiende haya películas de calidad, si bien él no las conoce, no ha tenido la suerte de topárselas. Suficiente para que los ánimos se calmen y la conferencia prosiga hasta su pacífico final.

Cien metros después de franqueada la salida del edificio y camino del subway de la Octava, escucho que nos llaman. Me doy vuelta y veo viniendo hacia nosotros al músico Natalio Galán, empuñando ese paraguas negro que no suelta apenas el cielo se nubla. Llega hasta donde estoy junto con mi mujer y yendo a ella la abraza, la elogia entre risas, le asegura con pícaras sonrisas que lo mejor de la tarde ha sido ella, sus ardientes palabras refutando a Guillermo. Qué bien se la pusiste, le dice, te la comiste. Un tanto cortada pregunta mi mujer a Natalio si fue grosera. De eso nada, fue buenísimo, reitera él, sin abandonar su alegría ni cuando nos despedimos. Se rebose la copa al

día siguiente cuando de mañana llama Sabá Cabrera Infante para igual de divertido que Natalio decir a mi mujer lo mismo que éste: lo mejor de la tarde fuiste tú, Miñuca, ahí la cosa se puso buena. Está claro que el que alguien le salga al paso a Cabrera Infante ha resultado a los dos un acontecimiento, y divertido. A la larga los divertidos fueron tres. Cuando Miñuca y Guillermo se vuelven a ver, las primeras palabras que se cruzan son para recordar el incidente, y aprovecha él para contarle, en socarrona confianza, eso de lo que es entonces cuando nos enteramos: el contenido de las palabras susurradas a su oído por Rodríguez Monegal, el miedo del crítico de que mi mujer fuese una infiltrada.

## Delicias en la oscuridad

---

En mi quehacer deslindo cine y escritura, o lo procuro. Cuando en Cuba hubiese podido filmar películas basadas en obras literarias, jamás se me ocurrió. El cine me resulta algo homogéneo: obras nacidas de su naturaleza misma. Al irme de Cuba me llevo los guiones de mis dos películas narrativas. Los he conservado y pudiera extraer de ellos algún fragmento para este trabajo. Ni que mirarlos tengo. Sé que sus diálogos por sí solos, aparte alguna agudeza aquí o allá y hasta de esa aparición dudo, quedarían vacíos, muertos, al no venir acompañados de las imágenes que desde escribirlos —mejor dicho, escribimos; los dos con mi mujer— concebí consustanciales.

Como para acentuar este deslinde, el cine aparece poco en casi todo lo que he escrito; en cualquier caso menos de lo que pudiera esperarse. La excepción, jugosa —adjetivo con intención— es el relato *Las Tetas Europeas*, cabeza del libro de ese título. Aquí el cine lo es todo: motivo, trama, culminación. Que espere a Miami para escribirlo no tiene nada de raro. Si en Nueva York hacía cine, en Miami añoro hacerlo y su consecuencia es esa colección de evocaciones cargadas de una doble añoranza: la del cine y la de mi primer cine sin camas dobles.

## Dos pares de tetas

---

*MARTINE.*

*La primera teta aparece sin aviso, en el lugar menos a propósito: una matiné de cine infantil, cuando más adolescente. Le pertenece a Martine Carol y su presencia en pantalla dura segundos, quién sabe si fracciones, impresa en menos de esos 24 cuadros del segundo sonoro.*

*No importa su duración. Aunque instantáneo, ese momento basta para grabar en mi memoria las tetas de Martine Carol, como si las hubiese estado contemplando diez años a mi gusto, insaciable. Todavía las tengo delante.*

*No imagino sin embargo, en ese inicial destello, lo insistentes que van a resultar esas primeras tetas estelares de Los Amores de Carolina. No es que me obsesionen; por mucho que me deleiten, no pago veinte veces la entrada para ver esa misma película. El recurrente placer lo debo a un desliz —imposible demostrar otra cosa— de la censura cubana. En medio de la anárquica turbulencia de principios de los cincuentas, esa censura es poco severa y menos eficaz, sospecho que también poco incorruptible. En cualquier caso y para suerte de mi oportuna edad, va a la zaga de los acelerados cambios de las costumbres: el cine, el europeo, aligera sus cánones; y hasta en las lejanas y tranquilas orillas habaneras, por donde la destrucción no ha pasado, hay un deseo general de relajarse, de dejar pronto atrás, olvidadas, la guerra y sus tragedias. En todas partes se añora el desenfado de la paz. Y así, nuestros censores revisan, cortan y clasifican las películas para su estreno pero olvidan, en esos desconcertantes primeros meses de acometida frontal de las europeas, que en los avances puede colarse un episodio censurable, un vistazo mostrado al público posible como aperitivo salaz y tentador.*

*Pagados o inocentes los censores, el espectáculo de las tetas de Martine Carol se me convierte, semana tras semana, en el más tántrico de los mandalas. En tandas juveniles, perversamente rodeado de muchachas regocijadas en silencio y chaperonas escandalizadas en secreto, Martine, sin necesidad de ir a propósito a ver sus aventuras, se desviste, ritualmente. La exhibición se le agradece a un espadachín que, dudoso de las afirmaciones de Carolina de que es mujer, le desabrocha de un golpe de florete la cha-*

*quetilla masculina que la disfraza y descubre dos tetas, cuya aparición en pantalla nos sorprende, la primera vez, más que al descreído mosquetero.*

*La escena se repite, sábado tras sábado, domingo tras domingo, en distintos cines, en una función tras otra. Calculo la hora a la que dan el avance para matar tres pájaros de un tiro: veo la película que voy a ver y en una misma tanda, al principio y al final, cuando pasan los avances, le veo dos veces las tetas a Martine. Cuando al fin veo completa Los Amores de Carolina, enfrento una relativa decepción: sus dos únicos momentos culminantes, las dos únicas escenas donde sus aventuras llevan a Carolina a la desnudez, son ésas que ya he visto, jamás diré, desagradecido, que hasta la saciedad.*

*Esta aparición es una bienaventuranza que no será limosna pasajera; aunque, más inesperada, imposible: mis inicios como espectador no han sido, en este terreno, nada auspiciosos. Cuando, por los soportales de La Habana, de la mano de mis padres y de pantalón corto, descubro los cines y sus carteleras, la pantalla abunda en aventuras, pero son heroicas, aspiran a servir como modelo de rectitud. Cuando lo conozco, el cine atraviesa su etapa de mayor asepsia. El invento ha tenido la mala suerte de aturdir, con sus apariencias de realismo –primero su movimiento, luego su voz– a los centinelas de la decencia. Es sorprendente: gente que gozosa permite la entrada en sus salones del vello con que Modigliani da el último toque a sus desnudos condena con airadas acusaciones de obscenidad y desfachatez, como si de emanaciones del bajo mundo se tratara, el asomo en la pantalla, no importa lo veloz, de un cuerpo semidesnudo. Basta un busto. A las representaciones de la pintura se han acostumbrado, no importa lo exhibicionistas que parezcan. Son parte de los buenos modales, del buen gusto. Peor: si alguien, cayendo en pasmos ajenos a lo pictórico, se extasía demasiado ante Ariadne u Olympia –en su momento, también ésta dio guerra–, es un maleducado, un inmaduro, el tonto del pueblo. Del cine, en cambio, abominan, cuando medio segundo deja ver algo de desnudez: es lujuria, revuelve los sentidos, puede precipitar a los no avisados a un cataclismo de pérdida.*

*Desconozco cuál haya sido el desquiciamiento de otros. En mi caso, paso, en el mejor de los momentos, al mejor de los mundos. La oportuna*

*coincidencia de, como decían entonces, hacerme hombrecito, con esa caída cinematográfica del velo de Europa, es el más oportuno de los encuentros adolescentes posibles y traza a mi joven y todavía despejada mente un clarísimo camino: a los trece años, ya sé que es tarea inútil y equivocada ponerse a dilucidar límites entre sensualidad y belleza, entre tetas y estética; ese deslinde me parece, aún sin bigote, un sin sentido.*

*A partir de Carolina, venero la fecha de mi nacimiento como un don, uno de esos regalos que hacen las hadas madrinas a la cabecera de la cuna de sus elegidos ahijados. La aparición de estas desnudeces coincide con mis doce años y, como pensando en mí, las películas prohibidas lo están en Cuba, como lo han estado siempre, prohibidas sólo para menores de doce años. Es una ley de otra época: concebida para mantener a los niños alejados de escenas de demasiado horror; para no permitirme, como tantas veces lamentó, sobrecogerme con *La Escalera de Caracol*, a pesar de que cuando se exhibe, me faltan sólo meses para ese decisivo umbral de los doce años. Mis fracasos comprueban lo incommovibles que son las taquilleras.*

*La censura demora en ponerse al día. La decisión de tomar en cuenta en los códigos los nuevos libertinajes que, gota a gota, se están convirtiendo en torrente, tarda años, los justos. Para cuando llega, me conozco la mayoría de los cines de La Habana —tiene más, por cabeza, que Nueva York—; he visto, en su oscuridad, más tetas que en los cielos de Tiépolo. La lentitud de la censura es precisa otra vez: su decisión de prohibir algunas películas, las que les resultan más escandalosas, a los menores de 16 años, se decide en buen momento; ya he cumplido los 17.*

**FRANÇOISE.**

*En cuestión de semanas, mi mundo del cine se altera de manera radical. No abandono, como hacen amigos más impacientes, los polvorientos galopes de John Wayne o Gary Cooper ni los puñetazos en callejones sombríos de Dana Andrews o Richard Widmark. Pero aunque presume de exhibir las piernas a Rita Hayworth o desafiar con el suéter de Lana Turner, este cine americano no complace a mi ávida edad: deja demasiado a la imaginación. Si bien fue dueño absoluto de mi infancia, a partir de este momento obligo a Hollywood a compartir mi cartelera.*



*Las comedias de la Metro, los dramones de la RKO, los espectáculos de la 20th Century Fox se vuelven mi cine de fin de semana. Son proyecciones en salitas modernas, con butacas acolchadas y aire acondicionado bien frío, donde da lo mismo qué ponen, pues tienen doble propósito: ver la película y sonsacar muchachas, conocidas o no, a lo largo y ancho del lunetario; cines sin calma, donde siempre hay gente yendo y viniendo, buscando lo que les parece el mejor acomodo para sus tanteos. En estas matinés, la picardía está en la sala, donde infinidad de manos se deslizan entre los resquicios de las butacas, intentando jugarle cabeza a las chaperonas. Escarceos donde lo más frecuente son los amagos inconclusos. Entre semana, con la corbata escolar en el bolsillo para disimular el uniforme –esa ilusión me hago–, viajo al centro de La Habana y allí me cuelo en cines vetustos, algunos de glorioso pasado teatral, con palcos de remates dorados que aún relucen durante la proyección; antros, en comparación con las salitas de barrio del cine americano. Escondites de placer, como las cuevas de las sirenas.*

*En ellos es al contrario: la selección de la película lo es todo. Acertar a descubrir cuál tendrá escenas con tetas –por aquella época, el mayor atrevimiento; tendrán que llegar los sesentas para enterarnos de qué el cine es capaz– se vuelve una lotería semanal. De no haber prueba anticipada, como con Carolina, cada viaje a la taquilla supone una apuesta. A menudo la pierdo, desorientado por pistas falsas.*

*No son pocas; engañosas como las charadas. Títulos imposibles de repetir en familia, avances en que la escena se interrumpe cuando el corpiño se afloja, actrices cuya fama va pareja con su disposición a quitarse la ropa, son señuelos mentirosos muchas veces, me llevan a sumar desaciertos. Puede estar Con el diablo en el cuerpo, pero Micheline Presle, ante nosotros, no enseña nada; podrá ser La mujer que inventó el amor, pero Silvana Pampanini sólo deja ver, bajo las gasas de su bata de dormir, el perfil de su teta a contraluz, que aunque suntuosa, no es lo mismo; en Los siete pecados capitales, aparece apenas al final, consuelo del sediento, la teta –nada desdeñable; pero ese título, sus anuncios, prometían más– de una modelo. Los incontables abrazos que muestran los avances de La Ronda también terminan ahí en la película; en eso consis-*

te, justamente, su gracia: hasta de nosotros ocultan, los protagonistas, sus malos pasos.

*En medio de tanta engañosa celada, sigo a una actriz con devota fidelidad: Françoise Arnoul. Con ella se va casi siempre al seguro. Sus películas no son de sacristía: si no es la propia Françoise, siempre alguna figurante es sorprendida sin la blusa puesta. Sus títulos la acompañan: Compañeras de la noche, El lecho, Las Clandestinas. En una película, no recuerdo ya si aquélla en que la protagonista tiene rabia en el cuerpo o fuego en la piel, alcanza su instante cumbre, el momento de mayor gloria de una carrera nada desdeñable —la llevó a bailar el French Can-Can con Jean Renoir; tuvo su canto de cisne, como adúltera mujer madura, con él, en su Pequeño Teatro—: parece estar entre nosotros, entre el público, en el calor mal ventilado de esta vieja sala con el ilusionado nombre de Majestic, cuando, sofocada en la noche de su tropical casucha, se enjuga el sudor: en vez de con un pañuelo, lo hace con la blusa, o una toalla, un trapo grande cualquiera: no se seca sólo la frente; en medio del apasionado vaho de su cuarto, seca los chorros de sudor que le resbalan por el pecho, que le empapan las tetas.*

(Del relato *Las Tetas Europeas*)

## La larga mano

---

Después de mucho aprovechar las salas de edición y equipos de sonido gubernamentales que nos ayudan a terminar algunas de nuestras películas, a punto estamos mi mujer y yo de que nos prohíban la entrada a las instalaciones.

El inesperado cancerbero es una muchacha chinoamericana, nunca sabré si de China, Taiwán, Hong Kong, o los mismos Estados Unidos, San Francisco, Nueva York. En todo caso el inglés es su idioma, lo habla sin sombra de acento. Administra los recursos del centro y con saltarina alegría sin matices revolotea por las salas, saludando y preguntando. Altera su rostro por primera vez el día que en una de sus charlas con nosotros se entera de que somos cubanos exilados. Matiza su semblante con una nube de curiosidad que re-

laja su sonrisa y hace saltar sus pupilas. A partir de ahí se lanza a averiguar, nada discreta, lo contrario de la prudencia con que proverbios y películas de Hollywood presentan a los chinos. Al tanto de esa primera noción de quiénes somos, nos responde desplegando sus entusiastas simpatías por unas ideas de izquierda que hasta ahora había dejado ver muy por encima y que ahora presenta nada abstractas ni imprecisas. Acaba expresándose con extrañeza de nosotros, quiénes somos y qué hacemos allí, la latente insinuación de que siendo cubanos exilados no tendríamos por qué aprovechar unos beneficios pensados para aficionados sin recursos. Sin decírnoslo, está claro: siendo cubanos exilados somos parte de la élite privilegiada y explotadora que la revolución erradicó, con todos los prólogos y apéndices que habrá escuchado a estas historias.

La situación, a partir de ese día una leve tirantez sin consecuencias, se pone pesada la tarde en que, después de no verla una semana, se nos presenta feliz como siempre para contarnos que estuvo en California o algún lugar de por ahí, en un festival de cine. Nos deja esperando unos segundos la previsible continuación de su cuento y efectista nos dispara que allá conoció a Santiago Álvarez, dejando una segunda pausa dramática después de la nueva noticia. Nos habla de alguien que conocemos mucho mejor que ella: el director en permanencia del noticiero cinematográfico oficial de Cuba, famoso por su defensa a ultranza, no sólo del sistema cubano sino del comunismo y el antiimperialismo a nivel global. Con mordacidad tan expresiva como la de las histriónicas del cine mudo nos relata la muchacha que le preguntó a Santiago por nosotros y, nos dice, él le contestó que nos conocía, aunque después de este reconocimiento le acotó que nos habíamos ido de Cuba por no ser revolucionarios. Sería perder el tiempo ripostarle su cuento con el mío: a la hora de lanzar su Noticiero Latinoamericano fue a mí a quien Santiago escogió para confiar el montaje, o edición, como se dice allá —privilegio del que a estas alturas me resulta algo chocante presumir—, ni que en ese puesto pasé bastantes meses, hasta irme, contra sus deseos, a dedicarme a cosas mías, y porque —esto me lo callé— cada vez tragaba menos su manera de hacer, entregado a las ideas que profesaba a expensas de todo lo demás, lo mismo conceptos distintos del cine que las ideas de los demás.

Terminado su relato, asume la mujer un tonito superior y nos pregunta cuántas sesiones más pensamos utilizar el cuarto de edición, hay gente esperando. Una sola respuesta tenemos: las que tenemos asignadas. Va a ser difícil, nos dice. Hay gente esperando, recalca como ante una necesidad sin discusión. Volviendo las apariencias del revés, soy yo quien al momento viste el papel del astuto, prudente, y certero detective chino Charlie Chan, o Chan Li-po, avatar cubano de aquél en la radio cubana de los años cuarenta. A partir de alusiones e indirectas, entre rodeos e insinuaciones, frases sin concretar, voy dejando saber a la muchacha, con palabras mucho más divagantes e imprecisas que las que a continuación recojo, mi decisión de, si se nos hace necesario, ir a sus jefes para contarles de su ilegal ultimátum, y de paso, como quien refiere apéndices amables, también de nuestras conversaciones sobre Cuba y sus amistades para nosotros peligrosas. No tarda ella en reaccionar. Como si nos hubiese anticipado amedrentados, cediendo acobardados a su mandato sin un pero, da una marcha atrás inmediata y sin matices. La sonrisa se le apaga, dócil responde que, bueno, que sigamos, que por favor acabemos lo más pronto posible, sin siquiera repetirnos que hay gente esperando. Se va de la sala de edición y aunque la vemos otras veces por allí nunca más vuelve a conversarnos.

## The end

---

En lo que al cine se refiere, se me acaba cuando me voy de Nueva York: no sólo estas oficiales salas de edición gratuitas a las que tan injustamente se nos quiso cerrar el paso sino laboratorio profesional con precios para aficionados o película virgen sobrante vendida a precios de saldo; facilidades pródigas allí, con las que cineastas de todas las aspiraciones han desarrollado en esa ciudad un cine personal que resurge en periódicos espasmos creativos. Me marché a Miami, donde no sólo esas estructuras son inexistentes sino donde la ostensible pobreza de recursos de las películas independientes es mirada por encima del hombro con escasas excepciones. Incluso por gente

de cine, que la ve como inequívoca demostración de ineptitud. Se desconoce esa manera de hacer, no se entiende que exista, que haya quien la practique. El cine de verdad debe ser espectacular, vistoso como las playas y los hoteles, reluciente como las arenas y el mar respunteado de yates, como las avenidas con sus hileras de palmas y sus desfiles de autos a los que el sol extrae el año entero resplandores. Ese Hollywood Atlántico al que a recurrentes boqueadas y con sus correspondientes fracasos la ciudad siempre ha aspirado. Por eso y sin perder tiempo en quijotismos, poco a poco me voy centrando en escribir.

*Supé en los años 70 de un director norteamericano de cine independiente, Harry Smith, que jamás hacía copias de sus películas (películas breves experimentales). Una vez terminadas, las proyectaba, y cuando estas películas suyas se iban rompiendo inevitablemente en sucesivas proyecciones, las volvía a empatar, aunque descartando los pedazos rotos. Surgían así nuevas versiones de la misma obra, que se iba empequeñeciendo hasta quedar reducida a un simple fragmento, una imagen única. (Con el tiempo, sus películas fueron recogidas, copiadas, e incluso pasadas a vídeo y recopiladas en bibliotecas. Quedó así salvada su obra y trunca su filosofía.)*

*Esta manera de ver la labor propia, junto con el deseo de, no obstante, hacerla, de contemplar así su permanencia y su sentido, me entusiasmaron: como Harry Smith, yo también hacía por entonces cine independiente, pero a diferencia de él, el número de proyecciones que lograban mis películas era tan escaso que ni siquiera alcanzaban la oportunidad de romperse. De todos modos, su actitud me animó a seguir, a verle sentido al vacío en que hacía mis cosas y a no considerarme loco por seguir haciéndolas con entusiasmo, y continuaba bien presente en mi conciencia cuando, trasladado de Nueva York, donde había sabido de Harry Smith, a Miami, donde no encontré a nadie que supiera de él, y donde seguir haciendo cine independiente hubiese sido una verdadera tarea de locos, decidí dedicarme sobre todo a escribir. (Siempre he escrito, escribí antes de hacer cine, pero, aparte de piezas cortas, no había publicado ningún libro.) Me fui de Miami en el 2000 y junto con los novecientos atrás dejé cinco libros publicados y relativamente conocidos con doble subrayado en el relativamente. O sea que, como saben tantos que escriben y publican en Miami y lo hicieron antes o al mismo tiempo*

*que yo, a pesar de los enormes vacíos que se perciben en torno, escribir y publicar en esa ciudad no es tarea imposible ni descabellada. Aunque, para realizarla con cordura y medir bien sus resultados sí debe presidirla una actitud de amor e intrascendencia como la que condujo a Harry Smith por los senderos de su volátil e insustituible cine.*

(De «Escrito en un cuento famélico», en *Encuentro de la Cultura Cubana*, No. 40)

## Visiones tropicales

---

Para cuando me mudo a Miami, final de los setentas, hace rato que el exilio cubano ha dejado de existir como gueto inmigrante. La mejor prueba: clases sociales bien marcadas. Los cubanos tienen su aristocracia económica y política en urbanizaciones de privilegiada elegancia, barrios de clases media y obrera, una Pequeña Habana remedo de la de verdad, que vista desde fuera como una especie de gueto propio más se distingue como orgulloso primer enclave colonial, preservado con celo histórico. Ahí es a donde me mudo. Pese a su atmósfera sobre todo matinal de adormecido pueblito de campo es lo que en Miami más se aproxima a mi visión de una ciudad, así sea pequeña y entrecortada con mil rasgos rurales: cantíos madrugadores de los gallos, cautelosos pasos de grullas posadas en las islas de césped a la entrada de las autopistas para desde allí observar el tráfico, zarigüeyas aparecidas ante los faros de los autos cruzando displicentes la calle a medianoche. Éste se vuelve mi barrio y de él saldrán escenas de las *Crónicas del Mariel*, las incidencias de *El Acento Chino*, o esos párrafos serenos donde desde los ventanales de una consulta médica describe el paisaje de La Pequeña Habana el protagonista de *Las Criaditas*, a la vez que da vueltas a la sorpresa de haberse encontrado allí con una vieja amistad.

*En mis paseos por el pasillo para matar la espera –veo que es larga– me detengo ante una de las puertas de las consultas abiertas; en ese momento, vacía. Puedo mirar hacia la calle por su ventanal; observar, sin necesidad de acercarme, el paisaje de esa parte de Miami: desde lo alto, se ven*

*muchos más árboles de los que, al revés, se extrañan al padecer el agobio, a veces desértico, de aceras desguarnecidas que no invitan a andar. Cuadras de árboles podados hasta el tronco o derribados; aunque menos embates han sufrido del viento que de los vecinos: impacientes con tanta hoja caída sobre sus patios o sus autos y ayudados en el continuo desmoche por obreros que protegen cables o tuberías municipales de la irrupción de ramas y raíces, entre todos dejan a su paso sudorosos mares de asfalto.*

*Como si desde lo alto la ciudad fuese otra, desde aquí noto en cambio un mar de verdor: los traspatios estarán cargados de árboles. La vista, desde el rincón residencial donde este hotel prosperó hace décadas —quebró cuando la expansión inmigrante alejó de esta zona a los turistas—, da la impresión contraria: Miami parece un bosque, con casitas metidas bajo las copas de los árboles, cobijadas por el ramaje. Sólo a lo lejos, contra un cielo de borrascas inclementes —llevan la mañana arremolinándose y dispersándose, batidas por ráfagas que son casi vendavales, sin llegar a descargar—, se ven racimos de rascacielos: aunque a distancia, basta verlos para darse cuenta de que allí la invasión del cemento es total, con fachadas que caen a pico, huyéndole al soportal. Se le teme: puede ser refugio, entre sus columnas, de delincuentes al acecho. En contraste, esta zona humilde —cada vez más; el barrio envejece, la madera de muchas casas se despinta, la pintura se descascara— resulta, vista desde estas ventanas del sexto piso —con la confianza, me meto en la consulta y me pongo a mirar como si estuviese en mi casa—, un frondoso oasis.*

*Conozco de sobra, aunque sea a ras de tierra, esas calles. Me viene de ellas ahora, sin embargo, un aire de rareza. Al fin entiendo qué: Gloria, su presencia. La ciudad y ella son dos cosas que hasta hace un rato no imaginaba juntas. Su aparición me desconcierta, aunque sea tonto llamarla inesperada: somos cientos de miles por el estilo, que dejamos nuestra tierra y nos hemos reunido de nuevo aquí. Pero me es difícil ajustarme a ese empujón hacia atrás que he sentido al verla. Es cosa mía: nunca me ha parecido ajeno ningún nuevo lugar, por sorpresivo que sea, diferente a mis previsiones. Llego a sitios distintos y los hago míos, sin transición; parte de mi viaje. Algo tan sencillo como atreverme, de niño, a caminar una cuadra más allá de lo*



*prescrito: un mundo propio, al alcance de la mano. Viajo y me siento como el príncipe que recorre y va descubriendo sus vastos dominios. El tiempo, en cambio, me separa de las cosas, las vuelve otras; no sólo las emborrona sino las falsea y las rehace; con cada día que pasa, como si el sueño de una noche abriese grietas mucho más profundas que recorrer un continente. No debía de sorprenderme encontrar a Gloria aquí; sigo sin embargo aturdido por su aparición. Es evidente: en mi conciencia, ella habitaba ya espacios tan remotos como los tiempos en que la conocí. No la ubico del todo todavía en esta ciudad que contemplo allá abajo.*

(Del relato «Las Criaditas», en *Las Tetas Europeas*)

## El cementerio de los elefantes

---

Encuentros como los de este hombre con su Gloria de antaño ocurren a muchos de los que por esa época nos mudamos a Miami, que en veinte años de recibir exilados su prosperidad ha convertido en imán para no pocos de los que, como yo, en un principio decidimos irnos a otra parte o no nos trajo aquí el destino. Escucho llamar a la ciudad el cementerio de los elefantes; todos estamos viniendo aquí de los cuatro puntos cardinales a morir. Así, los emigrados retornados al redil no podemos dejar de notar cómo este regreso nos vuelve de cabeza desde nuestras preocupaciones diarias hasta los temas de conversación. Con 15 años ajeno al acontecer cotidiano de la isla a causa de la geografía y el tiempo, en este intervalo me llegaban de ella sólo noticias salientes y sucintas. Y aunque muchas de mis amistades dondequiera han sido cubanas, habiendo vivido lejos como yo les ha pasado lo que a mí. A partir de ahora tendré que habituarme: dos amigos podrán pasarse media tarde discutiendo ante una mesa si es verdad eso que han oído de que ha sido vendida a Bulgaria la Fuente Luminosa donde comienza la Quinta Avenida de Miramar.

## Escritor tardío

---

Habituado a los rumores descabellados, me llega uno que recibo como el más absurdo, para colmo referido a mí: un cuento mío ha sido publicado por *La Gaceta de Cuba*. Ni dos minutos concedo a reflexionar el caso. Al que me viene con el chisme se lo refuto: no he enviado ningún cuento a la UNEAC, nadie de allá me ha pedido ninguno. La posibilidad más lógica: no poseo la patente de mi nombre, en los años cincuenta conocí a otro Fernando Villaverde, y deduzco que haya más. Éste manejaba un quiosco de venta de billetes de lotería en la calle Zulueta. ¿Quién dice que el Fernando Villaverde publicado por *La Gaceta*, si es que hay uno, no sea su homónimo hijo? A los pocos días y desde España me llega la misma historia: han publicado un cuento tuyo en *La Gaceta*. La novedad de este segundo aviso es que me anuncia la prueba: me envían por correo la revista.

El rumor era cierto. En su número 2/94, el órgano oficial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba incluye una muestra de cuentos de cuatro autores exilados, entre ellos yo, recopilación que atribuyo al escritor Ambrosio Fornet, pues de él es la nota introductoria. No sé si a los demás escogidos —hago excepción de Lourdes Casal, fallecida más de diez años antes—, se les pidió permiso antes de publicarlos. A mí no, pero aparte saber la despreocupación con que se manejan allí las normas más elementales y entender vano disgustarme, no me molesto, me alegro. No por el reconocimiento oficial sino por la oportunidad de que *Los Viejos de la Luna* se lea en Cuba y sea apreciado por algunos. Acoto aquí parte de las líneas introductorias de Fornet —sin su permiso—, y lo hago entre comillas, no vaya a ser que me las atribuyan si las pongo en cursiva.

“Después de su tardío debut como escritor (*Crónicas del Mariel*, 1992), Fernando Villaverde (La Habana, 1938) parece haber descubierto su propio universo narrativo en *Los labios pintados de Diderot y otros viajes algo imaginarios* (1993) del que también, por razones de espacio, me abstuve de elegir para esta muestra el relato que da título al libro.”

Lo de escritor tardío me gusta, es una de esas caracterizaciones que pueden servir de membrete.

## El arte por el arte

---

Razones de espacio parecen perseguirme a la hora de las recopilaciones. Años después del rapto de *La Gaceta* me llama Carlos Espinosa Domínguez para decirme que está trabajando en una antología del Cuento Cubano del Siglo XX para el Fondo de Cultura Económica de México. No es la primera vez que Espinosa me solicita algo para uno de sus libros. Me tiene en cuenta, mantenemos una amistad, nacida personal y ahora electrónica. La compilación a que alude tiene en cuenta a escritores de Cuba y del exilio y la está realizando conjuntamente con Jorge Fonet —ahora es Fonet hijo— como contraparte isleña. Decido enviarle «El Caso de la Novia Australiana», del Diderot. Acusa recibo enseguida y quedo esperando.

Pasado un tiempo me llama con urgencia para explicarme que a punto de salir la antología, mi cuento ha sido sustituido por otro del mismo libro, más corto, «En Boston, impresiones del Oriente». El que les presenté quedaba muy largo, la antología se pasaba de medida. No tengo objeción. No me desdigo de ninguno de mis trabajos. Cuando me llega el volumen constato que mi cuento de la *Novia* era efectivamente más largo que la mayoría. El libro me trae además una curiosidad. En su prólogo, Fonet hijo destaca la preocupación social, política e histórica que directa o indirectamente, enfocada de mil maneras, caracteriza según él como rasgo saliente y trascendente los relatos recogidos. Nada raro que en consecuencia sea a mí el único, —o casi el único, no me voy a poner a revisar el texto con lupa—, de los antologados que no menciona en su prólogo. No es para menos, mi cuento no encaja en su tesis. Transcurre en la calma de un museo y su protagonista se deleita ante la perfección de estatuas de Budas y biombos japoneses, se extasía en la evocación de un jardín zen. Con esa exclusión y para quien caiga en ello, quedo como una especie de adalid del arte por el arte, un quintacolumnista ideológico colado en la antología, imposible de excluir.

No es posible dejar dos veces a la novia esperando al pie del altar pero no sólo por eso la presento aquí de pies a cabeza. Cuando me vi forzado a releer hace poco *Diderot*, este cuento fue el único que en algunos momentos me resultó a mí mismo un enigma. No es que no lo entendiese, lo que me sucedía

era no entender la ligazón mental mía entre incidentes sucesivos, las razones que me habían llevado a empalmarlos, cómo o por qué había pasado de uno a otro al irlos escribiendo, qué trasfondo me guiaba. Al final está clara la trama pero por el camino me deja la intriga de zonas inexplicables y oscuras, también imprescindibles.

## El caso de la novia australiana

---

### 1

Hace tiempo leí, no en uno de los relatos de Sherlock Holmes sino en un ensayo donde, como aquí, se le citaba, el célebre episodio en el que el detective desconcierta a Watson al demostrarle, leyéndole literalmente el pensamiento, el pleno alcance de sus poderes deductivos.

La escena, para quienes no la conocen, es más o menos así: Holmes y Watson pasean y conversan después de una cena; se produce en su charla un bache natural, un largo silencio, mientras los dos prosiguen absortos su caminata. Al cabo, Holmes lo rompe con una frase que, por sí sola, carece de sentido, pues supone una anterior de Watson.

Éste queda estupefacto, no ante el *non sequitur* sino porque Holmes ha acertado; él, efectivamente, pensaba en ese preciso momento, sin haberlo mencionado, en el asunto al que su compañero se ha referido con el imprevisto comentario. ¿Cómo es posible? ¿Eres adivino, Holmes?, se pregunta o pregunta el doctor.

El detective, con esa despreocupada altivez que lo caracteriza y que, de no ser por la compañía y el buen humor de Watson resultaría muchas veces de una insoportable pedantería a la inglesa, explica a su amigo, con exacto razonamiento, cómo nada de mágico ni de vidente hubo en su aparente adivinación. Cómo ésta se basó, puramente, en sus bien terrenales poderes lógicos.

**Recuerdo el episodio, su valor. No tengo idea ni del hecho discutido ni del diálogo. Da lo mismo; pudieron ser así: En su caminata, el detective y su amigo escuchan ladrar a un perro y la última frase de su conversación es un comentario banal de Watson sobre el animal. Holmes observa cómo, tras esa rutinaria observación del doctor de que el perro le ladra a las estrellas, los ojos de Watson se vuelven al firmamento, muy despejado esa noche; quizás busca identificar algunas constelaciones boreales. Nada de sorprendente tiene este afán; pocos días antes, los dos amigos pasaron más de una hora contemplando las australes, no en el cielo sino en el mapa celeste colgado tras el conferencista al que escucharon disertar sobre las más recientes observaciones del universo, hechas en la provechosa soledad de Australia. ¿Qué duda puede caberle a Holmes? Los pensamientos de Watson tienen, a la fuerza, que haberse dirigido a la noticia del día: la mujer australiana cuyo marido ha desaparecido a los pocos instantes de desembarcar el matrimonio en tierra inglesa. Al parecer, la mujer no ha dudado del cónyuge; no teme haber sido abandonada por su marido, seguridad que recalca una llamativa frase suya que los periódicos han hecho pública: “No se llevó nada, ni un maletín. Toda nuestra fortuna está segura conmigo”. Con su intempestiva referencia a unas riquezas, estas palabras de la mujer pueden verse como un aviso, un anzuelo lanzado a posibles secuestradores. Hace ostentación de su holgada posición económica y con ello alienta a los raptores, si los hay, a pedirle un rescate. ¿Qué otro propósito podría perseguir su imprudente declaración? Es a esta convicción, a esta idea de Watson, formulada sólo en el cerebro de éste, a la que responde Holmes, como un vidente: “Y si no sabían de esas riquezas, ¿por qué el secuestro?”**

**Siguiendo el procedimiento habitual de Conan Doyle, asombro de Watson y explicación, en dos partes, de Holmes. La primera, la más deseada: cómo le fue posible seguir, paso a paso, los pensamientos de su amigo. La segunda: si la pareja desembarcó**

después de pasar largo tiempo, quizás la vida entera, en Australia, sólo otros pasajeros del barco o viejas amistades inglesas podrían estar al tanto de que esos dos viajeros cuentan con una fortuna excepcional, invitación al secuestro por rescate. Concluye Holmes, acaparando la boquiabierta atención de Watson: O la referencia pública de la mujer a su fortuna fue a propósito, un indicio a los malhechores, no de que tiene dinero sino de su disposición a cederlo —lo cual, señala Holmes, daría parcialmente la razón a la inconclusa deducción de su amigo—, o el móvil del hecho ha sido otro, distinta la trama.

Este episodio, de tan comentado, se ha vuelto uno de los estereotipos de Holmes; siempre se cita para destacar el arma lógica, la posibilidad de servirse de ella para rastrear los pensamientos de otro. En cuanto a mí, me impresionó y lo recuerdo por otro motivo, más inocente y simple pero que me resulta más atrayente: la posibilidad, insinuada aquí en la estrecha relación Watson-Holmes, de que dos personas alcancen una comunión de ideas tan perfecta como para que sus pensamientos recorran iguales caminos o para que uno de ellos, sin necesidad de palabras, sepa qué rutas siguen los del otro. Esa situación tantas veces representada, banal o hermosamente, por la literatura y el arte amorosos, del diálogo mudo entre los amantes.

## 2

Después de tanto tiempo de venirme a veces a la memoria este episodio de la espuria adivinación de Holmes —nada especial, uno de esos recuerdos intermitentes que reaparecen con intervalos de años—, no esperaba coprotagonizar una cadena de pensamientos parecida. Aclaro, para disipar excesivas esperanzas: ni de lejos tan espectacular como lo narrado por Conan Doyle, aunque sí curiosa, y hasta pudiera decir conmovedora, sin miedo a caer en la cursilería. Lo fue; tan personal la siento que dudo en saber comunicarla. Comienza así:

Hemos ido, mi mujer y yo, a un concierto. Es una ocasión excepcional. Es, al fin, Maria Bethania. La escuché por primera vez diez años antes, cuando por consejo de un amigo chileno que vivía en Nueva York, compré un disco suyo. Con ella me pasó lo que otras veces, con un estilo musical, una escuela de escritores, los edificios de una ciudad: el primer encuentro resulta decisivo; lo escuchado, leído o visto por primera vez permanece como lo imborrable y más querido. Por mucho que he escuchado después a cantantes brasileños de su misma hornada ninguno me ha impresionado como ella, ninguno me ha hablado de manera tan personal. Y al enterarme, al regreso de un viaje, de que Maria Bethania se presentaría en Miami, corro a comprar entradas.

### 3

Mi mujer narra a unos amigos, con tono y palabras de añoranza que no sé repetir, nuestra partida de Cuba. Esta explosión sentimental me resulta rara en ella, siempre desdeñosa de la nostalgia; cuando la observa en otros, la critica en privado, considerándola síntoma de vejez. Quien padece la nostalgia, acostumbra decir, es como si no tuviese futuro. Pero episodios como éste evidencian que alguna siente y que, en todo caso, la quiere mantener a raya.

Este afán de estar en guardia ha recrudecido en Miami, donde cercanía, parecido, tradición, mencionadas a diario como verdades, son puras ficciones: en esta ciudad sin pasado, hecha de urbanizaciones y autopistas, el pretendido parecido con Cuba del cual tantos hablan, machacándolo con sospechoso orgullo, se logra sólo por vía de lo externo: la presencia de una fruta, el reproducido nombre de un comercio, la afición a una prenda de vestir. El deseo de unos cuantos de conservar costumbres se estrella contra un rumbo cotidiano que lo impide o, con más frecuencia, lo vuelve ridículo. Como si entre lo actual y lo recordado mediara un siglo o como si lo que se desea preservar viniese de una sociedad teatral, caduca, defectuosa. Tradiciones vistas como huella de un vergon-



zoso atraso, cosas de aborigen. Entre cubanos que viven en otros lugares, la nostalgia es algo menos frecuente, cosa más bien anecdótica; aquí se vuelve necesaria al ánimo, una especie de reacción inevitable al espejismo.

Con dejadez de sobremesa, mi mujer relata nuestra contemplación, desde el barco en que zarpamos, de las luces de La Habana a medida que desaparecían. Se ha referido antes a este momento con melancolía, hasta tristeza. Por primera vez en veinticinco años, el desajuste de nuestra engañosa proximidad parece surtir efecto: la escucho hablar de esa partida con lo que interpreto como dolor. Trasluce, sin embargo, un rasgo peculiar. No se sabe qué pesar es mayor, si haber dejado la isla o el que los acontecimientos, más fuertes que su voluntad, se lo hayan vuelto inevitable. Más aún: que esos indoblegables acontecimientos la hayan traído a la costa de enfrente.

No obstante el vigor de la demorada mirada atrás, su memoria la traiciona, estoy seguro. Cuenta pausadamente a varios amigos cómo vimos desvanecerse las luces costeras desde la cubierta de proa, y recuerda justamente cómo por poco nos deja sordos la sirena, que no habíamos notado a nuestro lado, tocada por el barco al enfilarse la boca del puerto. No fue exactamente así. Subimos a proa al dejar el barco el muelle y desde esa cubierta presenciamos la salida de la bahía de La Habana, siguiendo la Avenida del Puerto, paralela a nosotros, el paso de la gente por ella, y dando vistazos a las calles transversales. Desde allí nos despedimos con insistencia de una pareja de pie junto al muro del Malecón, acodada en él hacia nosotros, que en aquel momento identificamos con parientes, sin llegar a saber nunca si eran quienes pensábamos u otra pareja cualquiera que, a juzgar por el entusiasmo de su despedida, quiere verse en nuestro lugar y, sintiéndose un poco nosotros, nos desea buena suerte para siempre.

Pronto nos damos dos sustos sucesivos: el primero, el cañonazo, la salva disparada todas las noches a las nueve desde la fortale-

za española, cárcel de siglos, para que la ciudad ponga sus relojes en hora. Una tradición conservada a pesar de los cambios. El segundo susto nos convence de bajar a nuestro camarote: el bocinazo tocado por el barco al dejar la bahía y adentrarse en la oscuridad de la alta mar. Cuando la sirena se calla, nos destapamos los oídos y dejamos la cubierta aturridos. Es entonces, por un ojo de buey del camarote, y no desde arriba, desde donde observamos, calculo que durante una hora, sin quitar los ojos de la costa y compartiendo apretujados esa abertura, cómo las luces de La Habana se alejan hasta quedar, primero como estrellas suspendidas sobre el mar, luego como un brillo remoto, como si la Luna estuviese al salir por el horizonte, hasta que incluso este fulgor se apaga y el mar queda a oscuras, sin referencias, océano ya.

Por eso me resulta rara la confusión de mi mujer. Si esta impresión hubiese sido desde cubierta, sería distinta, sin duda menos triste; al aire libre se sentía la amplitud del mundo. Dentro del camarote, la despedida es como ver desaparecer nuestro pasado en el fondo de un catalejo.

## 4

Recorro una colección de fotos de La Habana en 1933, hechas por Walker Evans. No sólo las miro sino las observo, las escudriño con una lupa, buscando signos escondidos: el letrero de mampostería empotrado sobre el muro de una esquina, donde se indica que la calle es Padre Varela –para mí siempre Belascoáin, su nombre sumpongo que colonial–, la planchadora vuelta de espaldas en la penumbra de un interior. Cuando Evans tomó las fotos faltaban cinco años para que yo naciera y sin embargo, identifico ambientes, modales, que conocí; cinco, diez, quince años, no lograron cambiarlos. Luego, con mi adolescencia, desaparecieron. Veo La Habana de mi infancia, su incubación; su vida indigente, pobre o desahogada, con sólo atisbos distanciados de riqueza. Esa ciudad fue en la que me crié; soportales de gigantescas cuarterías por los que

deambulé, siendo poco más que un niño, sin temor alguno. Ahora, con los ojos de esta época, les descubro rasgos sórdidos que entonces nunca vi. Entonces eran sólo lugares pobres, gente pobre. En una de las fotos, Evans sale de las calles habaneras y muestra un montón de nasas de pescadores tiradas unas sobre otras. El pie de grabado, en inglés, traduce al español, entre paréntesis, viveros, pero para mí esta palabra indica otra cosa, lugar de cría. Lo que veo son esas cajas hechas de tablas separadas entre sí, trampas de pescado o cajas para su venta, que aprendí a llamar nasas, quizás mal. Se amontonan junto a la costa; lo sé, aunque no se ve el mar, y es que por encima de ellas, allá lejos, asoman los palos de un barco de vela. Puede ser un yate o un camaronero. Sin embargo, del fondo de mí sale la palabra mía de entonces: goleta. La dejé de usar hace por lo menos treinta años; es una palabra de mi infancia, del tiempo en que en La Habana abundaban las goletas. Y ahora, al ver esta foto del 33, esa palabra vuelve a mí, insustituible, en lugar de los sinónimos o variantes que llevo tanto tiempo usando en su lugar. Esa palabra trae las naranjas ya comidas y tiradas a la bahía que se acumulaban con la suciedad en sus orillas, las lanchitas que cruzaban el puerto y que ningún parque de diversiones pudo jamás igualar, el escándalo de las callejuelas vecinas al puerto. Para mí, goleta designa a la vez un objeto y una época.

## 5

El concierto de Maria Bethania dura menos que la espera antes del concierto; poco más de una hora, aquél, frente a casi hora y media, ésta. Problemas técnicos, pretextan. Entre el público, ansioso siempre de dar color subido a sus divas, circulan otros rumores: está borracha, o peor. Muchos la imaginan –se nota en los cuchicheos– ebria a todo trapo, protagonizando una gran escena de camerino. O si no, furiosa, como corresponde a una estrella; encolerizada con algo no hecho a su gusto y negada a presentarse hasta no corregirse la situación a su antojo. Al fin sale a escena: su

controlado dinamismo parece desmentir las especulaciones. En todo caso, éstas dejan de importar al desencadenarse su voz, su música, que durará, continua, hasta el final del espectáculo, sin siquiera una pausa para los aplausos, una descarga sostenida incluso durante sus dos rápidas salidas para cambiarse de ropa y variar su color escénico, momentos en que la banda queda sola tocando. Las canciones se suceden, una melodía se entrelaza con la siguiente: los músicos flocean el final de una para buscar con sus cadencias el tono a la que viene, como si Maria Bethania cantase una larga canción única con muchas variaciones, con múltiples temas, incesante. No sé si esta prisa se debe al retraso de hoy o si ella siempre canta así; en todo caso, su estilo, su persona, se ajustan a esta música que no para. No importa que por momentos sea su canción rítmica, cortante, y en otros melódica, dulce; cuando se entenece, su susurro es duro, agitado, sin ceder jamás en su palpable afán por vencer la brecha del escenario, por sacar su voz y su presencia afuera, al medio del público, por echarnos a todos la música encima.

## 6

No olvido la voz, en escena, de la emperatriz: un hilito atiplado, tan endeble como su figura, sexagenaria por lo menos. Una reina de opereta incapaz de moverse, de bailar, de coquetear. Se limita a cantar, inmóvil y encogida, ante el micrófono que la vuelve audible. Así y todo, el espectáculo me resulta emocionante, como un viaje en el tiempo, a la época de esos abuelos que me han llevado a verlo. Como si en vez de a un teatro contemporáneo con una viejita desafinada y rígida me hubiesen llevado de paseo a sus mejores años de fin de siglo, a un espectáculo vienés en ese Montecarlo que, como varias veces me contaron con menos detalle del que desearía, visitaron cuando su ruleta estaba rodeada de príncipes.

La representación tiene una importante segunda figura: un hombre de levita y pelo muy negro, de ánimo entusiasta y rostro

colorado por el mucho maquillaje. Pudiera ser un hijo de la emperatriz pero es su esposo, su príncipe consorte. Es además su empresario, quien la guía por esta gira a que la recuerden sus públicos, a que la aplaudan y, disfrutándola en escena, a que ambos, diva y público, se sientan de nuevo jóvenes. Repitiendo sus papeles de hace treinta años, en el escenario y las lunetas, crean entre todos un sortilegio que, por lo menos mientras dura el espectáculo, les devuelve la juventud.

Meses después llega la noticia. Como todo lo inesperado, incomprensible de entrada; es necesario escucharla y razonarla dos veces de punta a cabo para lograr asimilarla. El empresario, el galán que atesoraba a la excelsa cantante y había preferido la exquisitez de su artística vejez al goce de otra juventud, planeaba matar a su emperatriz, subiéndola a un avión en el que de antemano había hecho colocar una bomba, con el plan de cobrar el fabuloso seguro de la artista. Contrastantes, las reacciones que escucho, con la mía. Los mayores, en sus conversaciones, no paran de hablar del frustrado criminal. Lo califican de la peor manera, repiten y repiten cómo les resulta imposible explicarse semejante conducta. Vuelven reiteradamente sobre una frase que me desconcierta: no entienden, y veo que lo dicen con sinceridad, cómo esa persona a la que vieron deslumbrante de orgullo junto a su reina puede haber sido tan hipócrita. Me hacen sentir hipócrita pues yo sí lo comprendo, me parece posible. Más allá de este detalle, nos separa una diferencia mayor: en el hombre, ya preso, según las noticias —cuánto habrá cambiado, pienso, sin su traje de etiqueta ni su maquillaje; con un uniforme de preso en una sucia celda mexicana, entre criminales— no es en quien más pienso cuando leo sobre este hecho o lo recuerdo. Ella es la imagen siempre presente. No en su gloria final, como la vi, sino ahora. El mundo se le ha venido abajo; el adorador que la sacó de su retiro para pasearla en triunfo, la engañaba, se burlaba de ella y de sus nostalgias. Forzoso es que considere engaño también el resto de lo sucedido en los últimos

meses: la gira, la vuelta a escena, su actuación, la adoración del público. Todo esto tiene que estar en entredicho; se ha vuelto parte del plan, de la farsa concebida por quien únicamente pensaba en matarla y heredarla. Ni ella es ya capaz de cantar, ni el público fue a verla más que por misericordia, o por museo, o porque son viejos tan acabados como ella. Así la imagino: encogida como una viejita más, en un rincón de su casa, pensando en esa última pieza teatral en la que representó un papel distinto al que creía. Liquidada su gloria, deshecha su vida por un acontecimiento final que contamina a todos los anteriores y da ahora a su carrera un aire de fantasía lúgubre. Me aseguraron entonces o poco después que esta visión de la envejecida cupletera y el ogro empresario era pura ingenuidad infantil; la viejecita, aunque víctima, y el malhechor, aunque sinvergüenza, tenían su buena dosis de tal para cual. Acepté, por más experimentada, esta versión, pero no pude descartar del todo la otra, esa imagen de melodrama tan adecuada a una emperatriz de opereta. Sospecho que fue un acierto involuntario y que en esa ambivalencia esté la verdad: un novelón en el que se combinan, de un lado la cretona y el salón, del otro la suciedad y el callejón.

## 7

A pesar de la variedad de las canciones de Maria Bethania, ni mi mujer ni yo conocemos una sola. Ninguna es del único disco suyo que tengo; es, al parecer, música reciente, que desconozco. En lo que podría considerarse un momento de calma del concierto, unos compases de diálogo más tranquilo entre el piano y un saxofón, mi mujer me lo dice: No conozco nada. El ¿y tú? está implícito y se lo respondo: Yo tampoco.

Pienso que si no reconocemos nada es en buena medida por vivir en Miami. A La Habana de los cincuentas nos llegaba abundante música brasileña; compartíamos la música popular de buena parte de Latinoamérica. No había que buscarla: se oía en los radios, por la calle, en los espectáculos de los cabarets o de la televisión. No sé si

las cosas habrán cambiado en todas partes pero algo es cierto: por latinizada que esté Miami, las únicas canciones latinoamericanas que resultan aquí inevitables, escuchadas sin necesidad de salir a buscarlas, son de ese género que se ha dado en llamar internacional y que me resulta como la cocina también apodada así: impersonal, sosa. Bien distinta a ésta que canta Maria Bethania, es una música que no puedo dejar de relacionar con los repartos –aquí, suburbios– y el linóleo, y que no por casualidad ha florecido junto con la televisión, enemiga de la vida callejera y noctámbula.

Maria Bethania me resulta lo contrario: es recia, habla cosas suyas. Cuando quiere ser romántica, no se acaramela sino tiene esa dulzura sensual del cabaret pequeño cuando, después de medianoche, se reúne en él gente con algo de desorden.

¿A qué vino todo esto? ¿Hubo en la voz de mi mujer, en su pregunta, algún dejo lo bastante claro como para sugerirme estas ideas? No lo recuerdo; si se produjo, no lo identifiqué. Pero debe haber sido así: de esa tenue comunicación contenida en un particular tono de voz partieron reflexiones comunes, tan encadenadas entre sí como las canciones de Maria Bethania, que ahora, apoyada sobre el piano y vuelta hacia el pianista, inicia una melodía que identifico –identificamos– desde el primer compás. Nosotros.

Es una canción cubana, tan popular que ha tenido más de un apogeo. A mi mujer y a mí nos tocó uno, en plena adolescencia, cuando todavía no nos conocíamos. Es una pieza bastante triste, sentimiento acrecentado por la leyenda, o rumor real, esparcida acerca de su letra: Nosotros, que nos quisimos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más. Repetía la gente que estos versos se escribieron porque su autor, al saberse tuberculoso, se siente obligado a dejar atrás a su ser querido y no quiere revelar a ella los motivos de esta separación, consciente de que en el abandono del amor, jamás le permitiría dejarla por eso, prefiriendo morir enferma a su lado. Cuando Maria Bethania comienza e identifico la música, me dispongo a ser invadido por un torrente de evocación.



No es así. En vez de la cadenciosa melodía que conozco, Maria Bethania entona las frases con aspereza, hasta sequedad. Es evidente: busca limar toda melosería; le altera incluso la fluidez a los compases, hasta comerse una frase de la canción, eliminada del nuevo ritmo, mucho más sincopado, que ha dado a la pieza. Imposible que despierte evocación este distinto Nosotros. Ni la sentí yo ni la sentí reflejarse a mi lado.

El concierto sigue. Acelerado, abolido incluso el intermedio anunciado en el programa. Como desde el comienzo, alternan las canciones entre aires con algo de folclórico, tonadas, arreglos próximos al jazz, y de pronto surge sin aviso una que transforma la escena en barra, uno de esos lugares íntimos con piano a los que se va ya tarde a echar la madrugada.

No sabría decir por qué: si el arreglo, el ritmo, la melodía misma, la pose de Maria Bethania, su manera de cantarla. Pero es certera. Lo que más desconcierta es su misterio: agarra, envuelve; sobre todo, me transporta a otra época; más bien a otra sensibilidad, que conocí y compartí, y perdí, no sé cuándo; ignoro si, en otros lugares, sigue existiendo. No se queda ahí el golpe; retumba a mi lado. Noto que mi mujer se inclina levemente hacia adelante; lo hace con gran discreción, sin aspavientos, pero no me engaña. Está más conmovida que yo, o igual, sólo que a su manera. No quiere ver, sólo escuchar, dejarse llevar por eso que le viene de lejos, que la asalta con la vida de otros tiempos. No nos tocamos. ¿Cuál es esa partícula capaz de sacudirnos a los dos de esa manera, sin confusión posible? Fulminante, la canción termina; el embrujo pasa. Por si alguna duda pudiera quedarme, noto, con inmóvil disimulo, que mi mujer se seca los ojos. Meses después, un amigo al que no veíamos desde hacía veinticinco años, desde dejar Cuba, y que acaba de llegar de allá, la identifica por eso, al primer encuentro: ¿tú sigues llorando con las canciones?, es una de sus primeras preguntas al volver a verla.

## 8

Entre varios libros que mi abuelo escribió, bastante esparcidos a lo largo de su vida, hay uno publicado por él mismo en 1938 cuyos muchos ejemplares sin vender atestarán hasta su muerte los estantes retirados de su casa: *Sol en el Mar*. Un recorrido, a la vez descriptivo, subjetivo, e histórico, por La Habana. Ése es su subtítulo, entre paréntesis: La Habana. Mientras estuve en Cuba, nunca lo leí. Ni ése ni el otro suyo que llegué a ver, del que tiene guardados, junto al primero, unos pocos ejemplares. Es una obra teatral, *Carmen y Don Juan*, publicada en un cuadernillo de las abundantes colecciones que salían quincenal o mensualmente en la España de aquellos tiempos de preguerra. Mi abuelo me resulta demasiado próximo como para interesarme su literatura. Supongo que acentuó mi desinterés el ver los libros amontonados, guardados, y no en librería. Al cabo de décadas, vuelvo a tropezarme, en una biblioteca de Miami, con *Sol en el Mar*. El ejemplar está dedicado a Juan Ramón Jiménez. No sé qué grado de amistad los unió, si es que la hubo, ni si Juan Ramón regaló el libro sin leerlo o lo donó a su muerte. Esta vez leo *Sol en el Mar*. Lo único que termina gustándome es el primer capítulo, en el que mi abuelo narra sus primeras impresiones de La Habana desde el barco en el que regresa a ella después de una larga ausencia. El resto, un recorrido por sus lugares preferidos de la ciudad o por sitios que considera necesario nombrar, me resulta añadido, como algo que se le ocurrió después de haber escrito, imperiosamente, lo primero.

Quisiera citar este fragmento ahora, recogerlo, pero no puedo. Cuando regreso a la biblioteca para copiar esas páginas, años después de haberlas leído, el volumen ha desaparecido de los anaqueles, queda sólo la ficha en los archivos. ¿Quién puede haberse interesado tanto en esta obra como para haberla robado? No me lo explico. Buscando *Sol en el Mar* encuentro, algo voluntariamente, *Carmen y Don Juan*. El cuadernillo de mi infancia, reunido aquí

en un volumen reencuadernado con otras tres obras de la misma colección. La pieza es en verso; no lo recordaba y a ello atribuyo ahora no haberla leído de muchacho, cuando mi entusiasmo teatral se concentraba en las variantes de lo moderno, o mejor dicho, de lo en boga. Descubro, en su página titular, que la obra publicada lleva un prólogo de Marañón sobre el personaje de Don Juan y que se estrenó en Madrid, en el teatro Beatriz, en 1932. Algunos de sus versos, al azar:

“Carmen: (A Juan) ¡Hombre, puede ser que sea/ quien me ha de matar usted!/ ¿Qué le parece la idea?

“Juan: Que debe usted desecharla/ pues las manos de don Juan/ nunca a mujer tocarán/ si no es para acariciarla./ Habrán muerto de su olvido;/ que él tuviera que matarlas/ de ninguna se ha sabido”.

De *Sol en el Mar* me queda el recuerdo de la evocación, hecha por mi abuelo desde cubierta, del horizonte habanero al que se acerca su barco. Ve crecer los edificios, comienza a distinguir la actividad, a escuchar sus ruidos. Sobre todo, ve los brillos del sol en el mar que rodea a la ciudad y que la iluminan como un espejo. Al menos, ésta fue la huella que dejó en mí su lectura. Notar cómo lo que él vio al llegar lo veré yo a la inversa, al irme de noche, treinta años después. Como si cayese la oscuridad sobre aquel día que lo deslumbró de placer.

## 9

El barco de Alemania del Este en el que hicimos el viaje desde La Habana hasta Rostock se llamaba Karl-Marx-Stadt. Este nombre –en español, Ciudad Karl Marx, con el que se rebautizó después de la guerra a la medieval Chemnitz– provoca años más tarde un sobresalto a la cónsul de Estados Unidos en París.

La mujer me entrevista, o interroga, para decidir si accede o no a mi solicitud de visa, y entre sus muchas preguntas aparece ésa, el nombre del barco en el que viajé a Europa. Oh, my, excl-

ma al escuchar mi respuesta, acompañando sus monosílabos de un breve saltito y de una sonrisa con la que intenta desmentir su sorpresa, y a la vez, bromear un poco con mis encontradas situaciones de solicitante de visado para Estados Unidos y, aunque sólo sea por haber viajado en ese barco, ex marxista. Anota el nombre; no sé si le habrá puesto los guiones.

Veo con frecuencia a la cónsul, que vivió en La Habana y me lo dice con algo de nostalgia; Estados Unidos duda de mi matrimonio y vacila en concederme la visa. Mi mujer está ya en Nueva York y me reclama pero hemos dejado Cuba sin más papeles que los pasaportes y al no tener éstos un apellido común, como sucede en Estados Unidos a las casadas, nada convence a los norteamericanos de que seamos marido y mujer. Nuestros pasaportes dicen que somos casados, pero ¿con quién? No se especifica. Siguen dudando hasta que, más que convencerse, parecen resignarse. Me permitirán entrar.

Eso pensé entonces. Pasado el tiempo, contemplo otra posibilidad: de lo que dudaban era de mi identidad; pensaban, pensaba alguien, que yo pudiera no ser quien decía. Que mi mujer había estado casada con la persona bajo cuyo nombre yo me presentaba pero, confabulado con ella, yo era un sustituto, un usurpador del nombre, de la identidad, del pasaporte de su verdadero marido. Desaparecido, muerto, ¿cuándo? ¿En Cuba, en el barco, ya en Europa? Quién sabe hasta dónde llegaron, en sus especulaciones, los especialistas del consulado.

## 10

El lugar del concierto, un teatro de mil lunetas, fue mal escogido. No se llenó; y en un cabaret, sitio mejor, su duración hubiese sido la justa; la misma de mi disco, grabado en un cabaret. No como aquí, donde el espacio y el hábito dejan al público con sabor a poco.

Al otro extremo del vestíbulo vemos a Gina. Sabíamos que estaría en el concierto; acaba de volver de un viaje al Brasil y no se iba a perder esta oportunidad de continuarlo. Noto que mi mujer

se apresura, como si en vez de haber visto a Gina hace un mes, la hubiese dejado de ver hace años; va, impulsada, a saludarla, a hablarle; se le abalanza desde lejos. Es demasiado; esa prisa me lleva atrás, a las lágrimas no vistas de hace un rato, al Nosotros distinto, y más atrás, a otras situaciones y otras emociones, otros espectáculos y otras lágrimas, y viéndola apresurarse hacia Gina, quitando gente de en medio, sigo sus pensamientos con la misma nitidez que sus pasos: Gina viene del Brasil y allí oyó esa música que aquí oímos poco o nunca oímos, y la oyó en sus lugares, lugares brasileños, lugares como los de Cuba cuando escuchábamos a diario esa música o parecida, como el muelle de madera convertido en cabaretucho al que llamábamos el lanchón, desde donde contemplábamos casi solos, a lo lejos, las luces de la ciudad y su reflejo en las aguas de la bahía, acompañados por alguna vitrola cargada de boleros, de alguna canción que a veces la hacía llorar, y sé lo que va a decir, sé que podría decirle que callase y hablar yo por ella, y sin poder resistir la tentación decido anticipármele y, como Holmes, responder a esa pregunta que aún no ha hecho, atajarla: Viniste a Miami porque quisiste, le digo, cuando, abrazando a Gina, ya va a hacerle la pregunta, que se le queda dentro: ¿Quién nos mandó a venir aquí? Se desconcierta, la situación se invierte: en vez de abrazar ella a Gina es Gina quien la abraza a ella, que ha quedado aturdida, y que en medio del abrazo me hace la pregunta: ¿Cómo sabías lo que iba a decirle? Porque sí, le digo, y es a Gina, que pregunta riendo sin entender, a quien respondo: Te iba a preguntar por qué se nos ocurrió venir aquí a Miami en vez de irnos a vivir a un lugar como el Brasil. Cuando, a solas conmigo, insista en saber cómo adiviné su pregunta, rehuiré responderle o diré alguna simpleza. Demasiado complicado —y, me parece intuir, innecesario ya— explicar que algo hubo, en la canción de Maria Bethania, que nos conmovió, similar a un ambiente, una soledad, una penumbra o un abandono que alguna vez los dos conocimos y que me permitió seguir, desde ese momento, desde antes incluso

y hasta sin saberlo, sus pensamientos, con la misma clarividencia con que Holmes siguió los de Watson, y que al verla abalanzarse hacia Gina, me permitió saber que en realidad corría de vuelta hacia otros tiempos.

## 11

No planeaba continuar. Iba a terminar aquí, con lo que motivó estas notas: el concierto de Maria Bethania y nuestro desconcierto. Aunque lo intuía, me negaba a aceptar que algo quedase colgando. Es mi mujer quien lo saca a relucir, sin pelos en la lengua, sin compadecerse de mis deseos de pasar a otra cosa, sin preocuparse siquiera por decirme antes si lo que ha leído le interesa o no y sin confirmar si mi diagnóstico de sus lágrimas ha sido acertado. Me dice: Le falta algo, y pudiendo continuar sin más, prefiere esperar mi pregunta: ¿Qué le falta?, para contestarme sin rodeos: Me molesta que lo de Sherlock Holmes se quede en el aire.

La discusión que sigue es demasiado trillada como para que valga la pena constatarla. Sólo importa el final: echa los papeles a un lado y se levanta, con una frase terminante: Se te fue de las manos. Habrás querido lo que sea pero tienes que solucionar el caso de Sherlock Holmes. No se esperaba –yo tampoco; fue una idea súbita– lo que le propongo: Mira, hacemos un trato. Tú le buscas una solución al caso, yo otra, y la que resulte mejor, ése la escribe. Así terminará siendo un relato de los dos. No cae en la trampa y me responde sin vacilar: No, no. Yo pienso una, tú piensas otra y escribes tú la ganadora. Yo no tengo nada que ver con eso tuyo. Como escritora por lo menos. Ahí termina la conversación.

Pasan los días y no volvemos a hablar del asunto; pienso, sin comentarlo, que para nosotros, mis notas sobre el concierto de Maria Bethania serán lo escrito por mí, más nuestra conversación, y para otro que las lea, si es que alguien las lee alguna vez, se quedarán donde las he dejado. Y habrá quienes piensen: Algo queda colgando. No me importa; para mí ya no es así. Al cabo de unas

dos semanas, ella destruye estas cómodas especulaciones cuando, recién terminada una larga charla telefónica y como quien lo ha elucubrado distraídamente mientras hablaba por teléfono, me da su solución, en pocas palabras. Ahora te toca a ti, termina. Arrinconado, no me queda otro remedio: poco después, le doy mi solución.

## 12

En la versión que preferimos –el pacto no me obliga a especificar quién es su autor, y soslayo revelarlo–, la pareja (la atribulada denunciante y su secuestrado cónyuge) es en realidad la mitad de un cuarteto de hampones que, tras cumplir sus respectivas condenas o destierros en Australia, continente a donde Inglaterra enviaba a muchos malhechores, y conocerse allí en los arrabales del bajo mundo, regresan a la capital del imperio británico en busca de unas riquezas robadas y ocultas, de cuya existencia se enteraron en la colonia penitenciaria. Su pacto tiene la fragilidad de los acuerdos entre bandidos; como tantas veces pasa con estos grupos de maleantes sin cabeza definida, los cuatro dedican menos esfuerzo a alcanzar el tesoro que a vigilarse entre sí, convencidos de que al menor descuido, sus colegas aprovecharán para darles la mala.

Esto es justamente lo sucedido, averigua Holmes. La acongojada esposa es en realidad el más joven de los bandoleros, un píllo a quien su rostro lívido y lampiño y la aflautada tesitura de su garganta han permitido hacerse pasar por lánguida novia; aprovecha Conan Doyle, como buen victoriano dado al disimulo y la insinuación, para lanzar al aire y dejar ahí, en una especie de aureola perversa, numerosas dudas sobre la verdadera identidad sexual de este fullero andrógino, acumulador de mentiras: ni es mujer, ni es por tanto el perdido su marido.

Dije aprovecha Conan Doyle: debí decir aprovecharía. No relaté esto él, aunque situaciones parecidamente ambiguas manipuló más de una vez.

A partir de aquí, los descubrimientos se suceden; pronto comprende Holmes que la espuria pareja ha tendido una aviesa trampa a sus dos compinches. Con estas deducciones en mano, le resulta fácil, después de algunas indagaciones con el capitán del barco, la marinería y la policía del puerto, rehacer la trama desde su inicio y exponer los móviles, primero de los dos rufianes traidores y luego de la pandilla entera.

La falsa pareja, cuenta, se confabuló para fingir el secuestro a fin de echar a sus otros dos colegas a pelear: han convencido a cada uno de ellos, por eliminación, de la culpa del otro. El disfraz del imberbe es necesario, no por maquiavelismos de un rebuscado plan sino porque el joven no ha purgado aún su sentencia y es, de los cuatro, el que vuelve a Inglaterra todavía delincuente. El viaje del cuarteto por mar ha sido una tragicomedia de recelo, celadas y rencores. La tensión estalla con el desembarco, cuando los falsos novios publican el inexistente secuestro. No les falta viveza: ellos solos se bastan. El falso desaparecido, hombre de impecable ancestro y buena facha, a quien la ambición sumió en el delito, es clave en el plan; sin él, los otros tres hampones consideran acertadamente que les será imposible acceder a las extraviadas riquezas, custodiadas sin saberlo por gente de posición.

Holmes llega a tiempo para impedir un macabro desenlace: desenmascara al travestí, impide que se maten entre sí los dos embaucados secuaces y localiza la guarida donde sorprende al cuarto criminal, ni esposo ni raptado.

## 13

Transcrita la versión escogida, noto, ahora yo, que algo sigue faltando. Se conoce ya la solución; Holmes ha cumplido su labor a cabalidad y sin embargo, el relato queda cojo, imperfecto. Necesita un último elemento, el que de verdad da o quita valor a este tipo de cuento y hace únicos los de Conan Doyle: la deducción del detective. ¿Qué despertó sus sospechas? ¿Dónde sintió el desajuste? Le



**Llevo esta preocupación a mi mujer que, al desgaire, como si lo hubiese sabido desde siempre, me responde: Pon que la falsa mujer bajó enferma del barco, pretextando unas fiebres, enfundada en abrigo y ropas que la hacían difícil de identificar. Puedes bajarla en silla de ruedas o en camilla, con el hombre a su lado, atendiéndola y ocultándola. Esto da para una buena ilustración como las de la época. Ese dato, esa imagen embozada, es lo que enciende las sospechas de Holmes, el destello a partir del cual desenreda la madeja.**

**La oigo, y más que la improvisada celeridad de su solución me asombra el impreciso recuerdo de que Conan Doyle resuelve de manera parecida uno de los casos de Sherlock Holmes. ¿Es posible? No lo sabré si alguien no me lo dice. No pienso releer las voluminosas aventuras del detective sólo para comprobar si es exacto o no este presentimiento. Pero suponiendo que exista realmente, como creo, un pasaje parecido en Conan Doyle, me sorprende hasta qué punto esta inesperada coincidencia permite ampliar la idea de la identidad de líneas de pensamiento que discurren por iguales caminos. O sea: al jugar, como hemos hecho mi mujer y yo, a la imitación de personajes, ambientes e incidencias de Conan Doyle, la lógica de ella desembocó en una deducción próxima a la ideada alguna vez por Conan Doyle, sus pensamientos recorrieron una ruta similar a la seguida alguna vez por los pensamientos de él, hasta encontrarse los dos en un plagio inevitable, reunirse en un mismo sitio, en una compartida fascinación por el disfraz. Comprendo además que la red de coincidencias va más allá. No se queda en el papel, abarca nuestra vida misma.**

**Cuando escucha esto se ríe, con una risa de la que luego dudaré, considerándola otra posible máscara, y me dice: Muy posible, pero te falla la memoria. No es Sherlock Holmes quien hizo esa deducción, ni Watson su acompañante, ni Conan Doyle quien la imaginó. Fue Edgar Allan Poe, en *Los crímenes de la rue Morgue*. No te lo dije antes para no romperte el hilo. A fin de cuentas, qué importa.**

No le digo cuánto me importa, hasta qué punto se me deshace el relato entre los dedos. Sólo veo una manera de recuperarlo, de evitar que estos pedazos se dispersen como ceniza por los aires.

## 14

Me afeito. No es una tarea cotidiana. Desde hace un cuarto de siglo, desde la quincena de soledad que viví en el barco, llevo barba. Lo bastante abundante como para disimularme medio rostro; nadie, en estos veinticinco años, ha podido saber cómo es el óvalo de mi quijada, dónde terminan realmente las comisuras de mi boca. Todo esto ha quedado escondido tras la copiosa pelambre negra, que lleva diez años poniéndose blanca al galope; tan velozmente, que basta a los amigos dejarme de ver un año para asombrarse al siguiente ante mis nuevas canas.

Cuando termino, el rostro que descubro en el espejo no es el que esperaba. Mejor dicho: no es el que recordaba, el que ingenuamente pensaba tener, inmutable, bajo la barba, como si el tiempo no hubiese pasado o como si la barba, protegiéndolo de las intemperies, le hubiese impedido alterarse, envejecer. Soy otro, distinto al que esperaba, y sólo atenúa mi sorpresa el poder pensarlo, concebirlo, comprenderlo. Soporto, recrudescido, un desasosiego sentido en estos últimos meses; el que me ha llevado, veo ahora que con acierto, a la idea de quitarme de una vez esa barba a la que jamás me acostumbré. Puedo localizar, o eso creo, el origen de esta inquietud cuando, a través de un amigo que se encaprichó en ofrecérmelas, llegaron a mis manos varias revistas recientes de Cuba, en las que aparecen retratados a toda página muchos de los que fueron compañeros míos de trabajo, amigos, que quedaron allá, en la isla. Si bien puedo identificar a algunos, la mayoría me resultan irreconocibles, distintos por completo a la imagen que de ellos conservaba mi memoria. Veo sus caras y me es imposible reconciliarlas con los nombres que leo al pie, a los cuales mis recuerdos adosan otras facciones. Los había recordado todos estos años,

los seguía recordando, pero distintos; algo mucho peor, al verlos ahora y desconocerlos, que haberlos olvidado. Es como tener delante una mentira, como enfrentarme a las fotos de una galería de impostores. Y ahora, impulsado por ellos, me llega el turno a mí: me miro al espejo y tampoco reconozco mi imagen.

Paso a otra prueba. Del maletín donde guardo los papeles imprescindibles, saco el pasaporte, vencido hace mucho, que mostré a las autoridades de Alemania Oriental cuando, de noche cerrada, bajé con mi nueva barba del barco y pisé Europa por primera vez; el mismo que mostré a la cónsul en París, que me identificó tantas veces en varios países, hasta llegar a éste en el que vivo. Como suponía, el rostro lampiño que aparece en ese pasaporte y que a tantos policías consternó cuando tuvieron que compararlo con el mío barbudo, se parece bien poco a éste que acabo de descubrirme ante el espejo. Enfrentado a esas facciones olvidadas, no puedo menos que revivir aquellos días en que, aprovechando la soledad del barco, mi tránsito de un mundo a otro, me dejé la barba, rasgo que se volvió dominante y que, pasando por encima de los otros, anulándolos, me permitió trocarme por mi avatar del pasaporte, me dejó asumir una presencia que no era la mía y perderme, provisto de ella, por el mundo. Atrás, sepultadas en el mar, quedaron las tronchadas ilusiones de desembarcar en Europa de mi otro yo, con el que todos estos años me he confundido, llegando incluso a hacer suyos mis proyectos y, lo que me resulta todavía más extraño, a hacer míos sus recuerdos.

Cuando me presento afeitado ante mi mujer, se asombra menos de lo que yo esperaba; como si siempre, burlando la presencia de la barba, hubiese adivinado mis rasgos, sus cambios. Enseguida me sonríe, con ese mismo fulgor furtivo con que en el barco vio variar mi rostro, enmascararse, y sin darme tiempo a hablar, me dice: Ahora sí solucionaste el cuento. Ahora ya me siento tu novia australiana.

Las muchas veces que en estos años he escuchado mi único disco de Maria Bethania son siempre las mismas frases las que se destacan a mis oídos de entre la letanía de canciones, sin surco divisorio, separadas entre sí sólo por los aplausos del público. De algunas estoy seguro; mi portugués es, más que deficiente, casi inexistente, pero hay palabras muy claras, fácilmente traducibles. Otras pretendo entenderlas con mis rudimentos del idioma.

Movimiento de los barcos, movimiento...

puñalada...

si yo robé tu corazón tú robaste el mío también...

en esta soledad...

mi último bolero... con los claros de la aurora... triste vio que la tarde moría... (esto lo canta en español)

para seguir viaje...

tengo un poco de miedo... palco vacío... escenario sin brillo... sueño despierto...

Estas frases pueden estar equivocadas. Tampoco me es posible entrelazarlas, llenar los vacíos que las separan, más que con la intuición.

(Del libro *Los labios pintados de Diderot*)

## Paréntesis sobre aguacero

---

Me despierta un aguacero tan torrencial que de entrada lo pienso granizada, de poderoso estruendo en las azoteas del patio interior de la manzana a donde se asoma mi balcón. Pero es sólo lluvia, y arrecia, lo que parecía imposible. Una cascada. Por suerte hay poco viento y puedo dejar abierto el ventanal por donde se refresca mi habitación esta noche de verano en Barcelona.

Amaina la lluvia y la calma me duerme. Para despertarme a los diez minutos un aguacero peor que el de antes, una tromba que se precipita como si en vez de caer de las nubes, desde los tejados estuviesen derramando cubos de agua.

Aunque en Cataluña conozco frecuentes las turbonadas, ésta es tan furiosa que me hace sentir depositado en medio de una tormenta tropical, aquéllas de las que tantas viví en Cuba o la Florida. Será por las semanas que llevo metido en este trabajo de compilación, pero en el letargo en el que estoy recién despertado esa sensación de aguacero tropical me trae en tropel esos otros aguaceros, me echa encima una suma de circunstancias de aquellos lugares y tiempos, los hace converger esta noche en uno solo y en el centro de esa ilusión vienen a situarse los distintos trabajos míos que he ido recopilando aquí de diversas épocas, y en el adormecimiento en que me acuna el aguacero, igual que se reúnen y confunden esos lugares y tiempos se me aglomeran indistintos mis trabajos. Ni siquiera aparejados a un mismo nivel sino con la uniformidad de un solo objeto, cuanto he hecho convertido en obra simultánea. Entiendo entonces la intuición del movimiento espontáneo que me ha estado impulsando a saltar entre obras y épocas como producto de una convicción, un andar maquinal y justo, capaz de darles la sincronía con la que los siento en mí. Sin importar el transcurrir, desde el principio siendo yo quién iba a ser, yendo a este sencillo lugar del que pronto me desvaneceré junto con todo este conjunto.

## Picaresca miamense, años ochenta

---

Sumándose a las viejas, hago en Miami muchas amistades nuevas, sobre todo gente más joven que yo. Entre ellas un grupo de tres o cuatro amigos que cuando nos reunimos a beber y conversar traen anécdotas de las últimas bromas hechas a gente, o conocida de nosotros o de todos, famosos burlados. Y es que la costumbre del choteo pervive entre nosotros pese a las advertencias de Mañach y hasta tengo el palpito de que en el exilio vive a manera de consuelo un espectacular renacimiento.

Una tarde, en una velada numerosa, conocemos a dos muchachas que han venido juntas. No sé si una o las dos se aparecen con guitarra, en todo caso las dos cantan, aunque no sé si únicamente canciones compuestas por ellas, o por una de ellas, o también viejas canciones cubanas, ésas a las que el exilio ha dado una pátina patriótica así se canten amores felices o sangrientos. Hablan las dos emocionadas de la patria, con desdén de esa gente que incluye a muchos de su edad y que en estos meses de escarceos diplomáticos de ambas partes defienden tantear a La Habana; ésos a los que, como ellas, firmes en sus convicciones, los inmovibles llaman dialogueros.

Una semana después más o menos, estando mis amigos y yo en casa de uno de ellos, éste trama una broma. Llegó a Miami pequeño, habla el inglés a la perfección, y no sólo eso, imita también a la perfección distintos acentos del habla inglesa, la ametralladora de eres de los indios, esa pronunciación a carrillos llenos de los sureños. Nos explica por encima su plan antes de llamar por teléfono a una de las muchachas del otro día. Identificándose con irreprochable acento jamaiquino como reportero del *Daily Gleaner*, le explica que el diario está organizando en Kingston una reunión entre intelectuales de la isla y del exilio, a ver si ahora que distintos grupos acercan posiciones se puede hacer lo mismo con los escritores y artistas. La aceptación de la muchacha a la propuesta es inmediata y entusiasta. Quiere saber más, pide que le envíen datos, saber cómo se organiza el evento. Con sonrisa que no deja asomar a la seriedad de sus palabras por teléfono, mi amigo menciona a la amiga de la muchacha para incluirla en la invitación, y las cita al día siguiente al mediodía en un restaurante lounge de cierto lujo frente a la bahía de Miami. No puede estar la muchacha más de acuerdo, allí estarán. No se ha atrevido a preguntar quiénes participarán del otro lado.

Con esto nos bastó. Ninguno de nosotros fue al día siguiente al restaurante a comprobar que las muchachas se pasaban en él quién sabe si más de una hora esperando, al final descorazonadas y marchitas. Puede que hayan tenido entonces la sagacidad de temerse víctimas de una broma. Puede también que se hayan dicho una a la otra que en el intervalo de llamarlas a verlas el periodista averiguó mejor sus historiales y sabiéndolas patriotas sin tacha, decidió no perder el tiempo proponiéndoles algo que sabe rechazarán por deshonroso.

## Escritores revoltosos

---

Después de años sin visitarla estoy de vuelta en Nueva York, enviado por el periódico para cubrir una convención del Pen Club Internacional a la que asistirán escritores venidos de muchas partes. En las sesiones escucho hablar a autores que admiro desde hace tiempo, a otros que no conozco, asisto a conferencias con envidia, converso con alguna celebridad, pero lo que más siento resonar dentro de mí es la posibilidad de volver a pasear por Nueva York, respirarla y recorrer una ciudad donde tantos rincones me hablan.

Variados incidentes jalonan la convención del Pen Club, cuyo tema central de debate trata sobre las relaciones del escritor con el Estado. Diatribas de Günter Grass a sus colegas por ser sumisos a cambio de concesiones oficiales, irónicas disertaciones de John Updike sobre su interés en mantener sus relaciones con el Estado limitadas a ese servicio de Correos por el que envía sus manuscritos y recibe sus cheques, el regaño de Robert Hughes a la recurrente primera dama nicaragüense Rosario Murillo por hablar de genocidio sandinista a manos de los contras: si algo deben saber manejar los escritores, la interrumpe el australiano, son las palabras, y si a lo que usted se refiere es genocidio, cómo llamamos entonces al cometido por los nazis contra los judíos. Un episodio de más calado ocurre cuando se presenta en una magna sesión el por entonces Secretario de Estado del gobierno Reagan, George Shultz. Al hacer su entrada en el salón donde pronunciará su alocución lo recibe un abucheo. Como acostumbra decirse, sonoro abucheo, aunque provenga sólo de parte de la concurrencia. Lo bastante sonoro como para provocar una furibunda reacción del presidente de la mesa, Saul Bellow. Para acallar un griterío que no tolera da varios golpetazos en la mesa. No sé si con el puño o una maza, pero los da, también sonoros. Y por encima del tumulto grita que no está dispuesto a tolerar semejante desaire a un invitado. La venerable presencia de Bellow calma el alboroto. Los iracundos callan, Shultz pronuncia su discurso, y al final es despedido por los aplausos corteses de algunos y entusiastas de otros que con esa despedida quieren compensar el mal recibimiento.

Como todas las noches, voy al hotel, llamo al periódico, y dicto la reseña del día, empezando como es lógico por el abucheo. El editor que me escucha

se asombra: ¡¿Abuchearon a Shultz?! No lo puede creer. Le aseguro que sí, y sigo dictando mi artículo. Al día siguiente publica el periódico mi nota con un visible titular que dice algo así como que escritores abuchean a Shultz. Noto también que el periódico en inglés, que me ha traducido todos los días, ha relegado esta vez mi nota a una página más escondida que de costumbre y con menos párrafos, aunque consigna los silbidos.

Más claro lo tengo al día siguiente, cuando al llegar al hotel donde tienen lugar las sesiones me encuentro a un compañero reportero del periódico en inglés. Joven y simpático, en cuanto me ve me saluda y me dice que lo han enviado para explorar algunas cuestiones de las que el periódico en inglés querría tomar nota, por ejemplo cómo ha sido recibido eso de que a García Márquez y a Darío Fo ese mismo Departamento de Estado que preside Shultz les haya negado la visa para asistir a este evento, o las quejas de algunos escritores *neoyorricans* y latinos de que no les concedan espacio propio para discutir asuntos suyos en español. Quejas que darán al periódico prestigio crítico sin llegar a ser ofensivas, sin repercusión y que a nadie harán temblar. Quejas de la izquierda a las que un cubano exilado como yo no querrá dar visibilidad. Menos molestas que ésa inaceptable de enterarse de que a un ministro del gobierno de Washington no se le ha guardado el debido respeto y un conjunto de escritores revoltosos, muchos venidos de fuera, lo ha recibido con abucheos y silbidos.

Los territorios se deslindan. Mis notas y las de mi colega se publican cada una en su sitio, las tuyas en el periódico en inglés, las mías en la sección en español. Lo que queda de convención me da tiempo a errabundear unos días más por esos antiguos lugares míos que darán con el tiempo vida a los personajes de *El Andar de los Cangrejos*.

## Error de cálculo

---

**Un ruido de cacharros retumbó en la calle. Al interior del edificio llegó como un clamor lejano pero el obstinado silencio de la noche**



en aquel recodo perdido de ciudad donde él trabajaba le permitió escucharlo claramente. Cualquier bobada, un trasto abandonado encima de los depósitos de basura y derribado por los afanes de un hambriento, hombre o gato. Había venido del fondo, de ese oblicuo pasadizo entre edificios transitado a esas horas sólo por animales sin dueño o algún desorientado indigente, lo mismo chiflado o borracho que extraviado y en busca de un zaguán donde pasar el menguado resto de la noche. En cualquier caso la calma no duraría, en cuanto el sol despuntase el callejón se animaría, primero con la llegada de los basureros, que parecían haber reservado a aquel extraviado recoveco el último lugar de sus recorridos, luego con los camiones de reparto que vendrían a descargar sus mercancías por el fondo para no deslucir el frente de los edificios, esas pulcras aceras que pronto se poblarían. Sin mucha prisa bajó a escrutar el trozo de calle de donde pudiera haber salido el indefinible estrépito, más que nada por distraerse. Ni tratándose de un merodeador con malas intenciones le preocupaba el caso, habituado como estaba a que nada más asomar su figura de guardián bastase, no sólo para disuadir a quien fuese de cualquier propósito torcido sino convencerlo de olvidar sus planes y esfumarse de las intermediaciones.

Camino de los ventanales que abrían el vestíbulo del fondo al exterior no alcanzó a distinguir sombras capaces de advertirle que por el callejón anduviese gente en maniobras sospechosas, y aunque consciente de lo difícil que le sería a esas horas de tenaz oscuridad enterarse de si por allí andaban elementos dudosos planeando alguna fechoría sin poner un pie en la calle, tan poca importancia daba al clamor escuchado que decidió no molestarse y limitó su pesquisa a espiar por uno de los ventanales del costado, que dada la diagonal trazada por la arquitectura del edificio sólo le dejó atisbar una minúscula rodaja de callejón. Esa noche no se distinguía claridad alguna en el cielo y el reducto de callejuela que alcanzó a entrever sólo le sugirió la permanente quietud apreciada

invariablemente en ella cuando por la razón que fuese o con ninguna le venía de cuando en cuando la idea de irse a dar una vuelta siendo aún de noche, contrariando así las advertencias de superiores y compañeros. Desierta lucía de punta a punta, venciendo con su espesa negrura la potencia de los escasos faroles. Nacida con amplitud en la luminosa avenida a una distancia no tan grande, según se acercaba a esta curva la callejuela iba estrechándose y retorciéndose hasta dar la impresión de no ofrecer salida, aunque en realidad trazase un cuchillo al que incluso de día se atrevían a llegar sólo los advertidos. Y cuando durante su turno le venía a él el impostergable deseo de irse a respirar un poco de aire puro, raro le resultaba coincidir allí con otro sereno de cualquiera de los edificios vecinos, adormilados como preferirían estar ante el televisor y las trasnochadas películas que les ayudaban a soportar el tedio del trabajo, o dormidos del todo con el teléfono al oído y un despertador puesto en hora para no dejarse sorprender por la madrugadora aparición de un superior. En cuanto a él, por mucho cansancio que sintiese dejaba el sueño para el día, así se lo perturbaba a ratos en el céntrico apartamento que ocupaba el incesante tumulto de motores y bocinas que traspasaba fácilmente las dobles ventanas de su cuarto; no lo tenía ligero y de despertarse, volvería a dormirse en segundos. Los ratos muertos del trabajo prefería dedicarlos a explorar con asiduidad detectivesca las lustrosas oficinas de cuyo cuidado y vigilancia estaba encargado, aprovechando esas incursiones para irse familiarizando así fuese por encima con los hábitos y gustos de esta gente, a fin de cuentas no tan distinta como había previsto durante aquellos tiempos en que ni en sueños le hubiese pasado por la cabeza venir a vivir a este lugar.

A punto de retirarse del ventanal no consiguió situar el origen de la vacilación que le pareció advertir en las luces de la calle; lo mismo hubiese podido proceder de una fugaz caída del voltaje como del agazapado paso de alguien obstruyendo algún farol, pero la duda lo impulsó a salir. No se quiso reconocer que posiblemente-

te se estuviese inventando aquella incertidumbre como pretexto para salir a la calle, y nada de particular detectó durante su corto recorrido circular, al menos hasta ir entrando de vuelta al edificio. Difícil también esta vez saber a qué hubiera podido deberse el impreciso parpadeo que la periferia de sus ojos intuyó más que captó unos metros a su derecha, allá por donde su memoria ubicaba los codiciados basureros del restaurante vecino. La duda no logró sin embargo detenerlo más de unos segundos. Si sus intuiciones eran correctas y alguien rondaba por allí, poco tendría de peligroso, a juzgar por su patente deseo de esconderse y no aprovechar para su fechoría que él hubiese salido a la calle, dejando entreabierta la puerta posterior del edificio. Sería un infeliz cualquiera y lo mejor era darle esa oportunidad de encontrar algo repugnante que comer en alguno de aquellos depósitos malolientes.

El estrépito le había venido a trastornar un largo rato de calma, sorprendiéndolo en el despacho del director de la escuela de idiomas, un recinto que ocupaba un vasto espacio del segundo piso. En esa oficina había pasado bastante más tiempo del necesario para, siguiendo su costumbre, curiosarse. Volvió a ella, asegurándose de que la dejaba bien cerrada y de que todo quedaba como lo había encontrado, complacido una vez más su hábito de estudiar los despachos de los jefes, enterarse de su disposición y de lo que contienen y hacerse un retrato de sus ocupantes, deducir qué clase de personas eran y cómo se conducían. En ésta le había llamado la atención el contenido de los enormes libreros que cubrían dos de sus paredes; textos, manuales, anuarios, materiales de trabajo, la huella de un hombre centrado en su labor. Ningún volumen disímil, un libro de historia o una narración de viajes, ese género de lecturas cargadas de grabados y diagramas para ilustrar la historia de las guerras mundiales o de los romanos y que a la generalidad de las gentes de esta posición, lo mismo en su tierra que en ésta, acostumbra antojárseles muestra singular de distinción. Nada que indicase a qué tipo de lecturas personales era aficionado

aquel hombre, a quien tras su registro consideraba de entenderas algo huecas, ajeno a cualquier pensamiento que no fuesen sus cuentas. También pudiera tratarse, terminó por aceptar, de alguien puntilloso a la hora de deslindar trabajo y aficiones, y quién sabe si en su casa aglomeraba en librerías tan vastos como los de su despacho docenas de textos de distintas disciplinas o de una precisión de la que era más que aficionado. De topárselo de día en el edificio no sabría identificarlo; no había encontrado en la oficina una sola foto suya. En su mesa, sólo la de dos mujeres, esposa e hija a partir de sus edades. Un detalle del despacho que sí le dejó saber de su inquilino fue la suntuosa comodidad de su sillón ejecutivo, butacón de empaque superior a cuantos se hubiese topado en sus pesquisas previas por estos privados santuarios. Sillón de club se diría, pensado para acomodarse con displicencia en él el día entero, menos trabajando que charlando con amigos, tan así que a punto había estado él de adormecerse y sólo el repentino trastazo de la calle había conseguido sacarlo de su arrobó.

Aunque breve, su excursión a cielo abierto le había dejado ganas de más. Tan pronto echó a andar por el pasillo le volvió el deseo de reanudar ese callejeo que tan imprescindible se le hacía en aras de soportar su enclaustrada jornada de ocho horas. No importaban sus dimensiones, sus marmóreos muros relucientes, aquella colección de lujos hasta hace poco para él desconocidos. Según se aproximaba el fin de su turno, el elegante edificio se le volvía remedo de una cárcel y por mucho que se los hubiesen desaconsejado de no serle imprescindibles, se iba a sus paseos. Por este barrio y a esas horas nunca se sabe, ándate con cuidado, le habían insistido sus compañeros, enterados de su desaprensiva afición. Te quedas dentro, de vez en cuando revisas las alarmas y si te parece que algo pasa, lo compruebas por los televisores y en todo caso llamas a la policía, tú no tienes por qué arriesgarte, no eres más que un vigilante. Consejos que le entraban por un oído y le salían por el otro. Habitado a saberse perseguido y corriendo

peligros mucho peores, aventurarse de noche por una callejuela desierta en un barrio con maleantes le resultaba cosa de niños, las timoratas sugerencias de mostrarse cauteloso portando al cinto un arma le sonaban pusilánimes, y cuantas veces le venía la comezón, cedía al impulso y se iba a respirar un aire en definitiva no tan puro, más bien impregnado de olores a alquitrán, humedad, hierro viejo y podredumbre. Con años de vivaqueo a sus espaldas, no concebía pasarse ocho horas enjaulado, no se lo permitía además el encajonamiento en que sentía hundida su vida. Bien hubiese podido, considerando los estudios que se había traído auestas, buscar cómo vivir mejor, un empleo que les permitiesen a él y a su mujer más desahogos, y posiblemente encontrarlo, pero prefería el anonimato de su puesto de sereno, negado a la idea de insertarse en esta nueva sociedad, para luego quedar trabado en ella y que para cuando se le presentase la oportunidad de regresar, verse impedido de hacerlo, no tanto por obligaciones contraídas como por el temor spectral a haberse dejado convertir en otro por una distinta manera de vivir y verse envejeciendo sin retorno.

De todos modos, por esta vez pudiera serle aconsejable no salir, pronto comenzaría a llegar el personal. Preferible dedicar ese último tramo de su turno a leer por encima los periódicos. Aunque se traía siempre un libro al trabajo, la mayor parte de las veces terminaba haciéndolo por gusto. A estas horas del amanecer en que pudiera sentarse a leerlo, el cansancio de la noche no le dejaba asimilarlo; más cómoda resultaba a su mente la sencillez de la noticia. En los periódicos encontraba además relatos con aspectos novedosos para él acerca de la vida en este lugar, sus hechos y cómo reaccionaba a ellos la gente. Por eso su mayor interés lo dedicaba a las páginas de sucesos, siguiéndolos y disgustándose cuando los diarios los olvidaban sin revelar su desenlace. En semanas recientes había vuelto su atención a un caso que desde conocerlo le había resultado curioso, al parecer por fin resuelto. Un acusado de asesinato condenado a prisión perpetua había conseguido que se

revisara su proceso, convenciendo de salir en su defensa mediante incesantes cartas enviadas desde su celda a un mentor que había resultado decisivo, un escritor para quien conseguir la absolución de alguien a quien consideraba injustamente condenado se había convertido en causa a la cual dedicar todo su empeño. De manera que se acomodó en un sofá, extendió sobre él las piernas y echó mano al periódico de la víspera. De un bolsillo sacó su radio portátil, lo puso sobre una mesita y lo encendió sin cambiar la sintonía de una emisora que le infundía placidez con sus piezas trasnochadas. No le hizo falta abrir el periódico para encontrar la noticia que buscaba, aparecía en primera plana. Destacaba la solución al caso del supuesto asesino injustamente condenado y por fin dejado en libertad, gracias a la intervención de ese escritor salido en su defensa con una infatigable serie de artículos. Uno de los aspectos del caso que a él más le había llamado la atención era que un autor de prestigio como ése hubiese emprendido la defensa de un reo descartado, demostrando una tenacidad que él había creído siempre reservada a patentes injusticias, casos de represión, en todo caso personajes de pasado irreprochable y no un delincuente como confesadamente había sido éste su vida entera. Era un aspecto del suceso que contradecía sus experiencias. Este escritor salía en auxilio de una persona sin un solo acto en su pasado digno de mención y al que para defender no se invocaban buenas costumbres ni talla moral. Figura cabal de bajos fondos con profusos antecedentes de peleas callejeras, robos, estafas, fugas de la cárcel, esa criminalidad de poca monta en que para algunos consiste la vida entera, en un caldo que no llega jamás a alcanzar la ebullición. Cómo se estaría sintiendo este individuo al verse de nuevo en libertad, en qué estaría pensando. Por muy acostumbrado que estuviese a idas y venidas de prisión, en esta última ocasión se había prácticamente tirado al cesto la llave de su celda; sentenciado a perpetuidad en una ausencia del mundo que a nadie importaría. Y ahora recorría de nuevo las calles. La noticia de su excarcelamiento aparecía

junto a una foto a las puertas de prisión y recogía sus desafiantes primeras declaraciones. Ver las rejas cerrarse a sus espaldas parecía haberle devuelto la petulancia de volver a ser quien era sin manifestar el menor deseo de aparecer regenerado. Le complació leer estos pronunciamientos rebeldes, no por atraerle la idea de frecuentar a semejante personaje ni hacerse la ilusión de que tuviesen cosas que decirse. Por mucho que ambos hubiesen llevado buena parte de su vida al margen, este vagabundo los vería, a él y a las causas a las que él había dedicado tanto, como divagaciones de chiflado. Pero así fuese un sentimiento irracional, no pudo rechazarlo. Le alegraba saber a este hombre libre, le hacía feliz imaginárselo deambulando y ofendiendo con su impresentable figura a sus congéneres, y ni siquiera por creerlo inocente, le alegraría incluso de haber sido culpable de ese crimen por el que se le había condenado y que tras revisar su proceso se decidía mal documentado. Cobró conciencia de la melodía que transmitía la radio, una pieza romántica no sólo escuchada mil veces de joven sino la última que había bailado con su mujer antes de que la violencia y la persecución los separasen. Queda absorto en los compases de la música, representándose a su mujer en su lozano aspecto de poco más que recién casada, recordando con nitidez física aquel último baile disfrutado en un club nocturno humilde y perdido. Ante sí tiene los giros que ambos dan, contemplados como si viese una película, con ella diciéndole al oído que no te maten, no suplicante sino dándole la orden, apretados uno al otro en un último intento de que se haga imposible separarlos. Queda con los ojos lívidos y el ánimo helado, sin enterarse de que ha comenzado otra pieza, hasta que de un manotazo apaga el radio.

No era tan tarde, saldría así fuese unos minutos a refrescarse la mente; se disipaba la solidez de la noche para dar paso a un pálido azul. Al diseminarse, la luz le desmentía su convicción de saberse de memoria los perfiles de los edificios colindantes, revelándole en instantes sucesivos presencias inadvertidas antes que iban sur-

giendo, no como construcciones sólidas sino esbozando las superficies geométricas de un plano, descubriéndole paulatinamente un paisaje con profusión de trazos allí donde sus ojos sólo habían conseguido dibujar apenas líneas rectas sobre una fachada tenaz de oscuridad. El esquinazo de ciudad en el cual estaba hendido su edificio, una zona donde el habitualmente regular trazado de Manhattan cedía a un antiguo enredijo colonial improvisado, daba a esas primeras luces de lo alto la impresión de un renacer. Regresaba al interior del edificio cuando de nuevo le pareció intuir un parpadeo, acabando por atribuir a algún reflejo la tenue vibración que había creído percibir o achacándola a la precipitada fuga de algún bicho. Pronto supo que en ambos casos se había equivocado. Se inclinaba para recoger unos papeluchos estrujados cuando con el rabillo del ojo detectó un nuevo movimiento y al volverse descubrió una sombra saliendo pausadamente del que hasta entonces habría sido su escondite entre dos edificios, apareciéndosele de entre las penumbras apenas como un contorno. Quienquiera que fuese se habría ocultado allí hasta calibrar la situación y una vez enterado de con quién se las veía, resolvía mostrarse. Como de costumbre sería un borracho o alguien medio desquiciado, dedujo él siguiendo su camino sin darle importancia, y entrando al edificio estaba cuando escuchó una llamada, lo bastante apagada como para hacerse el desentendido y cerrar tras sí la puerta. No logró sin embargo librarse del intruso; aquella figura antes tan prudente se presentó impetuosa del otro lado de la puerta vidriera. Desechando cautela, había corrido hasta allí y con mirada y gesto alterados recalca la impostergable urgencia de que se le abriese y atendiese. La visera de su gorra no dejaba ver bien sus rasgos pero de ningún modo parecía alguien capaz de inspirar temor, ni joven ni fornido. Después de los indescifrables manoteos con los que el vagabundo le dio tiempo a engarzar estas conclusiones y a punto de darle una vez más la espalda, decidió no ser tan cortante y le preguntó con gesto neutro qué quería. Respondió el personaje



alzando su mano izquierda para mostrarle un cigarrillo apagado y sujeto entre los dedos índice y medio, apremiándolo con la otra a conseguirle con qué encenderlo. No siendo fumador, no llevaba él encima mechero ni fósforos. Para complacer a este hombre hubiese tenido que ir a la cafetería casi al otro extremo, aunque le parecía recordar que allí sólo tenían un encendedor de chispa para prender el fogón de gas. De ningún modo iba a molestarse en ir a averiguar y menos en abrir la puerta para dar explicaciones de viva voz a este hombre venido a perturbarlo. Sin cortesías le indicó que no fumaba y le dio la espalda de nuevo con un gesto brusco que pretendió definitivo.

Un par de golpes imprevisiblemente recios en el vidrio le demostraron que el individuo no estaba tan acabado como parecía o al menos que a su agobio lo vencían las ansias de fumar. Se le encaró entonces con mal semblante, queriendo dejarle claro su disgusto por haberse dado al vidrio golpes tan rotundos, pero desentendido de reproches, el vagabundo volvió a sus anhelantes ademanes con mayor vehemencia que antes, como si no se le hubiese entendido bien o buscando comunicar con sus contorsiones una alarma impostergable, más que pedir fuego para un cigarrillo avisando de una espantosa calamidad a punto de ocurrir. A juzgar por sus aturridos manoteos no era como para considerársele muy cuerdo, de manera que le reiteró él que no fumaba, recalcándole que no siguiera fastidiando, no pensaba hacerle caso. Hubiese querido expresarse con mayor sequedad y animar al hombre a seguir su camino, pero la palpable desvalidez de esa silueta que se debatía entre sombras y cuya vida parecía depender de un cigarrillo no dejaba de provocarle lástima. Pudiera bastar una palabra afectuosa para aplacar la desesperación de ese perturbado, que persistía en saltar de uno a otro de sus pies, mendigando fuego y atención. De todos modos, abrir y encarársele, así fuese para dedicarle algún consuelo, no sería aconsejable, no tanto porque el hombre pudiera resultarle peligroso sino porque cualquier gesto compasivo suyo

**podiera animarlo a prendérsele y no dejar aquella puerta antes de que los supervisores llegasen. Poco inteligente además amenazarlo si se empecinaba en seguir machacando el vidrio; si el hombre respondía agresivamente, se vería ante el dilema de salir a forcejear con él o mostrarle su arma como último recurso, extremo que ante este pobre individuo le parecía tan penoso como ponerse a tirotear gorriones.**

**Volvió a alejarse de la puerta, pero un espejo de pared le dejó saber que el hombre, sin tener en cuenta su actitud, seguía gesticulando irrefrenable y a partir del sordo rumor que le llegaba, vociferando sartas inacabables de palabras. No se sintió capaz de abandonarlo a semejante frenesí. El vagabundo persistía en señalarle el interior y hacerle ver que, pese a sus negativas, en algún lugar por allá dentro tendría que aparecer algo con lo que encender su cigarrillo. Metiendo la mano en uno de los suyos le suplicaba que se registrase los bolsillos, quizás llevaba encima un olvidado encendedor. Tanta alteración y el desamparo latente en ese deseo urgente de fumar acabaron por vencerlo. Fue a una estrecha puerta lateral, salió a la acera y se acercó al hombre, que con pasos pesados y menos urgentes de los que pudieran habersele previsto se le aproximó, llevándose con calma el cigarrillo a los labios y presentándoselo con la evidente convicción de que al instante tendría con qué encenderlo. No fumo, le dijo él en inglés para sacarlo de su error, sugiriéndole con un encogimiento de hombros su pesar y abriendo los brazos para recalcar que por mucho que quisiera, no podría complacerlo.**

**Por desvencijado que el desconocido luciese, al momento se evidenció que no le faltaba agilidad. Sin soltar el cigarrillo que sostenía en su mano izquierda y ni siquiera mover el brazo que lo mantenía ante su boca, llevó su brazo derecho hacia atrás y a la vez alzó ligeramente con el codo el chaquetón que lo cubría para extraer algo de la parte posterior del pantalón, un objeto sujeto hasta entonces allí por la presión del cinturón, en un ademán conti-**

nuo y desenvuelto que no duró más de un segundo. Si bien el gesto del hombre había sido instantáneo, tuvo él tiempo suficiente para comprender que, desechando los insistentes consejos de jefes y compañeros, se había confiado demasiado. Igual podía haber estado alerta, jamás hubiese tenido tiempo de echar mano a su pistola y menos de esquivar la fulgurante cuchillada que el desconocido le descargó en pleno vientre, con la fuerza y la pericia de quien un sinnúmero de veces ha ensayado el gesto. De abajo arriba, pensó él al sentirla, la manera más mortífera de herir.

Por si no bastara, el desconocido le asestó una segunda puñalada, ésta en el pecho, no por menos urgente peor calculada. Se sintió él cayendo al suelo y fue entonces cuando logró ver bien a su agresor, distinguir sus facciones sin que la visera de la gorra pudiese ocultárselas, y bastándole esa única mirada para reconocerlo. Lo había visto hasta entonces sólo en fotos pero la vigorosa certeza de lo que le ocurría le concedió unos instantes de extrema lucidez. Su salida a la calle había sido un grave error de cálculo. Aunque así de frente su rostro se le hacía más inexpresivo y chato que el visto en los periódicos, reconoció en este individuo surgido de la noche y que de tan implacable manera se vengaba de quien se atrevía a negarle fuego para encender su cigarrillo a ese criminal recién salido de la cárcel y redimido por falta de pruebas. Y entre las descompuestas ideas que en esos momentos de su desfallecimiento pudo hilvanar fue que esta vez sí las habría. El vagabundo, tan seguro de sus actos a la hora de descargar sus puñaladas, pareció de pronto atolondrado al verlo caer, como si le fuese posible cometer su crimen con absoluta calma pero lo hubiese perpetrado en un estupor del que ahora despertaba. Empezó entonces una carrera torpe, no siguiendo el torcido rumbo del callejón que se deshacía a la derecha en reducidas callejuelas y por el cual hubiese podido perderse, sino rumbo a la avenida, a cada minuto más luminosa y transitada. Peor fue que antes de iniciar su fuga, limpió en una de las perneras de su pantalón la sangre de la hoja y

se volvió a sujetar el cuchillo a la espalda. Si bien estos dos sucesivos desatinos pudieran haberle hecho a él creer que su asesinato carecía de sensatez, no lo consideró así en el que resultó uno de sus raciocinios finales. Poco importaba a este hombre ocultar sus huellas, igual le daban la calle que la cárcel, igual le habían dado desde quién sabe cuánto la vida o la muerte, testigo acababa de ser él del ánimo despreocupado con que le había hundido dos veces su cuchillo, el de quien mata como si tal cosa porque esa distinción le dice poco. No se tardaría en capturarlo y sin duda lamentaría menos verse de vuelta en su celda que, enterado del suceso, ese escritor que tanto se había esforzado por sacarlo de ella. Para este hombre crecido entre unas rejas jamás vistas como otra cosa que un castigo, la regeneración sería una renuncia; la verdadera libertad sólo la concebía sin esperanzas.

Consciente de su irreparable tragedia y más allá de la inmensa tristeza que le causaba la certidumbre de estarse muriendo y por encima de todo de dejar de ver para siempre a una mujer a la que dedicaba sus últimas fuerzas en recordar y querer, sintió como si al escapar abundante de su cuerpo, su sangre se estuviese transformando en un tranquilo bálsamo que le permitiría morir con cierta felicidad, no obstante su desgracia. Concluía esta incertidumbre cuya duración, en sus momentos de mayor sinceridad consigo mismo, ya había intuido que pudiera resultar larga, acaso más que su propia vida. Moría además con un destello último de alegría, si algo de bueno tenía este triste empleo que dejaba era contar con un buen seguro de vida. Permitiría a su mujer recuperarse y vivir con cierta holgura a la espera de que las cosas en su país se enderezasen y entonces volver, y quién sabe, terminó diciéndose, si hasta pudiera llevarse entonces mis cenizas.

(Del libro *El Andar de los Cangrejos*)

## Un golpe de dados abolirá a la gata

---

A la vez que me estrecha la mano, este hermético saludo me dedica Lorenzo García Vega cuando llega a cenar en casa. Para mí nada enigmático, entiendo bien lo que me quiere decir.

Hace días, o semanas, le obsequié el único libro de poemas que he publicado —hasta entonces y hasta ahora—, *Cuaderno de Caligrafía*. Lo hago con la confianza de saber que si le parece pésimo sabrá sugerirme con resmas simultáneas de cinismo y humor que siga con mi prosa. En las charlas entre amigos no lo conozco dado a críticas concienzudas, prefiere las alusiones, las sugerencias que deberá el aludido interpretar. En mi caso sólo necesito oírle la tergiversada cita para saber qué persigue con ese verso de Mallarmé mal traducido por Cintio Vitier. (Se ve que no jugó nunca en una barra al cubilete; ahí a eso de golpe le dicen tiro; y en las novelas elegantes con trama en un casino los llamaban o traducían lance, lance de dados; eso de golpe da la idea de que a alguien le han tirado un dado a la cabeza.) Sacándose de la manga a Mallarmé sin preocuparse de si es buena o mala la traducción, lo que Lorenzo hace es bromear con los tanteos herméticos de mis poemas.

A lo de la gata. Tengo cuatro, tres hembras y un macho, y se refiere a La Flaca, una gata con pelambre gris de azotea, cariñosa o arisca en extremo según le viene en gana. A Lorenzo lo distingue pero no es un amor correspondido. Detesta él los animales domésticos —no sé los otros— y cuando por sorpresa nuestra gata le salta feliz al lado dispuesta a sentársele en las piernas se lanza a unos enérgicos manoteos y abucheos como si en vez de gata se le estuviese viniendo encima una nube de avispas. De ahí lo de abolir a la gata, parece que la mejor sustitución que encontró al azar de Mallarmé. Esa noche no toca más el asunto, es días después cuando me vuelve a mencionar el libro, parco y directo. Prefiere los poemas largos a los cortos, aunque no quiere decir que éstos no le agraden; eso me dice sin entrar en ejemplos ni porqués. Me basta, entiendo que me anima a seguir. Eso he hecho, a mi manera errática, esporádica.

# Grafías

---

**1.**

**La pared terrosa, en inclinado delirio.  
Un sonido pálido y verde en la ventana cerrada.  
Los zapatos vacíos, blandos con forma de pie.  
Se espera, por gusto, la crispada lluvia.  
El suspiro perenne, precipitado, del ventilador.  
Con escándalo de establos  
    Cuelgan los cuadros, la ropa, las lámparas.  
La mirada que abandonada parte sin regreso.  
Los animales susurran su instinto entre los pisos.  
Como la sangre, en redondo, circulan los pensamientos.  
Coordinar estos pedazos  
Resulta ya imposible  
E inútil.**

**5**

**No obstante  
alineadas como en los planetarios  
sobre la mesa coloca las piedras.  
Luego las quita.  
Queda diminuto polvo. Queda tierrita.  
Tierrita elemental, tonta.  
Se miran.**

**16**

**Cuando, sosteniendo una copa por su fuste, puedas beber  
de su faz convexa,  
sabrás que has muerto.**

**Apaga entonces la luz,  
con la esperanza de que también haya caído la tarde.**

## **26**

**Melancolía  
impecable onomatopeya  
de u ausente y eles pegajosas  
final diptongo roto  
aguda i disuelta en abandonada a  
deambular cromático de muerte por amor.**

**Arcana cábala oral del amarillo  
Durero ve ocre melancholia en lineal figura;  
inadecuados, inexplicables fulgores  
que Keats, con su Deleite y sus santuarios  
ambivalente melancholy explicaría.**

**Me  
lan  
arcaicismos punteados de arpa  
puede ser descuidada un tanto cursi  
en saboreada pasión gris adolescente y  
arpegios de lan**

**lía  
eles largas, retenidas  
lan lánguidas  
cómodo atajo del dolor  
colía.**

(Del poemario *Cuaderno de caligrafía*)

# Galerada

---

**1.**

**Boca apenas abierta en grieta de labio  
roto con hendidura en cuña de covacha:  
leporino.**

**Rajadura inhóspita desfigura rostro  
que anuncia en su rareza animal, albor  
posible de nueva especie; con azoro de  
accidente enseña, hasta la encía, el diente.  
Resquebrajadura de abierto sepulcro delata  
burbujear de aguas muertas, desnudez leprosa  
sin sanar; baba impávida en su desgracia  
retuerce rasgo con presencia que rehuye el tacto.  
Pero el asco de su nombre no borra la repugnancia  
ansiosa de besarlos, caer sobre el muñón  
de labio con avidez de precipitada escarcha.**

**Boca apretada, en abrazo a gárgola carnosa  
no logra descifrar el roto; más fácilmente intuye,  
tras los párpados cerrados, los ojos en vahído;  
al sibilante aliento mudo, en bocas  
de ansiosos trasgos góticos, se deslizan  
labios de pronto al tacto tersos, donde el deseo  
conjura lesión leprosa, labios rasgados  
sólo para el beso, en cuya boca entreabierta  
el daño silba su secreto llamado en celo,  
roce de labios que en vez de huir heridos al contacto,  
responden en su lengua leporina con cálidos jadeos.**

(De la antología *Reunión de ausentes*)



## Paréntesis sobre hijo de kafka

---

Terminando este trabajo, al que aparte incluir su último segmento quedan unos cuantos apuntes y retoques y la revisión final, doy un viaje de un par de semanas a Lyon. Para aprovechar el buen tiempo de principios del otoño, terminados los tumultos del verano. Para el libro es buen momento. Le doy un respiro con el que despejarme la mente antes de su último pase. Lyon, dicho sea de paso, es un destino magnífico. Hermosa en su confluencia de dos ríos, con la elegancia y buen ritmo que le recuerdo al París de hace cincuenta años.

En medio de mi viaje, una noche, casi al amanecer, tengo un sueño. Sus inicios son confusos, me queda sólo el final. Un grupo de españoles —a ninguno conozco— acude a mí para que publique los cuentos de un autor inédito. Un hombre cuyo parentesco nadie conoce, se ha querido mantener oculto. Es hijo de Franz Kafka. Los españoles, entusiasmados con los relatos, me dan el título de algunos. Recuerdo dos: «El cuento que nunca termina», «El cuento que nunca empieza».

Ahí me despierto. Si incluyo el recuento del sueño en este libro no es porque me parezca curioso, que para mí lo es, sino porque comprendo que a su manera mimetiza preocupaciones que llevan meses acompañándome en la composición de este trabajo.

## Más golpes de dados

---

### **CROQUIS CON ERRORES**

#### **(DESTRUIDO)**

**Perdida, la percepción animal del terremoto...**

**Rostro inmóvil (inmóvil en o, su centro,  
no en la l final de la fatiga).**

**Mar confundido con tranquila superficie**

**para incesantes metáforas de falso mediodía;  
rostro en quietud, horizontal navegación  
resuelta en cábala engañosa:  
rostro —o y o abiertas, como ojos en rostro—,  
ojos inmóvilmente atentos  
mientras pupila interior se vuelve  
al reverso de ajenos espacios.**

**Escueto brillo del mirar sin ojos  
en visión privada, sinusoidal de secretos giros,  
luz sin destello que apresa el vacío.  
Ojos vueltos al punto ciego,  
rincón de la visión carente de mirada,  
fuga en interior rasgo espiral.  
Revelaciones de inmediato mortecinas.**

**Giro espiral: visiones en  
espiral        voz del mármol  
espiral        color del habla  
espiral                es  
paso del sol por una arista.**

**Desdeñada, atrás queda  
marchita fachada de irreprochable aspecto  
(tres ceaches secan los opacos canales de los poros)  
para atarearse en interior trasiego.  
Con latidos del instinto, recuperar procura  
nociones encantadas de mutante antropoide:  
lámina sin bordes, cenital atardecer.  
Hasta el parpadeo...  
el rasguño...  
cuando el paréntesis real de la meninge, abre  
quebradiza brecha entre un rasgo y su idea:  
colina sin vertientes, sendero sin distancia.**

**Giro espiral en marcha:**

**cabos rotos murmuran en idiomas verticales  
sobre lo que ardió en Alejandría  
en cíclica purga que amordaza al eco.**

**Ala de la espiral roza  
afónico suspiro de la flauta sin hoyuelos  
vórtice de la espiral devora  
apócrifo espacio del palacio sin centro.**

**Hasta que una vez superados disonantes cataclismos  
se alejan los astros a lugar prudente;  
el tesón civilizado labra una escala al instrumento,  
el sismo da geometría al edificio,  
un día de trastornada inspiración se extravían dos vocales.  
Sepultados secretos del pasado propio,  
dejan residuo  
en pasado ajeno de la arqueología;  
y el pensamiento, en la soledad tibia del cráneo,  
escarba preguntas entre ladrillos calcinados.**

**Punto ciego**

**avista atonal destino pasado de derrumbes  
en lapidarios estratos, igualados por soplos  
de siglos, con escasos atisbos, únicos:  
espiral           alados muros sin sustento  
espiral           configurados espacios sin premisa  
espiral           templos del número dorado  
espiral           sepulcros de raíz cuadrada  
espiral           altares del solsticio  
espiral           planicies sobre mantos colosales  
espiral           selvas de piedra en movimiento  
que el viento carcome  
el terremoto agrieta a bofetadas  
embravecidas detonaciones borran.**

**Silencio veraz de piedra silenciosa,  
no explica mutación del canto al habla;  
lo quiebra el agotado frotar lúgubre de pasos  
en decantado unísono,  
dejando al pensador atónito  
entre despojos de desplomada idea.  
Insoluble adivinanza de proporción rota en  
cimientos tangenciales, consecutivos semitonos,  
evaporados trazos,  
donde un espejismo en la distancia de la imagen  
niega el pensamiento.**

**Rechina la espiral, delata  
el escandaloso mutismo de un aviso:  
aullidos en su precipitación petrificados,  
grito empotrado en el subsuelo  
rechina en eco disecado,  
sólido grito de momias pompeyanas  
agazapadas en escultura mortuoria de su lava.  
Clamor silente de espiral en fuga  
extraviada en su caída a lo fugaz;  
grito inaudible en ciudades de prestado polvo;  
entre quejidos de baldíos espacios  
braman con bárbaras trompas  
intensos campanarios de locuacidad fecunda,  
mientras siete Troyas atestiguan siete fracasos  
cuando sólo una cierta pudo ser.**

**Vagar por estos barrios desolados del tercer ojo  
conduce, en petrificado laberinto, a ineludible meta:  
puerta desde siempre carcomida, panel copto  
—esa gente arrinconada de Cristo—  
que un desplome acerrojó.  
Detrás, la terca desolación de una meseta,**

**imperfecto blanco calcinado  
en el vaivén solar del mediodía,  
reverbera allí relato en sordina del narrador:  
precipitación de estratos calizos  
cae sobre hollada catacumba,  
acumulando biografías  
narradas con lenguas de ceniza,  
en sitios donde avalanchas sin prisa  
abrazaron salones resquebrajados por el olor a llanto,  
hendido cemento de pausas interléteras.**

**Punto ciego del opaco ojo interior, escucha  
todo esto como diálogo de antiguas estatuas.  
No cinceladas, erguidas dunas de sal más bien,  
balbucean su charla en amordazado idioma,  
vocablos de calcio que dibujan espiral pétrea.  
Engañosos promontorios de fragilidad coralina,  
pilares de abandono calcáreo, a los que no perturban  
los torbellinos en espiral de la gravilla.**

**Bocas que dibujó y lavó la piedra pómez  
invocan alfabetos deshilachados por el uso,  
ruta relatan de personal desintegración:  
desplome resbaladizo de muchedumbre ausente,  
rumor de escondrijos inaudibles, silencioso  
crepitar entrelazado de cien insectos  
dedicados en sus cuevas a desmenuzar,  
en labor sin ambigüedades, los arenosos restos,  
elaborando opacas catacumbas espirales  
que refleja la espiral interior de la pupila.**

**Risco de estatuas, su amontonada sombra  
se hunde en el mar  
al caer, lejana, una noche de testarudez perpetua.**

**Modelos se pretendió que fueran,  
perfección en espiral de la figura,  
y –en la oscuridad se les oye–  
el vanidoso error comentan.  
No el suyo, no, no el propio.  
Culpable el Prestidigitador,  
el Mago pretencioso,  
de fracaso en fracaso.**

## **Bosquejos de croquis**

---

### **(REDUNDANCIAS)**

**5**

**Del rocío, ¿qué?  
¿La noche? ¿Su frío? ¿El solitario llanto de las almas muertas?  
¿O en verdad lo hace existir tu dedo, su roce sobre las hojas?**

**23**

**Dista.**

**Podría ser diosa griega, remate arquitectónico, accidente de una  
/geografía,  
y es perspectiva, tiempo,  
extenso entorno indefinible y neblinoso.  
Y es, disueltas sus fronteras, más.**

**Dila, dista, despacio, cuatro veces.**

**Dista.**

**La escribo una, dila tú cuatro, cinco veces,  
piensa su música, escúchala,  
s enganchada a t como bandera en mástil,  
juntura que empareja lo disímil de sus sílabas.**

**Recórrela, adormécete en ella.**

**Dista, quieta,  
bajo el caparazón de dispares consonantes.**

**Súmete en ella  
sin ceder a la tentación de las preposiciones  
ni agregar ancia, que la vuelve cosa.**

**Conténtate con su vaga brevedad.  
Recuerda, feliz en la intuición,  
cómo la lucidez escapa al aposentarse la razón.**

(De *Croquis*, poemario inédito)

## **Proyecto de croquis**

---

**Sin importarle que hayas estado haciendo tú otra cosa,  
sin haber sido invitada,  
con sus maletas se te aparece la memoria,  
fatigoso mercader de cachivaches  
a quien no obstante es mejor agradecer,  
no vaya a ser que un día se enfurezca y no regrese.  
Hoy trae algunos de esos disfraces  
por intermedio tuyo acumulados,  
colándose por todas las ventanas  
e igual mostrándose animal**

**que estrellas en la noche, o pórtico,  
o tú mismo en el sueño, tu idea de ti.  
Siguiendo sus hábitos de siempre,  
vuelve para dismantelar momentos y paisajes,  
rostros e intenciones, ademanes dejados a medias,  
esparciendo su caravana de inciertas estampas,  
que en chasquidos de desorden desigual  
reaparecen y vuelven a desaparecer  
desparramadas por el piso.  
Queriéndose transcurso quedan en instantes  
sin antes ni después,  
donde como en la galería de la que escapan  
la ventana nunca se abrirá, los ojos no parpadearán,  
el color no se derramará, la vela jamás será apagada,  
la tela el hombro no desnudará,  
y lo mejor que con ellos podrás intentar  
será retenerlos tocados por el espejo de tus manos.**

(Del poemario *Croquis*, en *The School of Night, Drawings by Arturo Rodríguez*.)

## Todo termina en detritus

---

Sé pendiente desde el principio la promesa de buscar sitio a *Detritus*. Entre una cosa y otra, o no le ha aparecido o no se lo he sabido encontrar, y como esto se acaba y no puede faltar, le tocará cerrar el libro. No está mal, propicia el juego de descubrir puntos de partida a cuanto vino después, si es que esos lazos existen y todo este papeleo no ha sido sino una retahíla de caprichos.



## El mundo de disney

---

Dos apuntes sobre cómo se presenta el cuento en *Carteles* antes de entrarle de una vez. Lo acompaña una ilustración que en cuanto la veo en la revista me resulta justa interpretación de mi relato. Un manchón de tinta, espeso y sin forma, derramado, rabioso y concluyente. No conocía entonces a su autor, Jesús de Armas. Nos hacemos amigos un par de años después, cuando coincidimos en el ICAIC, él como director del Departamento de Animación. A cada rato nos encontramos y hablamos acerca de temas o noticias del cine, sucesos o conflictos del trabajo. De todas nuestras conversaciones resalta más que cualquier otra en mi memoria aquella en que Jesús me cuenta la visita recibida una mañana en el salón donde él y sus compañeros dibujantes crean las películas de animación.

El inesperado e ilustre visitante es el ahora presidente heredero de la isla, vástago menor de nuestros particulares Duvaliers. Presentado y recibido por todos de pie, recorre el amplio salón, va de mesa en mesa observando cómo y con qué se dibujan las películas, las transparencias con que se calcan cuadro o cuadro los contornos y luego se rellenan de color, se asoma a una moviola para seguir los segundos en movimiento de un fragmento en proceso, observa las paredes con afiches de películas, obra de esos mismos dibujantes. Al cabo, deteniéndose y situándose en el centro del grupo, con aire de sentirse satisfecho con el recorrido y ya algo conocedor, a bocajarro pregunta en derredor con una sonrisa cuándo van a hacer una película como las de Walt Disney.

El desconcierto es unánime, aunque todos luchan por mantenerlo secreto. Ninguno sabe cómo responder que es del modelo Disney del que tenazmente huyen cuando se plantean sus creaciones, pero no encuentran manera medianamente cortés y segura de decirlo y tratan más bien de que el jerarca no se entere de que eso que les acaba de proponer les resulta la peor de las ofensas. Sus modelos son otros que él sin duda no conoce o admira poco: los contrincantes de Disney creadores de *Mr. Magoo* y sus amigos en los estudios de la UPA; las magias y surrealismos de animadores polacos o checos.

En puntas de pies asume Jesús su papel de director del departamento para explicar muy a medias a su invitado que ellos se mueven por otros es-

tilos, búsquedas más modernas, y como este género de conversación no es al que su visitante está habituado e interesa, la charla termina pronto. No importa lo breve, reveladora. En ella deja asomar el heredero sus verdaderas inclinaciones, sus verdaderos gustos, ésos que forzosamente deberá mantener ocultos toda la vida bajo el disfraz al que le obliga la adusta sombra del hermano mayor. Y ahora, en estos tiempos en que escribo en que por primera vez tiene las manos libres, se abre por fin a ellos y los deja manifestarse, aunque sea bajo la pretensión de estarse guiando por estrategias de estadista y no las ganas de ver cantar y bailar a los Siete Enanitos.

El segundo motivo a señalar en *Carteles* es una nota de presentación puesta en un recuadro donde el editor presenta mi trabajo con una atribución que entonces me desconcertó y con tanto tiempo de por medio me sigue sorprendiendo. Después de unas palabras que suscribo donde interpreta el relato como alegoría de una vida cotidiana amarga y descreída, adjudica a mi narración nexos con lo que llama la vieja literatura rusa. Nunca supe qué quería decir eso; si es la de antes de Gogol, en ese terreno yo era un completo analfabeto, quizás con un cuento de Pushkin a la espalda. De lo que estaba juvenilmente convencido era de haber escrito un relato anclado en el existencialismo de mis tiempos, con protagonista y escenas nauseabundas. Enviar mi cuento a las estepas rusas me confunde, pero a fin de cuentas es un dato menor. Lo importante para mí es que el cuento cuajó y se publicó.

## Detritus

---

**El teatro está vacío. Y a oscuras. Excepto por un brillo opaco, procedente de un lateral. Lo he provocado unos minutos antes. Es un bombillo que produce una luz amarillenta. Ensucia el aire. Pero más sucio estará esta noche. Luces, humo, sudor, gente. El teatro lleno. Ya se ha vendido todo. No quiero ensuciar este teatro. Me da lástima, impregnar este aire puro con las voces de los espectadores que vendrán a verme. Pero es demasiado tarde para evitarlo.**

**Oigo pasos. No sé de dónde vendrán. Pero los siento. También siento crujir el teatro. No me interesa. Quizá si siguen un rato, resonarán a mi lado y su dueño me hablará. Pero no me interesa ir en su busca. No ahora. El teatro está bastante limpio. Lo suficiente como para no provocar asco. El asco que provoca cuando se hincha de gente. Ahora los ecos del escenario quedan. Los del público han desaparecido. Porque el teatro es más celoso para guardar los primeros. Sabe que son los únicos. Que los demás sólo dan asco. Y sufre cuando le llenan el vientre.**

**Estaré poco tiempo. No quiero ensuciarlo. Prefiero estar poco tiempo y guardar un buen recuerdo, antes que gozar más de él y estropearlo por completo. No quiero hacer eso al teatro. Él no tiene la culpa.**

**— Buenas tardes, maestro.**

**Son los pasos. Su dueño es un viejo grande, con gruesos espejuelos montados al aire. Bastante flaco pero con una descomunal barriga. Tiene la barba sin afeitar desde hace tres días. No es muy poblada y da la impresión de pequeños montones de gusanos blancos, distribuidos al azar. Es un viaje repugnante.**

**Tengo miedo de que se le ocurra sonreír. Me imagino que tendrá unos dientes amarillentos, podridos por el tabaco. Pero veo venir la sonrisa sin poder evitarla.**

**— ¿Por qué no enciende? Se puede caer.**

**— No, gracias. Es mejor así... Luce mejor.**

**Ya hice lo que no debía. Ahora aprovechará el “luce mejor” para iniciar una conversación. Y dejará el escenario hecho una porquería. Todo por mi culpa.**

**— Mi hijo dice también eso. Le agrada pasear por el teatro a oscuras. Pero yo no estoy de acuerdo con él. Prefiero la luz. ¿No ha oído usted hablar de mi hijo? Es Alberto Nodal. Violinista, como usted. Fue Primer Premio en el Conservatorio de Miguel D’Ollone.**

**— Sí, me han hablado de él. Nunca he podido oírle tocar.**

**— Nunca ha tocado para el público. No le han dado oportunidades.**

**Ya esto es demasiado. Que además de ser completamente idiota y repugnante, este viejo venga a pedirme trabajo para su hijo, es algo intolerable. Ya por mucho que haga, actuaré en un escenario sucio. El párrafo del viejo ha sido peor que un escupitajo.**

**–Y todavía si no me conocieran. Llevo cincuenta y un años trabajando para este teatro. Cincuenta y un años. Y me he tomado un mes de vacaciones en todo este tiempo. Pudiendo tomarme un mes al año. Pero no he querido. Cualquiera creería que después de eso tendrían consideraciones con uno. Pero no. No han querido ni siquiera oír al muchacho. Quiere estrenar dos sonatas compuestas por él. Me dicen que la fama, que...**

**Ese muchacho debía de estar actuando aquí, no yo. Por lo menos, es un todo. Es compositor. Yo sólo soy un alambre entre el todo y los buitres que acechan para destruir ese todo y repartírselo. Después de todo, debería alegrarse. Así su obra quedará inmaculada. Si no la toca para el padre.**

**–Y eso que ganó el Primer Premio en el Conservatorio.**

**No puedo más. Me va a ser imposible soportar esto mucho tiempo. Cada palabra del viejo se amontona en mi cráneo, se apretuja con las otras. Me está aplastando la cabeza. Los oídos me zumban. Mi hijo, premio, cincuenta y un años, cada una es un golpe de tambor. Una tras otra. Pesadas, sin sentido. Sólo pesadas. Una tras otra. Inmutables. Pesadas. Secas. Pesadas... Bom, pesadas, bom, pesadas, bom, pesadas...**

**Y solamente una vez tomé vacaciones. Por mi dispepsia, ¿sabe? Me afecta el gran simpático. Que, entre paréntesis, de vez en cuando se convierte en el gran antipático, dice, esbozando una sonrisa, y suplicándome otra a través de sus ojos velados y ya inexpresivos por el prolongado uso de los espejuelos.**

**Sonrío. Me avergüenzo de hacerlo. Pero sonrío. Me molesto a mí mismo. Pero no puedo evitarlo. Comprendo que soy un cobarde. Siempre lo he sido. He correspondido a gente que me indigna. Los he halagado. Los he complacido. Y no por pena. Sino por cobardía.**

–Pero el trabajo no mata a nadie. Aquí estoy yo, fuerte como un tronco, y ¿qué edad cree usted que tenga? Adivine.

Ya es inútil. Seguiré.

–No sé. No podría decir.

–No tenga pena. Diga, diga.

Debe de tener unos setenta años. Luce sesenta por todo, pero no sabe que lo delata su enorme barriga, que debe de estar rebosante de inmundicias. Y no recuerda que me dijo que había trabajado cincuenta y un años en el teatro. Es idiota. Pero yo vuelvo a ser cobarde.

–De cincuenta y cinco a sesenta años.

–Pues me faltan dos para los setenta.

Puse cara estúpida. Pero no dije nada. Era pedirme demasiado.

–Me jubilaré pronto. Ya mi hijo se ha graduado. Y llegará lejos. Lo sé. Es un verdadero artista. Su modestia lo delata. Y todo artista verdadero es modesto. ¿No lo cree usted así?

–Desde luego.

–No triunfará mientras trate de tocar las composiciones suyas. No en América Latina. Aquí tendrá que tocar a todos los viejos maestros, pero no tendrán lugar los nuevos como él. Por lo menos hasta que no pasen veinte años de su muerte. Por lo menos. Ahora debe de estar muy triste. Pero cuando sea algo mayor se alegrará. Su obra permanecerá pura.

Pobre muchacho. Siendo artista, tiene que darse cuenta de lo que es su padre. Y sentirá hacia él la misma repugnancia que yo.

–No hay forma humana de que diga que ha hecho algo bien. Siempre contesta: regular, regular. Nada más que eso. Haciéndolo muy bien. Primer Premio del Conservatorio. Pronto le hará competencia, maestro.

Ojalá que no.

–Aunque él no lo crea. Siente hacia usted una profunda admiración. Ganó también una beca en el Conservatorio. Para ir a estudiar a París. Pero no puede ir. La madre se moriría si se fuese. Padece del corazón. Y yo sé que eso la mataría.

**¡Estúpido! Quieres disimular... Bien sabes que serías tú el que morirías. Aunque puede que sea verdad. Debe ser terrible tener que compartir tu cama, sin ningún consuelo durante el día.**

**– Bueno, tengo que irme. Voy a comer y vuelvo enseguida. ¿Usted se quedará aquí ya hasta la función, maestro?**

**– Sí, probablemente.**

**Seguro. Ya no queda ningún rincón sin ensuciar.**

**– Pues, buena suerte. Y acuérdense del nombre. Nodal. Llegará muy lejos ese muchacho, se lo aseguro. Buenas noches.**

**– Adiós.**

**No importa que se haya ido. Queda su pestilencia. Ha infectado el ambiente. ¿Qué merecería alguien como él? Cincuenta y un años pudriendo el teatro por dentro. Royéndolo. Y lo peor es que los teatros no tienen la culpa de nada.**

**Mi padre nunca le echó la culpa a este teatro. Al contrario, lo quiso más que a ningún otro. El teatro y él se unieron después de aquella noche más que nunca. Llegaron a constituir una sola cosa. Lo sé. Yo puedo darme cuenta porque soy artista. Me doy cuenta de lo que ha sufrido. Pero me doy cuenta también de lo que quiere a este teatro. Y me doy cuenta de porqué.**

**Después de aquel fracaso tiene que haberlo querido. Cuando la sala quedó vacía, abriendo su enorme boca, y la lengua de lunetas sin nadie en ella, se unieron para siempre. Porque el teatro es el único que comprende. Y el artista lo sabe.**

**Y después de aquella noche, nada. Todo terminó. Quedó aniquilado. El público había terminado con su arte. Hubiera podido volver, pero no quiso. No después del fracaso. Es imposible.**

**Yo nunca he fracasado. Si me hubiera sucedido, no estaría aquí ahora. Probablemente andaría por ahí, ayudando a mi padre en su negocio de maquinarias. Maquinarias. Ha escogido algo bien poco relacionado con su vida anterior. Algo sin razón. Pero él también era algo sin motivo. Se arrastraba por la calle. Nunca ha vuelto a tener sentido la vida para él. No comprendo cómo no se ha suici-**

**dato. Quizás porque es cobarde. Debe de serlo. Si no, ¿por qué yo lo soy tanto? Soy igual que él. Lo comprendo perfectamente. Y comprendo que haya sido por cobardía.**

**También abandonó el teatro por cobardía. ¿Cómo resistir un nuevo fracaso? Le sería imposible salir a escena. Temblaría de pies a cabeza. Y fallaría desde la primera nota. Porque el miedo a lo desconocido no existe. Es mentira. Lo desconocido es simplemente una curiosidad morbosa. Lo que hace temblar es lo que ya se conoce. Lo que se ha probado alguna vez. Y él ya había probado el fracaso. No era mi padre al recordarlo. Era un loco. Un loco desconocido. No quiero recordarlo yo tampoco.**

**Es terrible sentir un amor hacia su arte como él lo sentía y no servir. Es un terrible suplicio. Y lo peor es no darse cuenta. Que es lo que le pasó. Hasta que llegó aquí. Pensó que sería tan fácil como el público de los pueblos. Este no es tan sencillo. Devora. Destroza. Desintegra.**

**Y ahora estoy yo aquí. Yo soy mi padre. Allí estará él, en última fila, esperando verme entrar, esperando el primer aplauso.**

**¿Y si este primer aplauso no llegase? ¿Qué sería de él? Y, ¡Dios mío! ¿Qué sería de mí? ¿Si me sucediera lo que a él? Estoy seguro de mi arte. Y no he triunfado en pueblos. He visitado ciudades como ésta. Pero siempre queda una duda. Y yo la tengo. Quisiera hacerla desaparecer, pero tengo en el espíritu las marcas de sus dientes.**

**Encenderé el teatro. Poco a poco. Para irlo descubriendo. Para irlo desnudando.**

**Los pasillos. Los nidos. Ahí anidan los buitres. Ahí van a repartirse los despojos. Pican, Desgarran. Y devoran. Pero lo que comen ya está muerto. Y ellos lo han matado.**

**Los palcos. Ahí estará el alcalde, con la familia. Un bicho que tiene tanto miedo como yo. Porque los buitres se lo repartirán a él también. Pero sin comerlo. Lo desprecian por su ignorancia. Y solamente lo desgarran, pero sin atreverse a metérselo en la boca.**

**Y esas lunetas, las rocas de los monstruos.**

**Monstruos muy parecidos a aquéllos. Los instrumentos de la educación de mi padre. Los que estaban en los bares.**

**Mi padre recordaba su fracaso. Y su temor. Demasiado a menudo. Y no quería que un día yo tuviese miedo. Sabía que lo tendría, viéndolo a él. Y me educó a su manera.**

**Me hacía recorrer los bares. Buscábamos el peor lugar. El más concurrido. El más animado. El más ruidoso. Aquél en que se veían ojos alcoholizados. Y parejas de lenguas ávidas.**

**Yo entraba solo. Y tenía que colocarme en el centro. Y tocar. Tocar. Beethoven, Brahms, Mozart. Primero reían. Y luego me echaban. Pero yo tenía que soportarlo.**

**Luego, al llegar a casa. Por mucho que hacía me era imposible dormir bien. Las risas, los golpes, los empujones, las miradas, las terribles miradas. Pero esas noches sin dormir me ayudaban a comprender al público. Creo que fueron ellas solas las que me ayudaron a comprenderlo. Y el de este teatro no es muy diferente al que conocí en los bares. Tiene su mismo afán de destrucción.**

**Nunca pude jugar con los demás muchachos de mi edad. No he sabido lo que es un juego en la calle, subirse a los árboles, correr por las orillas de los prados, ir a bañarse en los arroyuelos, perderse una mañana por las lomas cercanas de un pueblo. Nada de eso lo conocí. Todo lo coartó mi padre. Estaban mis ejercicios. Y mis manos. Enguantadas. Siempre. Había que cuidarlas... Ellas eran mi tesoro. Sin ellas no sería nada.**

**Recuerdo la vez que me quemé. Entré en la cocina furtivamente y toqué una cazuela que hervía. Me quemé la palma de la mano. Fue atroz. Mi padre le pegó a mi madre de una manera terrible. Y la amenazó si me dejaba volver a entrar en la cocina. Fueron cosas como ésas las que la mataron. Me alegro por ella. Supongo que le irá mejor.**

**Él estará ahí en la última fila. Desde donde pueda abarcar a todo el público de una sola mirada. Y reírse de él interiormente. ¿Podrá? ¿Y si yo fracaso como él?**



**Pero creo que ya empiezan a llegar los empleados del teatro. Me encerraré en mi camarín. No sea que llegue también el viejo.**

**\* \* \***

**Destruídos. Todos ellos. Infelices. Lo veo en sus rostros. Todos los que han desfilado por este escenario. Cantantes, instrumentistas, directores... Me miro en el espejo. Y los veo. Sí, no me engaño. Son como yo. No soy el único. Y ellos no fracasaron aquí. El fracaso, el fracaso... Yo y él. Moriríamos.**

**Abrirán el telón. Entraré a escena. Aplaudirán. Pero solamente como saludo. Siempre frío. Y desdeñoso. Tomaré el violín. Quince minutos. Míos nada más. Ésos sí que nadie me los roba. Por mucho que traten. Una vez que entre la música, nadie entrará allí conmigo. No pueden. Soledad absoluta. Y maravillosa.**

**Pero luego. Luego vendrá. ¿El fracaso? ¡Basta!**

**Ya están preparando la jaula. Para no dejarme huir. La hacen bella para evitar remordimientos. Para conquistarme más fácilmente. Ya siento el martilleo. Tiene que quedar bien. Para hacerme ir engañado. Para que vaya bien contento. No vaya a escapar.**

**Debo empezar a vestirme. Todos los detalles del gran espectáculo tienen que estar correctos. Cualquiera que falle, y tendré yo la culpa. Debo aparecer enfundado en un traje elegante. Supongo que mi arte en mangas de camisa sería diferente. Pero no. No. No les complacería lo mismo. Sería robarles una parte de la entrada. Yo. La música. El escenario. Los ruidos. Sus compañeros. Todo recae sobre mí. Siempre tendré yo la culpa. Y eso me puede llevar al fracaso.**

**Ya es mayor el movimiento. Más gente. Voy a abrir la puerta. A irme acostumbrando la nariz al olor del estiércol. Y de los animales podridos. De la podredumbre en sí. Y a sentir sobre mí las miradas de los buitres.**

**— Buenas noches, maestro.**

**— Buenas.**

**Probablemente sea como el otro. O peor... Pero... No me equivocaba. Esto sí es lo peor. Los jefes. No de los buitres. De los devorados.**

– Buenas noches, maestro.

– Buenas noches, señora. Buenas, señor Jiménez.

– Buenas. ¿Cómo se siente?

Tú no te vas a dar cuenta de cómo me siento, así que no te importa.

– Muy bien, muchas gracias.

– Tengo que felicitarlo. Es raro encontrar un artista tan puntual. Pero veníamos a tratar un asunto sobre el programa. Supongo que ya se le habrá advertido acerca de los gustos particulares del público de nuestra ciudad. Se lo digo por las repeticiones. Como habrá visto por el programa que confeccionamos, aquí no gustan los extremismos, sino los términos medios. Así que no debe tocar nada ni muy rebuscado ni, desde luego, muy conocido. Por ejemplo, Beethoven, Brahms, y como segunda parte, modernos. Pero acuérdesese de lo que le digo. Nunca los extremismos. No vaya a tocar ninguna música dislocada. Toque cosas que sean música con melodía. Y algo de un compositor del país, sería muy bien recibido. Esto siempre nos agrada.

Claro. Oírlo. Comentar que está surgiendo un movimiento musical en el país. Y eso es todo. No se hará nada. Es lo consabido.

– Desde luego. Comprendo perfectamente.

No puedo. Cuanto antes se vayan, mejor.

– Bueno, no lo molestamos más. Adiós y buena suerte.

– Gracias. Hasta luego.

Y éstos son los que me juzgarán. Dependo de ellos. Voy al fracaso. Es inevitable. Ya sé por qué fracasó aquí mi padre. Quién sabe si no fuese tan mal violinista después de todo. Si fuese el público. Pero, ¿y los que han triunfado? No sé, no sé. Me parece que el fracaso está ahí.

Es la tensión. Se esperan unos segundos. La pieza termina. Se quita el arco de encima del violín. Se llega hasta la rodilla. Una fracción de segundo después, suenan los aplausos. O no suenan. La tensión. Esa tensión. Será peor hoy que nunca. No podré sufrirla. Tendrá que llegar pronto el aplauso. Variaré el programa

**para comenzar con algo que termine con violencia. Para entusiasmarlos. Tengo que hacerlo. No voy a triunfar. Tengo que recurrir a todos los trucos posibles. No voy a triunfar.**

**–Preparado, señor Rosalba.**

**Ya tengo el violín. Él me tiene que acompañar. Me acompañará después del fracaso. Y no poder ver ahora las caras... Uno trata de ver, pero solamente las luces... Y sombras, más allá. Que me destrozarán hoy. Ya está preparado el telonero. Saldré. Me aplaudirán. Tocaré. Y luego me destruirán. Por completo. Seré un guiñapo. Y sobreviviré. Que es lo peor. Me arrastraré por las calles como mi padre, sin ser nada. Ojalá fuese nada. Pero seré un todo vacío. Ya abren. Ya. Me esperan. Me destrozarán. No puedo dejarlos. Es demasiado terrible. ¿Por qué los voy a dejar?**

\* \* \*

**Dio media vuelta. Corrió hacia la puerta y salió hacia lo negro, mezclándose y perdiéndose en las sombras. En el teatro, el público esperaba en vano para saludarlo con un aplauso. Un hombrecillo temblaba en la última fila...**

## **Final feliz**

---

Cuando nos llega el final hay que aceptarlo y está claro que con este principio tocamos el final de un libro que aunque voluminoso, ha sido armado no sólo con fragmentos, como toda antología, sino con los fragmentos de una obra fragmentaria, aunque no digo esto a mi pesar.

Fragmentaria por relegada en algún momento en favor de la práctica y exploración de la representación teatral, en épocas mucho más largas en favor del quehacer del cine, relegada sobre todo y con recurrente constancia en favor de la feliz compañía de mi familia y de los demás, y no poco del placer y de la holganza, aunque pienso que sólo con explorarla un poco, se entenderá cuánto es esta obra deudora del teatro y del cine, de la vida en compañía, del placer y de la holganza.

## Obras citadas

---

*Cosas de Viejos, pieza teatral, Instituto de Estudios Ibéricos, Universidad de Miami, 1991.*

*Crónicas del Mariel, relatos, Ediciones Universal, Miami, 1992.*

*Los Labios Pintados de Diderot, relatos, Instituto de Estudios Ibéricos, Universidad de Miami, 1993. Segunda edición en Bokeh, 2016.*

*Cuaderno de Caligrafía, poemario, Ediciones La Torre de Papel, Miami, 1994.*

*Las Tetas Europeas, relatos, Término Editorial, Miami, 1997. Segunda edición, Colección F&M, Lulu, 2010.*

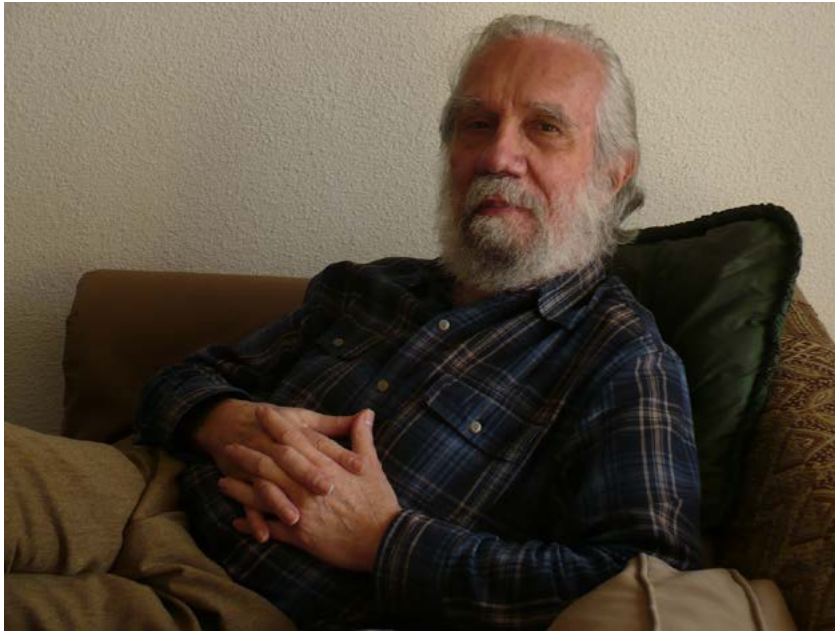
*El Andar de los Cangrejos, relatos, Colección F&M, Lulu, 2011.*

*La irresistible caída del muro de Berlín, novela, Bokeh, 2016.*

*Reunión de ausentes, antología de poetas cubanos. Editorial Término, Miami, 1998.*

*Cuento cubano del siglo XX. Antología. Ediciones Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica de México, 2002.*

*The school of night. Drawings. Arturo Rodríguez. Island Projet, New York, 2014.*



**Todo empezó en Detritus** es una suerte de autobiografía literaria. Un recorrido que hace el mismo autor, a veces de manera lenta y siempre de manera irónica (como la condesa enana en aquella película de Kenneth Anger), por su propia literatura. En esta antología Villaverde no solo repasa sus mejores textos: el Diderot, las tetas europeas, el viaje a Berlín, los chinos..., sino que se detiene en algunos semidesconocidos y los inserta en esa corriente mayor que es la experiencia-vida. Conexión que no solo le da brillo a una de las mejores escrituras de los últimos decenios, sino que, por suerte, ayudará a profundizar en ese “secreto” que ha representado hasta ahora todo lo que Fernando Villaverde ha escrito, ese espacio (no está de más decirlo) inusual y exquisito.

Carlos A. Aguilera